

HEMEROTECA
Publicación U.N.C.
SALA DE LECTURA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
MENDOZA - ARGENTINA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
BIBLIOTECA CENTRAL
E. 21.10.59 N° de Orden
P. el Instituto
Valor don

ANALES DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

Reg. N° PP2238



AÑO 1956

TOMO XII



INSTITUTO DE HISTORIA Y DISCIPLINAS
AUXILIARES

SECCION ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

Jefe de Sección
(Director de "Auales de Arqueología y Etnología"):

JUAN SCHOBINGER

Colaboradores de la Sección
(Investigadores y Ayudantes):

RICARDO H. CASTAÑEDA
KETTY BOHM DE SAURINA
NELIDA CUETOS
VICENTE O. AGÜERO BLANCH

Colaboradores especiales de este tomo:

SALVADOR CANALS FRAU

Director del Instituto de Antropología (Museo Etnográfico)
y Profesor en la Universidad de Buenos Aires

OSVALDO F. A. MENGHIN

Profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata

ALBERTO REX GONZALEZ

Profesor en las Universidades de La Plata y del Litoral

CIRO RENE LAFON

Profesor en la Universidad de Buenos Aires

ANIBAL MONTES

Ingeniero Coronel (Córdoba)

HUMBERTO A. LAGICLIA

Director del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)
(Club Científico "Amigos de la Naturaleza")

Dos Palabras

Este tomo inaugura, en cierto modo —así lo esperamos—, una nueva época en la existencia un tanto azarosa de esta revista, aunque aquélla ya fuera preludiada por el tomo XI anterior. Fundada en 1940, juntamente con el entonces INSTITUTO DE ETNOGRAFÍA AMERICANA por el Profesor Salvador Canals Frau, llamado para ello por la flamante Universidad Nacional de Cuyo, apareció regularmente cada año hasta 1946 —comienzos del régimen de opresión que también se hizo sentir sobre la ciencia argentina—, cuando su meritorio director hubo de abandonar su puesto. Convertido el Instituto en simple Sección, y frente a la misma el Dr. Miguel de Ferdinanáy, éste editó entre 1949 y 1950, tres volúmenes más de los Anales (que tras llamarse de Etnología Americana, pasaron a ser de Arqueología y Etnología). Luego se produjo una interrupción de cinco años, durante los cuales no fueron concedidos los fondos necesarios para su publicación.

Los esfuerzos del Profesor Ricardo H. Castañeda lograron la publicación de un nuevo tomo, el XI. Gestado en 1954, terminóse de imprimir recién a fines de 1955 (queremos, de paso, rectificar el año consignado en su pie de imprenta), aunque, para conservar el orden anual, se lo hizo corresponder al año 1950. Si, por la orientación y nacionalidad de su director y principales colaboradores literarios los tres tomos anteriores tuvieron singulares características europeas o "universalistas", en detrimento de su misión consistente en expresar y reflejar la labor investigadora concerniente a Cuyo y las regiones vecinas, al resto del país o de América, el tomo XI supo reanudar dicha tradición. La misma ha sido continuada, tal vez con alguna mayor envergadura, por el que ahora damos a luz.

Ya preparado el material para un tomo más amplio, que debía corresponder a los años 1951-1956, un conflicto gremial en las imprentas provocó una súbita alza de los costos, que obligó a reducir el volumen previsto. Consecuencia de aquello es también el atraso con que aparece este tomo XII. No obstante, esperamos de la buena voluntad de los estudiosos y de las Instituciones con las que mantenemos canje, quieran considerar al mismo como una "compensación" por los años perdidos. Tenemos confianza en que la publicación de los ANALES DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA no volverá a ser interrumpida.

El presente tomo, orientado preferentemente hacia la arqueología prehistórica, refleja el relativo florecimiento que esta ciencia está alcanzando en la Argentina, sin duda en buena parte por la acción y la influencia estimulante de mi sabio maestro, el Dr. Osvaldo Menghin. Tenemos en especial, la satisfacción de encabezar al mismo con un artículo referente a un importante tema de la arqueología mendocina, del Prof. Canals Frau.

Antes de terminar, queremos llamar la atención sobre la promesa que para el futuro representa la entusiasta labor que efectúan los jóvenes estudiantes que integran el Club Científico Amigos de la Naturaleza de San Rafael, encabezados por Humberto Lagiglia. Fruto de la misma es, precisamente, el trabajo que damos a conocer sobre algunos aspectos arqueológicos del Rincón del Atuel, el que tal vez contenga algún concepto dudoso o poco exacto, producido por la inexperiencia y la escasez de material bibliográfico a disposición, pero cuya parte descriptiva tiene a nuestro juicio verdadero valor, sobre todo tratándose de una zona casi desconocida en la literatura científica.

JUAN SCHOBINGER

Mendoza, Junio de 1957.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA CULTURA DE AGRELO

[Prov. de Mendoza]

Por SALVADOR CANALS FRAU

I

En los últimos años ha mejorado mucho nuestro conocimiento de lo que fueron los *Huarpes*, la población indígena que la conquista española hallara en la región de Cuyo. Personalmente hemos colaborado activamente en la tarea de lograr ese necesario esclarecimiento. Antes de nuestros trabajos, los puntos de vista eran muy dispares. Pues, mientras que unos autores, como el aficionado Aguilar, situaban a nuestros indios en una posición similar, si no superior, al de los portadores de las grandes civilizaciones andinas, otros, cual el arqueólogo Boman, creían que los *Huarpes* eran una población salvaje, extra andina, que vivía confinada en la llanura palustre de Guanacache, en el sudeste de San Juan.

Hoy día sabemos que la verdad se encuentra entre ambos extremos. Los *Huarpes* no fueron ni un gran pueblo creador o unificador de culturas, ni una mísera población a la que se pueda calificar de salvaje, aún aceptando que sea posible aplicar este denigrante epíteto a un pueblo alguno de la Tierra. Además, ocupaban un área inmensamente mayor que la señalada por Boman. Como que su habitat incluía la parte esencial y contigua de las actuales provincias de Mendoza, San Juan y San Luis.

La cultura de los *Huarpes* se nos presenta hoy como la de un pueblo andinizado. Para verlo bien, bastará con recordar algunos hechos debidamente comprobados por nosotros: cultivaban la tierra, y especialmente el maíz; conocían el hilado y el tejido; fabricaban cerámica de buena calidad, con decoración policroma de claras influencias peruanas; vestían ojo-

tas y la clásica camiseta andina. Además ya no queda duda alguna de que los *Incas* ocuparon su territorio, al menos la parte occidental y montañosa del mismo, como lo indican datos históricos y numerosos hechos arqueológicos. Por ejemplo, muy cerca de la actual ciudad de Mendoza, que está en pleno habitat huarpe, existió una fortificación incaica, el llamado "Pucara del Inga"; al establecerse los españoles en la región, es decir, en 1562, encontraron ahí caciques regionales que entendían el Quichua, la lengua de los *Incas*; el famoso "Camino del Inca" que unía el Cuzco con Chile, atravesaba el territorio de los *Huarpes* de norte a sur; y hasta es poco menos que seguro, que en lo que se conoce hoy por *Uspallata*, topónimo de clara etimología quíchua, estuvo asentada una colonia de *mitimáes*. De manera que nuestros *Huarpes* históricos no sólo deben considerarse culturalmente andinizados, sino que también específicamente incaizados (1).

El problema se presenta, empero, cuando pretendemos saber cómo eran los *Huarpes* antes de su incaización. Pues, es indudable que los mismos, físicamente, no eran ándidos. Es más, basados precisamente en sus caracteres físicos es que nosotros establecimos un tipo especial de Hombre americano que llamamos Huárpido, y cuyos restos, pretéritos o vivientes, se encuentran a lo largo de gran parte del occidente sudamericano (2). Por lo tanto, los *Huarpes* no sólo no eran físicamente ándidos, sino que, originalmente tampoco han de haber sido andinos por su cultura.

Hasta hace muy pocos años, nada sabíamos de las cualidades culturales de los *Huarpes* preincaicos. Pero con el descubrimiento de numerosos e insospechados yacimientos arqueológicos en lo que fuera el Valle de Uco, especialmente en la zona de *Agrelo* que está en pleno territorio huarpe, se nos ha abierto una interesante fuente de información. Pues, ahí hemos puesto a la luz del día una cultura, que siendo muy probablemente

(1) Para todo lo que se relaciona con los *Huarpes* históricos, puede consultarse nuestro anterior trabajo *Etnología de los Huarpes*. Una síntesis, que se publicara en estos mismos ANALES, tomo VII, pág. 9-147; Mendoza, 1946.

(2) Véase nuestra *Prehistoria de América*, pág. 296 y sig. Buenos Aires, 1950.

huarpe, es incuestionablemente preincaica y fundamentalmente andina (3).

II

Agrelo, centro de esta cultura, es un distrito del Departamento de Luján, en la provincia de Mendoza. Está situado inmediatamente al sur del río Mendoza y de la ciudad del mismo nombre, y su núcleo de población se encuentra alineado a lo largo de la ruta nacional 40, que atraviesa el distrito de norte a sur. Ahí, uno de mis colaboradores, el señor Juan Semper, descubrió dos distintos yacimientos cuyo material nos ha servido para sentar las bases de esta cultura.

Fuera de los dos yacimientos de *Agrelo*, que denominamos *Agrelo-Patronato* y *Agrelo-Barranca*, hemos podido localizar en la misma región general, una serie de otros ocho lugares en los que aparece exclusivamente la misma cultura. Son ellos: *El Control*, *La Barcelona*, *Represas de la Tosca*, *Cementerio del Puente*, *Paso de las Piedritas*, *Canal Mendino*, *Las Coronas* y *La Crucesita*. Todos ellos pertenecen a los Departamentos Tupungato, Luján y San Martín. De manera que lo que hemos llamado la "Cultura de Agrelo", es el conjunto arqueológico que hemos extraído de estos diez lugares, donde el mismo aparece en forma aislada, es decir, sin mezcla alguna.

El mismo material se ha hallado también en otros lugares, pero ya no aislado, sino en conjunción con algunos otros elementos que no aparecen en los yacimientos típicos. Las innovaciones de referencia, cuyas principales son: una alfarería rojiza sin decorar; el tembetá de barro de forma achatada; nuevas formas cerámicas, especialmente una gran vasija de fondo curvo, parecen configurar un complejo que ocupa una posición cronológica algo posterior, aunque precediendo en mucho la cultura de los *Huarpes* históricos. De esta otra fase de la arqueología mendocina me ocuparé en otra oportunidad.

Hasta ahora, sólo el de *Agrelo-Patronato* ha sido excavado de manera más o menos sistemática, aunque intermiten-

(3) De esta cultura hemos dado una corta noticia en CANALS FRAU, S., *Exploraciones arqueológicas en el antiguo Valle de Uco (Mendoza)*, en *Publicaciones del Instituto de Arqueología "Dr. Pablo Cabrera"*. Córdoba, 1950.

temente, y a lo largo de varios años. En los demás yacimientos, el material ha sido extraído, en su mayor parte, de las paredes de los numerosos zanjones que las aguas, en sus avenidas, surcan continuamente en el suelo árido y loesscide que caracteriza esa parte de la provincia de Mendoza. Podemos pues, decir que en estos yacimientos, el corte de trincheras y el señalamiento de perfiles estratigráficos que suelen practicarse en las grandes y modernas excavaciones, ha sido aquí obra de los agentes naturales. Y que sólo la excavación accesoria, junto con la recolección del material, han sido realizadas por nosotros. Y al decir nosotros, me refiero no sólo a mí, sino también a los distintos colaboradores que viven cercano a los yacimientos, y que al ocuparse en el descubrimiento de antiguos lugares poblados nos prestan una inestimable ayuda.

Que a la Cultura de Agrelo le corresponde una alta antigüedad, queda ya sugerido por el aspecto relativamente primitivo de sus elementos, muy especialmente por su cerámica, que es toda negro-gris y de decoración generalmente grabada, con exclusión de toda clase de pintura. Y lo corrobora el hecho de que los restos aparecen siempre a cierta profundidad, generalmente a uno o dos metros del suelo actual, y hasta en algunos lugares, como en *Uspallata y Arboleda*, se ha podido establecer un nivel de material Agrelo muy por debajo de la superficie actual del terreno sobre el que se encuentra cerámica Arboleda Polícroma, que es como hemos llamado a la de los *Huarpes* históricos. Además, esta cultura se relaciona más o menos directamente con las demás culturas andinas arcaicas, como las de *Córdoba y Barreales Geométrica*, en la Argentina, y *El Molle y Punta Pichalo* en la vecina república de Chile (4).

III

Tal cual sucede en otras culturas, también en la de *Agrelo* es la cerámica el elemento más característico. Toda ella es de un mismo carácter: de color negro-gris, cocción buena y elaboración cuidada. Y su decoración, cuando está presente, es

(4) CANALS FRAU, *Las Civilizaciones prehispánicas de América*. Buenos Aires, 1955.

casi toda grabada, con incisiones de carácter geométrico. En algunos casos ha aparecido decoración en relieve en forma de botones, cintas y hasta con la representación de la cara humana. Pequeños mamelones de forma ovalada y base semi-circular, asas macizas del tipo de los aletones son lo más frecuente. Aunque hay también algunos ejemplares de asas comunes de sección redonda e inserción vertical.

Pocas son las piezas enteras que hasta ahora se han encontrado en los distintos yacimientos típicos de esta cultura. En realidad, hay sólo dos ollitas de pequeño tamaño. Ello no obstante, con algunos trozos mayores y varias series de fragmentos de un mismo vaso hallados en un mismo lugar, ha sido posible reconstruir, total o parcialmente, una serie de otras formas. Las más comunes y características corresponden a vasijas de tamaño regular hasta grande, de ancha boca, vientre más o menos ovoide, y pequeña base plana; han de haber servido para guardar agua y otras bebidas (Figs. 1 y 2). Ya



Fig. 1. Procedencia: El Atamizque.

que no habiéndose encontrado ningún resto humano en contacto directo con ninguna de ellas, puede excluirse toda posibilidad de que hayan tenido carácter de urna funeraria.

Otra categoría de vasijas está constituida por piezas de paredes más o menos rectas. Las hay de base más ancha que



Fig. 2. Altura: 37 cm.

la boca; otras, por el contrario, se ensanchan hacia arriba. En tanto que los pucos, que pueden ser chicos o grandes, constituyen un tercer grupo de formas cerámicas. Hay también una especie de ollas, de las que empero ignoro si han tenido o no asa. Y, finalmente, un hermoso vaso negro cuya forma no hemos, desgraciadamente, podido reconstruir del todo.

En cuanto a la decoración grabada, ella aparece en tres modalidades distintas: estriada, incisa e imbricada. La que llamamos *estriada* es la más sencilla. Se trata de una decoración simple, consistente en series de líneas débilmente incisas y más o menos paralelas, hechas con un instrumento de punta fina. Por lo general se trata de unas pocas líneas; a veces de un solo haz que se abre hacia arriba (Fig. 3).



Fig. 3. Diám. boca 29 cm., diám. máx. 32 cm., altura 20 cm.

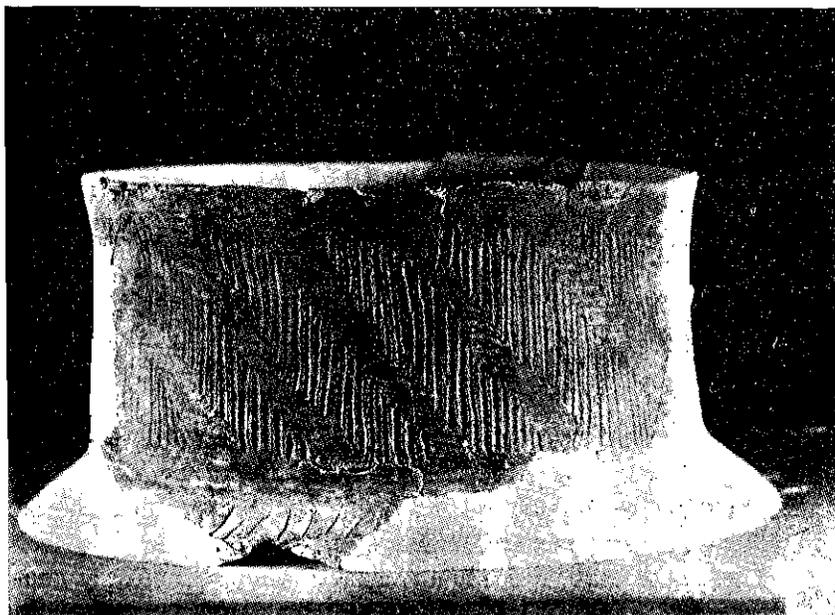


Fig. 4. Diám. boca 26 cm., altura 11.5 (cuello).

La segunda modalidad, la *incisa*, aparece solamente en el cuello o en la parte superior de las vasijas. Y consiste en apretadas series de líneas que suben y bajan en diagonal formando cheurones o escaleras, y que han sido hechas con un instrumento de punta roma. Y al contrario de lo que sucede con las de la modalidad primera, en las piezas incisas las figuras geométricas suelen llenar toda la superficie del cuello (Fig. 4).

La decoración *imbricada*, a su vez, puede recubrir tanto el vaso entero, como sólo una parte. En el primer caso está, por ejemplo, un plato grande, de forma semiesférica, especie de pucó, que ostenta dos asas macizas colocadas oblicuamente algo abajo del borde (Fig. 5). En tanto que otras veces vemos que las vasijas tienen el vientre totalmente imbricado, mientras que el cuello muestra decoración incisa.



Fig. 5. Diám. boca 28,5 cm., altura 8,5 cm.

IV

Si bien la cerámica es lo más representativo de esta cultura, no todos los hallazgos son de cerámica. Pues, junto a ella aparecieron también otros restos que amplían lo suficiente nuestro conocimiento como para otorgar a la Cultura de Agrelo, carácter de preclásica o formativa.

Está, ante todo, una regular cantidad de mazorcas y granos de maíz carbonizado, que apareció en *Patronato*, en un manto de carbones y cenizas. Se trata de un maíz primitivo,

que según el análisis practicado por el Ing. Lorenzo R. Parodi, pertenece a la variedad *pisinhallo*, que antiguamente cultivaban los indios. Es un tipo de maíz parecido al que se hallara, años atrás, en *Fuerte del Pantano* (Catamarca), en un nivel cultural Barreales de cerámica negro-gris incisa.

De acuerdo con esto, los portadores de la cultura de Agrelo practicaban el cultivo de la tierra. Y las numerosas conanas, moletas y manos de morteros hallados en todos los yacimientos, así como los morteros fijos, que se encuentran por doquier, refuerzan aún más el dato anterior.

Relacionados con la alimentación están los numerosos hornos de tierra que se encuentran en todos los yacimientos, y que son sin duda un recuerdo de la situación anterior, previa a la andinización. En los primeros tiempos de auge de la Cultura de Agrelo, seguirían usándose para la preparación de ciertos alimentos. Pues en sus cenizas y carbones se encuentran restos de esta cultura. Pero pronto perfeccionaron



Fig. 6. La Arbolada. Norte del camino.

nuestros indios estos hornos, revistiendo su fondo y paredes con lajas que, una vez calentadas, mantendrían por más tiempo el calor. Al menos es ésta mi interpretación de unas curiosas construcciones que hemos encontrado en varias partes. (Fig. 6).

No hemos encontrado, infaustamente, ningún resto de la industria textil. Pero sí numerosos torteros, todos recortados de un trozo de cerámica. Con este testimonio admitimos, pues, que los portadores de la cultura de *Agrelo* concieron el hilado y, naturalmente, el tejido también. Pero ignoramos, claro está, cómo sería su vestido. En cambio, sabemos que como adornos usaban el barbote, los collares, pendientes de cobre, y probablemente también los *topus* de hueso.

Falta en nuestros yacimientos todo indicio superficial de vivienda. Pero al excavar el borde de un médano, en cuya base se veían fragmentos de cerámica *Agrelo* incisa y *Agrelo* imbricada, dimos con un piso de tierra endurecida, sobre el cual yacían algunos palos quemados, y numerosos fragmentos pequeñísimos de totora y carrizo carbonizados. Se trata, pues, de una antigua vivienda construida de quincha que se quemó, y cuyos restos se han conservado por haber sido sepultados por el médano. Esta vivienda medía unos 2,50 metros de lado; desgraciadamente, no pudimos establecer su forma exacta.

Tampoco se ha encontrado resto alguno de cestería. No obstante, no hay duda de que los portadores de esta cultura practicaron también este arte; sólo que no conocemos la forma de sus productos. Y en cuanto a su técnica, numerosos fondos de vasos con impresiones nos muestran que toda ella era en adujas o espiral.

De entre el material de piedra, todavía no bien clasificado, se destacan las puntas triangulares, de base recta o escotada que predominan, y las otras con pedúnculo. Hay también algunas puntas de lanza. Además, algo que parece ser un hacha.

De hueso hay espátulas y punzones, un tortero, y algún instrumento, cuya exacta función no podemos determinar.

Mencionemos, finalmente, la presencia de varias figurillas de barro, desgraciadamente fragmentadas, pero que aún así muestran ser del mismo tipo que las cordobesas, y especialmente de las de *San Roque*.

V

También podemos decir algo de los mismos portadores de esta cultura. Pues en cuatro yacimientos típicos se han encontrado restos humanos que hemos podido medir.

La estatura de esta población era relativamente alta, y su forma de cabeza dolicoide. El promedio de altura de los hombres es de 1.685 mm., y el de las mujeres, 1.580 ⁽⁵⁾. Por este sólo carácter ya podemos incluir a estos indios entre los Huárpidos; pues la otra posibilidad, la de que se tratara de Patagónidos, debe ser completamente excluída, aunque más no fuera que porque tanto los huesos largos como los cráneos, carecen de la pesadez y la recia estructura que caracteriza a los Patagones.

La mayor parte de los cráneos aparecen deformados. La deformación afecta principalmente la región del lambda, y pueden por tanto ser considerados como tabulares erectos. Pero en seis casos, la deformación es muy débil o falta por completo. Entonces el índice craneano muestra ser de 78,5 en promedio. Vale decir, que la cabeza, en su estado natural, era decididamente dolicoide. Pero que ya entonces nuestros indios practicaban la costumbre de llevar a los niños a la espalda, atados en una especie de cuna, cual sabemos que lo hacían los *Huarpes* posteriores.

Otra costumbre interesante, y que estuvo muy en boga entre esta población es la del uso del barbote, o tembetá alargado. Es de piedra, y frecuentemente de ónix. Los barbotes han aparecido en casi todos los yacimientos de esta cultura, y algunas veces junto a la calavera. También aquí se ha de tratar de una supervivencia del estado cultural anterior a la andinización. Más tarde, por influencias todavía no bien aclaradas, cambió la forma de este adorno, y en los yacimientos posteriores, aquéllos con cerámica rojiza, ya no aparece el barbote, sino el tembetá verdadero, es decir, el de forma acha-

⁽⁵⁾ Estos promedios corresponden a un número mayor de hallazgos, pero todos son antiguos y proceden de la misma región. Se trata en conjunto de unos 20 esqueletos, masculinos y femeninos.

tada, que es generalmente de barro cocido, y a veces de grandes dimensiones.

Finalmente, la costumbre de enterrar a los muertos directamente en la tierra, en posición de decúbito y en una orientación oeste-este, ha podido ser verificada reiteradamente. El decúbito suele ser dorsal, pero a veces también se presenta ventral, lo que es del mayor interés (Fig. 7). Pues, hasta ahora muy pocas veces se ha señalado esta forma de entierro en nuestras regiones.

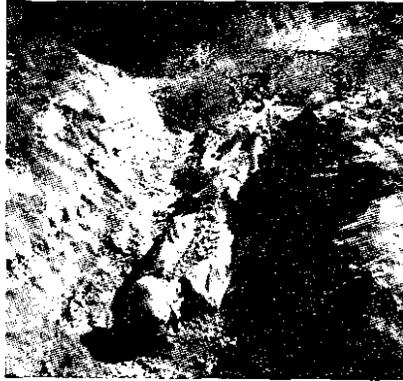


Fig. 7. Esqueleto encontrado casi completo en la batarca de un zañón en La Arboleda al Cestré.

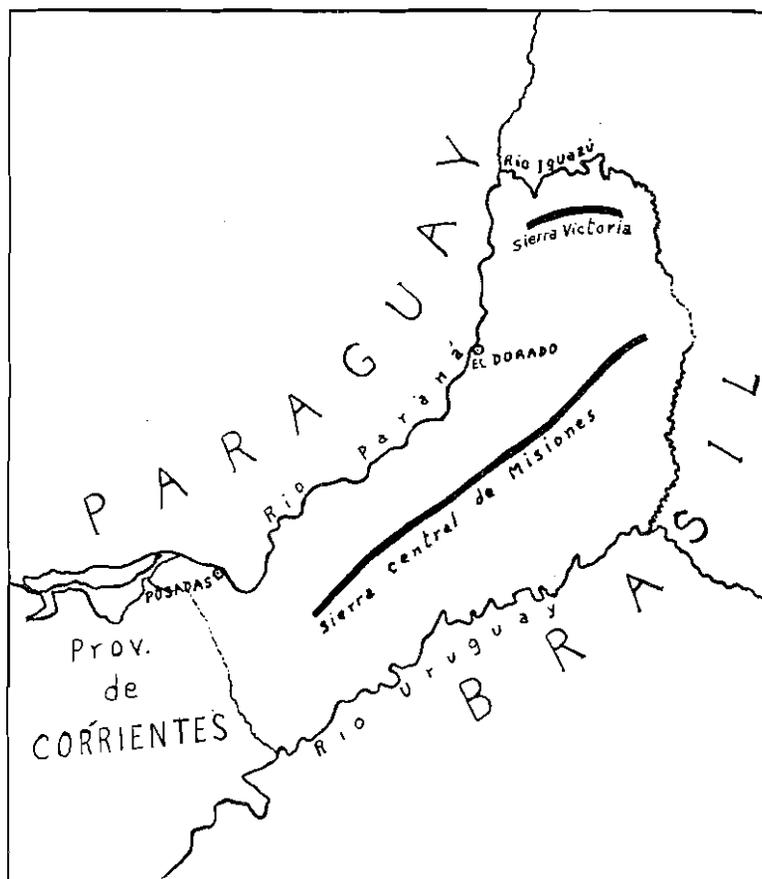
Los entierros aparecen por lo general, desprovistos de todo ajuar. Sólo en dos casos, constatamos la presencia de una especie de *topus* de hueso sobre las costillas de sendos esqueletos femeninos. Común era, en cambio, depositar con el muerto alguna comida. Pues, en varias oportunidades hemos podido comprobar huesos de aves junto al esqueleto. Y a veces se marcaba el lugar de los entierros, con un círculo de piedras.

EL POBLAMIENTO PREHISTORICO DE MISIONES

POR OSVALDO F. A. MENGHIN

Dos viajes de estudio a la provincia de Misiones, que realizara en los años 1950 y 1956, me proporcionaron el conocimiento de un material de fuentes arqueológicas tan prolijo que estoy en condiciones de delinear un cuadro de la prehistoria de esta región, cuyo pasado precolombino estuvo casi desconocido hasta la fecha. Con excepción de algunos artículos de Ambrosetti, Mayntzhusen y Cambas no existe ninguna bibliografía arqueológica sobre Misiones. Es claro que nuestras investigaciones significan solamente un comienzo, un primer ensayo. No obstante, el mismo no carece de base sólida ya que se apoya en muchas observaciones geológicas, edafológicas, geográficas, estratigráficas y tipológicas; naturalmente será posible y necesario completarlo por nuevos estudios.

No sabemos cuándo el hombre holló por primera vez la roja tierra de Misiones. Es seguro, sin embargo, que ya a comienzos de la actualidad geológica —o sea hace unos 10.000 años— vivían hombres en esta región. La floresta virgen de Misiones no es muy antigua; su edad se remontaría a más o menos 6.000 años atrás. Anteriormente la vegetación de esta zona correspondía al tipo sabana, como nos dice Wilhelmy. Los herbazales con sus bosques aislados estaban densamente poblados de animales de caza y por lo tanto constituían un paraíso para el cazador. El hombre de aquella época vivía sin duda principalmente a base de la carne de los animales que capturaba y la recolección de otras dádivas de la naturaleza. Sin embargo, existen indicios de que aquel antiguo poblador de Misiones y de las partes colindantes de Brasil y Paraguay ya poseía también conocimientos rudimentarios de cultivo. En favor



de esta presunción habla, por ejemplo, la forma de sus instrumentos líticos que estudiamos en un trabajo especial en el cual clasificamos esta cultura con el nombre *Altoparanaense* (ver figs. 1-12 (1)). En el Museo de Posadas y en muchas colecciones particulares de la provincia se hallan pesados objetos de basalto, roca predominante de Misiones y de todo el Planalto brasileño, cuya elaboración artificial ni siquiera el lego puede pasar por alto aunque se trata de trabajo muy tosco. Son hachas de mano, clavos curvados —verdaderos bumerangs de

(1) Agradecemos los excelentes dibujos de las figs. 1-14 al pintor académico Antonio Schimmel de Buenos Aires. (Los Nos. 4, 5, 6, 10, 11 también se hallan en MENGHIN 1955/56: figs. 3, 2, 5, 10 y 11).

pedra—, puntas de mano, raspadores, raederas, sierras, perforadores, percutores, etc.; en síntesis, todo el instrumental que se necesita en una cultura primitiva para tallar y trabajar ma-

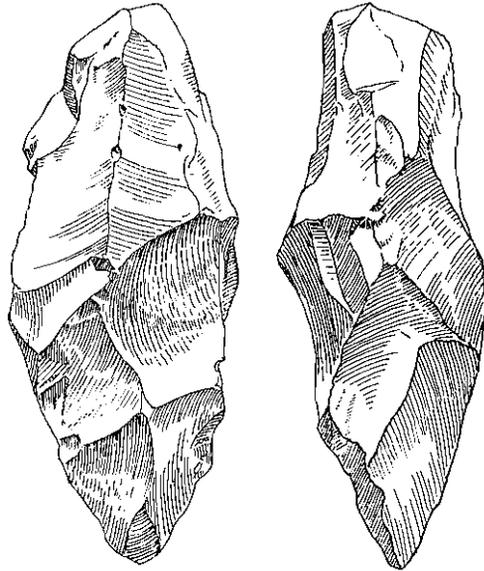


Fig. 1. Hacha de mano con punta y extremo superior plano oblicuo. Largo: 14,5 cm. Eldorado.

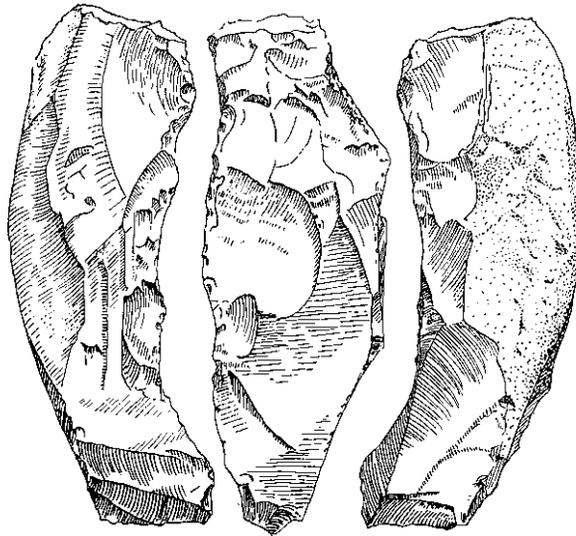


Fig. 2. Hacha de mano curva con rilo longitudinal. Largo: 13,5 cm. Eldorado.

dera, preparar pieles para el curtido, cortar carne, quebrar huesos, cavar tierra y también para luchar contra enemigos y matar animales. En ciertos lugares que pueden considerarse como talleres se hallan cantidades de esquirlas; artefactos fa-



Fig. 3. Hacha de mano conoidal
puntiaguda. Largo: 18 cm.
Eldorado.

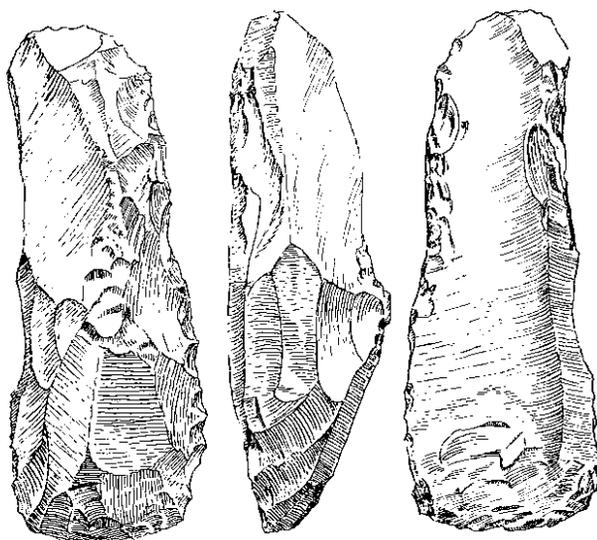


Fig. 4. Hacha de mano con corte transversal
(azada). Largo: 14,5 cm. Eldorado.

bricados de lascas y láminas faltan, sin embargo, en esta industria casi completamente. Las esquirlas son mero desecho. Los verdaderos instrumentos muestran en su abrumadora mayoría el retocado sobre toda la superficie o por lo menos una gran parte de ella. Solamente las grandes puntas de mano hacen una excepción. Entre los utensilios se pueden observar muchas variantes, sin duda intencionales por repetirse siempre las mismas formas. Esto vale particularmente para las hachas de mano de las cuales aparecen los tipos más variados, como ser: con dos terminaciones puntiagudas, con una terminación puntiaguda o cortante y otra plana horizontal u oblicua, con filo transversal o longitudinal, cuneiforme; conoides o foliáceas, derechas y foliáceas, etc. Lllaman la atención los derivados del hacha de mano en forma de azadas y azadones que posiblemente han servido para labranza. Hasta la fecha viven, especialmente en el surcoeste del Brasil, aborígenes que pueden clasificarse como "cazadores-plantadores", o sea tribus que se sustentan principalmente de la caza, pero también se dedican al cultivo, ante todo de tubérculos (mandioca), y con métodos

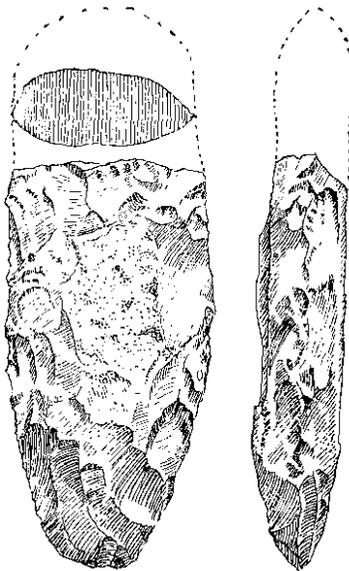


Fig. 5. Hacha de mano foliácea (fragmento). Largo: 10,7 cm. Eldorado.

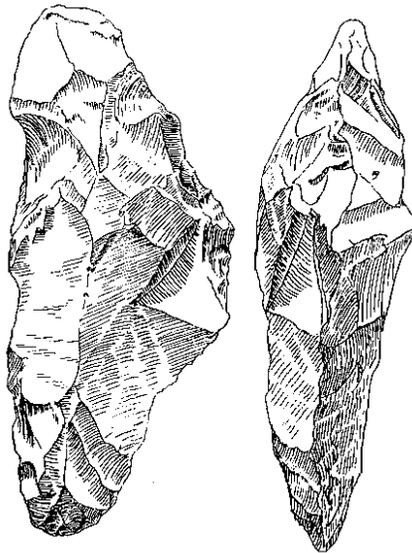


Fig. 7. Clava abombaada. Largo: 14 cm. Eldorado.

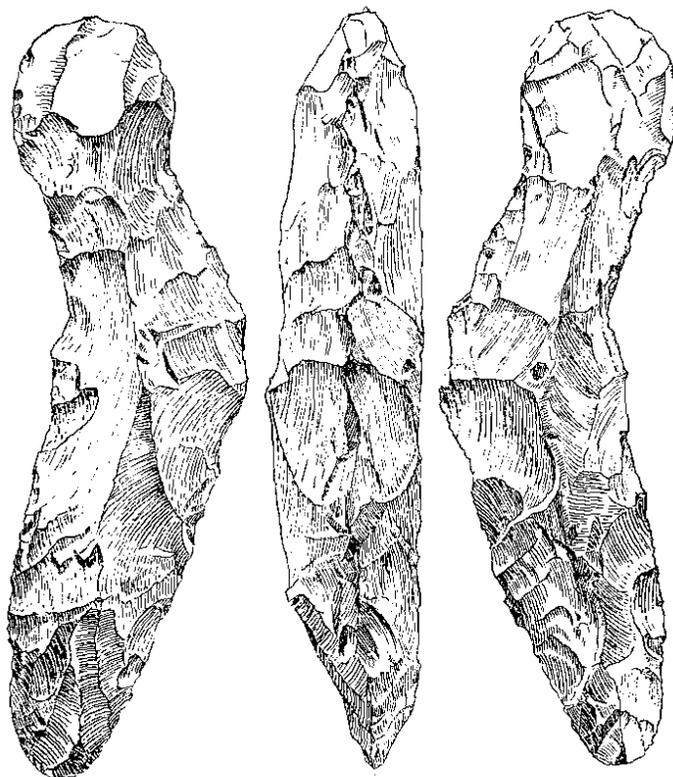


Fig. 6. Clava angular. Largo: 21,2 cm. Yaguarazapá (Paraguay).

que comprueban el carácter primitivo e independiente de su agricultura. El estilo de cultivo de estos pueblos no puede ser un préstamo de los plantadores superiores de tipo amazónico. Los indígenas aludidos son los "Ge", gran grupo étnico que habita el Planalto brasileño y los orillas del Alto Paraná desde tiempos remotos. Es muy posible que el Altoparanaense represente el patrimonio arqueológico de los antepasados más antiguos de los "Ge".

Morfológicamente representa esta cultura un Paleolítico de hachas de mano que sin embargo, no pertenece al Protolítico (o Paleolítico inferior) como el Chelense o el Acheulense, sino al *Miolítico* (o Paleolítico superior) como el Tumbiense de Africa, como lo explicamos más detalladamente en nuestra

monografía citada. La edad del Altoaranaense se deduce del hecho de que los hallazgos correspondientes muchas veces afloran bajo el humus. Esto implica que su comienzo se remonta al Holoceno más temprano hasta el Pleistoceno final. Será la tarea de investigaciones futuras establecer exactamente el desarrollo de esta cultura hasta su extinción. Artefactos del mismo tipo aparecen en todo Misiones, en el este de Paraguay y en el Planalto sudoriental de Brasil, el cual podemos considerar como el verdadero centro de la difusión de esta cultura, a pesar de su exploración muy insuficiente. El grupo más antiguo de los llamados sambaquí de la costa

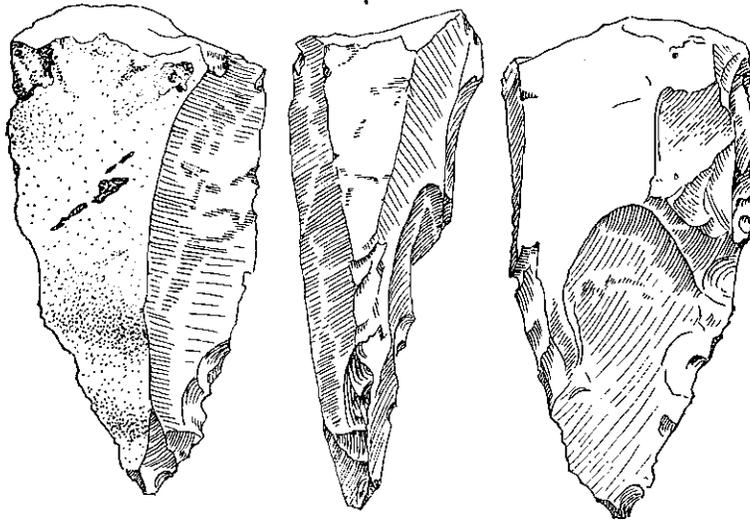


Fig. 8. Punta de mano. Largo: 13 cm. Eldorado.

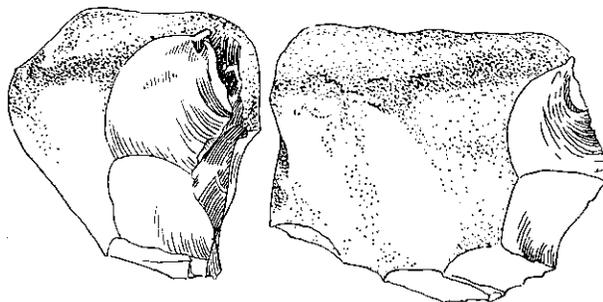


Fig. 9. Raspador primitivo. Largo: 9,5 cm. Eldorado.

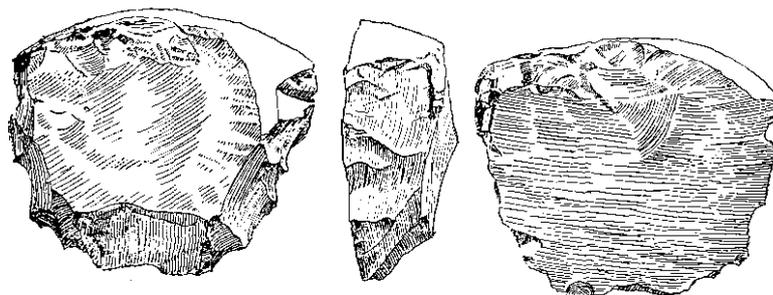


Fig. 10. Raspador plano. Largo: 9,4 cm. Eldorado.

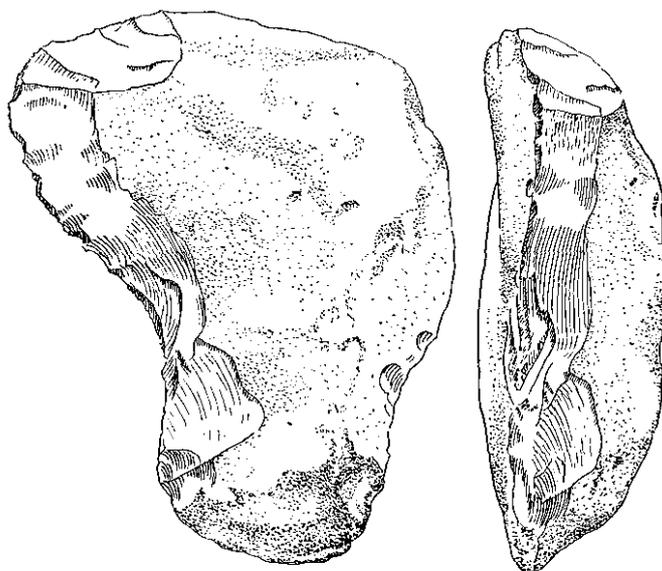


Fig. 11. Gran raspador cóncavo. Largo: 15,6 cm. Eldorado.

brasileña contiene una industria cuyas vinculaciones con el Altoaranaense no pueden dudarse, y semejantes formas se encuentran en todo el Planalto. Las hachas de mano de este complejo muestran muchas veces un alisamiento parcial, lo que indica contactos con industrias neolíticas y una edad algo menor. Ya Serrano señalaba la raza de Lagoa Santa (los Láguídos de Imbelloni) como los beneficiarios de esta cultura; cráneos de tipo láguído son muy frecuentes en los sambaquí. Por otro lado los actuales Ge representan el más compacto

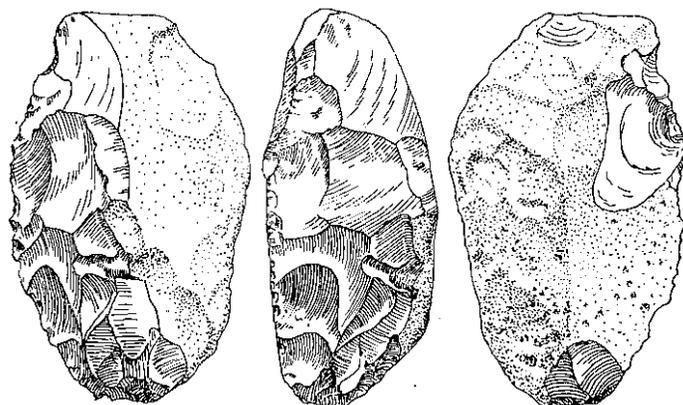


Fig. 12. Raedera. Largo: 11 cm. Eldorado.

núcleo moderno de los Láguídos. A raíz de esta concatenación de hechos podemos presumir que alrededor de 8.000 años a. C. hombres de raza láguída y de cultura cazadora-plantadora—los Protoege— invadieron el Planalto brasileño difundiéndose hasta el Alto Paraná y el Atlántico; su industria lítica desarrolló poco a poco rasgos locales (p. ej. las clavos curvados) y se modificó por fin por los contactos con las culturas neolíticas de los plantadores superiores, nuevos invasores en la zona. Los Protoege adoptaron entonces la técnica del alisamiento de la piedra y seguramente otros avances más (como por ejemplo el cultivo del maíz). Razones generales permiten la suposición de que estos cambios se llevaron a cabo durante el milenio segundo a. C.

De ningún otro lugar conocemos más hallazgos del Altoparanaense que de Eldorado en Misiones, lo que agradecemos al interés y a la inteligencia de su población. Muchos habitantes de esta colonia se dieron cuenta del interés histórico de los artefactos líticos que salían del suelo que labraban, y formaron colecciones. Las más grandes son las de los señores Ulf Moensted y Hermann Wachnitz; además posee una colección muy importante el Dr. Aarón Embón, Profesor de la Escuela Comercial de Eldorado. En la colección Moensted se halla la única hacha de mano con filo alisado que se conoce de Misiones, hasta la fecha. Comprueba que tampoco en esta zona faltaban contactos entre el Miolítico (más correctamente

Epimiolítico, es decir, Miolítico atrasado o sobreviviente) y el Neolítico. Al Neolítico de Misiones conocemos también ante todo a base de los hallazgos de Eldorado. Podemos subdividirlo en dos fases principales. De la más antigua, es decir, del *Neolítico antiguo* poseíamos hasta hace poco solamente algunos ceramios y un cierto número de instrumentos de piedra. En los últimos años el material se ha enriquecido mucho merced a la actividad de los nombrados coleccionistas. Entre los residuos del Neolítico antiguo se destacan las grandes hachas de arenisca; son cuidadosamente alisadas, pero sin pulimento. Existen tres tipos fundamentales (ver las figs. 13-14): hachas cilíndricas con cuerpo macizo de sección transversal redondeada o lenticular, a veces con filo en ambas terminaciones; hachas anchas y aplastadas con cara superior convexa e inferior plana, de forma más o menos trapezoidal ; y hachas

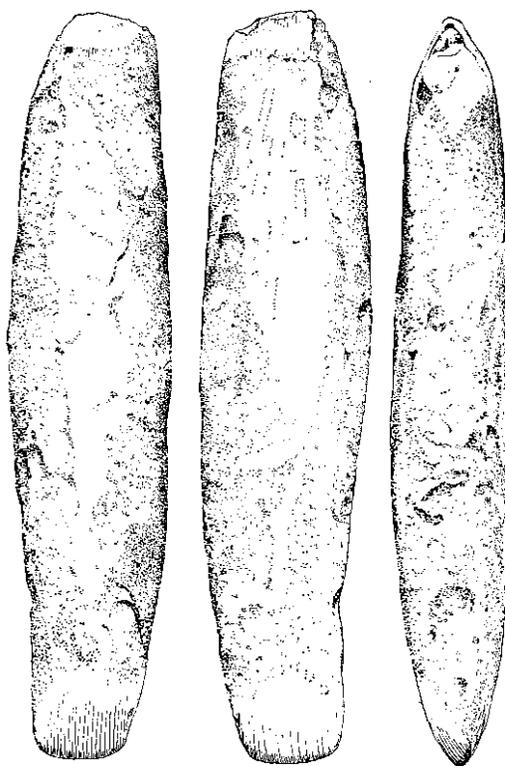


Fig. 13. Hacha cilíndrica con doble filo.
Largo: 31,5 cm. Eldorado.

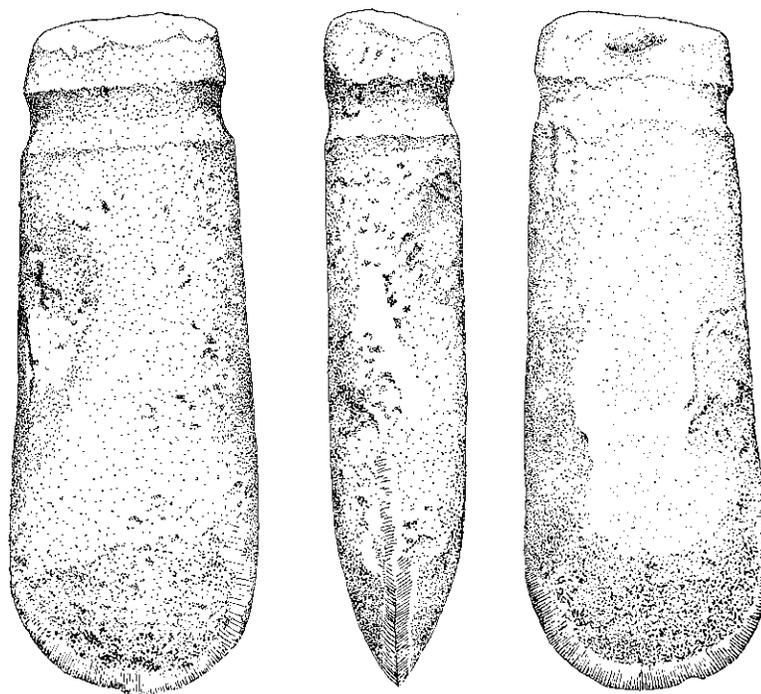


Fig. 14. Hacha trapezoidal, levemente planconvexa, con cuello. Largo 23 cm. Eldorado.

del mismo tipo, pero más alargadas y con un cuello para el enmangamiento. El Dr. Embón posee un objeto único con dispositivo especial para el enmangamiento en forma de un tapón, es decir, una auténtica "hacha de hombros". Muestra elaboración muy perfecta y tiene aproximadamente 21,5 cm. de largo, 6,5 cm. de ancho y 4 cm. de espesor. Es planconvexo como las hachas trapezoidales y bien alisada; el corte es semi-circular, la sección transversal del tapón es casi redonda. La gran importancia de este objeto reside en el hecho de que se trata de una forma característica del Neolítico de Indochina, China austral, Formosa, Filipinas y algunas regiones colindantes, prestándonos así un valioso indicio de las relaciones culturales entre América y Asia sudoriental. Entre los otros instrumentos de piedra de este complejo mencionamos majaderos largos y cortos, ajustados mediante martillaje, y "conanas" es decir, losas de piedra de las que se valían para

moler (no es imposible que semejantes instrumentos ya existieran en el período epimiolítico).

De interés especial es la alfarería, de la cual conocemos muchos fragmentos y algunos especímenes completos, conservados en la colección del Sr. Moensted y en Eldorado (ver las figs. 15-16). Se trata de una cerámica muy simple, lisa, pero bien hecha, de color gris o más raramente rojo ladrillo y sin decoración alguna. Las formas representan pequeños pucos y otros vasos con paredes más altas que se estrechan hacia la boca. Las bases son globulares. Según informaciones recibidas de los pobladores se hallaron también recipientes con asas, pero ningún ejemplar fué guardado.

En la primera mitad del año 1956 nos comunicó el señor Hermann Wachnitz la existencia de túmulos y terraplenes circulares en los terrenos de los Sres. Alberto Schaefer y Hermann Durian. Es un fenómeno tan extraordinario para la zona —y algo nuevo para toda Sudamérica— que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires despachó una comisión oficial para el estudio de estos monumentos arqueológicos integrada por el autor, su esposa, los doctores *Ciro R. Lafón* y *Marcelo Bórmida* y la licenciada en Arqueología señora *Carmen Marengo de Fernández Vidal* (2). Uno de los círculos anunciados por Wachnitz (Nº V) se halla en una ligera hondonada, unos 500 m. apartado de los otros; tiene un túmulo central y un diámetro de unos 60 m. Los otros cuatro se extienden sobre una loma con buena vista. El más grande encierra un túmulo, en los otros no pudimos verificar semejante construcción. Después de nuestra presencia el señor Wachnitz descubrió indicios de dos círculos más en las inmediaciones de este grupo. El círculo mayor (Nº I) tiene un

(2) Tenemos que agradecer muchísimo la abnegada colaboración de los señores Hermann Wachnitz y Ernesto Mayntzhusen en Eldorado. El último es un sobrino del gran pionero de la arqueología misionera Federico Mayntzhusen († 1948); como agrimensor tuvo la amabilidad de colaborar en el levantamiento topográfico de los círculos I-IV, cuyo original publicaremos oportunamente. El Sr. Rodolfo Hermann, fotógrafo de Buenos Aires, puso de manera desinteresada sus fotos a nuestra disposición. lo que también agradecemos cordialmente.

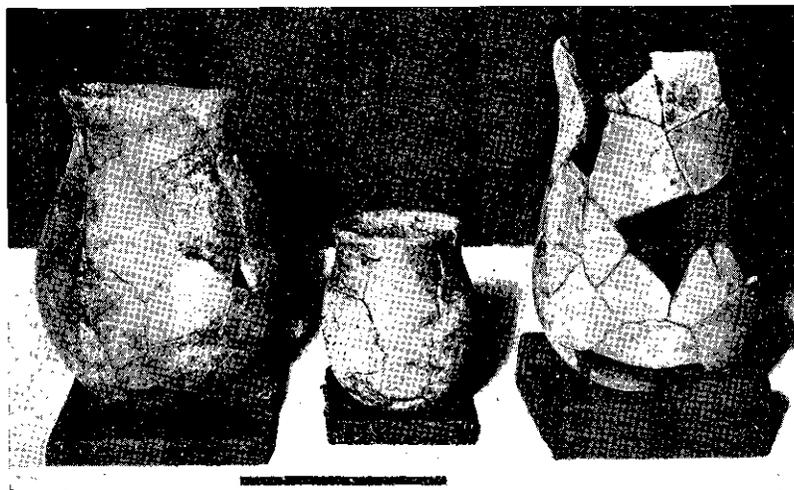


Fig. 15. Vasos. Eldorado, chacra Moensted. (La línea negra indica 10 cm.).

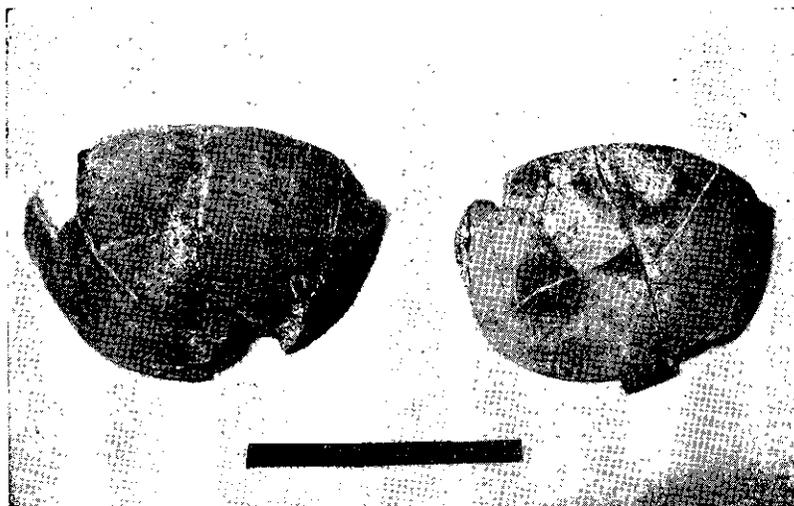


Fig. 16. Pucos o tazones. Eldorado, chacra Moensted. (La línea negra indica 10 cm.).

diámetro de unos 170-180 m.; el túmulo muestra unos 20 m. de diámetro y 3 m. de alto. Desgraciadamente fué devastado por buscadores de tesoros inmediatamente antes de nuestra llegada. En la circunvalación se observan al norte y al sur dos interrupciones de unos 20 m. de ancho; son evidentemente entradas de un camino que cruzaba el círculo pasando al este del túmulo. Desde la abertura sud dos terraplenes paralelos y de-

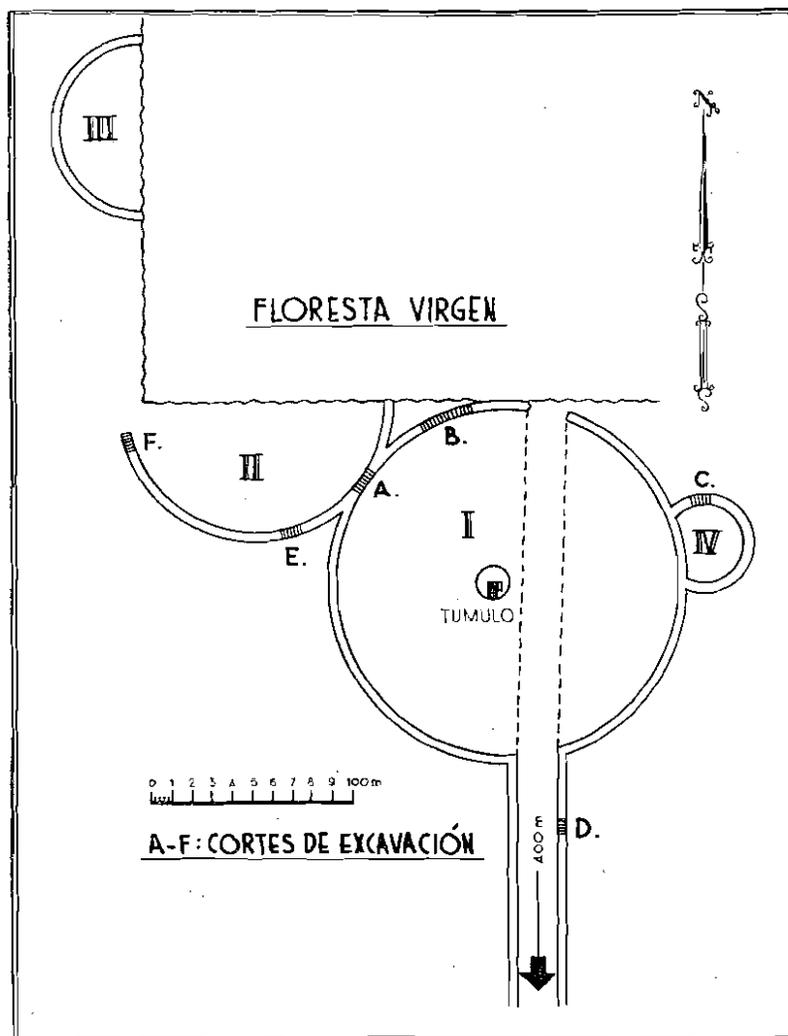


Fig. 17. Plano de los círculos I - IV en el campo de Alberto Schaefer, Eldorado. Arriba, a la izquierda (entre círculos II y III) se halla la zona de capas culturales y hallazgos superficiales.

rechos acompañaban el camino pendiente abajo hacia un arroyo, pudiéndoselos reconocer todavía en unos 400 m. de largo; la continuación está borrada. Hacia el este colinda el más pequeño círculo (Nº IV) con el máximo; su óvalo tiene 35 x 45 m. de diámetro. En el noroeste se superponen los círculos Nº I y II. La mitad de este último está todavía oculta en la floresta virgen. Lo mismo vale para el círculo Nº III, al norte del II. Sus diámetros pueden estimarse en 130 y 90 m. respectivamente (v. fig. 17).

Nuestras excavaciones se concentraron sobre todo en el círculo máximo. Investigamos ante todo el estrecho donde se combina con el círculo II, y otro su parte más septentrional. En el interior del terraplén apareció una camada de guijarros muy irregular y muchas veces interrumpida (fig. 18). La consideramos como resto de un cerco sagrado que posteriormente fué reemplazado por una circunvalación de tierra de poca altura (hoy tiene 30-40 cm.). Tal vez estaba coronada por una empalizada. En los otros círculos faltan aparentemente las camadas pétreas. En lo que se refiere al túmulo suponemos que es un monumento sepulcral, sin poder establecerlo con seguridad por no poder excavar completamente esa mole y el terreno colindante en el tiempo a disposición. Otra interpretación posible de estas construcciones sería la de aldeas circulares con túmulo ceremonial en el centro. Este tipo de población existe entre los modernos Ge. Pero contra tal presunción habla el hecho de que el acervo cultural encontrado en el círculo era muy pobre. Faltaban claros vestigios de fogones y desechos de cocina, como huesos, conchillas, etc.; de artefactos se hallaron exclusivamente algunas esquirlas basálticas y pequeños tiestos de alfarería, semejante aunque no siempre idéntica con la de la chacra de Moensted. Ante todo es notable que algunos de los fragmentos muestran una sencilla decoración mediante impresiones de canastas y tal vez punciones de instrumento puntiagudo. Lo mismo vale para los restos cerámicos que afloraban en ciertos puntos fuera de los vallados (entre círculo II y III) en profundidades de 10 a 40 cm. En esta zona aparecieron también carbones, guijarros, esquirlas y núcleos de basalto en cantidad algo mayor y además —en la superficie, pero probablemente excavado por tra-

bajos del cultivo moderno— el fragmento de una gran hacha cilíndrica. Todo eso sugiere la existencia de modestas viviendas, probablemente muy efímeras, al exterior de los terraplenes. De todos modos será necesario examinar más detenidamente estas construcciones y sus alrededores para lograr un juicio definitivo sobre su finalidad. Seguro, es, sin embargo, que los numerosos manantiales que brotan en las lomas de Eldorado representan centros —y tal vez los auténticos centros— del poblamiento de este período, pues en la fase inicial de la colonización europea de esta región, después de la primera guerra mundial, se hallaron considerables acumulaciones de cerámica lisa en aquellos parajes como cuentan los antiguos pobladores. Desgraciadamente casi nada se ha conservado.

No está comprobado y ni siquiera es probable que todos estos hallazgos —aunque en general se pueden atribuir al Neolítico antiguo— sean absolutamente contemporáneos o pertenezcan a la misma cultura tribal, aunque es razonable pensar que representan el patrimonio de un grupo de tribus emparentadas; pueden repartirse en un período de 1.500 a 2.000 años. Sería también prematuro decir algo decisivo sobre el carácter étnico de esta población. Se pensará, desde luego otra vez en los Ge, que, en el transcurso de su desarrollo, sin duda asimilaron muchas influencias neolíticas, recibidas de los plantadores superiores. Sin embargo no conocen y probablemente nunca conocieron una cerámica tan fina como la del *Eldoradense* (llamamos así la cultura de los terraplenes circulares). Así es imaginable que la cultura o las culturas de este tipo que se manifiestan en Eldorado, y que seguramente aflorarán en otras partes de Misiones, representen el legado arqueológico de aquellos antiguos grupos étnicos que difundieron los progresos neolíticos en esta zona y cuya identidad todavía no podemos establecer. No es imposible que un día podamos definirla, pero eso presupone el conocimiento mucho más profundo de la arqueología prehistórica no solamente de Misiones, sino también del Brasil, que hasta la fecha es casi tierra incógnita desde este punto de vista. Con toda reserva pensamos en un grupo de cultura paleo-amazónica, anterior



Fig. 18. Excavación del círculo I en el trecho de contacto con II (corte A), mostrando las irregulares canchales de guijarros en su base. (Foto R. Ostermann, 1956).

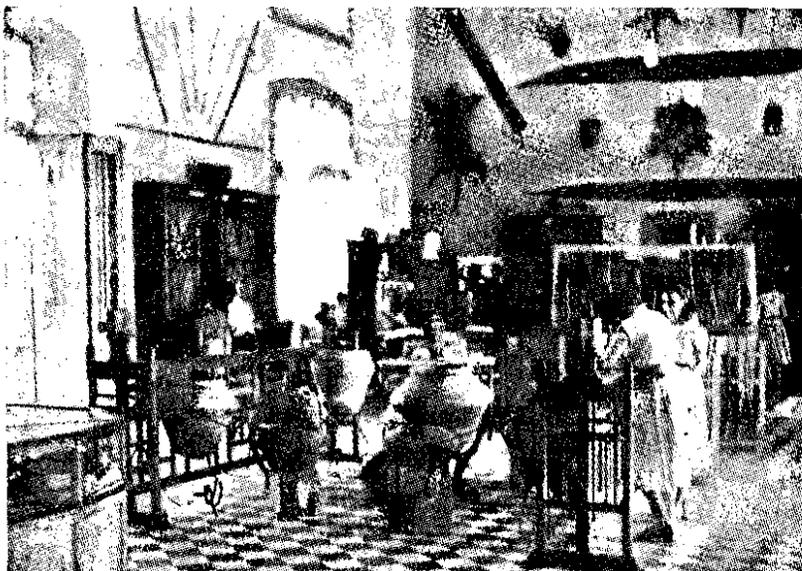


Fig. 19. Gran sala del Museo de Posadas con los vasos funerarios guaraní en el centro. (Foto Menghin, 1950).

a la integración de los grandes troncos étnicos arnak, guaraní, etc.

Cabe mencionar en este conjunto otro yacimiento interesante de Eldorado, un túmulo con fosa y vallado, construcción muy distinta de los grandes terraplenes y también de dimensiones mucho más reducidas. Está ubicado en el terreno de Mandt y Cía. Su aspecto exterior recuerda exactamente las tumbas que los indios Caingang del Brasil (grupo con ciertas relaciones culturales con los Ge sin ser idénticos con ellos) solían erigir para sus caciques todavía en el siglo pasado. Una parcialidad de los Caingang vivía alrededor del comienzo de nuestro siglo en el Norte de Misiones, donde Ambrosetti los pudo estudiar. Sería posible por lo tanto, que la tumba del campo Mandt tenga algo que ver con los Caingang. En favor de tal suposición y de su relativa modernidad habla también la tradición popular de que se trata de la tumba de un cacique. Un buscador de tesoros atacó el túmulo sin descubrir objeto alguno, lo que no puede sorprender en consideración del carácter de estos enterratorios cuyo ajuar funerario se limita a algunos arcos y flechas, todos de madera y por lo tanto perecederos. Además, las propias inhumaciones se encuentran en posición excéntrica, el mismo túmulo no contiene nada. Para la edad del túmulo Mandt tenemos otro indicio: dista del río solamente unos 7 kilómetros y por eso, difícilmente puede pertenecer al tiempo en el cual los guaraníes dominaban las orillas del Paraná. Será, por consiguiente, preguaraní, pero no tal vez mucho más antiguo que la invasión de aquéllos.

La tercera época de la prehistoria misionera, el *Neolítico más reciente*, corresponde a la cultura guaraní. Se expresa arqueológicamente ante todo en grandes cementerios con encrmes y característicos vasos, muchas veces pintados en su parte superior; la parte inferior o también el vaso completo están decorados de manera arcaica mediante presiones digitales (fig. 19). En estos recipientes se depositaban los esqueletos de los difuntos, pero recién después de la putrefacción de la carne; se trata pues, de enterratorios secundarios. De ellos salen con cierta frecuencia aditamentos funerarios, uno u otro pequeño vaso, adornos de piedra, hueso o cobre y ante

todo tembetás: esa palabra guaraní se usa también en arqueología para denominar los adornos labiales profusamente utilizados por los antiguos guaraníes y otras tribus indias. Tienen forma de una T, algunos están fabricados de cuarzo transparente y comprueban un alto grado de habilidad técnica. En el Museo de Posadas están exhibidos varios hermosos ejemplares de estos adornos y además otras antigüedades de los guaraní, en gran parte donaciones de Federico Mayntzhusen. Entre ellas figuran también pipas de fumar del tipo cónico, hechas de barro cocido, hachas cilíndricas y otras con cuello, bien pulidas y más pequeñas que las de la época anterior. Son hallazgos aislados o proceden de poblaciones de los guaraníes, de las que en Misiones desgraciadamente ninguna está explorada en contraste con otras partes del Este argentino, especialmente el Delta del Paraná, donde la cultura de Arroyo Malo corresponde al complejo de referencia.

Sabemos mucho sobre los guaraní a través de las fuentes históricas, ante todo por los relatos de la primera hora que nos dejaron los lansquenetes alemanes Hans Staden y Ulrich Schmidel. Los guaraní eran formidables guerreros y canoeros, terribles para sus vecinos particularmente por ser caníbales fervorosos. Se aposentaban con frecuencia en las riberas del Río Paraná para facilitar sus correrías acuáticas. No sabemos en realidad cuándo penetraron en esta región. Pero la identidad de sus residuos culturales desde la costa sur del Brasil hasta la isla Martín García cerca de Buenos Aires es un elocuente testimonio en pro de su rápida y relativamente reciente expansión, que tal vez comenzó entre los 1.000 y 1.200 años d. de J. C.

La amenaza del guaraní obligó sin duda a los indios más primitivos a buscar refugios en lugares más seguros, lejanos de los ríos. Podemos esperar residuos arqueológicos de estos grupos en el interior de Misiones; pueden tener un carácter muy rudimentario de manera que es difícil descubrirlos. Conocemos, además, en Misiones algunas otras modalidades arqueológicas que no podemos clasificar satisfactoriamente: corresponderían a unidades étnicas especiales, o bien a intrusos casuales. En ese conjunto mencionamos las puntas de flechas pétreas con pedúnculo ancho, muy semejante a las pata-

gónicas y del Uruguay sudoccidental, donde pasan por armas de los Charrúas, tribu típicamente cazadora. Entre los cerámicos misioneros que se conservan en el Museo de Posadas se hallan varios cuya pertenencia cultural es completamente oscura. Se trata de vasos lisos, pero tienen formas tan peculiares que no nos atrevemos a atribuirlos sin más al Neolítico antiguo, y aún menos al Eldoradense. La publicación de todo este material tan interesante sería muy deseable.

Como se ve, son numerosos todavía los problemas de la prehistoria misionera, pero por lo menos ya disponemos de un amplio andamio cronológico.

B I B L I O G R A F I A

AMBROSETTI, JUAN BAUTISTA. *Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná e Iguazú*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, XV, 1894, pp. 247-304, Buenos Aires.

AMBROSETTI, JUAN BAUTISTA. *Tercer viaje a Misiones*. Bol. del Inst. Geogr. Arg., XVI, 1895, pp. 391-523, Buenos Aires.

AMBROSETTI, JUAN BAUTISTA. *Los indios Kaingangues de San Pedro (Misiones) con un vocabulario*. Revista del Jardín Zoológico, II, 1895, pp. 305-387, Buenos Aires.

AMBROSETTI, JUAN BAUTISTA. *Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná (Misiones)*. Bol. del Inst. Geogr. Arg., XVI, 1895, pp. 227-257, Buenos Aires.

CAMBAS, ANIBAL. *Paraderos y enterratorios guaraní*. Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Misiones, II, 1941, pp. 6-7, Posadas.

HOWARD, GEORGE D. y WILLEY, GORDON R. *Lowland Argentine Archeology*. Yale University Publ. in Anthropology, 39, 1948, 40 pp., New Haven.

MAYNTZHUSEN, FEDERICO C. *Über vorkolumbische Siedlungen und Urnenfriedhöfe der Guarani am Alto Paraná*. Congreso Internacional de Americanistas, XVII (1910), pp. 459-469, Buenos Aires, 1912.

MAYNTZHUSEN, FEDERICO C. *Instrumentos paleolíticos del Paraguay*. Congr. Intern. de Americ., XX (1922), Tomo II/2, 1928, pp. 177-180, Río de Janeiro.

MAYNTZHUSEN, FEDERICO C. *Funde altsteinzeitlicher Werkzeuge im Alto Paraná-Gebiet*. Congr. Intern. Americanistas, XXIII (1928), 1930, pp. 346-350, New York.

MAYNTZHUSEN, FEDERICO C. *Las cerámicas de los paraderos prehistóricos del Alto Paraná*. Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Misiones, II, 1941, pp. 3-5, Posadas.

MENGHIN, OSVALDO F. A. *El Alto-paranaense*. "Ampurias", XVII-XVIII, 1955/56, pp. 171-200, Barcelona.

METRAUX, ALFRED. *The Caingang*. Bureau of American Ethnology, Bull. 143, tomo I, 1946, pp. 445-476, Washington.

METRAUX, ALFRED. *The Guarani*. Bureau of American Ethnol., Bull. 143, tomo III, 1948, pp. 69-94, Washington.

ORSSICH-SLAVETICH, ADAM, CONDE, y STADLER ORSSICH, ELFRIEDE. *Stratigraphic Excavations in the Sambaqui of Araujo II, Paraná, Brazil*. American Antiquity, XXI, 1956, pp. 357-369, Menasha.

SERRANO, ANTONIO. *Los sambaquis y otros ensayos de arqueología brasileña*. Anais do III Congresso Sul-riograndense de Historia e Geografia, 1940. 117 pp., Porto Alegre.

TERUGGI, MARIO E. *Los basaltos tholeiíticos de Misiones*. Notas del Museo de La Plata, XVIII, 1955, pp. 259-278, La Plata.

WILHEMY, HERBERT. *Die eiszeitliche und nacheiszeitliche Verschiebung der Klima- und Vegetationszonen in Südamerika*. Deutscher Geographentag, Frankfurt 1951, Tagungsbericht und wissenschaftl. Abhandlungen, XXVIII, 1952, pp. 121-127, Remagen a. Rh.

APENDICE

Muy próximo a apareecer este tomo, recibimos del Dr. Menghin noticias de su último viaje a Misiones (Julio de 1957). Sus resultados amplían los datos del presente artículo, por lo que consideramos de interés su inclusión:

"La excavación del pequeño túmulo y el vallado circular de Eldorado no proporcionó el menor resto cerámico, a pesar de haber retirado la tierra de gran parte de la colina. Tampoco aparecieron otros objetos arqueológicos, ni hubo rastros de tumbas. Es de suponer que los enterrados han desaparecido por completo, ya que la tierra de Misiones carcome rápidamente toda sustancia orgánica. En mi opinión, tratase de tumbas a pesar de todo.

Por lo demás, ha sido posible determinar dos estilos cerámicos, probablemente de diferente época. A uno podemos llamarlo cerámica de los túmulos, ya que apareció en bastante cantidad en la excavación del túmulo grande efectuada el año pasado; aparece también en muchos lugares de antiguos poblados en la zona de Eldorado, pero sin otros elementos acompañantes (carbón, huesos, etc.), a excepción de esquirias de meláfiro y de un tipo característico de raedera nucleiforme (a veces con una o dos saliencias en punta), así como gruesos ras-

padores linguiformes, siempre de meláfiro. Surge así una diferenciación dentro del rico conjunto de formas del Alto-paranaense. Esta cerámica era lisa, o provista de incisiones. Un tiesto presenta impresiones de "faja" (*Wickelband*) (obtenido por el extremo de un punzón envuelto en un hilo; ello es típico para ciertas cerámicas del Neolítico nórdico y ártico de Escandinavia, apareciendo a veces también en otras zonas, por ej. en España, en donde parece ser de época hallstática). En muchos casos los bordes se engrosan hacia afuera. Los recipientes son pequeños, como los reproducidos en este artículo (fig. 15 y 16). La pasta es de color gris o rojo ladrillo. La gris presenta a veces un baño gris claro.

El segundo estilo cerámico produce una impresión más primitiva. Hay muchos fragmentos gruesos (más de 1 cm.), pero asimismo de buena cocción. A menudo aparece una decoración de finas incisiones (*Schraffendekoration*) verticales o cruzadas, ésta distribuida en zonas. Todavía no ha sido hallado un recipiente entero, pero de un fragmento grande podemos deducir que el mismo tenía paredes rectas. No me atrevo a decidir si uno de los dos estilos cerámicos es más antiguo que el otro, y de cuál de ellos se trata, ya que las características primitivas del segundo podrían llamar a engaño.

La cultura de los túmulos, a la que probablemente corresponda la cerámica primeramente descrita, la llamo Eldoradense. A la segunda no quiero bautizar hasta no contar con más material.

Poco a poco comienza a percibirse una evolución dentro del Alto-paranaense. Parece haber un período más antiguo, clásico, y uno más reciente, con una degeneración en el tipo de las clavos curvadas y la tendencia al pulimento de los filos, así como la preferencia por el material negruzco en vez del rojizo. En el campo del Sr. Wachnitz, cerca del Paraná, el grupo antiguo parece hallarse en situación más elevada que el reciente, el que se halla centrado en la hondonada. Cabe suponer que su desecación se produjo en un tiempo posterior, permitiendo entonces el poblamiento". (Carta del 29 VII 1957).

LA FOTOGRAFIA Y EL RECONOCIMIENTO AEREO EN LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS DEL N. O. ARGENTINO

Por ALBERTO REX GONZÁLEZ

*A mis amigos de la Fuerza Aérea
Argentina, vicecomodoros Miguel
Julio Costa, Eduardo Mac Loughlin
y Dardo E. Ferreira (*).*

I

El progreso técnico es el resultado del progreso científico y, recíprocamente, la técnica contribuye al progreso de la Ciencia. Las aplicaciones de la aeronáutica a investigaciones científicas puras o aplicadas son múltiples; distintas ramas de las ciencias naturales, como la Geografía, Geología y Zoología, han utilizado con provecho el concurso del avión para solucionar determinados problemas, y si las llamadas ciencias del hombre —Antropología— tienen cabida en el cuadro de aquéllas habría que incluir entre las ciencias naturales beneficiadas a la Etnografía y la Arqueología.

Chombart de Lauwe (P. Chombart de Lauwe, 1948) nos brinda en su magnífico libro una bellísima descripción, espléndidamente ilustrada, del extenso campo de posibilidades que la aviación ofrece a la ciencia.

En nuestro país, el empleo del avión como auxiliar de las investigaciones científicas no ha alcanzado aun la difusión que las posibilidades de éste brindan. Hay sin embargo, algunos antecedentes de interés; así dentro del campo de la Geología hace ya muchos años que el profesor Juan Olsacher, de la Universidad de Córdoba, utilizó el avión en sus investigaciones geológicas de las sierras cordobesas. Mediante la observación aérea este distinguido geólogo pudo descubrir los

(*) En el momento de publicarse este trabajo, el hoy Comodoro Eduardo Mac Loughlin es Ministro de Aeronáutica de la Nación (N. del D.).

meandros de los antiguos cauces abandonados del río Primero, dibujando un plano del antiguo lecho (Olsacher, 1934, p. 77). Otras importantes investigaciones se deben al ilustre geólogo desaparecido Dr. Enrique Fossa-Mancini, oficial de las fuerzas aéreas italianas durante la primera guerra mundial. El Dr. Fossa-Mancini usó la observación y fotografía aérea en los estudios preliminares para la búsqueda de petróleo (Fossa-Mancini, 1938) y en investigaciones de carácter sísmológico realizadas en Mendoza (Fossa-Mancini, 1938).

Es indudable que la geografía es la que más se ha beneficiado con el empleo de la aeronáutica, en especial en lo que se refiere a levantamientos topográficos mediante la fotogrametría aérea. En nuestro país la Marina de Guerra ha efectuado levantamientos que suman muchos miles de kilómetros cuadrados y abarcan regiones distintas desde la isla de los Estados hasta el Chaco (Portillo, 1945), y actualmente la aeronáutica militar está efectuando relevamientos en el N. O. del país.

La aviación ha sido utilizada también como auxiliar de los estudios arqueológicos desde los primeros momentos de la historia de la navegación aérea; esta clase de investigaciones cuenta por lo tanto con una larga historia en la que se resume toda la experiencia de un método definitivamente incorporado a la arqueología y reconocido como de positivo valor; así lo establecen los más importantes manuales de técnica o las sinopsis más autorizadas sobre el tema (Rowe, 1953).

Es probable que las primeras observaciones de interés en el campo de la observación y fotografía aérea con fines arqueológicos las hayan llevado a cabo, durante el transcurso de la primera guerra mundial, arqueólogos incorporados como aviadores en los ejércitos en lucha, quienes sobrevolaron y observaron desde el aire ruinas y lugares arqueológicos diversos; ya en 1915 León Rey utilizó la aviación para estudiar diversas ruinas de Macedonia (Martínez Santa Olalla, p. 5).

Terminada la primera guerra mundial, los esfuerzos para aplicar el nuevo método se extendieron y en Inglaterra el Veterano G. S. Crawford cumplió verdaderas campañas de divulgación y de trabajos (Reeves, p. 103). En regiones apartadas de la India, el relevamiento arqueológico aéreo se aplicaba extensivamente en 1923 en el estado de Jaipur (Anónimo

p. 34). Quizás las investigaciones de mayor magnitud e importancia son las realizadas hasta ahora por el padre jesuita Poidebard, aviador y arqueólogo, en sus trabajos del desierto de Siria, efectuado con la colaboración de las fuerzas aéreas de Francia (M. Santa Olalla, p. 5).

Un buen ejemplo del valioso auxilio que presta la aviación a la arqueología es la obra del Coronel Jean Baradez sobre las ruinas romanas de Argelia, con una magnífica serie gráfica sobre las redes de caminos, fortines y restos de guarniciones en ruinas, que bordean el desierto y fueron en época de su esplendor sostén del poderío imperial romano (Baradez, 1949). También las famosas ruinas de Zimbawe fueron estudiadas con el concurso del avión (M. Santa Olalla p. 6) y en la Mesopotamia el Instituto de Estudios Orientales de la Universidad de Chicago se vale también de la fotografía aérea (Reeves, p. 106).

En América los antecedentes del uso del avión a los fines de la arqueología son muy numerosos. Quizás es en Perú donde la aplicación del método ha adquirido su mayor difusión, debido a diversas circunstancias, entre ellas las más importantes son, probablemente, la magnitud de los restos arqueológicos y las extraordinarias condiciones de visibilidad que proporcionan las vastas regiones semidesérticas de la costa peruana donde se hallan aquellas ruinas. Estas condiciones favorables son tales que han permitido descubrir lugares arqueológicos en sitios no recorridos previamente, sitios que hubieran pasado desapercibidos en una búsqueda superficial de rutina ⁽¹⁾.

Por otra parte existen obras especiales dedicadas a la fotografía aérea del Perú y de sus ruinas arqueológicas (Horkheimer, 1950, p. 57). Una misión norteamericana se dedicó exclusivamente a este fin durante muchos meses de labor (Shipee 1932 y Johnson 1930). Algunos vestigios de tipo muy especial sólo se pueden visualizar completamente desde el aire como lo demuestran las series de curiosísimos restos estudiados por Kosok y Reiche en las proximidades de Nazca, cuyo significado es uno de los tantos enigmas de la arqueología americana (Kosok y Reiche, 1949. Reiche, 1949).

La densidad de la selva meso-americana no ha sido obstáculo para que se aplicara el avión en la búsqueda de restos y sitios arqueológicos, aunque indiscutiblemente, en esta zona de vegetación exuberante, las posibilidades de la foto aérea no tiene los alcances que tiene en la costa peruana (Ricketson, 1930, p. 205).

En la arqueología de América del Norte el uso de la fotografía aérea está bastante extendida y es frecuente que en los trabajos arqueológicos habituales se incluyan fotografías aéreas (2). Un resumen de esta clase de investigaciones puede verse en el trabajo de Reeves (Reeves, 1949) y como complemento sobre todo en lo que se refiere al uso del helicóptero la interesante nota de Setzler (Setzler, 1952) (3). En las regiones árticas las breves referencias de Larsen y Rainey ponen claramente de manifiesto, el gran auxilio que la aviación presta a la arqueología, hasta el grado de poder proveer diferencias cronológicas entre determinados vestigios con la simple observación (Larsen y Rainey, p. 15).

En nuestro país no se había intentado hasta hace poco llevar a la práctica la observación y la fotografía aérea aplicadas a las investigaciones arqueológicas, pese a que algunas de nuestras zonas ofrecen un buen campo para la aplicación de este método. Existían sugerencias formuladas por el doctor Olsacher, en el trabajo ya mencionado (Olsacher, 1934), quien pese a dedicarse a otra especialidad supo comprender toda la importancia que la fotografía y el relevamiento aéreo podría tener en esta clase de estudios, señalando el particular beneficio que estas investigaciones aportarían, en el estudio del difícil problema que plantean los montículos arqueológicos de Santiago del Estero extendidos a lo largo de los cauces de los ríos Dulce y Salado. Sus previsiones han sido confirmadas, ya que hemos tenido ocasión de fotografiar desde el aire, con muy buen resultado, un yacimiento arqueológico compuesto de montículos, situado en la provincia de Catamarca según veremos más adelante, muy semejantes en su estructura externa a los montículos santiagueños.

Es necesario mencionar aquí, como antecedente a las observaciones y fotografías aéreas con fines arqueológicos, las

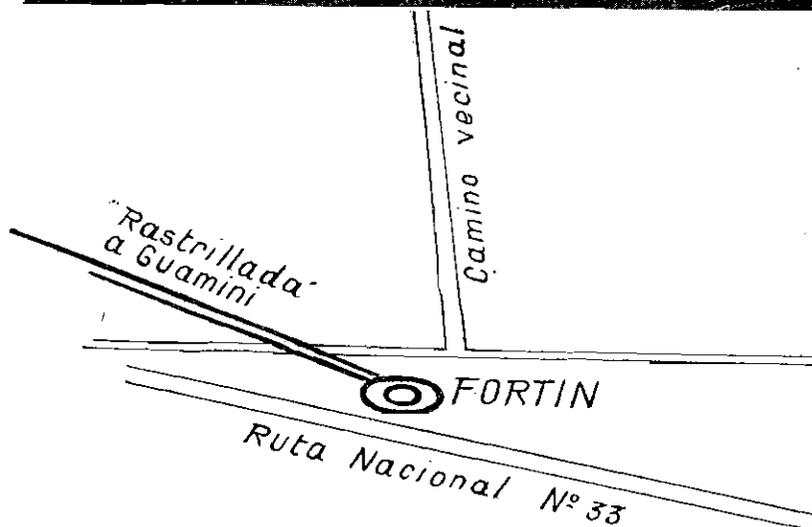
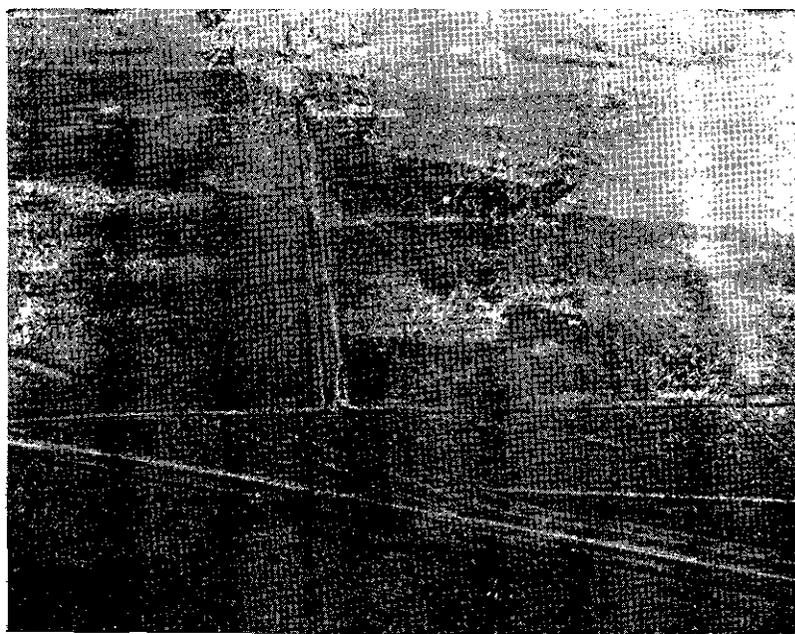


Fig. 1. Vista aérea y esquema explicativo de las ruinas de un viejo fortín próximo a Trenque Lauquén. (Foto Dr. J. Mayo).

realizadas por el distinguido aficionado Dr. José F. Mayo, de Trenque Lauquén, quien en distintos vuelos como aviador civil, pudo reconocer, utilizando la luz rasante del crepúsculo, la vieja línea de fortines y "rastrilladas" indias que, partiendo de Trenque Lauquén, se dirigían a Guaminí. Nosotros reproducimos aquí una de las fotografías del Dr. Mayo con la explicación correspondiente mediante un esquema (fig. 1). Además el mismo Dr. Mayo ha obtenido hermosas fotografías de la vasta serie de médanos y lomas que cubren la región, médanos donde se hallan abundantes paraderos indígenas; y en su compañía y con su pericia de piloto, hemos utilizado un pequeño avión Piper para trasladarnos de un yacimiento a otro efectuando búsquedas de superficie de manera que cumplimos en pocas horas con este medio lo que hubiera requerido días de andanzas.

II

En el presente artículo tratamos de dar una síntesis de los resultados obtenidos en una serie de vuelos sobre un área del N. O. argentino.

Nuestra experiencia dista de ser completa, es apenas un comienzo, ya que en total sólo hemos volado unas 16 horas; pero de cualquier manera queremos dar a conocer los resultados obtenidos, pues no sólo creemos pueden tener interés, sino que estos primeros intentos podrán servir a quienes realicen trabajos futuros y no dudamos que algún día, quizás no muy lejano, y cuando las condiciones de los sitios lo permitan, toda investigación arqueológica será precedida por reconocimientos aéreos.

Los primeros vuelos fueron efectuados en marzo de 1952 y la segunda parte de las mismas investigaciones en marzo de 1955. La primera vez utilizamos un avión Beechraft (característica A.E. 14) y en la segunda un De Havilland Dove (F. 4), ambos proporcionados para nuestros fines con toda prodigalidad por la Fuerza Aérea Argentina. Se trata de máquinas bimotores, de tamaño mediano, con un radio de acción



Fig. 2. Excelente ejemplo de fotografía aérea en zona con tapiz vegetal sin monte. Pueden apreciarse gran número de represas artificiales rodeadas de montículos arqueológicos. Los montículos mayores —señalados por flechas más grandes— se alzan sobre el lado occidental de la represa. Yacimiento de Las Estancias, Catamarca. (Foto Fuerza Aérea Argentina).

no superior a los 1.200 km. y un techo práctico próximo a los 5.000 m., equipados con dispositivos y cámaras fotográficas especiales.

La zona de nuestras observaciones comprende todo el valle de Catamarca, todo el gran bolsón de Andalgalá, hasta más al Sur de Aimogasta, la zona al S. del Aconquija, los valles de Hualfin, Santa María, y Tafi y las zonas intermedias. Esta amplia región ofrece ruinas y restos de tipo muy diferente y también lugares con vegetación y características fitogeográficas muy distintas. El tipo de vegetación que cubre los yacimientos arqueológicos es fundamental en cuanto a los resultados que pueden obtenerse en nuestro N.O.

Cuando el tapiz está dado por vegetación herbácea, desprovisto de árboles o arbustos, la observación y la foto aérea contrastada, obtenida con luz rasante y a una altura entre 250-400 m. da resultados excelentes. Dos son los sitios con estas características que hemos observado. El primero es el yacimiento denominado de La Estancia frente al nevado del Aconquija. Este sitio abarca muchas hectáreas de superficie y se compone en realidad de una serie de yacimientos distintos. Su característica esencial la constituyen una serie de montículos dispuestos alrededor de viejas represas. Estos montículos se alzan en medio de una planicie absolutamente chata y compuesta de sedimentos cuaternarios y holocenos (fig. 2). La naturaleza de estos montículos sólo será conocida a fondo cuando se practiquen excavaciones sistemáticas en ellos. Mientras tanto la simple observación de superficie permite adelantar que gran parte de los mismos se deben a la acción del hombre, siendo en parte basureros (*refuse mounds*.) Las fotografías aéreas permitieron localizar cada uno de estos grupos de montículos e individualizar luego cada componente. Observando dichas fotografías pueden verse las manchas oscuras de la vegetación que crece en el fondo de las viejas represas y luego la serie de montículos dispuestos alrededor de dichas depresiones. Un detalle de extraordinario interés es el hecho de que a cada represa corresponde un montículo de forma ovalada de grandes dimensiones situado sobre el lado occidental y una serie de montículos menores y circulares sobre el lado opuesto. La naturaleza intrínseca de estas diferencias (¹), sólo



Fig. 3. Vista de una serie de ruinas arqueológicas en la zona del Valle de Tafi (Prov. Tucumán) Ejemplo de fotografía aérea en sitios con tapiz vegetal de gramíneas bajas. (Foto Fuerza Aérea Argentina).

pueden resolverla las excavaciones, pero el interrogante queda abierto brindando una apasionante expectativa.

El análisis de la cerámica de superficie de algunos de estos montículos revela que los mismos, por lo menos en su última época, pertenecieron a la poco conocida cultura Condorhuasi y quizás a una facie de la cultura de La Aguada, ambas relativamente remotas, dentro de las culturas agroalfareras del N. O. argentino.

El estudio de las fotografías aéreas brinda por otra parte nítida visión topográfica de la zona donde se hallan los montículos y pueden convenientemente corregidas dar un excelente croquis de la zona, que evitaría el relevamiento habitual y la consiguiente pérdida de tiempo. A pesar de la nitidez de los detalles, podría obtenerse todavía un mayor relieve de los montículos si la fotografía se hubiera tomado durante las horas del crepúsculo con luz más oblicua, pero condiciones técnicas que veremos más adelante nos impidieron conseguir estos detalles, tales como viejas sendas y aun restos de paredes de piedra y habitaciones. La falta de fondos nos ha impedido hasta ahora realizar excavaciones en ese lugar cuya investigación ha de brindar, a no dudarlo, interesantísimas conclusiones.

El valle de El Tafí fué el segundo lugar donde los resultados obtenidos fueron excelentes pese al escaso tiempo que pudimos sobrevolar la zona. Allí también, en toda la extensión del valle, la vegetación es herbácea muy baja y rala, sin árboles o arbustos naturales. Pero los restos arqueológicos del valle son abundantísimos y de naturaleza distinta, en su mayor parte, a los ya mencionados. En Tafí existen, en cantidades no sospechadas, cientos y cientos de ruinas de paredes de piedra. Estas paredes no se elevan a más de 50 cm. del suelo, pero su colorido contrasta fuertemente con el fondo de la vegetación que las rodea, de manera que aparecen en las fotografías con gran nitidez. Como puede verse en las figuras se trata de pequeños núcleos de ruinas formados por círculos de paredes de piedra. Estos círculos son de dos a cuatro círculos mayores, de alrededor de 15 m. de diámetro, rodeados de círculos más pequeños. Existen millares de estos núcleos en todo el valle y en las laderas de los cerros vecinos (figs. 3 y 4). Esta clase de ruinas son conocidas desde hace mucho en la

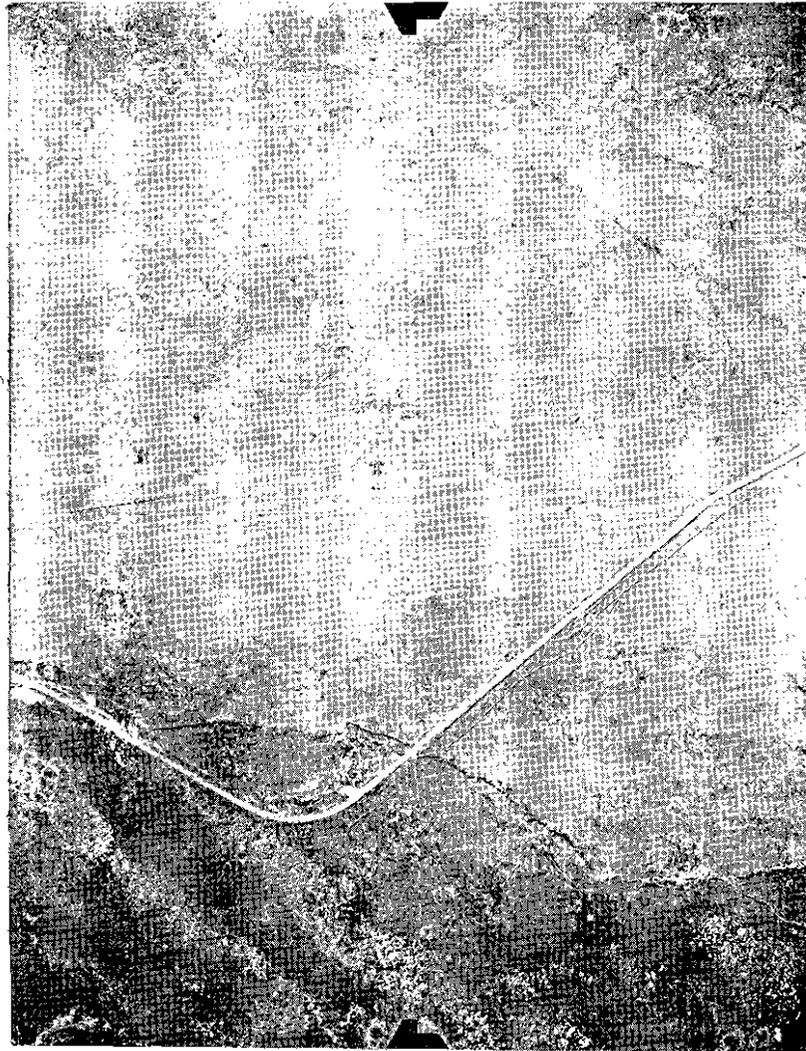


Fig. 4. Otra vista de ruinas en el valle de Taff. (Foto Fuerza Aérea Argentina)

literatura arqueológica del país (Bruch, 1913; Gancedo, 1913; Lafone Quevedo, 1904; Quiroga, 1899; Schreiter, 1928), sin embargo aún es dudosa la ubicación cultural de esta clase de vestigios (Bennett, p. 89) y faltan estudios serios y recientes sobre el tema, ya que todas las informaciones que poseemos son por demás escuetas. Este es uno de los tantos ejemplos del olvido y abandono en que ha caído nuestra arqueología.

No sería raro que parte de estos recintos circulares sean análogos a los recintos de siembra de la Puna y que los círculos más pequeños fueran viviendas, como hemos observado nosotros en nuestras excavaciones de Laguna Blanca. Fuera de los núcleos de recintos circulares existen otros de tipo poligonal, más amplics que los anteriores (fig. 4). Es de extraordinario interés fijar por medio de excavaciones adecuadas el contexto cultural que corresponde a estas ruinas y la cronología de las mismas. La vista a vuelo de pájaro de los vestigios existentes nos sugiere una etnia de costumbres distintas a las que conocemos por las crónicas históricas, ya que según podemos apreciar aquí, no existen verdaderas poblaciones sino que se trata de pequeños núcleos aislados, quizás formados por grupos familiares.

Un relevamiento aéreo total del valle de Tafi —que nosotros estábamos lejos de poder efectuar— dará resultados insospechados y permitirá descubrir enorme cantidad de restos. Estas investigaciones podrían completarse con la de las zonas aledañas donde sabemos que existen ruinas análogas a las que hemos descrito pero que salvo los magros informes de las primeras horas de nuestra arqueología, no han vuelto a ser estudiadas.

Fuera de los restos a que hemos hecho mención nosotros hemos podido observar desde el aire, aunque no pudimos fotografiarlas, una serie de curiosísimas estructuras que se evidenciaban por contraste cromático. Se trataba de rectángulos no muy grandes (6 a 10 m. aproximadamente en el lado mayor), dispuestos en grupos de 3 ó 4. No sería difícil que estos vestigios correspondan a restos de casas-pozo, tal como hoy sabemos existieron en otros lugares del N. O. argentino (Rex González 1954, a). Es indudable que estas diferentes clases de

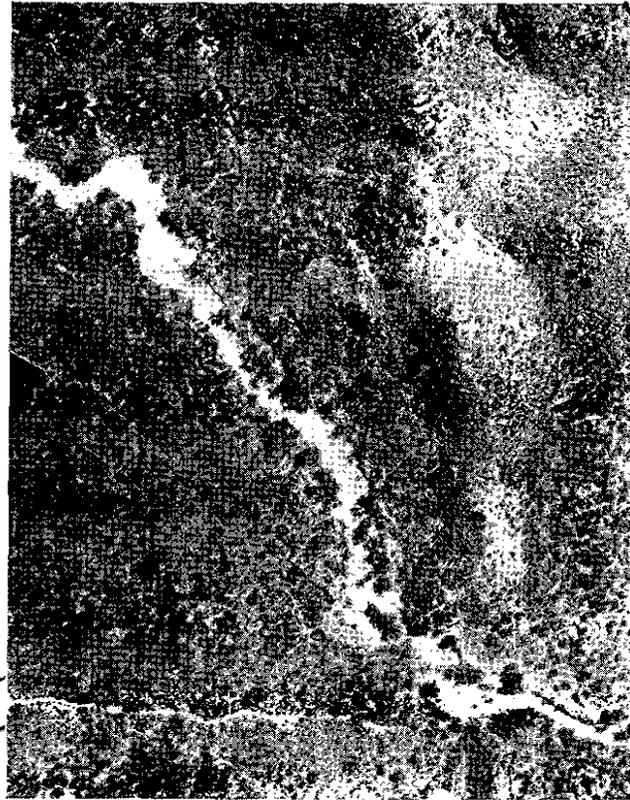
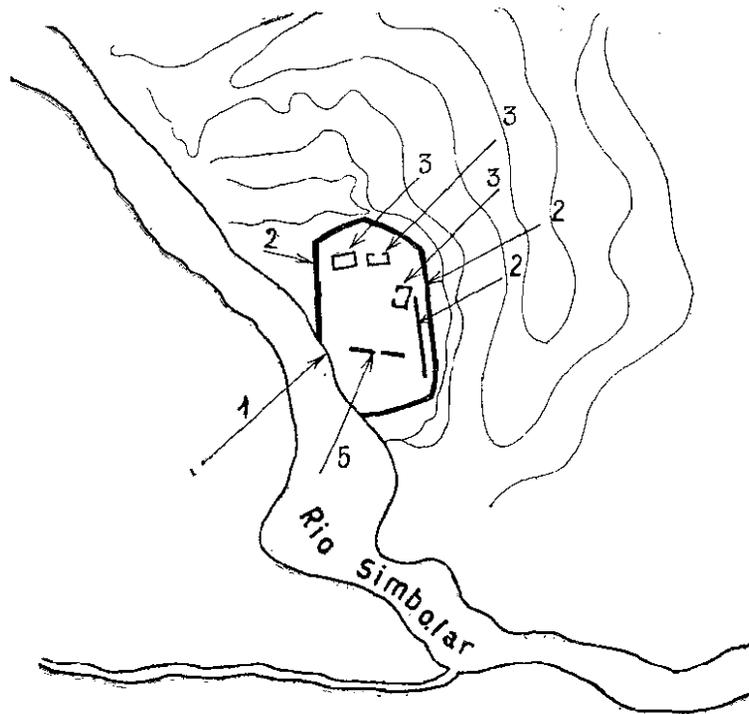


Fig. 5. Vista de un núcleo de ruinas en la zona del valle de Chincal, cerca de Londres. Dpto. Belén (Catamarca). Corresponden a una posible guarnición incaica. En el esquema adjunto se ven: 1, parte de la muralla de defensa destruída por el río; 2, restos de esa muralla que circuda el núcleo central de ruinas; 3, restos de habitaciones; 5, restos de muros interiores. Ejemplo de fotografía en zona de alto monte xerófilo que oculta gran número de detalles. (Foto Fuerza Aérea Argentina).

restos corresponden a épocas distintas. La existencia de un pucará, similar a los existentes en los valles calchaquíes y por lo tanto de los últimos períodos reafirmaría esta manera de pensar (Andrés, Selva S. de; s. f.).

No hay duda que podrían hacerse observaciones similares en los lugares donde existan vestigios arqueológicos y se repitan las mismas condiciones geográficas. Muchos sitios de la Puna, siempre desprovista de vegetación arbustiva, presentan esas cualidades, aunque allí la gran altura del altiplano exigiría el empleo de máquinas grandes y potentes. En nuestras dos series de vuelos no pudimos entrar a la zona puneña de Laguna Blanca debida a la imposibilidad de transponer, con los aviones citados, los 4.000 metros de altura de la barrera montañosa que se nos oponía para entrar en aquel bolsón.

En los valles situados a menos de 2.500 m. cubiertos de vegetación arbustiva, las condiciones de observación y fotografía aérea son muy difíciles. La aplicación del avión debe concretarse al estudio de condiciones fisiográficas y topográficas. Presentamos cuatro ejemplos de este tipo.

El primero corresponde al Cerro llamado Loma Larga que se halla en el vallecito de Chincal, al N. O. de la población de Londres, en el Dto. de Belén, provincia de Catamarca. En toda la extensión del pequeño valle abundan los vestigios arqueológicos, vestigios de distinta naturaleza y diferentes épocas. Un pequeño grupo de estos vestigios se halla situado sobre la cumbre del Cerrito antes nombrado.

En las ruinas más interesantes puede verse que la cumbre del cerro fué aplanada artificialmente hasta convertirla en pequeña plataforma y sobre ella se levanta una pequeña habitación de paredes de piedra en forma de U bien visible en la fotografía. Esta habitación, que nosotros habíamos excavado en nuestra campaña de 1954, contenía únicamente cerámica de tipo "Draconiano" en sus dos variedades, pintada y grabada, es decir pertenecía sin lugar a dudas a la facie cultural que hemos denominado de La Aguada (Rex González, 1954 a). Es muy interesante esta ruina pues son excepcionales o desconocidas las habitaciones de paredes de piedra en esta facie cultural y además la ubicación en lo alto del ce-

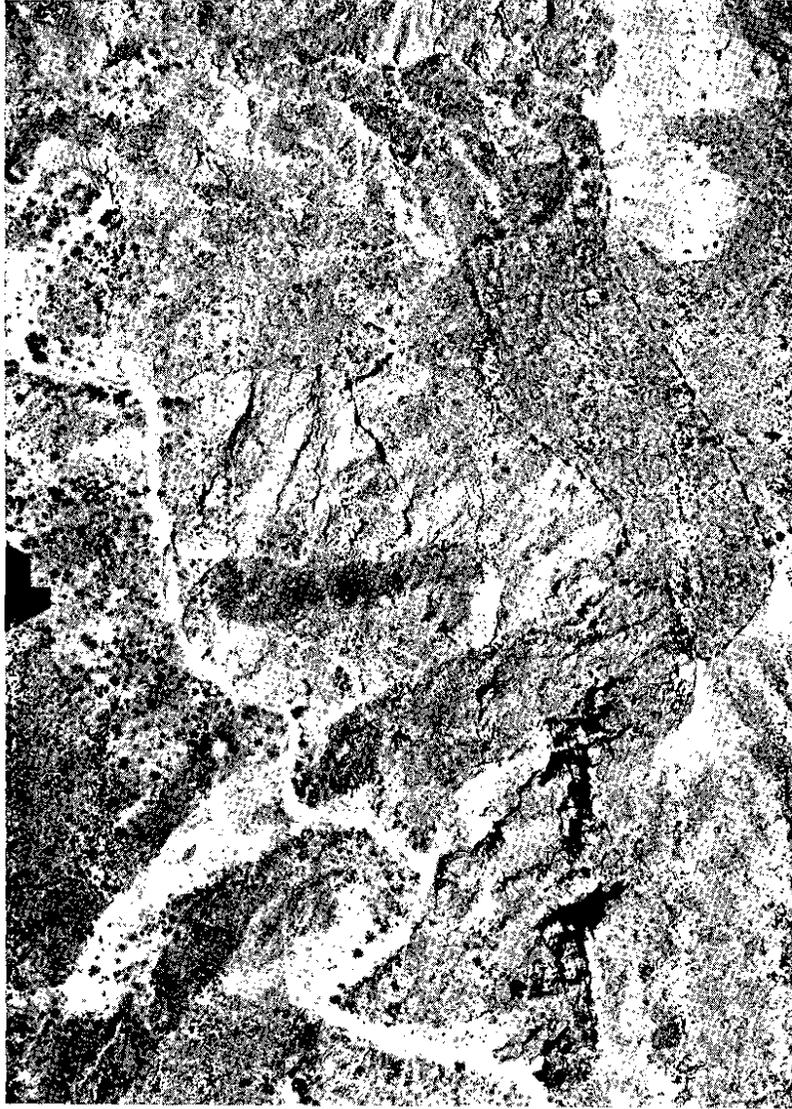


Fig. 6. Vista a vuelo de pájaro de la célebre población en ruinas de Loma Rica, Dpto. Santa María (Catamarca). Ejemplo de fotografía aérea en sitio con ruinas cubiertas por monte xerófilo. (Foto Fuerza Aérea Argentina).

rro, dominando todo el valle, sugiere una función que no ha sido la de simple vivienda. En el extremo opuesto se levantan otras ruinas apenas visibles entre la maraña que las cubre. No puede observarse, por la misma causa, la existencia de una muralla que circunda parte del pie de la Loma Larga.

La densa vegetación también dificulta la observación de otras importantes ruinas del mismo valle de Chincal. En la fotografía de la fig. 5 y en el esquema que la acompaña puede verse el núcleo de las ruinas existentes en las orillas del río Simbolar, no lejos de la Loma Larga. Se trata de un grupo de grandes habitaciones (4 x 10 m.) protegidas por un muro que circunda un espacio más o menos rectangular. Este muro es bien visible en la fotografía aérea, pese a la densa vegetación que la rodea. También puede observarse que parte de ese muro ha desaparecido por haber atacado el río la barranca sobre la que se hallaron edificadas las ruinas. En la fotografía se observa nítidamente parte de dos de las habitaciones existentes. Estas ruinas revelaron un contenido de material cerámico fragmentado, perteneciente en su casi totalidad a tipos de influencia incaica indicando que estamos en presencia de restos de una época muy distinta a los de Loma Larga, quizás a una de las tantas guarniciones incaicas existentes en el N. O. y de que nos hablan los cronistas.

Por último en la fig. 6 puede verse una fotografía de las célebres ruinas de Loma Rica situadas en el valle de Santa María (Rex González, 1954 b); el material arbustivo característico del monte xerófilo de la región impide, como en los casos anteriores, una clara visión de las ruinas, pero de cualquier manera pueden apreciarse una gran cantidad de muros y de habitaciones de esta población prehispánica. Son de gran interés los detalles topográficos visibles en la serie de fotografías obtenidas en este "recorrido", haciendo muy gráficas y objetivas el sentido estratégico y de difícil acceso de La Loma Rica.

Fuera de los detalles de interés arqueológico de ruinas conocidas, o del descubrimiento de nuevas ruinas, como sucede en los primeros casos ilustrados, el avión proporciona a quien lo use en el N. O. argentino un conocimiento de la topografía que no puede brindar ningún otro medio. No puede imaginarse,

si no se lo ha experimentado prácticamente, hasta qué punto quedan grabados los menores accidentes del terreno, los menores detalles de geografía. Nuestra segunda serie de vuelos, por los mismos lugares sobrevolados tres años antes, nos permitió reconocer con precisión cada accidente. Los ríos y cerros identificados en nuestros primeros vuelos y recorridos algunas vez desde tierra eran de inmediato reconocidos. Existen detalles de conjunto que sólo el avión revela, aunque estos detalles no sean ruinas o restos de interés arqueológico directo, lo mismo pueden tener interés para el estudio de las culturas desaparecidas. Como un ejemplo de ello ilustramos una vista obtenida a orillas del río Hualfín, en su margen derecha, en las proximidades de la confluencia de éste con el río Güiyischi (Huiliche). Existen allí importantísimos yacimientos arqueológicos de donde se han extraído miles de piezas pertenecientes a diferentes culturas que poblaron el lugar en diversas épocas. Es en este lugar donde excavó Casanova (Casanova 1930) y el Dr. Debenedetti. También trabajaron allí las expediciones de Muñiz Barreto que extrajeron cuantiosos materiales. Nosotros les dedicamos a esos sitios varias temporadas de labor. Las fotografías aéreas no revelan restos de superficies pues éstos no existen o son muy escasos; en cambio nos muestran interesantes detalles fisiográficos sumamente útiles cuyo conocimiento es imprescindible al arqueólogo. Observando dichas fotografías (fig. 7) pueden verse los numerosísimos meandros de los cauces secos la mayor parte del año, por donde se escurren las aguas de las lluvias torrenciales del verano y primavera que causan la intensísima erosión que afecta esta zona. La erosión se ha intensificado considerablemente en las últimas centurias. El desecamiento progresivo provocó la desaparición del bosque, tal como puede observarse en el centro de la fotografía, y es en este sitio donde los fenómenos erosivos son particularmente intensos, que en cambio están atenuados en los lugares donde el bosque aún se mantiene en pie. Hacia la parte baja de la fotografía aparece en cambio el bosque aun en pie; existe allí una terraza baja, que por la proximidad del agua permite la conservación del monte, que adquiere la apariencia de bosque "en galería" al seguir la

orilla del río Hualfín. El fenómeno de erosión es de fundamental importancia, no sólo porque cambia las condiciones ecológicas de un lugar, sino también el resultado de las pruebas estratigráficas: habiendo desaparecido parte del espesor de los sedimentos, los miles de fragmentos de alfarería se mezclan sin orden algunos dando la apariencia de contemporaneidad a tipos de muy distinto valor cronológico.

Otra consecuencia directa del empleo de la fotografía aérea es que por medio de ellas, y con el simple procedimiento de una serie de "recorridos", podemos obtener croquis topográficos aceptables para los fines del arqueólogo ahorrando tiempo y energías. Esta aplicación es aún más valiosa cuando por lo general en el N. O. carecemos, en la mayoría de los lugares, de cartas geográficas adecuadas.

Las principales dificultades con que tropieza el arqueólogo que emplea el avión en el N. O. derivan de distintas causas; en primer lugar muchos de los sitios arqueológicos importantes se hallan en lugares muy quebrados, de difícil acceso, rodeados de altos cerros de manera que es difícil poder sobrevolarlos. Otra dificultad importante es la falta de bases de reabastecimiento, de manera que por lo general los objetivos se hallan muy lejos de los aeródromos, requiriendo a veces horas de vuelo para ser alcanzados. Así, con máquinas de no gran autonomía quedan reducidas las posibilidades de efectuar numerosos pasajes que permitieran una observación adecuada. Lo mismo ocurre con la toma de fotografías que requieren condiciones de luz especiales que a veces sólo se obtienen en horas del crepúsculo, horas que no siempre pueden utilizarse por las lejanía de las bases. En nuestros últimos recorridos partíamos del aeródromo de la ciudad de Catamarca y luego de sobrevolar el bolsón de Andalgalá y el valle del Hualfín, pasábamos a Sta. María y luego al valle de Tafí para reabastecernos en Tucumán.

Otro detalle importante es el que deriva de la máquina a utilizar. Es necesario trabajar con un avión mediano de fácil maniobra y que se preste fácilmente a numerosos pasajes sobre sitios no muy amplios, pero este tipo de avión, como los usados por nosotros (Beechcraft, y De Havilland Dove)

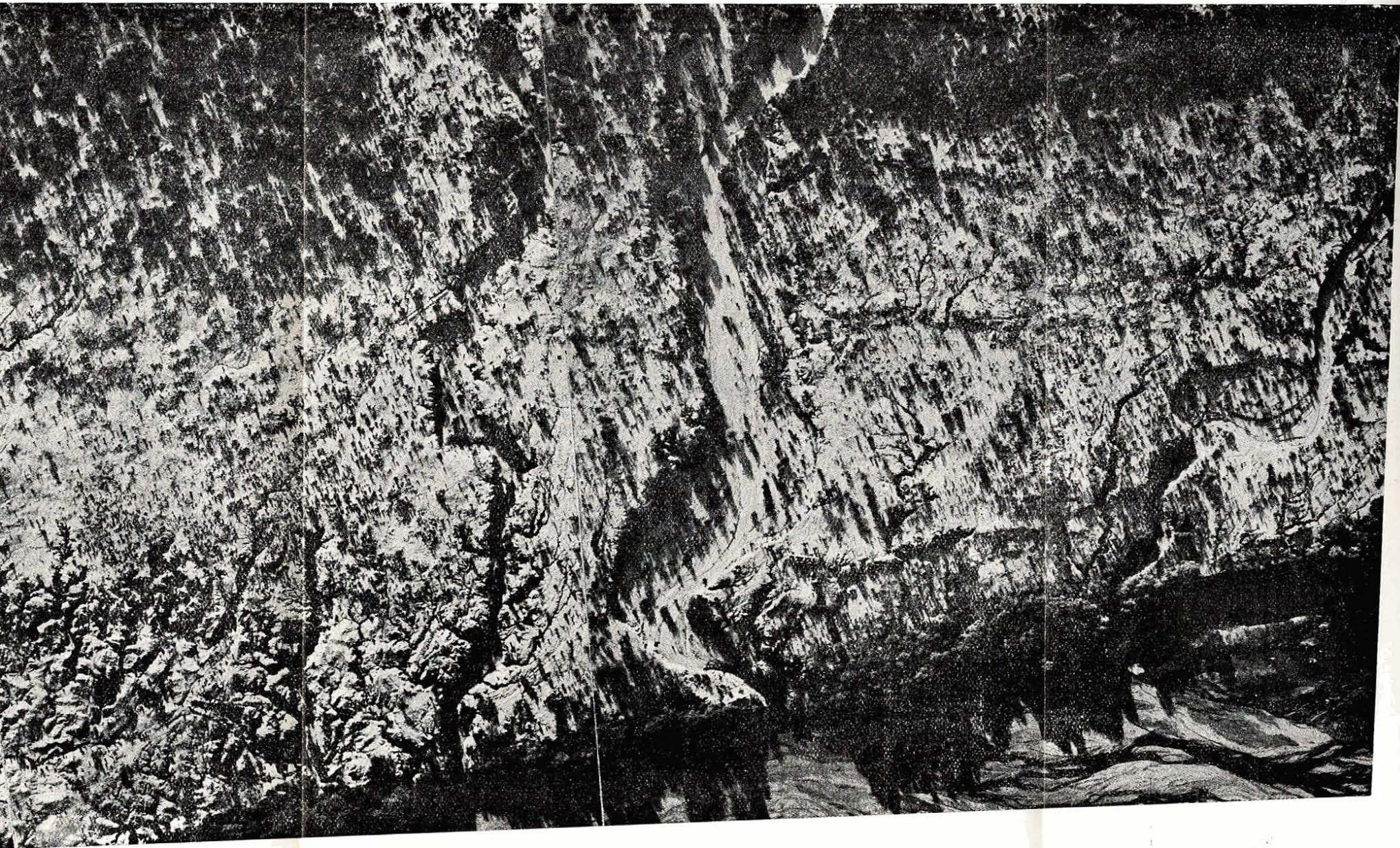


Fig. 7. Vista aérea de la zona de los "Barreales" a orillas de los ríos Hualfín y Güiyischi, Dpto. Belén (Catamarca), importantísimo centro arqueológico del N. O. argentino. La fotografía permite observar interesantes detalles fisiográficos y especialmente los que se refieren al proceso erosión del suelo y la desaparición del bosque (Foto Fuerza Aérea Argentina).

no tienen un techo suficiente como para sobrevolar regiones elevadas como son las de la región de la Puna de más de 4.000 m. de altura.

Lo ideal sería usar el helicóptero, tal como se ha hecho en los Estados Unidos (Setzler, 1952) pero nuevamente estaríamos ante la gran dificultad de las lejanías de las bases a los centros de operación, situación más complicada aún por el poco radio de acción del helicóptero.

RESUMEN

Resumiendo nuestra experiencia actual podemos decir:

1. — El empleo del avión en el N. O. tiene su mejor aplicación en los lugares desprovistos de vegetación arbórea o arbustiva, es decir cubiertos sólo de tapiz herbáceo. Allí es posible descubrir detalles no observables desde el suelo y el avión se brinda como un extraordinario colaborador del arqueólogo. Ejemplo: Valle de Tafí, zona Sud del Aconquija, etc.
2. — En sitios cubiertos de bosque o de vegetación arbustiva los detalles de estructuras arqueológicas se visualizan con gran dificultad. La fotografía y la observación aérea son útiles en estos lugares, especialmente para el relevamiento topográfico y la observación fisiográfica.
3. — Es necesario para el mayor aprovechamiento de los vuelos el realizar investigaciones de superficie previas al pasaje aéreo y luego volver a recorrer los lugares con las fotografías obtenidas.

NOTAS

(1) "Study of the air photos showed numerous archaeological sites in the Virú Valley, most of which were unreported; and this preliminary review proved to be most helpful in the field survey. Walls of dwelling sites, mounds, ancient roads, and canals were sharply defined; and in many cases features could be appreciated in the air photographs that would have been missed if we had passed over them without previous knowledge in a ground survey. It was this clarity of definition in the photos that suggested the particular mapping technique employed" (Willey 1953, p. 3).

(2) Como simples ejemplos pueden verse: Neil M. Judd: The material culture of Pueblo Bonito, Smithsonian Miscellaneous Collections,

v. 124, Washington, 1954, plancha 1. Emryl H. Harry: *The Stratigraphy and Archaeology of Ventana Cave, Arizona*. University of Arizona Press, Albuquerque, 1950. plancha 1-3, etc.

(3) No pueden dejarse de asociar las gigantescas figuras zoomorfas y antropomorfas dibujadas en la superficie del suelo en las proximidades del Bajo Colorado, en California, descritas y fotografiadas por Setzler, con las del Perú estudiadas por Kosok y Reiche ya citados.

(4) Quizas pudieron ser funcionales: montículos mayores, ceremoniales o viviendas de personajes; montículos menores, habitaciones comunes etc.

(5) Ver la nota de Setzler (Setzler 1952).

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO, MARTÍN 1943. *La colaboración de la aviación española en el campo de la Arqueología*. Ampurias, Revista de Arqueología, Prehistoria y Etnología, V. pp. 247 - 249. Barcelona.

AMBROSETTI, JUAN B. 1897. *Los monumentos megalíticos del Valle de Tafí*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, vol. 18. nos. 1 - 3, pp. 105 - 114. Buenos Aires.

ANDRÉS, SELVA SANTILLÁN DE, S. F. *Poblaciones indígenas en el Valle de Tafí*. Geographia una et varia, Universidad Nacional de Tucumán, Instituto de Estudios Geográficos, Publicaciones especiales, II, p. 17 y ss. Tucumán.

ANÓNIMO 1939. *Manual de la technique des fouilles archéologiques*, Editions universitaires, París.

BARADEZ, JEAN 1949. *Vue Aérienne de l'organisation romaine dans le sud-algérien*, Fosatum Africae. Arts et métiers graphiques, París.

BEAZLEY, LIUT. COL. G. 1919. *Air photography in Archaeology*, Geographical Journal, LIII, my. pp. 330 - 335.

BENNET, WENDELL C., BLEILER, EVERETT F., SOMMER, FRANK, H. 1948. *Northwest Argentine archaeology*, Yale University Publications in Anthropology, number 38, Yale University Press, New Haven.

BRUCH, CARLOS 1913. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*. Revista del Museo de La Plata, vol. 19, pp. 1 - 209.

CASANOVA, EDUARDO 1930. *Hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de Huiliche* (Dto. de Belén, Provincia de Catamarca). Archivos del Museo Etnográfico, Universidad Nacional de Buenos Aires. N° 3.

CIOMBART DE LAUWE, P. 1948. *La découverte aérienne du monde*; publiée sous la direction de ... Horizons de France, París.

FOSSA - MANCINI, E. 1938. *La observación y la fotografía aérea en la búsqueda del petróleo*. Boletín de Informaciones Petroleras. Reimpresión del Nº 169. Buenos Aires.

FOSSA - MANCINI, E. 1939. *Visitas aéreas, fallas activas y temblores mendocinos*. Boletín de Informaciones Petroleras. Reimpresión del Nº 179. Buenos Aires.

FORD, JAMES ALFRED y WILLEY, GORDON R. 1949. *Surface survey of the Virú Valley, Perú*. Anthropological papers of the American Museum of Natural History; V. 43 part. 1. New York.

GANCEDO, ALEJANDRO 1913. *Hallazgo arqueológico en Tafí del Valle*. Provincia de Tucumán, Rep. Argentina. Internacional Congress of Americanists. Proceedings of XVIII, Sección p. 301. London.

GONZALEZ, ALBERTO REX 1952. *Resucita el avión los secretos de las civilizaciones milenarias*. Apartado de la Revista Nacional de Aeronáutica, Nos. 128 y 129, noviembre y diciembre. Buenos Aires.

GONZALEZ, ALBERTO REX 1954 a. *Contextos y secuencias culturales en el área central del N. O. argentino*. Trabajo presentado al XXXI Congreso de Americanistas reunido en San Pablo.

GONZALEZ, ALBERTO REX 1954 b. *Las ruinas de Loma Rica y alrededores*. En *Natura* 1, Nº 1. pp. 75-94. Buenos Aires.

HORKHEIMER, H. 1950. *El Perú prehispánico, I*. Editorial Cultura Antártida, Lima.

JOHNSON, GEORGE R. y PLATT, RAYE R. 1930. *Perú from the air*. The American Geographical Society of New York. Special publication, Nº 12, New York.

KOSOK, PAUL y REICHE, MARIA 1949. *Ancient drawing on the desert of Perú*. En *Archaeology*. v. 2 n. 4, pp. 206-215, Cambridge.

LAFONE QUEVEDO, SAMUEL 1904. *Viaje a los menhirés e intihuatana de Tafí y Santa María, en Octubre de 1898*. Revista del Museo de La Plata XI, pp. 123-128.

LARSEN, HELGE L. y RAINEY, FROELYCH 1948. *Ipiutak and the arctic whale hunting culture*. Anthropological papers of the American Museum of Natural History, 48, New York.

MARTINEZ SANTA OLALLA, J. 1945. *Aviación y arqueología*. Apartado de "Base". Octubre-Diciembre.

MARTONNE, EMMANNUEL DE 1948. *Geographie Aérienne*. Editions Albin Michel, París.

O' FARREL, RICHARD 1951. *Los Arqueólogos modernos "excavan" desde un avión*. El Correo de la U.N.E.S.C.O., pp. 8-10. octubre.

OLSACHER, JUAN 1934. *La aerofotografía como medio auxiliar de la ciencia*. Anales de la Sociedad Científica Argentina, CXVIII, p. 76-87. Agosto, Buenos Aires.

FORTILLO, GREGORIO 1945. *El avión como auxiliar en los estudios geográficos*. Gaea, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. VII, pp. 163-183, Buencs Aires.

POIDEBARD, R. P. 1931. *Recherches sur les Romains*. (Extrait de "Syria", 1931, Paris).

QUIROGA, ADAN 1899. *Ruinas de Anfama: el pueblo prehistórico de La Ciénaga*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, vol. 20, pp. 95-123.

REEVES, DACHE M. 1949. *Aerial photography and archaeology*. American Antiquity, II, N° 2, pp. 102-107, Menasha, Wisc.

REICHE, MARIA 1949. *Los dibujos gigantes en el suelo de las Pampas de Nazca y Palpa*. Editorial Médica Peruana, Lima, Perú.

REIFENBERG, A. 1950. *Archaeological discoveries by air photography in Israel*, en "Archaeology", vol. 3, N° 1, pp. 40-46. Cambridge.

RICKETSON, OLIVER KIDDER, A. V. 1930 *An Archaeological reconnaissance by air in Central America*. The Geographical Review. XX, N° 2, pp. 177-206. April, New York.

ROSENTHAL, CARLOS F. 1950. *Posibilidades de la fotografía aérea*. Revista Geográfica Americana. Año XVIII, N° 193, Febrero, Buenos Aires.

ROWE, JOHN HOWLAND 1953. *Technical aids in Anthropology: A Historical survey*, en *Anthropology Today*. pp. 895-929. Chicago.

SCHREITER, RODOLFO 1928. *Monumentos megalíticos y pictográficos en los altivalles de la Provincia de Tucumán*. Boletín del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de Tucumán (Tucumán), vol. 2, N° 1. pp. 1-9.

SPAULDING, ALBERT C. 1951. *Recent advances in surveying techniques and their application to archaeology*, pp. 2-16, en *Essays on Archaeological Methods*. Anthropological papers. Museum of Anthropology N° 8, Univers. of Michigan. Arbor.

SETZLER, FRANK 1952. *Seeking the Secret of the Giants*. En The National Geographic Magazine, v. c. II, n. 3, pp. 390-404. Washington.

SHIPEE, ROBERT 1932. *The "great Wall of Perú" and other aerial photographic studies*, by the Shipee-Johnson peruvian expeditions. The Geographical Review, Published by the American Geographical Society of New York. XXII, pp. 1-29. January, New York.

VAUFREY, R. 1941. *La Photographie aérienne et la Préhistoire*. L'Anthropologie, V. 50, pp. 291-293.

WILLEY, GORDON R. 1953. *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin, 155. Washington.

EL HORIZONTE INCAICO EN HUMAHUACA

Por CIRO RENÉ LAFON

INTRODUCCIÓN

Al ocuparnos en otra ocasión de las relaciones culturales que existen entre la arqueología del Noroeste argentino y la del Antiguo Perú, postulábamos que el único horizonte peruano comprobado fehacientemente en nuestro país era el horizonte incaico (Lafon, 1952). En esta oportunidad utilizamos la expresión horizonte sin detenernos a delimitar su significado y por eso ahora creemos conveniente esta aclaración.

Con el título de nuestro trabajo no pretendemos más que dar carta de ciudadanía a un concepto que los especialistas de habla inglesa han denominado "horizon style" o simplemente "horizon". El horizonte arqueológico es desde su origen una creación abstracta, utilizada especialmente como instrumento de trabajo, que tiene por finalidad compaginar el conocimiento arqueológico de una zona con amplias perspectivas de espacio y de tiempo que no sería posible lograr de otro modo (Willey, 1948, p. 8). Esta abstracción ya estaba implícita en la mente de otros investigadores desde tiempo atrás, aunque no la definieron con exactitud: esto se desprende sin duda, de la utilización que se hizo de la cultura de Tiahuanaco como punto de referencia para las otras culturas peruanas (Uhle, 1903, 1906) o cuando Spinden, al estudiar las antiguas civilizaciones de Centro América, sintetizó los aspectos característicos del "Archaic Horizon" (Spinden, 1917, p. 63).

Pero su significación recién fué definida por Kroeber, quien se sirvió de ella para clarificar el problema de las relaciones históricas entre las culturas prehispánicas del Perú. Su definición (Kroeber, 1944, p. 108) es explícita y no admite du-

das. Con posterioridad otros autores han vuelto sobre el tema (Willey, 1948) para ampliar algunas de sus observaciones, o bien lo han incorporado ya a su léxico corriente (Willey 1945, Bennet, 1943, Horkheimer, 1950).

En la bibliografía arqueológica de nuestro país, en tiempos recientes, el término horizonte aparece no con demasiada frecuencia y el sentido con que se lo utiliza no está claramente especificado. Sin embargo se deduce del contexto de algunos de los trabajos recientemente aparecidos que no siempre hay coincidencias en el contenido que se le atribuye. En algunos casos suele aparecer como sinónimo o equivalente de nivel, capa o estrato (González, 1952; Menghin, 1952), y en otros cambia el significado como sucede en la última monografía dada a conocer por Antonio Serrano. El autor no se refiere directamente a cuestiones de nomenclatura, pero luego de proponer una serie de áreas culturales para el noroeste argentino, sugiere como tema de estudio el "horizonte incaico"; si a esto agregamos que líneas antes menciona a Ayampitín como antiquísimo nivel precerámico, es lógico suponer que no los considera como una misma cosa. Por eso creemos que aunque no medie declaración expresa, Serrano ha empleado la expresión horizonte con el sentido que nosotros lo hacemos (Serrano, 1954, p. 8-9). Estas y no otras son las razones que han motivado nuestra aclaración sobre la terminología que utilizamos.

Creemos también necesario declarar el por qué de nuestro título. Hemos evitado deliberadamente usar la palabra influencia, porque consideramos que hacerlo presupone la acción directa de los portadores de la cultura incaica sobre los primitivos habitantes de la Quebrada. Esta acción directa pudo haber sido consecuencia de la denominación política, de la ocupación militar o de transacciones comerciales y habrá tenido diversos grados, como es lógico, de modo que la influencia habrá resultado de diversa intensidad. Como hasta el presente no se ha dicho la última palabra hemos preferido englobar los caracteres incaicos que aparecen en las culturas aborígenes argentinas en el término horizonte.

La ubicación temporal, inherente al horizonte, puede sintetizarse de la siguiente manera: en términos de cronología relativa, es el horizonte inmediatamente anterior a la llegada

de los españoles; en términos de cronología absoluta, se ubica el horizonte incaico a partir del año 1471 en los alrededores del Cuzco y algo después en lugares distantes como el norte argentino o el centro-norte de Chile. Hemos tomado estas fechas por parecernos que hasta el momento las propuestas de Rowe, aunque sujetas a modificaciones posteriores, son las que permiten una cierta seguridad en la ubicación cronológica de los diversos momentos de la cultura incaica (Rowe, 1946, p. 2; Rowe 1948, p. 51-52). Por desgracia no tenemos la fortuna de conocer la última palabra de este autor anunciada desde la publicación de los resultados de sus excavaciones en los alrededores del Cuzco (Rowe, 1944, p. 59, nota al pie de la página).

EXÉGESIS

El patrimonio de los primitivos humahuacas ha sido estudiado con intensidad suficiente como para poder afirmar que conocemos con cierta exactitud sus rasgos peculiares fundamentales. A ellos pasaremos revista a continuación en nuestro afán de rastrear la presencia del horizonte incaico.

Arquitectura

Desde el punto de vista arquitectónico y tomados en conjunto, tanto los "pueblos viejos" como los "pucará" (Casanova, 1936) parecería que nada tienen que ver con las grandes construcciones ciudadanas ni con las fortificaciones de los Incas, pero un análisis más cuidadoso revela algunos rasgos que pueden atribuirse a ellos. Tal por ejemplo, la coincidencia en la construcción de una verdadera cadena de fortificaciones en lugares elevados cuya idea general cae dentro de los principios básicos de la estrategia incaica. Sin embargo puede tratarse de una mera casualidad, y por eso momentáneamente sólo la ponemos de manifiesto sin insistir sobre su valor como elemento de diagnóstico.

La distribución de las habitaciones, o mejor dicho, de las unidades de vivienda, en los conglomerados de la región humahuaca, no han sido objeto hasta hora de una atención especial y por eso no contamos con relevamientos serios que nos den una visión clara de su trazado. Salvo una excepción: el Pucará de Tilcara. Las tareas, de restauración (Casanova 1950) una vez iniciadas proporcionaron un relevamiento topo-

gráfico, que aunque parcial, servirá para nuestros fines. La planta de algunas unidades de vivienda del sector relevado sugiere un cierto aire de familia con la distribución de habitantes en las ciudades incaicas. El patio o "canchón" como se ha dado en llamar a los grandes patios abiertos, a los que dan las habitaciones o recintos, cae perfectamente dentro del significado del "cancha" incaico (Rowe, 1944, p. 24).

La edificación en niveles sucesivos a los que se accede mediante caminos anchos y bien trazados, como así también la agrupación de numerosas unidades de vivienda que pese a su cercana vecindad no pierden su individualidad, parecen también responder a este aire de familia (Cf. Nordenskjöld, 1915, tabla 2, plano y perfil; Debenedetti, 1930, fig. 4). La coincidencia no es total pero no deja de ser sugestiva. Es algo así como un eco de técnica alóctonas.

Concentrada nuestra atención sobre el Pucará de Tilcara continuamos ponderando minuciosamente los datos publicados por Debenedetti. Así nos detuvimos especialmente en el hallazgo conocido como la "Iglesia" (Debenedetti, 1930, p. 38-46). Su importancia no escapó al genial investigador que notó el carácter excepcional de "la distribución de los aposentos y su sistema de comunicación interna", agregando que no volvió a encontrarse nada semejante. Partiendo de esa sagaz observación, basados en nuestra anterior proposición sobre la distribución de los habitantes, en el nicho allí existente, en la técnica de construcción de las paredes y del altar y en los vasos allí exhumados, afirmamos que se trata de un núcleo de construcciones de raigambre exótica.

La idea de un templo enclavado en medio de un centro urbano es típica de los que llamamos "late periods" y coincide con el sentido ideal del templo incaico (Cf. Bennett 1949, p. 40-41). Sin embargo no ha sido construido por los incas porque su aspecto exterior dista mucho de los clásicos aparejos murales incaico. Parecería más bien que se trata de una adaptación cultural lograda por los humahuacas como lo prueban los sepulcros y las inhumaciones típicamente locales, pero cuya fuerza era muy grande para ser totalmente absorbida.

Fuera del Pucará de Tilcara no poseemos relevamientos detallados, pero en La Huerta (Debenedetti, 1918) los edificios

de la zona central del antigal, de características propias y notables, como así también la riqueza de los ajuares hacen suponer la presencia de algún reflejo extraño sobre todo en el aspecto arquitectónico.

En Coctaca (Casanova, 1934) la distribución de las unidades de vivienda, cinco o seis habitaciones separadas por estrechos caminos, nada de efectivo nos dicen; sin embargo, algunas de las cámaras sepulcrales (Greslebin, 1929) tienen algún lazo de parentesco con construcciones semejantes hallada en Ecuador donde la huella inca es fuerte e indudable.

Una construcción aislada descubierta por Casanova (fotografía del archivo, 1951) en las cercanías de la localidad de Huacalera, que tuvimos oportunidad de observar personalmente, proporciona un claro ejemplo de rasgos incainzantes. Se trata de un recinto de pirca de planta circular que presenta a media altura seis nichos rectangulares distribuidos simétricamente a lo largo de todo su perímetro.

Algunos otros detalles esporádicos sugieren la presencia de tradiciones arquitectónicas no humahuacas que pueden considerarse como verdaderamente excepcionales. Tal ocurre con los nichos; con aberturas o troneras en las paredes (Debenedetti, 1930, fig. 24) en una habitación del Pucará en la que aparecieron dos vasos de manufactura peruana; con el uso de argamasa en las paredes de los sepulcros (Debenedetti, 1930, p. 127) y con el sistema de construcción de caminos mediante el rellenamiento del espacio comprendido entre dos muros elevados con anterioridad, a veces con argamasa (Debenedetti, 1930, p. 24). El fragmento de una pared de adobe inconclusa pero, a estar del autor evidentemente antigua (Debenedetti, 1931, p. 111) y la presencia de algún camino marcado con piedras (Lafon, 1954) carecen de valor probatorio absoluto pero obligan a tenerlos presentes.

En cuanto al pircado en sus diversas técnicas tienen tan amplia dispersión espacial y temporal, que por sí solo no sienta demostración alguna, pero otra cosa ocurre si coincide con otro tipo de manifestaciones.

Los detalles puestos en evidencia más arriba si bien se refieren en su mayoría al yacimiento que conocemos con mayor exactitud no carecen a nuestro parecer de valor para utilizar-

los con carácter de prueba de la existencia de un horizonte incaico, máxime que el Pucará de Tilara pasa por ser un centro clave de la cultura en cuestión.

Cerámica

Los caracteres propios y la uniformidad aparente de la Cerámica exhumada a lo largo de los numerosos yacimientos de la Quebrada permite afirmar que estamos frente a un pueblo poseedor de un cúmulo de conocimientos técnicos que logró fabricar una alfarería con caracteres propios, pero que estuvo lejos de la perfección que alcanzaron otros pueblos del noroeste o del antiguo Perú. La morfología y la decoración se repiten en todos los hallazgos, con algunas variantes que seguramente responden a diversos momentos cronológicos.

El canon que aplicaremos en nuestra exégesis está dado por las series de Cerámicas del Cuzco (Rowe, 1944). Su diagnosis exacta nos permitirá uniformidad en la valoración de formas y decoración; su identificación como típicamente incaica no admite duda y su aplicación al análisis estilístico de la cerámica de otras regiones es útil y fructífera como ya lo demostrara su autor en el caso de la alfarería chilena (Rowe, 1950).

La forma dominante en la alfarería humahuaca es el pucos, de manera que a nuestros fines deja de ser importante. No ocurre lo mismo con otras formas menos comunes en las que es lógico encontrar alguna atípica y a ellas dirigiremos nuestra atención.

Los llamados "pucos con asa lateral" (Lafon, 1954) podrían tomarse como una adaptación local de los platos con asa incaicos (Pardo, 1938-39) sobre todo, que aparecen algunos que son francas imitaciones de aquellos (Casanova, 1950, p. 22). Los pucos y platos con asa zoomorfa se dan muy a menudo (Bregante, 1926, fig. 349, 350, 352).

Hay aríbalos tan perfectos a primera vista que parecen pertenecer a las series del Cuzco pero su simetría titubeante a veces sugiere la copia de un original importado (Casanova, 1950, p. 22). Y también ánforas que a todas luces derivan morfológicamente de las cuzqueñas (Ambrosetti, 1917; Casanova, 1942; Casanova, 1950; Lafon, 1954).

Los denominados aribaloides son abundantes aunque participan de características peculiares. Algunos hablan de simple copia ya que sólo se distingue de los aríbalos por la base truncada; otros parecen más bien una especialización local aunque no pierde por ello su carácter incaizante (Casanova, 1950; Marengo, 1954).

No faltan tampoco aquellas formas que son específicamente incaicas sin lugar a dudas, como las ollas de pie (Debenedetti, 1930, p. 46 y 96) ni aquellas otras que con toda certeza constituyen piezas de importación como las jarras con asa lateral (Debenedetti, 1930, lámina XIX, I). En cuanto a los aríbalos de las series del Cuzco (Salas, 1945) y otros que aunque no cabe en ellas (Debenedetti, 1930, lámina XIX, 2) no vacilamos en atribuirle origen cuzqueño por su bizarra decoración (Cf. Schmidt, 1920, fig. 352, 353).

La decoración geométrica en negro sobre rojo o en negro y blanco sobre rojo caracteriza la cerámica humahuaca y lejos está, evidentemente de la decoración policroma incaica. En cambio, las asociaciones de ciertos motivos humahuacas resisten la comparación con otros que integran estilos ya aceptados como de sabor incaico, tal como los triángulos espiralados tan comunes en las ánforas del Pucará de Tilcara o ciertos elementos zoomorfos que figuran en pucos del Pucará de Humahuaca (Bregante, 1926, fig. 223; Gatto, 1943, fig. 24) que recuerdan el estilo Paya Inca. Otras veces las ánforas tienen un engobe blancuzco sobre el que se han aplicado los mismos triángulos espiralados que proporcionan un aire de exotismo con reminiscencias incaicas (Marengo, 1954, fig. 27).

Pero en este análisis estilístico algo muy sugestivo nos llama poderosamente la atención, uno de los motivos comunes pintados en negro sobre rojo está dado por los "banderines" o "gallardetes" (Casanova, 1950, Bregante, 1926; etc.) que aparecen sobre determinadas formas como arribaloides, yuros, platos con asa, ollas de forma compuesta. Como estas formas son incaizantes a todas luces y el motivo es lugareño sin duda, nos atrevemos a afirmar que forman una unidad estilística que merece especial atención.

A nuestro parecer esto significa la culminación de un proceso de adaptación cumplido por los alfareros humahuacas.

El arte canonizado del Cuzco fue imitado, pero la imitación servil más o menos afortunada cedió el paso a una adaptación que casi logró hacer desaparecer el antiguo modelo. Sólo la enorme fuerza tradicional de la "simetría dinámica" del aríbalo pudo más que la habilidad del artista y se la reconoce semi-escondida tras los perfiles de aribaloides y yuros, ya que la decoración incaica desapareció para ser reemplazada por motivos locales. La nueva entidad estilística aglutina las dos corrientes culturales, por eso la denominamos humahuaca inca. A este nuevo estilo deben asimilarse pucos con asa zocmorfa y decoración en damero (Bregante, 1926, fig. 352), y platos con asa con la misma decoración (Bregante, 1926, fig. 240).

Varios

Algunos otros objetos hallados en diversos yacimientos pueden tomarse también como ecos de una artesanía incaica llegados a la Quebrada de Humahuaca por vía más o menos indirecta, tal como se consigna en la siguiente enumeración:

- a) mazas de piedra estrellada y flautas de pan del mismo material (Casanova, 1950);
- b) "illas" de piedra que representan llamas (Debenedetti, 1930);
- c) keros de madera lisos, de diversos tamaños (Lafon 1954);
- d) llamas de madera; tallas de extraordinaria perfección, reproducción exacta de las "llamitas de piedra del Cuzco" (Lafon, 1954);
- e) extraños objetos de hueso, interpretados generalmente como adornos para coser las vestiduras, que muy bien resisten la comparación con ciertas balanzas del último momento incaico (Cf. Kroeber, 1924);
- f) instrumentos trabajados en hueso, de uso incierto, que tanto pueden haber sido desolladores como instrumentos para tejer; si aceptamos esta última hipótesis son perfectamente asimilables a los que con el nombre de "ruqui" o "rockey" caracterizan la industria textil de los incas (Valcarcel, 1935, lám. VI y VII);

- g) algún hallazgo excepcional de topos con tallado zoomorfo en la cabeza que, aún cuando la perfección de su trabajo diste mucho de ellos entronca en la línea de objetos semejantes incaicos (Lafon, 1954; Valcarcel, 1935); quizás más que topos sean rockeys de carácter artístico;
- h) las valvas de moluscos de aparición bastante frecuente en los ajuares mortuorios de Humahuaca contribuyen también a recordar que constituyeron objetos de gran aprecio para ofrecer a los muertos en calidad de ofrenda durante el auge de la civilización incaica (Rowe, 1946).

CONCLUSIONES

- I. — Sin llegar a las afirmaciones rotundas de Strube (1943) es indudable que algunos de los rasgos de la arquitectura humahuaca tienen una filiación incaica, algo diluida a veces, pero evidente en otros casos. Desgraciadamente la falta de relevamientos completos conspira un poco contra la fuerza de nuestra aseveración que, sin embargo, creemos de valor probatorio.
- II. — Esta filiación incaica tal como aparece en la arquitectura permite suponer que no es el resultado de una acción directa de los portadores de la cultura incaica sino más bien de una acción mediata a través de otro pueblo.
- III. — En la alfarería los aspectos específicos que caracterizan al horizonte incaico son más notables. La razón de que esto ocurra es que en aquellas invenciones en las que la creación artística tiene especial intervención son más permeables a los influjos novedosos que aquellas meramente utilitarias cuya regla predominante es el respeto por la tradición. Pensamos también que la identificación de un estilo inca local habla en favor de una fuerte personalidad de los alfareros humahuacas que supieron adaptar sus conocimientos a los adelantos llegados de lejanas regiones, máxime que el hallazgo tan escaso de piezas presumiblemente

- cuzqueñas aleja la posibilidad de la utilización frecuente de modelos originales.
- IV. — En los demás materiales la intensidad del horizonte incaico es más o menos visible pero nunca desaparece totalmente, como se ve en el acápite correspondiente.
- V. — La explicación de esta aparente debilidad del horizonte incaico sugiere que se trata de una influencia provincial. Dicho en otros términos, el horizonte incaico en la Quebrada de Humahuaca es el resultado de una aculturación de segundo grado, a través de los pueblos aculturados directamente.
- VI. — Dada la fuerte aculturación incaica en el sud de Bolivia (Rydén, 1947) nos inclinamos a pensar que la cultura inca provincial de esa zona fué la que influyó en el área que estudiamos. Esto no excluye la posibilidad de que también hayan llegado fuertes influjos de la vecina área de la Puna.
- VII. — Estas consecuencias suponen también un matiz cronológico. Este horizonte incaico en Humahuaca es tardío, quizá llegó junto con la conquista española o muy poco antes.
- VIII. — Sin duda alguna la seriación de yacimientos del Pucará de Tilcara —trabajo urgente cuya realización pensamos cumplir— dará la última palabra al respecto. La secuencia cultural en el Pucará puede ser la llave maestra que nos permita el acceso a un vasto sector de la arqueología del país.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, JUAN B. 1907. *Los vasos del Pucará de Tilcara de tipo Pelike comparados con los de Machu Pichu*. Proceedings of the 2nd. Panamerican Scientific Congress, Sec. Antrop. I. Washington.
- BENNETT, WENDELL C. 1943. *The Position of Chavin in Andean Sequences*. Proceedings of the American Philosophical Society, Vol. 86, Nº 2, pp. 323-7. Philadelphia.
- BENNETT, WENDELL C. 1949. *Religious Structures*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Handbook of South American Indians, Vol. V. Washington.

- BREGANTE, ODILLA 1926. *Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino*. Buenos Aires.
- CASANOVA, EDUARDO 1943. *Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca*. Congreso Internacional de Americanistas, XXV reunión, La Plata. 1932. La Plata.
- CASANOVA, EDUARDO 1936. *La Quebrada de Humahuaca*. Buenos Aires.
- CASANOVA, EDUARDO 1942. *El Pucará de Hornillos*. Anales del Instituto de Etnografía Americana. Vol. III. Mendoza.
- CASANOVA, EDUARDO 1950. *La Restauración del Pucará*. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, SALVADOR 1918. *En la XIV Expedición Arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras. Nota preliminar sobre los yacimientos de Perchel, Campo Morado y La Huerta, en la Provincia de Jujuy*. Facultad de Filosofía y Letras, publicaciones de la Sección Antropológica N° 17. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, SALVADOR 1930. *Las Ruinas del Pucará*. Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, ALBERTO R. 1952. *Antiguo horizonte procerámico en las Sierras Centrales de la Argentina*. RUNA, Vol. V, pp. 110-133. Buenos Aires.
- GRESLEBIN, HÉCTOR 1929. *Tipo de cámara sepulcral en la Quebrada de Coctuca (Prov. de Jujuy)*. Physis. Vol. 9. Buenos Aires.
- HORKHEIMER, HANS 1950. *El Perú Prehispánico*. Lima.
- KROEBER, A. L. y STRONG, W. D. 1924. *The Uhle Collection from Chíncha*. University of California Publications in American Archeology and Ethnology, XXI, N° 1. Berkeley.
- KROEBER, A. L. 1944. *Peruvian Archeology in 1942*. Viking Fund Publications in Anthropology, N° 4. New York.
- LAFON, CIRO RENE 1952. *El área de la cultura andina en la República Argentina como sector marginal del sistema de civilizaciones del Antiguo Perú*. Monografía presentada a la Facultad de Filosofía y Letras para optar al cargo de profesor adjunto de Arqueología Americana. Buenos Aires. M/S.
- LAFON, CIRO RENE 1954. *Arqueología de la Quebrada de la Huerta (Quebrada de Humahuaca, Prov. de Jujuy)*. Fae. de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Arqueología. N° 1. Buenos Aires.
- MARENGO, CARMEN 1954. *El Antigal de Los Amarillos*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Arqueología. N° II. Buenos Aires.
- MENCHIN, OSVALDO 1952. *Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia*. RUNA, Vol. V, pp. 23-43. Bs. Aires.
- NORDENSKJÖLD, ERLAND 1915. *Incullacta, eine befestigte und von Inca Tupac Yupanqui angelegte Stadt*. Ymer, T. 2. Stockholm.
- PARDO L. 1938. *Hacia una nueva clasificación de la cerámica cuzqueña*. Revista del Instituto Arqueológico del Cuzco, III, N° 4/5. Cuzco.

- PARDO, LUIS 1939. *Arte Peruano*. Revista del Instituto Arqueológico del Cuzco. III. 6/7. Cuzco.
- ROWE, JOHN 1944. *An introduction to the archeology of Cuzco*. Papers of the Peabody Museum, Vol. XXVII. Nº II, Cambridge.
- ROWE, JOHN 1946. *Inca Culture the time of the Spanish Conquest*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bull. 143, Handbook of South American Indians, Vol. II, Washington.
- ROWE, JOHN 1948. *On absolute dating and north coast history*. American Antiquity, Vol. XIII, Nº 4, Part. 2, pp. 11-12. Menasha Wisconsin.
- ROWE, JOHN 1950. Comentario sobre un artículo del Boletín Nº 4 sobre influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena. Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena. Bol. Nº 5. Sgo. de Chile.
- RYDEN, S. 1947. *Archaeological researches in the Highlands of Bolivia*. Göteborg.
- SALAS, ALBERTO M. 1945. *El antigal de Ciénega Grande*. Publ. del Museo Etnográfico, Serie A, Nº V, Buenos Aires.
- SCHMIDT, MAX 1929. *Kunst und Kultur von Perú*. Berlin.
- SERRANO, ANTONIO 1954. *Contenido e interpretación de la Arqueología Argentina. Arca Litoral*. Santa Fe.
- SPINDEN, HERBERT 1917. *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*. New York.
- STRUBE, LEON 1943. *Los Pucará del Norte Argentino son de filiación incaica*. Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro. T. I. Córdoba.
- UHLE, MAX 1903. *Pachacamac*. Philadelphia.
- UHLE, MAX 1906. *Aus meinem Bericht über die Ergebnisse meiner Reise nach Südamerika*. Congreso Internacional de Americanistas. XIV reunión, Stuttgart 1904. Stuttgart.
- VALCARCEL L. 1935. *Los trabajos arqueológicos en el departamento del Cuzco. Sajsahuaman redescubierto*. Revista del Museo Nacional de Lima. Vol. 4, Nº I. 2, Lima.
- WILEY, GORDON R. 1945. *Horizon Styles and Pottery Traditions in Peruvian Archeology*. American Antiquity, vol. XI, pp. 49-56. Menasha, Wisconsin.
- WILEY, GORDON R. 1948. *A Functional Analysis of Horizon Styles in Peruvian Archeology*. American Antiquity, vol. XIII, Nº 4, Part. 2. Menasha, Wisconsin.

NOMENCLADOR CORDOBENSE DE TOPONIMIA AUTOCTONA

(SEGUNDA PARTE) (*)

Por ANÍBAL MONTES

ZONA SUR

Nuestra Zona Sur comprende la cuenca superior de los Ríos 3º y 4º, prolongándose hacia el Sur hasta el Río 5º.

En esta zona lo más característico y mentado fué el valle de Calamuchita cuyo descubrimiento data del año 1529 por el Capitán Fco. César, de la fuerza de Caboto. Le siguió el Cap. Fco. de Mendoza en el año 1544. En el Archivo Histórico de Córdoba hemos comprobado la grafía "e hita" para escribir "chita" (seis primeros volúmenes de la Escribanía 1ª, especialmente, Leg. 6 -Exp. 5- año 1574). También hemos comprobado en esos mismos volúmenes que se escribía indistintamente Calamochita o Talamochita para indicar este valle. Donde se ha pretendido leer "Talamo e hita" debe leerse "Talamochita". En cambio para nombrar la sierra hoy llamada de Comechingones, siempre escribieron Calamochita.

Asimismo, los fundadores de Córdoba llamaron "Río de Calamochita" al que después nombraron Río 3º. Y hubo un pueblo de este nombre en la comarca donde hoy está el embalse del gran dique.

Posteriormente el nombre del valle de Calamochita fué extendido hacia el Norte, hasta abarcar la cuenca superior del Río 2º, al cual llamaban los indígenas en este sector, Río de Quisquisacate, haciendo alusión a la gran estrechura donde

(*) Primera parte: en "Anales de Arqueología y Etnología", t. XI. 1950 (1955).

actualmente está el dique del Río 2º (cuatro fueron los Quisquisacates de la toponimia indígena de Córdoba).

Si observamos las Encomiendas incluidas en este Nomenclador correspondientes a las Zonas Sur y Suroeste, veremos que desde el año 1573 figuraban pueblos indios en "tras la sierra de Calamochita" - "en sierra Vina camche" (sierra de San Luis) - "adelante de Calamochita" o sea hacia el sur) - "en el valle de Calamochita". Lo cual nos indica que por todas estas regiones pasó la Expedición empadronadora del Capitán Mejía Mirabal (octubre-noviembre del año 1573). Y así quedó descubierto el "camino de Cuyo" por los fundadores de Córdoba, los cuales llevaron carretas en esta Expedición. Algunos años después (año 1579) el Gobernador del Tucumán Gonzalo Abreu de Figueroa, con su famosa Expedición a la Trapalanda, llevando también carreta, pasó por el valle de Calamochita rumbo al sur. Llegó hasta el Río 5º que los indígenas llamaban de Popopis, repartiendo Encomiendas en estas lejanas tierras. Por lo menos dos de estas Encomiendas nos han quedado en este Archivo Histórico (las de Mitre) pero debieron existir varias más.

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
490	Allpa taucas	1615 González	Zona Río 3º
71 b. 426	Amari, cqe. Talaca	1579 Mitre	en el Río 5º
269	Almipante, junto a Chara	1598 Acosta	Río 3º arriba
263	Ambayo, junto a Panagal	1588 Sanchez	"cerca Calamoch."
106	Ayapayo, cqe. Vitulo	1598 Fonseca	Zona Chulume
422	Biliaquira, cqe. Gualavira	1593 Olmedo	O. de Calamoch.
83	Biliblas auleta, cqe. Biliblas charaba	1573 Montañez	O. de Calamoch.
713	Canchivira, cqe. Crio navira	1599 Tejeda	Oeste de Río 4º
430	Caabaras, indios Pampas reducidos	1600 González	Yucat

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
83	Cacho auleta	1573 Montañez	O. Calamoch.
31.406	Cagapas naure, cqe. Cagapas charaba	1573 Castañeda	O. Calamoch.
420	Calamochita, pueblo, cqe. Comeche	1579 Fonseca	Zona Embalse
13.49.79	Calamochita, comarca, valle y río	1573 Varios	hoy Calamuchita
12.51.87	Calamochita, sierra	1573	Sa. Comechingones
83	Calamuchita	1583 Suarez	
49.418	Calanavira, cqs. Concho y Calana charaba	1575 Villalba	Sur Calamoch.
49.418	Canta manacon, cqe. Cantama charaba	1575 Villalba	Sur Calamoch.
49.418	Colpanavira, cqe. Colpa charaba	1575 Villalba	Sur Calamoch.
49.418	Comasche navira, cqe. Comas charaba	1575 Villalba	Sur Calamoch.
100	Caminaure o Caninaure	1588 Palencia	en Valle Calamoch.
71 b. 426	Capacon	1579 Mitre	"en el Río 5º"
71 b. 426	Cayaton, cqe. Tylabya	1579 Mitre	"en el Río 5º"
424	Casambo	1579 Mitre	"en el Río 5º"
424	Campusuni, cqe. Ampus navira	1579 Mitre	"en el Río 5º"
71.424	Cuio (¿Cuyo?) cqe. Ybis navira	1579 Mitre	"en el Río 5º"
417	Colon colon, cqs. Cosnono y Sunca	1585 Villalba	Sur del Río 3º
31.406	Combati naure, cqe. Comat charaba	1573 Castañeda	"Hacia calamoch."
83	Concho sacate a Concho auleta	1573 Moutañez	O. Calamoch.
31.406	Chaganaure, cqe. Chaga charaba	1573 Castañeda	Zona Comoatl
71 b. 426	Chalanta, cqe. Moro Otalayn	1579 Mitre	"en el Río 5º"
71 b. 426	Chunt, cqe. Labapa	1579 Mitre	"en el Río 5º"
269	Chara "en el Río 3º abajo de Salsacate"	1598 Acosta	Zona Almipante
83	Chi auleta o Chisacat	1573 Moutañez	id. Concho auleta
271	Chilile o Tocomé	1573 Ramírez	"en Calamoch."
100	Chilinaure, cqe. Navintor	1588 Palencia	"Valle Calamoch."
39.387	Chilinaure, cqe. Chile naure charaba	1574 Noble	"cerca Talamochita"
420	Chulume, cqe. Ytisnono	1573 Fonseca	S. del Río 3º
284	Chulure, arroyo y tierras	1579 Villalba	S. del Río 3º
67	Chuti gualante, cqe. chuti naure	1573 Villegas	"Valle Talamoch."

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RÍOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
108	Doldelgues, cqe. Vitie polque	1600 Avila	Río 3º banda S.
714	Elcano	1600 Mitre	Oeste de Tegua
100	Esca cachi sacat, cqe. Esca cachi	1588 Palencia	"Valle Calamoch."
49.418	Gualapi navira, cqe. Gualapi charaba	1575 Villalba	S. Calamochita
13	Gualavyra, cqe. Tultinaure	1573 Yrobi	"V. Calamoch."
67	Gualta naure, cqe. Gualta naure	1573 Villegas	"V. Calamoch."
106	Gualsalen o Musupicha	1598 Fonseca	Zona Chulume
71.424	Guasca la va, cqe. Popopis navira	1579 Mitre	en el Río 5º
71.424	Guaslaco, cqe. Tinti navira	1579 Mitre	en el Río 5º
713	Holma malta	1599 Camara	Oeste de Río 4,
71.424	Lin lin, comarca, Expedición Abreu	1579	"Jornada de Lin Lin"
108	Lobopies, cqe. Chulileo	1600 Avila	Río 3º banda S.
271	Lujama o Lusama	1575 Ramirez	"en Calamoch."
100	Lulon, vecino a Chilinaure	1588 Palencia	"V. Calamoch."
49.418	Molon navira, cqe. Molon charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
79	Mulun navira, es tal vez el anterior	1573 Chavez	S. Calamoch.
71 b. 426	Muni, cqe. Tochi	1579 Mitre	en el Río 5º
427	Muni guarago, cqe. Munopis	1600 González	en el Río 5º
430.435	Muturos, Pampas reducidos al Río 4º	1611 Avila	en el Río 4º
83	Nun auleta, cqe. Nun charaba	1573 Montañez	O. Calamoch.
100	Ones naure, vecino a Chili naure	1588 Palencia	"V. Calamoch."
49.418	Oniquis navira, cqe. Oniquis charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
49.418	Ospis navira, cqe. Ospis charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
100	Palna vita, comarcano de Chili naure	1588 Palencia	"V. Calamoch."
264	Pampa "vuelta que hace el Río 3º"	1586 Mitre	Zona Embalse
263	Panagal, vecino a Ambayo	1588 Sanchez	"cerca Calamoch."
427	Patun, cqe. Tin tin	1578 Mitre	en el Río 5º
108	Pinturon, cqe. Caabara	1600 Avila	Río 3º, banda S.
265	Pococha campichira	1594 Medina	N. Río calamoch.
49.418	Pomasas navira, cqe. Pomasas charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
33	Pomat naure olaeta, cqe. id. id. charaba	1573 Castañeda	"hacia Calamoch."

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
71.424	Popopis nombre del Río 5º	1579 Mitre	Río 5º
83	Pu auleta o Pu sacat, cqe. Pu charaba	1573 Montañez	O. Calamoch.
100	Pualavira, comarcano de Chilaure	1588 Palencia	"V. Calamoch."
31.406	Pud naure, cqe. Pud naure charaba	1573 Castañeda	"hacia Calamoch."
417	Puy sacat, cqe. Puy charaba	1586 Loria	Zona Río 3º
71 b. 426	Quimi, cqe. Altis	1579 Mitre	"en el Río 5º"
83.269	Salsacate (distinto del de Zona Oeste)	1573 Montañez	Río 3º arriba
83.269	Savambre, cqe. savambre charaba	1573 Montañez	Río 3º arriba
399	Seguepel, cqe. Cabanon charaba	1594 Jaymes	"hacia el Río 3º"
271	Socome o Tocome	1573 Ramírez	"en Calamoch."
426	Soco soco	1579 Mitre	en el Río 4º
67	Talamochita, valle	1573	"V. Calamoch."
108	Talusano, cqe. Tabuze	1600 Avila	Río 3º, banda S.
67	Tambo gualanto, cqe. Tambo naure	1573 Villegas	"V. Talamoch."
13	Taque eynita	1573 Yrobi	"V. Calamoch."
49.418	Tarica yvira, cqe. Tarica charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
106	Tinin cocho	1598 Fonseca	Zona Chulume
49.418	Tiqui navira, cqe. Tiqui charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
106	Tiquingas o Tiquincas	1598 Fonseca	Z. Chulume
49.418	Toltina navira, cqe. Toltina charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
264	Tigua, arroyo	1586 Mitre	S. Calamoch.
71	Timbilas, cqe. Timbilas navira	1579 Mitre	en el Río 5º
271	Tocome o Socome	1573 Ramírez	"en Calamoch."
100	Tolema, comarcano de Chilaure	1588 Palencia	"V. Calamoch."
71 b. 426	Tonchara, "con sus caciques"	1579 Mitre	en el Río 5º
424.425	Totoco	1579 Mitre	en el Río 4º
79	Tulun guleta, cqe. Tulun charaba	1573 Chavez	S. Calamoch.
106	Tulu vichi	1598 Fonseca	Z. Chulume
71.424	Usca, cqe. Cata navira y Talira	1579 Mitre	en el Río 5º
264	Vayo "dormida de la cruz"	1586 Mitre	S. de Calamoch.
265	Vile cacta "más allá del Pescadero"	1594 Pérez	S. de Calamoch.
713	Yasaray cqe. Chaga naure	1599 Camara	Oeste de Río 4º
13	Yacunta chiraba	1573 Yrobi	"V. Calamoch."

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RÍOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
33	Yasilis auleta, cqe. Yachi charaba	1573 Montañez	O. Calamoch.
33	Yana auleta, cqe. Yana charaba	1573 Montañez	O. Calamoch.
100	Yuchura cqe. Yrabi	1588 Palencia	"V. Calamoch."
49.418	Yongo navira, cqe. Yongo charaba	1575 Villalba	S. Calamoch.
71.424	Ytotoco, cqe. Mohuy navira	1579 Mitre	en el Río 5º
428.429	Yucat (Yuscat?) "reducción"	1591 Avila	Río 3º abajo

NOTA: S. Calamoch. significa "al Sur de Calamochita".
 V. Calamoch. significa "en el Valle Calamochita".
 Z. Calamoch. significa "Zona Calamochita"

ZONA CENTRAL

Nuestra Zona Central, teniendo su centro en la Ciudad de Córdoba, comprende los Ríos 1º y 2º desde su nacimiento en la Sierra Grande, con sus respectivos afluentes.

Sus límites Norte, Noroeste y Oeste, ya lo hemos definido al tratar las zonas respectivas. Sin embargo, encontraremos alguna superposición en el Noroeste, siguiendo el camino a Soto, pues en esa dirección no existe divisoria natural y nos encontramos con ríos que no pertenecen a la cuenca del Río 1º y que corren hacia el Norte.

El límite Este de la Zona Central está constituido por lo que fueron grandes bosques, que empiezan en la falda Oriental de la sierra y se extienden en la llanura sin límites que corre hacia el Oriente, en la cual se encuentran la Mar Chiquita y la gran zona de bañados del Norte y del Sur de dicha Mar Chiquita. Esta zona de lagunas y bañados, constituye nuestra Zona Este.

Por el Sur, nuestra Zona Central está limitada por la divisoria de aguas de los Ríos 2º y 3º y así resulta que, parte de lo que hoy se llama Calamuchita está incluida en la Zona Central.

Hemos comprobado que hubo pocos pleitos entre los Encomenderos por estas tierras más cercanas a la Ciudad de Córdoba.

doba, tal vez por el mejor conocimiento de la comarca desde el principio. Esta sencilla causa ha motivado para nosotros una deficiencia de información sobre las Encomiendas originarias pues ya sabemos que el Archivo Histórico de Córdoba en lo que se refiere a esa época y esa clase de información está constituido por los "pleitos por indios".

En cambio, en lo que se refiere a Mercedes de Tierras y pleitos por tierras, la información es amplia.

Esta es la razón por la cual nos hemos visto obligados en la 2ª parte del libro "Indígenas y Conquistadores de Córdoba" a darle amplitud al estudio de los litigios por tierras del siglo XVII. En esta forma hemos completado la información sobre el terreno y los toponímicos del siglo XVI.

El único tema destacado de la Zona Central para esta época, es el que se refiere al QUISQUISACATE, por la razón de que está ligado al Acta de la Fundación de Córdoba, donde se lo menciona asegurando que ese es el nombre indígena del lugar. También y por la misma razón se destaca el tema SUQUÍA.

Como veremos en el Nomenclador, Suquía era el nombre de un importante pueblo indígena que estaba ubicado unas siete leguas río abajo de la Ciudad; los españoles aplicaron este nombre al Río.

En lo que se refiere al tema Quisquisacate, podemos asegurar que el verdadero toponímico del vallecito de Córdoba era Quisquitipa.

El verdadero Quisquisacate era el valle hoy ocupado por el lago San Roque y tal vez ese fué el lugar elegido para levantar la Ciudad, cuando pasó por allí en enero del año 1573 la Expedición previa a la fundación de Córdoba.

Otro Quisquisacate de la Zona Central fué el del Río 2º arriba, donde hoy está el dique del Río 2º. En cuanto al "Quisquisacate de Mitre", motivo de confusión en los primeros años no existió sino como una invención de pleitista. Hay copiosa y clara documentación sobre este tema.

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
18.499	Achala sacate, cqe. Achala charaba	1573 Velázquez	7 km. S. O. C. Paz
21	Achala o Vogombas tuspi o Yocombis	1579 Velazquez	7 km. S. O. C. Paz
607	Achala sacate, cqe. Achala cobin	1598 Mitre	en Sa. Achala
55.500	Ahme, cqe. Amacan	1575 Bustamante	En Olahen
27.499	Alcana sacat, cqe. El charaba	1573 Mejía	Zona Characato
228	Alunchira "en Río de Navidad arriba"	1582 Berrú	en el Río 2º
467	Ambia o Anybia, cqe. Ambaia	1577 Gallegos	Saldan arriba
494	Aminta, cqe. Yquin charaba	1581 Hernández	Z. Anisacate 1º
43.236	Anisacate, cqe. Ani charaba	1574 Tejada	Z. Anisacate 1º
25	Anisacate, cqe. Ani charaba	1573 Mejía	Río Ceballos
18.499	Anisacate, cqe. Ani charaba	1573 Velázquez	Zona Tanti
21	id. o Chilup tuspi, cqe. Chavala acan	1579 Velázquez	Zona Tanti
64	Animi sacat, cqe. Amin chinta	1573 Villegas	en el Río 2º
64	Anipur sacat, cqe. Guambe talalo	1573 Villegas	en el Río 2º
64	Aubun sacat	1573 Villegas	en el Río 2º
512	Ampato yaco, arroyo	1623	Valle Hermoso
54	Ananza pitin, cqe. Canta guatan	1586 Bustamante	en Olahen
512	Anta orco o Anta tica, cerro	1623	Valle Hermoso
212.472	Ascochinga	1576 López	Ascochinga
363.506	Ayan pitin, cqe. Tullian	1607 Soria	en Olahen
217.478	Bilbiscate, "Río Suquia abajo"	1578 Villalba	al E. de Córdoba
260.478	Bilis chaco, gran laguna al Este	1588	Mar Chiquita?
515	Balata	1623 Villalba	en Punilla C.
645	Cabinda, carpintería	1616 Daniel	Zona J. María
75.509	Cacho sacat, cqe. Cacho charaba	1573 Pérez	en Punilla C.
64	Caja sacat, cqe. Al chuchava	1573 Villegas	en el Río 2º
497	Caninta, cqe. Aypiac cinso	1581 Hernández	Z. Anisacate 1º
253.478	Cavinta, cañada de Chibaja	1585 Soria	Río 1º abajo
237.651	Calabalumba	1584 Ardiles	Sta Catalina
206	Calaguanumba, sierra del Uritorco	1575 Jaymes	C. del Monte
8.250	Calabia, cqe. Calubi navan	1573 Yrobi	Zona Cosquin
25.477	Calaptilin, lomas altas	1573	id. Salsipuedes
25	Calaptilin, cqe. Citon charaba	1573 Mejía	id. Salsipuedes
17.23	Calpi naure, cqe. Calpi naure	1573 Mitre	O. Bosque Alegre
1	Camín cosquin, o valle Buena Vista	1573 Cabrera	Valle Hermoso
1	Cami cosquima, cqe. Yacaba queaba	1573 Cabrera	Valle Hermoso
601	Cosquin, Reducción de indios	1598 Guzmán	Cosquin

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RÍOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
467	Cami sasi, cqe. Cami sasi	1577 Gallegos	Saldán arriba
513	Cama, cqe. Chimi chutabi	1632 Guzmán	?
16.22.25	Canta cara sacate, cqe. Canta cara charaba	1573 Mitre	Ciudad de Cba.
11.209	Canta mala, pueblo y comarca	1573 Yrobi	Río 2º abajo
27	Cara sacat, cqe. Epuelo charaba	1573 Mejía	Zona Characato
18.499	Caraca sacate, cqe. Caracas charaba	1573 Velázquez	Zona Characato
499	Carasate, es el mismo anterior	1573 Velázquez	Zona Characato
512	Caracha orco, cerrito	1632 Velázquez	Valle Hermoso
201	Caroyapa, cañada	1574 Jaimes	Caroya
498	Caoca milln, arroyo	1588	Zona Alta Gracia
270.479	Cascara, monte	1604 Cáceres	Río 1º abajo
503	Cau cau ó caucaxo, comarca	1593 Bustamante	Ea. La Paz-Ascoch.
228	Cavisacate, "en Río de Navidad"	1582 Berrú	?
248	Caya sacate, río	1585	Río 2º
670	Caya sacate	1616 Balmac	Z. V. del Rosario en Punilla C.
75.509	Cian sacat, cqe. Cian charaba	1573 Pérez	
217.478	Cip caya, vecino a Bilbiscate	1578 Villalba	Río 1º abajo
468.473	Citon o Siton, río	1585	Río Salsipuedes
204.501	Citon sacate o Siton, cqe. Citon	1575 Ludueña	N. O. Yocsina
55.500	Civicinta, cqe. Abas y pitin	1575 Bustamante	en Olahen
227	Costasacte	1582 Xuarez	en el Río 2º
645	Cosconoje, cqe. Abantay	1616 Ardiles	Z. Ascochinga?
270.479	Cupe "punta del agua"	1604 Cáceres	Río 1º abajo
471.614	Cupil, cqe. Yal talalo	1598 Nabarrete	Agua de Oro?
21	Cunas tuspi, cqe. Noloma acan	1573 Velázquez	Zona Characato
21	Cunas tuspi o Misti sacate (es el anterior)		
508	Culampacaya, comarca	1615	O. Valle Hermoso
243	Chabascate o Chaguascate, río	1585	Hoy Río Carmerc
256.503	Chavascate, valle y pueblo	1585 Casas	S. O. Jesus María
242	Chaviscate	1585 García	Río 1º abajo
222.478	Chacibiscate	1579 Nabarrete	Río 1º abajo
496	Chaca olaeta, cqe. Calpi naure	1581 Hernández	Zona Anisacate
226.478	Chamasacate, "cerca de Localino"	1581 Barrientos	Río 1º abajo
681	Chamasacata "a 9 lgs. de la Cd."	1616 Porras	Río 2º arriba?
43	Chalasacate, cqe. Chalas naure	1574 Cárdenas	Río 2º Arriba
18.499	Chapa olohen, cqe. Chacha	1573 Velázquez	Zona Tanti
25	Chasic sacat, cqe. Chasic charaba	1573 Mejía	id. Río Ceballos
609	Chapsi sacat, cqe. Caya	1598 Cornejo	Río 1º abajo
060	Chapy sacat "a 4 lgs. de la Cd."	1616 Cornejo	Río 1º abajo
230.478	Chibaja, algarrobales y pueblo	1583 Soria	Z. Est. Río 1º
476.519	Chibiquin, arroyo	1646	O. de Unquillo

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
258	Chican toltina, arroyo	1588 Nieto	Zona A. Gracia
16.478	Chilizna sacate, cqe. Chilizna charaba	1573 Mitre	Ciudad de Cba.
494.495	Chilm notil o Chilmga	1581	Zona A. Gracia
21	Chilut tuspi o Anis sacate	1573 Velázquez	Zona Tanti
62	Chinsacat, cqe. Chinchaba	1573 Ardiles	N. Jesus María
224.578	Chinzaba, "abajo del pueblo de Suquia"	1579 Soria	Río 1º abajo
215	Chocaigasta, cienaga	1577	Punilla Norte
55.500	Chuchun sacat, cqe. Chuchun charaba	1575 Bustamante	en Olahen
25.477	Chucaramba, lomas	1573 Mejía	R. Ceballos arriba
252.478	Chucpa, pueblo viejo	1585 Soria	Río 1º abajo
492	Chulpa o Quichulpa, laguna	1599 Jaymes	Z. Oncativo
200	Churuba	1574 Nicolao	al S. Río 2º
512	Chuspi orco, loma	1623	en V. Hermoso
Catastro	Chuspi mayo (mensura antigua)		Río Yuspe
64	Escaa sacat, cqe. Chingal	1573 Villegas	Río 2º arriba
270.479	Guachaba "10 lgs. río abajo"	1604 Cáceres	Río 1º abajo
214.235	Guamacha "tres pueblos juntos"	1576 Peralta	V. del Rosario
62.213	Guanosacate, pueblo y comarca	1573 Burgos	Jesús María
206	Guanumba, valle y arroyo	1575 Jaymes	C. del Monte
255.509	Heque saques	1585 Jaymes	Punilla N.
514	Lababal saquen, cerro	1623	en V. Hermoso
258	Lacava canchira, cerro	1588 Nieto	Zona A. Gracia
255.509	Lava potos	1585 Jaymes	Punilla N.
43	Lias sacat, cqe. Lias charaba	1574 Cárdenas	Río 2º arriba
219.478	Localino, comarca y pueblo	1578 Moxica	Río 1º abajo
514	Lua tuspi o Tumí y milin	1623	en Punilla C.
608	Luca sacat, cqe. Luca charaba	1598 Cornejo	?
255.509	Machapo	1585 Jaymes	Punilla N.
262	Mascolta, comarca	1588 Sanchez	Z. Los Reartes
504	Masa catequen, arroyo	1598 Bustamante	en Olahen
229.467	Ministalalo, laguna y pueblo	1573 Burgos	Ea. Sto. Domingo
253.478	Míndigz, cañada en chibaja	1585 Soria	S. Río 1º
218.478	Mínsaba, pueblo y gran estanque	1578 Figueroa	cerca de Suquia
212	Mismico, tierras y arroyo	1576 Reyna	Ea. La Granja
239	Mísmis cate	1583 López	
18.21	Miste sacate o Cunas tuspi	1573 Velázquez	Zona Characato
245	Mot cala tivil, quebrada	1585 Nieto	Zona A. Gracia
220	Nabosacate o Nobosacate	1579 Tejeda	Z. Costasacate
23	Nacha puytone "camino de Ca- lamochita"	1573 Mitre	Z. Los Reartes
200	Naguascat, en "Río de Navidad"	1574 Nicolao	Río 2º
487	Naubasacate, es el anterior	1599 Burgos	Río 2º

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
64	Nauchi sacat "en Río de Navidad"	1573 Villegas	
43	Naututun sacat, cqe. Naututun	1574 Tejada	Potrero Garay
75.509	Nayto sacat, cqe. Lavat toctoc	1573 Pérez	Punilla C.
499	Nimi tilara, cañada y arroyo	1581	N. O. Alta Gracia
488.682	Nogolma "Reducción"	1615 González	Río 2º arriba
27	Nulo sacat, cqe. Cino charaba	1573 Mejía	Zona Characato
75.509	Numba sacat, cqe. Numba charaba	1573 Pérez	Punilla N.
231.493	Nuñosacate, cqe. Quibini naure	1581 Castañeda	N. O. Alta Gracia
287	Ocombis	1683 Cía. Jesus	Candelaria N.
27.55	Olahen, comarca y provincia	1573 Varios	hoy Olahen
513	Olahen, pueblo, cqe. Sucho nagan	1632 Soria	hoy Olahen
53.500	Olahen, u Olayn	1576 Bustamante	hoy Olahen
253.478	Omar. cañada en Chibaja	1585 Soria	S. Río 1º
258	Onam canchira, cerro	1588 Nieto	Z. A. Gracia
471.614	Oya hita, comarca	1598 Nabarrete	?
258	Parava chasca, comarca	1588 Nieto	A. Gracia
8	Pilsacat o Pisacat, cqe. Pil charaba	1573 Yrobi	lago San Roque
255.509	Pinabac	1585 Jaymes	Punilla N.
8	Piscaguara sacat, cqe. Pisca guara charaba	1573 Yrobi	lago San Roque
64	Pit sacat, "en Río de Navidad"	1573 Villegas	en el Río 2º
64	Pira imba sacat, cqe. Yalin	1573 Villegas	en el Río 2º
287	Poloto sacate, potrero	1683 Cía. Jesus	Candelaria N.
615	Poloto sacate, cqe. Poloto	1598 Lossa	Candelaria N.
512	Pucara, arroyo	1623 Pérez	Punilla C.
492	Plujunta o Pugulunta	1776 Avila	Río 2º abajo
101.502	Pula, cqe. Achata tulian	1588 Olmedo	en Olahen
45.301	Punilla, nombre español	1573 varios	Valle Punilla
492	Quichulpa o Chulpa, laguna	1599 Jaymes	Zona Oncativo
8	Quilobis sacat, cqe. Qutlovis	1573 Yrobi	Lago San Roque
23	Quino naure, "camino de Calamochita"	1573 Mitre	Zona Los Reartes
8	Quisqui sacate, cqe. Quisqui charaba	1573 Yrobi	lago San Roque
494	Quisqui sacate, cqe. charaba chaya	1581 Hernández	Río 2º arriba
258.286	Quisqui sacate, río	1585	Río 2º arriba
478	Quisqui sacate, por Quisquitipa	1581 Mitre	S. Vicente-Cba.
478.494	Quisqui tipa "ancon frente al Fuerte"	1581	S. Vicente-Cba.
287	Quilambi, potrero	1683 Cía. Jesus	Candelaria N.

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RÍOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
608	Saba cora, cqe. Cano manta	1598 Cornejo	?
202.475	Saldan sacate, cqe. Saldan charaba	1574 Peralta	Saldán
62.238	Sanumba sacat	1577 Ardiles	N. O. Jesús María
75	Sial sacat, cqe. Sial charaba	1573 Pérez	"en la Punilla"
319	Sian pitin, cqe. Sian acan	1580 Pérez	"en la Punilla"
468	Sibita pitin, cqe. Sibita aca n	1585 Nabarrete	N. Saldán
96.501	Sibac, chi cqe. Poloto agan	1587 Albornoz	Candelaria N.
606	Sichi sacate, cqe. Sayan acsin	1598 Pérez	Punilla C.
259.501	Silayo cochinta, comarca	1588 González	Lagunilla
245	Simso, en Quebrada Mot cala tivil	1585 Aguilar	Zona A. Gracia
473	Sinta, arroyo (El Pueblito)	1653 Burgos	id. Salsipuedes
260.478	Sipoba, pantano	1588 González	Río 1º abajo
468.473	Siton o Cíton, río y comarca	1585	Salsipuedes arriba
204.501	Sistino cora, cañada	1574 Jaymes	Caroya
201	Siton o Cíten sacate	1575 Ludueña	N. O. Yocsina
478	Soya sacat	1578 Villalba	Río 1º abajo
55.500	Sun sacat, cqe. Capli charaba	1575 Bustamante	en Olahen
218.478	Suquia, comarca y pueblo	1578 Figueroa	Río 1º abajo
	Suquia, río	1673	es el Río 1º
62.238	Sual sacat, cqe. Sualchaba	1573 Ardiles	N. O. Jesús María
11	Susu sacat, cqs. Lampo y Ziton	1573 Yrobi	Río 2º abajo
43. 236	Taba sact, cqe. Taba charaba	1574 Tejada	S. O. Anisacate
54.344	Taca pitin, cqe. Tullan chican	1586 Bustamante	"en Pr. Olahen"
55.500	Taca sacate, cqe. Totoc charaba	1575 Bustamante	en Olahen
512	Tacana pampa, rocas con morteros	1632	Valle Hermoso
101	Tamacan, cqe. Tamacan	1588 Olmedo	"en Pr. Olahen"
319	Tao pitin, cqe. Taucantes	1580 Pérez	en Punilla
512	Tala pichis orco, cerro	1632	Valle Hermoso
55.344	Tapichin sacat, cqe. Tapichin charaba	1575 Bustamante	en Olahen
75.509	Tay sacat, cqe. Taucantes	1573 Pérez	en Punilla
	Tay sacat, es el mismo Tao pitin?		
472	Tiñin, vecino a Cupil	1605 Nabarrete	Agua de Oro
289.606	Tinin palas, cqe. Chongola	1591 Pérez	Punilla C.
498	Timpa quine, arroyo	1602	N. O. Alta Gracia
25	Tiusta sacat, cqe. Charabaloa	1573 Mejía	Zona R. Ceballos
18.607	Tohahen, comarca y pueblo	1573 Velázquez	S. O. de Cosquin
225	Topo caya, cañada	1581	O. de Argüello
221	Toquingas, monte	1579	Zona S. Agustín
514	Tumi y milin	1623	en Punilla C.
508.635	Uampetin	1616 Soria	Norte Olahen

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
235	Umara sacate	1584	Zona Río 2º
17.23	Unchu naure, cqe. Unchun charaba	1573 Mitre	O. Bosque Alegre
258	Uspa vache, monte	1588 Nieto	Zona A. Gracia
224.478	Ustubi	1579 Soria	Río 1: abajo
215	Visla sacate "en chocaigasta"	1577 García	Punilla Norte
21	Vogombas tuspi o Achala sacate	1573 Valázquez	7 km. S. O. C. Paz
503	Yague	1579 Bustamante	en Olahen
75.509	Yalsacat, cqe. Yal charaba	1573 Pérez	"en la Punilla"
8	Ybia sacat, cqe. Ybia charaba	1573 Yrobi	Lago San Roque
23	Ybachuma tacana	1573 Mitre	Zona Los Reartes
17	Ychila cubininta, cqe. Achala cubininta	1573 Mitre	O. Bosque Alegre
258	Yinquila o Caoca millin, arroyo	1588 Nieto	Zona A. Gracia
607	Yguin sacate, cqe. Ccoca navi	1598 Mitre	
64	Ylira sacat, cqe. Quilastun	1573 Villegas	"en Río Navidad
237.651	Ynchin sacat "en Calabalumba"	1573 Ardiles	N. O. Jesús María
205	Ysacate o Cantamala	1575 Camara	Río 2º abajo
21	Yocombis o Achala sacate	1573 Velázquez	7 km. S. O. C. Paz
201	Yschapa aupa, cañada	1574 Jaymes	Caroya
229.467	Ysqui tipi, cañada	1583 Nieto	Zona R. Ceballos
25	Yutma sacat, cqe. Yutma inchinta	1573 Mejía	Río Ceballos
514	Ynisi pin pin, arroyo	1632	Valle Hermoso

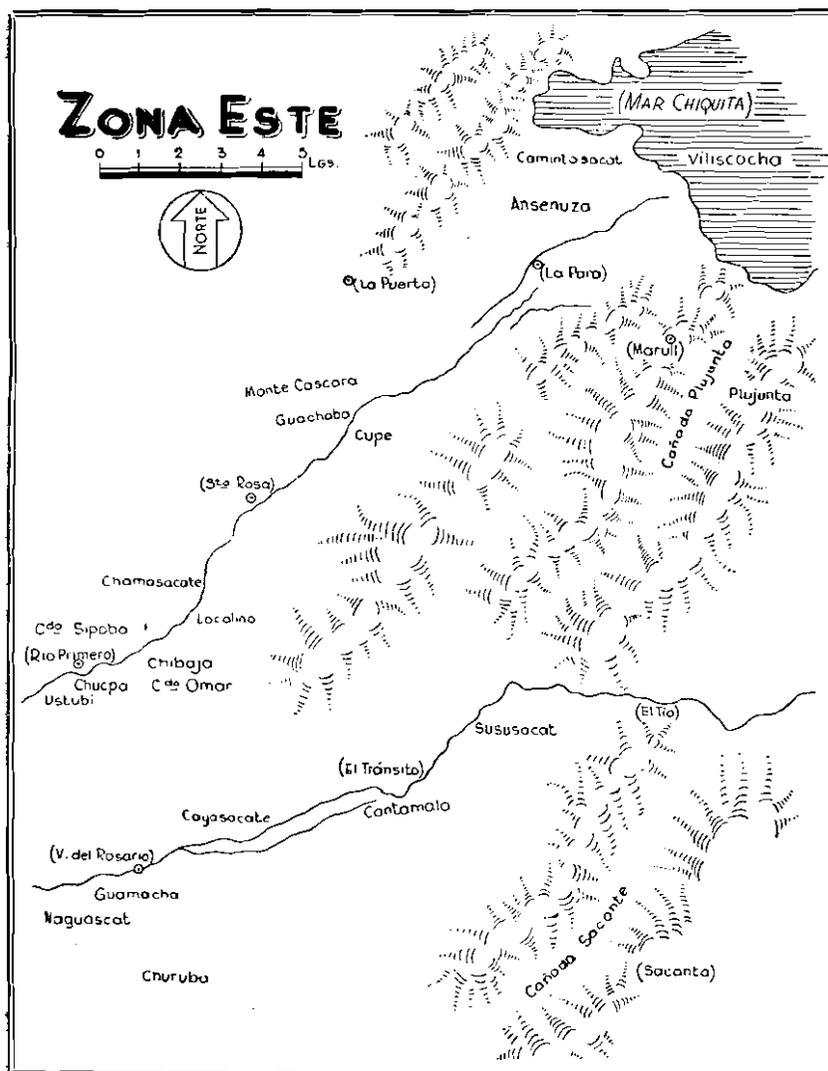
ZONA ESTE

Zona muy extensa de llanuras, algarrobales y pantanos, podríamos decir que se extiende hasta el Río Salado de Santa Fe. Su comarca más característica y mentada fue la Ansenusa, que algunos historiadores y cronistas han confundido con la Mar Chiquita.

Para nosotros la Mar Chiquita es la gran laguna Bilis chaco (Bilis cocha?) de los fundadores de Córdoba. En cambio Ansenusa le llamaban a la fértil y poblada región que está al oeste y suroeste de la Mar Chiquita. Le dedicamos un análisis especial a este tema en la 3ª parte del libro "Indígenas y Conquistadores de Córdoba". La primera vez que los españoles citaron a Ansenusa en sus escritos, fue cuando el Gobernador del Tucumán don Francisco de Aguirre preparaba en Santiago

del Estero su expedición del año 1566 "en descubrimiento de la provincia de Ansenuza". Posteriormente figuró en las primeras Encomiendas de Córdoba, como se lo ve en este Nomenclador.

Muy pocos fueron los pleitos entre Encomenderos por los pueblos de esta comarca y debido a ello poca información quedó en este archivo Histórico.



En la Encomienda del año 1573 a Juan de Villegas se mencionan varios pueblos "más alla de Ansenusa, entre el Río Salado que va para Santa Fe y Ansenusa" Esta es la región que está al Oriente de la Mar Chiquita en tierras que hoy son de la Provincia de Santa Fe. Seguramente en esta dirección también se extendió la jurisdicción de Córdoba, hasta las cincuenta leguas establecidas como radio por el fundador.

Este Nomenclador prueba que Ansenusa era comarca de Comechingones. Una invasión de Sanabirones talvez reciente, dejó aquí algunos "sacat", pero no impuso ningún "charaba". Todos los patronímicos son típicamente Comechingones.

REGISTRO	PUEBLOS Y CACIQUES-COMARCAS RIOS	AÑO ENCOMENDERO	UBICACION
Historia	Ansenusa, provincia	1566 Aguirre	
57	Ansenusa, comarca	1573 Villegas	Oeste Mar Chiquita
241.612	Ansenusa, pueblo, cqe. Lumicava	1584 Barrientos	Oeste Mar Chiquita
72	Ansenunza, llanos de	1579 Jaymes	Oeste Mar Chiquita
666	Ansinusa, Estancia	1616 Barrientos	Oeste Mar Chiquita
612	Alaplambi "cerca de Ansenusa"	1598 Barrientos	Oeste Mar Chiquita
260.478	Bilis chaco, gran laguna	1588	Mar Chiquita?
67	Calabini, cqe. Giracha	1573 Villegas	"en Ansenusa"
612	Calaplami, cqe. Chatacan	1598 Barrientos	"en Ansenusa"
240.612	Caminto sacat, cqe. Quelo chuc- sa	1584 Barrientos	"en Ansenusa"
72.387	Camin sasan, cqe. Ayoxana	1579 Jaymes	"llanos Ansenusa"
612	Lava sacat, cqe. Citon amarac	1616 Barrientos	Zona Ansenusa
612	Lavapis sacat, cqe. Suco	1598 Barrientos	Zona Ansenusa
72	Lume sacate, cqe. Cabachin	1579 Jaymes	"llanos Ansenusa"
57	Manchin sacat, cqe. Libapi	1573 Villegas	Este Mar Chiquita
612	Nalquis, cqe. Nalquis	1598 Barrientos	Zona Ansenusa
612	Quelos, cqe. Sara campo	1598 Barrientos	Zona Ansenusa
67	Quiloasa, cqe. Yalis	1573 Villegas	Este Mar Chiquita
67	Quiloles, cqe. Anitanca	1573 Villegas	Este Mar Chiquita
67	Quilocanis, cqe. Citon	1573 Villegas	Este Mar Chiquita
612	Quilos, cqe. Lavalin	1598 Barrientos	Zona Ansenusa

Observación: Ansenusa debe escribirse con "z", pues en el documento 1^a-8-2 (año 1598) estaba escrito con "s" y fue corregido por el escribano Nieto y puesto con "z".

SANABIRONES EN CAMICHINGONIA

La historia nos dice que los Sanabirones y Salabinas eran vecinos en las comarcas bañadas por los Ríos Salado y Dulce, en el Sureste de Santiago del Estero. Así lo prueba L. Levillier en su libro "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán", tomo II.

Partiendo de esta base, debemos aceptar que la presencia de los Sanabirones en los dominios de los Comechingones, obedecía a verdaderas invasiones.

Dos términos son característicos en la lengua de estos invasores: "sacate" para indicar pueblo y "charaba" para indicar cacique. Son numerosas las pruebas a este respecto, proporcionadas por el Archivo Histórico de Córdoba. Copiamos la más concreta, proporcionada por el Encomendero Pérez de Aragón (año 1591 - Escribanía 1ª - Leg. 3 - Expediente 3) :

"... el pueblo Atan sacat por lengua Sanabirona y por otro nombre Atan henin ques por su lengua de los naturales de aquella tierra y ansi mesmo se llama el cacique Atan charaba por lengua sanabirona y por lengua de los naturales Atan nagan". Se trataba de una comarca de nuestra Zona Noroeste, al Oeste de Soto. En el mismo documento dice el anciano cacique de Mantala halon, llamado Cobil nagan: "que no sabe que haya otro pueblo que se llame Atan sacat, que los españoles deben haberle puesto este nombre, que en su lengua llaman henen como en la sanabirona llaman sacat y que no tiene otro nombre que Atan henen".

En nuestra Zona Norte, tenemos este otro caso contenido en el Exp. 2, Leg. 6 - Escr. 1ª (año 1598). Dice el viejo cacique Mocas del pueblo Cochán hen: "... esta parcialidad se llama Chicun nin, los Sanabirones le pusieron Chicun sacat. Lo que llaman ahora Poyosacat tiene por nombre natural Mosso, los sanabirones le pusieron aquel nombre Poyo sacat".

Para seguir la pista a los invasores Sanabirones no tenemos más que comprobar en la comarca la presencia de los subfijos "sacate" y "Charaba".

Así los veremos posesionados de pueblos autóctonos hasta en el Río 4º y en plena Sierra de San Luis. Estos casos son

típicos, pues conservaron completos los patronímicos autóctonos, habiéndose limitado a agregar su consabido subfijo, consagratorio del reciente despojo.

Nº 12 del R. M.: Chiquino naure charaba - Caya naure charaba - Lili naure charaba - En el Valle de Concaran - San Luis.

Nº 31 del R. M. - Chaga naure charaba - Cagapas naure charaba - Pomat naure charaba - Pu naure charaba - en Calamochita.

Nº 77 del R. M.: Mulun navira charaba - Soc soc navira charaba - Quelincho navira charaba - Culubichin navira charaba - Malabac navira charaba - Nogoyo navira charaba - Hacia el Río 4º.

Algunos de estos patronímicos los habíamos suprimido en el Nomenclador, por falta de espacio, debido a ello los damos ahora.

Como puede apreciarse en el Nomenclador, los sanabirones estuvieron en todo el territorio de los Comechingones, incluso en las sierras de San Luis. Algunas de estas invasiones debían ser muy recientes cuando se fundó la Ciudad de Córdoba y tal vez obedecían a la presencia de los españoles en Santiago del Estero.

INFLUENCIA CACANA EN CAMICHINGONIA

Para hacer este somero análisis tomaremos el libro "Toponimia Riojana" de Dardo de la Vega Díaz y buscaremos los toponímicos iguales de este Nomenclador, dejando para los especialistas los semejantes o de iguales raíces. Pero previamente señalaremos la evidente influencia Diaguita en nuestras Zonas Norte y Noroeste: Alomaha - Casnaha - Citinaha - Yapa - Mayaha - Toloaha - Tulian aha - Tilaha - Timbaha - Vichi aha - Aca gasta - Bombomgasta - Ciguigasta - Chimili gasta - Chiligasta - Chilochingasta - Chigasta - Chocaigasta - Maguigasta - Muxigasta o Mojigasta - Oligasta - Olongasta - Pacagasta - Polegasta Poyogasta - Pinagasta - Sagasta - Sinigasta - Vichimangasta - Vitigasta - Ybran mampa - Colomampa

- Chimampa - Manampa - Tolimampa - Chanlo yaco - Chirin yaco - Chulchon yaco - Gana yaco - Masayaco.

Veamos ahora toponímicos iguales o muy semejantes, habiendo colocado en la columna de la izquierda los de "Toponimia Riojana".

Ascotinga	Ascochinga
Cacapichi	Cacapiche
Cachi yuyo	Cachi yuyo
Cacho	Cacho auleta
Camincha	Caminta
Cantacalo	Cantaha'lo
Cara huasi	Cara huasi
Catuna	Catun cati
Cochangasta	Cochan hen
Coro (cañada)	Coro (cañada)
Chachacoma	Chachavoca
Chila (aguada)	Chila (aguada)
Chiligasta	Chiligasta
Chiquina	Chiquita loloba (algarrobal)
Chocay	Chocay gasta (en Córdoba)
Chulun	Chulun paca
Guache	Guache
Guaco	Guacosacat
Guala	Guala vira
Guasapampa	Guasapampa
Lama	Lama sacat
Machigasta	Chigasta
Malligasta	Maguigasta
Manchin gasta	Manchin sacat
Maya	Mayahen y Mayaha
Nogolma	Nogolma
Nonogasta	Nono, Nonocasa, Nonosacate
Nuñorco	Nuño sacate
Olayon	Olayon
Olongasta	Olongasta
Orcosuni	Orcosun
Pacatala	Pacagasta (en Córdoba)

Pinsala	Pinagasta (en Córdoba)
Puyuta	Puyutac
Quicho	Quicho
Quilla guaico	Quilovil (en Córdoba)
Sanagasta	Siningasta
Sichagasta	Sigui gasta y Sichi sacate
Siquina	Siquima
Siquinay	Siquisaca y Siquiene
Suncho guaico	Suncho guaico
Tacana	Tacana pampa
Talacan	Talacalta - talahen
Tama	Tamahalon y tamalach
Tilian	Tulian
Tiningasta	Tiquincasta
Tudecun	Tucun
Vichigasta	Vichi aha
Yobati	Yobati henen
Yacochiri	Chirinyaco
Yocunta	Yocunta

TOPONIMIA QUECHUA EN CAMICHINGONIA

El nomenclador nos indica que algunos toponímicos de Camichingonia con evidente influencia quichua, fueron traídos por los Sanabirones. Pero también se nota dicha influencia en la toponimia autóctona

Para efectuar un análisis previo hemos utilizado como elemento de comparación el "Mapa del Tahuantinsuyu" confeccionado por el Dr. Horacio H. Urteaga - Lima - año 1926. También hemos tenido en cuenta a "Comentarios Reales de los Incas" de Garcilaso de la Vega. Como se ve hemos recurrido en lo posible a la información del tiempo de la conquista, ya que nuestro Nomenclador se refiere a la misma época.

De este análisis previo resulta que son comunes en la toponimia de ambos territorios los siguientes términos, que figuran como toponímicos completos o parte de ellos:

Aca - acan - acos - achata - allca - ampa - angas - ampato
 anta - asan - asco - ati - aya - caca - cacha - cachi - cala

calli - cama - cami - cani - canchi - canta - carán - cara - cato
 capa - cassan - cassa - catu - caya - cinti - coco - cocha - colo
 collon - coma - conchu - cora - coro - cosco - coy - cussi - chana
 chacha - chaca - chaco - chango - chala - chapa - chancay - chihua
 chican - chila - chili - chilon - chíncha - chimbo - chira - chirin
 chipi - chota - chocaya - chuma - chuca - chuchu - chulu
 chulun - chuspi - chupa - chupi - chuqui - hatun - huaca
 hualla - huall - huaman - huasi - huaca - guaquite - guama
 guanú - guaya - inga - lama - lapa - lava - llacsa - macha
 maca - mala - mana - manta - maya - mayo - mayu - misti
 moche - mosso - moro - mulu - musu - nata - naza - nota
 nuño - oco - olla - oreo - paca - pacha - pampa - pana - pasco
 paya - payo - paso - pichu - pina - piche - pisco - pira - pucara
 quil'a - quisqui - rapa - saca - sal - sana - saya - siqui - sipo
 suca - suta - tama - tambo - talula - tala - tara - taruca
 tarica - tasto - tazna - tica - tingue (tingui) - tiquina (chiquina)
 tiquinga - taca - toca - toco - tolo - tucu - tuema - tuema - tumi
 tunu - ucu - uila - (uyla) - uma - yana - yanta - yapa - yacan
 yacu - yaco.

El análisis del Nomenclador por quichuistas completará esta información.

INTERPRETACION DE TOPONÍMICOS

Esta es una tarea de especialistas, para facilitar su trabajo conviene anticipar alguna información que se desprende de las investigaciones efectuadas en el terreno por los fundadores de Córdoba (2ª parte del libro inédito "Indígenas y Conquistadores de Córdoba").

Cami - Camin - Camiare o Camiari - Caminta

"Cami" significa sierras o serranías.

"Camin" significa gran valle. Así en el N° 1 del Registro Montes encontramos que el fundador Don Gerónimo Dice: en el valle que en lengua de los indios se llama Camin cosquin y en la nuestra española el valle de Buena vista". Se refiere al actual Valle Hermoso.

"Camiare" o "Camiari" es el "lenguaje de los serranos" y creemos que "Camiari" significa serrano.

"Caminta" debe ser vallecito, pues esa partícula "ta" es posiblemente un diminutivo, como en Cochinta actual Lagunilla.

Canta.

Son numerosos los toponímicos que llevan este término, siempre coincidiendo con un vallecito en el cual había una represa o jaguey.

Cara - Coro - Caro.

Siempre coincidiendo con una ciénaga. Ya lo informa Garcilaso: "Cora-cora quiere decir hervazales ... y la plaza que está delante era un tremedal o cenegal".

Camche - Canchira - Catich.

"Canchira" significa cerro pues la toponimia así lo prueba, por ejemplo, entre otros, el N° 258 del R.M.: "al norte el cerro llamado Lacava canchira, al Oeste el cerro Onam canchira".

Podemos ver que en los siguientes documentos: Escr. 1ª, Leg. 270 - Exp. 1. Escr. 2ª Leg. 6 - Exp. 41. Escr. 2ª Leg. 24 - Exp. 3, en el año 1666 informó un indio viejo de la Comarca de Nono: "canchira significa cerro y canchisara quiere decir cerro áspero".

"Camche" debe significar sierra, pues a la sierra de San Luis le decían Vina camche (N° 32 del R.M.).

A título de simple sugerencia decimos que originariamente tal vez fue Pina camche, con el significado de "sierra del Poniente", como Pina gasta (hoy Pinas) pudo significar "pueblo del Poniente". Según el Inca Garcilaso - Tomo I, Cap. XVIII - el topónimo Pinahua significa "la del Poniente".

"Catich" es una variación de canchira. En la investigación del año 1594 en el terreno (N° 368 al 382 del R.M.) vemos las siguientes variaciones del mismo término: canchira - cotichira - cotich - catich.

Por lo tanto el Fuerte de Piedra que tenían los indios en dicho lugar, anterior a la fundación de Córdoba y al cual llamaban Cassan catich, significaba "Fuerte del Cerro", pues

según "Toponimia Riojana" "cassan" significa fortaleza (pucara).

El Término "Chin".

"Chin" significa pueblo y es equivalente a "hin", pues en el N° 74 del R.M. tenemos: "el pueblo Tanechin por otro nombre Tanehin".

Según "Toponimia Riojana" "chin" significa lugar, debiendo suponerse que se trata de lugar poblado, pues los casos que menciona así lo indican.

Cami - chin - gon.

Si aceptáramos que el sufijo "gon" indica pluralidad, tendríamos la verdadera revelación de que este topónimo no se refiere a los habitantes, sino a su territorio: *serranías con muchos pueblos.*

Verdaderamente, así debían considerar al habitat de los camiares, los informantes del año 1544, indígenas del Río Dulce.

Quisqui Sacate.

Para Monseñor Pablo Cabrera este topónimo significa "junta de ríos". Sin embargo, este autor aceptaba que el sufijo sacate significa pueblo.

En una encomienda del año 1574 (1ª - 4 - 2) vemos figurar en la Zona Norte de Córdoba, el pueblo Ciguigasta. En el pleito que por este pueblo se originó en el año 1592 vemos que también llevaba los nombres de Siqui halon y Quisqui sacate. Creemos que, en tres lenguas distintas, se refieren al mismo tema topográfico.

Tanto en este pleito, como en otros posteriores por las mismas tierras, especialmente los del año 1764 (1ª - 351 - 12 y 1ª - 352 - 2) se comprobó en el terreno, que este Quisquisacate del Norte estaba ubicado en el lugar hoy conocido por El Cajón - 4 lgs. al S. O. Dean Funes.

Aquí no existe una "junta de ríos" sino una estrecha garganta cavada por el torrente en la roca compacta. Los

morteros en las rocas vecinas y la cerámica dispersa entre las piedras y chacritas vecinas, prueban que allí cerca existió el pueblo Quisqui sacate.

Los otros tres Quisqui sacate de Córdoba también fueron vecinos a una estrecha garganta serrana.

El significado de este topónimo es: pueblo de la angostura.

Si aceptáramos que el término Quisqui se refiere a plantas espinudas, resultaría que todos los pueblos del Norte y N. O. de Córdoba deberían llamarse Quisqui sacate, porque ellos estaban "puestos en redondo y cercados con cardones y otras arboledas espinosas que les sirven de fuerza" - Relación del año 1573.

Cala, Calamochita, Guasacaba.

Creemos que la palabra "cala" entre los Comechingones tenía también el significado de sierra o cordillera.

Existe constancia documental de que al sector Norte de la sierra chica, le llamaban Cala guanumba o Cala balumba y al vallecito de la actual Capilla del Monte, que les es vecino, le llamaban Balumba.

De aquí podríamos deducir que el término "cala" hace referencia a la sierra de Balumba.

También documentadamente sabemos que los indios del valle de la actual Las Peñas (Dpto. de Totoral), eran llamados Camineguas y que sus parientes de las sierras vecinas del Oeste, eran llamados Cala camineguas.

De aquí podríamos deducir que este último patronímico, significaba "Camineguas de la Sierra".

Hemos visto que en la zona Oeste de Córdoba, el término "san" significa río, según expresa información de un cacique.

Y hemos deducido que el topónimo San cala debe significar "río que viene de la sierra", que era la denominación que le daban los caciques (según documentos de la época) al río grande que pasa por el lugar llamado Sancala.

Todos los topónimos que hemos encontrado con el término "cala", se refiere a lugares o pueblos que están justamente en una serrezuela cuyo nombre no quedó expresamente regis-

trado. Así por ejemplo: pareciera ser que Cala benimpa fue el nombre de la hoy llamada Sierra de Ischilin; Cala cite, el de la Sierrita de la Higuera, pocas leguas más al N. O.; Cala cara, sería el nombre de la Sierrita hoy llamada de la Estanzuela en el gran valle de Concarán.

Y en esta última comarca tenemos el pueblo guasa ca'a, que, admitiendo que "cala" significa sierra y "guasa" indicara "del otro lado de", habríamos dado con el equivalente de nuestro "tras la sierra", famoso desde los primeros años de la Conquista.

La sierra hoy llamada de Comechingones, fue llamada antiguamente de Calamochita. Así por ejemplo, vemos que la Encomienda otorgada en el año 1573 a Tomás de Irobe, está descompuesta concretamente en dos partes: 1º "de la otra parte de la Cordillera Grande". 2º "tras de la Sierra Grande de Calamochita". El gran cerro Champaquí vendría a constituir el nudo divisorio entre ambas partes.

Por este documento y otros varios bien definidos, podemos asegurar que el topónimo "Calamochita" se refería concretamente a esta sierra, que corre al Sur el Champaquí.

Si damos a "cala" el significado de sierra y a "moche hita" como una referencia a la abundancia de molles, tendríamos para Cala moche hita el significado de Sierra de los Mollares. Y no hay duda de que le estaría bien aplicado tal nombre.

El Tema Pueblo.

En Camichingonia existieron varios equivalentes a pueblo o aldea. Los Diaguitas introdujeron aquí sus "gasta" y "aha". Los sanabircnes invasores trajeron su famoso "sacate".

Los autóctonos tuvieron: hen - hin - chin - halo - halon
henen - tuspi - pitin.

Los subfijos "naure" y "navira" con que figuran numerosos pueblos, más bien parece que indicaran "nación" o tribu. Otro tanto puede decirse del término "auleta", pero en este caso lo podemos asegurar, pues hay constancias documentales que hablan de "los auletas y los sabaletas", grande parcialidades.

El Tema Cacique.

Hemos citado la constancia documental de que en la Zona Noroeste (Escr. 1ª leg. 3 - Exp. 3) se dijo: "...y así mismo se llama el cacique Atan charaba por lengua sanabirona y por lengua de los naturales Atan nagan".

Una variación de nagan, era naban o navan. En dicha misma comarca (mismo documento) existen varios pueblos "aha" y numerosos caciques "acan", que pudieron ser antiguamente "cacan". En esta misma comarca encontramos varios caciques "chuctavi", "chucutavi", "chucutani". También utilizaban los subfijos "toc toc", hoyopan", matcanan, etc.

En Salsacate encontramos el subfijo "costin" para indicar cacique. "Nono" al sur del Río 3º, también se refiere a cacique

Tila Henen - Halnasan - San Cala.

En el mismo documento citado para el toponímico canchira vemos que, "Tila henen en idioma local (hoy Villa Dolores, Cba.) y Halnasan en idioma de unos indios de Olangasta, significa "cola del río".

Ahora bien la palabra "san" significa río en la zona Noroeste (Esc. 1ª, Leg. 3 - Exp. 3). De manera que tila y Halna son equivalentes, con el significado de cola o apéndice, refiriéndose al trozo final del río, corriendo hasta extinguirse en una llanura arenosa después de salir de la sierra por la estrechura que llamaban boca del río (hoy Dique La Viña, en San Javier).

Existen numerosos "san" en nuestra Zona Noroeste, influenciada por los Diaguitas. El más característico fue San cala, también llamado "río de la sierra", pues naciendo en la Sierra Grande corre hacia el N. O. para insumirse en las tierras arenosas de Tulian (San cala, se llama actualmente San Carlos Minas, pues dicho toponímico autóctono se aplicaba al río y a un pueblo).

Tululu - Guayama - Tala.

Según el Exp. 11 - Leg. 4 - Escr. 1ª (investigación del año 1591, Zona de la actual Villa Brochero) el cacique prin-

cipal de Cassan catich se llamaba en tres lenguas distintas: Tululu naure, Guayama acan y Talas navan. Dado que en la región se desarrolla muy bien el tala, suponemos que a esto se referían los indios al darlo como árbol totémico de su caudillo. Si fuera así los tres términos de este apartado significarían lo mismo: Tala.

En nuestra Zona Noroeste podemos ver que figura una aguada llamada Tululu han, cuyo significado sería "aguada del tala". Tulumba significaría Cañada de los talas.

En la Central figura un cerro llamado Talapichis orco, cuyo significado sería "cerro del talita".

En esta misma Zona y al Norte de la Pampa de Olahen, tenemos el lugar llamado indistintamente Ayampitiu o los Talas. Sabemos que "pitin" significaba pueblo en dicha comarca y suponemos que ayam se refería al tala, lo mismo que Guayam.

Chiquina Loloba - Loloma - Lolma.

El Evangelizador de tras de la sierra en los primeros años de Córdoba, fue el Padre Miguel de Milla, un verdadero precursor del Padre Brochero en dicha comarca. A dicho Evangelizador le debemos el dato concreto de que Chiquina loloba significaba "algarrobal" (1a Leg. 10 - Exp. 6).

En el Noroeste tenemos un arroyo Loloma hal en medio de los grades "algarrobales de Soto". Suponemos por esta circunstancia, que dicho "loloma" es el mismo loloba de tras la sierra.

Si así fuera, nos explicaríamos la razón por la cual le llamaban Lolma a la comarca de los algarrobales del Soroeste, de donde procedían los famosos Lalahenes o "indios algarroberos" (ver Zona Suroeste de este Nomenclador).

LA LENGUA GENERAL DEL PIRU Y LA EVANGELIZACIÓN

Una de las tantas afirmaciones aceptadas por la Historia, es la que se refiere al conocimiento del idioma quichua por los indígenas de Córdoba, el cual idioma les habría sido enseñado por los españoles para facilitar su evangelización, dado que el idioma español les resultaba difícil de aprender.

Trataremos de hacer un análisis de tal información.

El mejor y más completo elemento de prueba nos lo proporcionará la investigación efectuada en los mismos pueblos indígenas por los conquistadores, en los primeros lustros de su instalación en esta tierra:

Año 1585 - Leg. 1º - Exp. 5 - Escribanía 1ª.

Estos pueblos indígenas pertenecen al Capitán Juan de Mitre, famoso por su crueldad con los indígenas y hombre que desatendía su Encomienda "por andar mercadeando en el Paraguay" como se lo prueba en dicho documento. Aquí se asegura "que los del pleito son indios chontales que no saben la lengua general del Piru". El adjetivo "chontal" significaba ignorante.

Para que el juez se entendiera con los testigos presentados por Mitre, se designó como intérprete al cacique don Gonzalo Citon de la Encomienda de Ludueña.

Don Gonzalo Citon era cristiano y hablaba el quichua y también la lengua camiare. El escribano del pleito hablaba "la del Piru". Resulta que los caciques de Mitre son "cristianos y no hablan quichua".

Es esta una prueba negativa, pero dada su fecha (año 1585) resulta muy significativa.

Es curioso constatar en aquel documento que varios caciques de Nuñoscate (Zona de Alta Gracia actual) son cristianos y no hablan quichua. Son sin embargo vecinos a la comarca de Córdoba - y a doce años de la fundación de esta Ciudad, llama la atención este hecho que es muy sintomático al repetirse en estas dos comarcas tan distantes.

Otro caso - año 1594 - Legajo 4 - Exp. 11 - Escribanía 1ª

Se trata de pueblos indios de las Encomiendas de los Capitanes Bme. Jaymes y Diego Rodríguez de Ruesgas, de espíritu muy religioso este último, y que estaba en estrecha relación con "el cura evangelizador de tras la sierra" Padre Miguel de Milla.

Los testigos, presentados al Juez en el terreno mismo, o sea en "tras la sierra" son cristianos y no hablan quichua.

También es esta una prueba negativa, pero viene a confirmar en forma terminante que, la evangelización de estos

indios se hizo "sin enseñarles previamente el quichua". Luego queda, para esta zona, destruída la afirmación de que ambos elementos culturales estaban íntimamente ligados entre sí.

Una información análoga la tenemos sobre la zona al Noroeste de Salsacate, bastante alejada de la indicada anteriormente.

Se trata del pleito por Niclistaca, averiguación hecha en el terreno en el año 1598 - Leg. 6 - Exp. 5 - Escr. 1ª.

Los caciques son cristianos y no hablan quichua.

Algo más al Norte, o sea en la comarca al Oeste de Soto, nos encontramos con indígenas del Capitán Pérez de Aragón, tan famoso por su religiosidad.

Aquí los caciques, ni son cristianos ni hablan quichua, en el año 1591 - Leg. 3 - Exp. 3 - Escr. 1ª.

En la zona de Conchuluca, Norte de la Provincia de Córdoba, también encontramos indígenas que son cristianos y no hablan quichua - año - 1592 - Leg. 4 - Exp. 2 - Escr. 1ª - y año 1598 - Leg. 6 - Exp. 1 - Escr. 1ª.

Hace excepción el cacique don Lorenzo Yumba del pueblo de Nondoma, que es cristiano y habla quichua, pero en este mismo pueblo está el cacique don Juan Guanchula que es cristiano y no habla "la del Piru". En la misma comarca sucede lo mismo con los caciques don Miguel Mocas, don Tomás Luchin, don Juan Temicho y otros caciques.

En la comarca de Soto, encontramos caciques que son cristianos y no hablan quichua: año 1594 - Leg. 8 - Exp. 5 - Escr. 1ª.

Existen varias decenas más de casos comprobados, caciques e indios que son cristianos y no hablan quichua, un cuarto de siglo después de haberse fundado Córdoba: Se los evangelizó empleando su propio idioma.

Vamos ahora a presentar la prueba positiva, o sea, indígenas que hablaban la "lengua general del Piru" y no eran cristianos.

Año 1581 - Exp. 25 del Leg. 1 - Escr. 2ª - Sirvieron de intérpretes "en la lengua general del Piru" el indio Chuncho y el indio Ylo, del pueblo Cíton de Ludueña "a los cuales por no ser cristianos no se les tomó juramento".

Aquí prestaron declaración en esa fecha (zona de la actual Alta Gracia) una docena de caciques que no eran cristianos ni sabían quichua.

Nº 318 del R. M., los indios de Escoba sacat (año 1575) sabían el quichua, sin que los españoles se lo hubieran enseñado; Encomienda del anciano don Luis de Luna, del año 1573 y que no se hizo cargo de ella.

Nº 321 del R. M., los intérpretes indios Misto y Olayo, saben la del Piru y no son cristianos.

Nº 369 del R. M., el indio Olonac no es cristiano y sirve de intérprete en las lenguas camiare y la general del Piru.

Vamos ahora a la prueba de carácter fundamental y terminante: los evangelizadores que eran hombres ilustrados y conocían varios idiomas indígenas, empezando por el quichua, eran mucho más capaces de aprender el idioma local que los autóctonos de aprender el quichua. Y la evangelización la hacían entonces en la lengua comarcana.

El muy interesante documento sobre los indios Auñetas de la provincia de Conlara, nos dará la pista inicial (Escr. 1ª, Leg. 27 - Exp. 3).

En el año 1612 y por orden de la Justicia, se hace el padrón de estos indios que el conquistador Quevedo ha "maloqueado" una década antes de Conlara y los ha "reducido" en su Estancia de Guaclira una legua al Sur de Nono en tras la sierra.

Aquí está de Evangelizador desde hace algunos años el Padre Contreras y todos estos indios son buenos cristianos que, bajo la dirección de sus propios caciques, trabajan para el gran latifundista.

El alcalde Cabrera hace personalmente el padrón en Guaclira, tanto él como su escribano hablan quichua según constancia del documento, pero para entenderse con los empadronados nombra dos intérpretes que hablan quichua y camiarí, pues éste último es el idioma general en tras la sierra.

Hace 40 años que se fundó Córdoba y los indígenas son todos cristianos pero solamente hablan quichua los que lo hacían desde "ad vinicio". Los Evangelizadores habían aprendido el camiare.

Veamos al precursor y más destacado de estos admirables Sacerdotes de la Conquista, el Padre Miguel de Milla, que actuó preferentemente en tras la sierra (Escr. 1ª, Leg. 10 - Exp. 6).

Dice el Padre a fines del siglo XVI:

“Y este testigo habiendo topado muchos indios de los que no prestaban servicio de Encomienda, les predicó cosas de nuestra Santa Fé Católica y preguntó a algunos indios y caciques de diferentes partes cuyos nombres no se acuerda porque de esto hace más de cinco años . . . y le dijeron que el pueblo de Chiquina loloba es el mismo Cocoyanta . . . y le dijeron también que allí cerca había una aguada que llamaban Cocoyanta . . . que Chiquina loloba era el nombre de los algarrobales y que en su lengua interpretaban algarrobal”.

Vemos aquí la notable información de que el Cura Evangelizador de tras la sierra se entiende perfectamente con indios “de los que no prestaban servicio de Encomienda” o sea que no habían sido todavía reducidos. Por otros documentos sabemos que en la comarca no hablaban quichua. Luego el Padre Milla les predicaba en camiare, que era la lengua comaricana.

Con estos antecedentes creemos que debe desecharse para Córdoba, la información de que “la lengua general del Perú” fue aquí enseñada por los Evangelizadores del tiempo de la conquista. Nuestra creencia, fundada en constancias documentales, y sobre todo en la toponimia, es que el quichua llegó a Cami-chin-gonia antes que los españoles, pero que solamente algunos caciques e indios lo hablaban, tal vez por razones especiales de viajes o de relaciones personales con quienes trajeron este lenguaje a las sierras.

Volvemos a insistir en que tanto los Yuguitas y Sanabiro-nes del Río Dulce, como los Diaguitas del Noroeste de Córdoba, fueron los probables agentes de esta incipiente quichuización.

PARCIALIDADES Y CONFEDERACIONES DE PUEBLOS

Los camiares se caracterizaban por una organización social cimentada sobre la base de laboriosos pueblos agrícolas, que tenían sus tierras bien delimitadas y amojonadas. No

existía un gobierno central ni reconocían sujeción a ningún poder extraño, pero en algunas comarcas de tierras privilegiadas, los pueblos eran tan numerosos que algunos de ellos estaban muy próximos y entonces formaban pequeñas confederaciones gobernadas por un caudillo principal, esa especie de "reyezuelo" a que alude Monseñor Pablo Cabrera. A esta pequeña confederación los españoles llamaron "provincia".

La 2ª parte de mi libro citado, constituye precisamente la información de los fundadores de Córdoba nos han dejado sobre la investigación que ellos, hicieron en el terreno en esos primeros años de la conquista, con el objeto de determinar esa dependencia a caciques principales, pues el alcance o jurisdicción de una Encomienda de indios, dependía en la mayoría de los casos de la jurisdicción territorial de una de esas provincias y de la sujeción de pueblos y caciques al "reyezuelo" de la comarca.

En la famosa Relación el fundador de Córdoba (fecha en 1573) dice: "Las poblaciones tienen muy cercanas unas de otras".

"son los pueblos chicos que el mayor no terna hasta cuarenta casas...

"cada pueblo de estos no es mas que una parcialidad o parente'a y así está cada uno por sí...

"tienen los pueblos puesto en redondos y cercados...

"viven en cada casa a quatro y cinco indios casados...

"son las casas por la mayor parte grandes...

"son grandes labradores que en ningun cabo hay agua o tierra bañada que no la siembren...

"crian mucho ganado de la tierra y danse por ello de las lanas de que se aprovechan...".

Bastaría solamente esta notable información etnográfica para que supiéramos quienes eran los camiares.

Pero el consagrado prejuicio de que estos eran unos salvajes trogloditas que no vivían en pueblos ni respetaban autoridad alguna, ha impedido hasta ahora la debida interpretación de la autorizada palabra del ilustre don Gerónimo Luis de Cabrera.

Aquí daremos la información necesaria para destruir definitivamente aquel prejuicio y consagrar en cambio la verdad histórica que encierra la "Relación" famosa.

Veamos algunas pruebas:

(Nº 379): antes del año 1573, en el pueblo Mehele del valle Panaholva "hubo un cacique llamado Cusambich a quien obedecían todos los caciques e indios por ser gran cacique y despues que fué viejo dejó el mando a su sobrino Tabequitin el qual es aora viejo (dicho en 1594) y que los naturales tienen en cada pueblo un cacique conocido para obedecerle todos los demás caciques de dichos pueblos".

(Nº 438) dice el Capitán Moxica en 1601:

"es cosa muy ordinaria que unos caciques estén sujetos a otros caciques mas principales".

(Nº 340) dice el Cap. Bustamante en 1585:

"y mi cacique (principal) se llama Citon acan y su pueblo Yocon y en este pueblo son caciques Coynomas y Yolumin y Lutuluban y Quiambe y otros caciques.

(Nº 362) Parcialidades del pueblo de Tunun: "que si los caciques del pueblo de Tunu y sus parcialidades fueren quatro...".

Se sigue numerando en este convenio ente los capitanes Peralta y Gallegos hasta el caso de que dichas parcialidades fueran siete.

(Nº 374) en el pleito por pueblos indios del valle Panaholva entre los capitanes Jaymes y Mitre se prueba: "que Tungun guich es el cacique principal de los pueblos de Mitre y está metido en el pueblo de Cositonos" (es la parte superior de dicho valle).

"que chican hongolo es el cacique principal de los pueblos que están más valle abajo".

"Que los dos nombrados son los señores de todos los demás caciques".

(Nº 327) declara el cacique Chabala nagan en el año 1591: "que como señor e principal deste valle de Cantapas..." Después se comprobó que en dicho valle había cuatro pueblos, todos sus indios, del apellido Cantapas, que obedecían a aquel cacique principal y aquí también comprobamos (Nº 325) que en uno de dichos pueblos vive el viejo cacique que por ser

tan viejo ha delegado el mando: "que el cacique tonqui necho está vivo y muy viejo en el pueblo de Cantapas.

"que ahora son caciques en el pueblo de Atan henen (era uno de los cuatro pueblos mencionados) el que declara que se llama Colo opan y sus compañeros Quilampi y Colo nagan"

En el N^o 48 podemos ver en la Encomienda que don Gerónimo otorgó a Luis de Luna en el año 1573:

"con mas en la parcialidad de Mylanga sacat cerca de Quilino donde es cacique principal Yana mime y tiene ocho pueblos".

Y ya que hemos citado a Quilino, diremos que por esta Encomienda que se otorgó a si mismo don Gerónimo y pasó después a sus herederos, no hubo pleito y debido a ello carecemos de información más concreta. Pero la misma Encomienda nos esta diciendo que algunos de esos pueblos debían depender de un cacique principal, puesto que dependían de un mismo sistema de regadío. Así vemos en el N^o 2 de la 3^a parte de mi libro citado:

"en el valle Quilino (nombra cinco pueblos) que estos cinco pueblos son una parcialidad que estan poblados cerca de una acequia de agua que corre por el dicho valle que los indios llaman Ybram mampa con mas cerca de otra acequia que se llama Chimampa en el dicho valle" (nombra diez pueblos con sus respectivos caciques). Estos también debían constituir una parcialidad y debían depender de un cacique principal, pues de otra manera sería imposible utilizar en comun un canal de regadío.

LOS PATRONÍMICOS DE CAMICHINGONIA

Para que un Nomenclador fuese completo debería contener los patronímicos de cada pueblo. Nosotros hemos incluido el nombre del "cacique principal" y en unos pocos casos el de otro cacique.

Sin embargo, en nuestro Registro figuran numerosos patronímicos de caciques y de indios para la mayoría de los pueblos. En el porvenir podrá confeccionarse también el Nomenclador de patronímicos.

Señalaremos algunos que son comunes y se repiten:

Ani charaba - Ani talalo - Ani poca, etc.
 Achala charaba - Achala umba - Achala cobininta, etc.
 Ana patan - Anabatel - Anapa.
 An chana - An chile - Ansana, etc.
 Alcayan - Alca tocsin - Alcan.
 Apana - Apachara - Apalao, etc.
 Apan cola - Apan toctoc - Apan chuctavi, etc.
 Cachi navan - Cachinan - Cachilin, etc.
 Cacho charaba - Cacho cavi - Chachu cache.
 Canta calo - Canta chuctavi - Canta naguan, etc.
 Capa - Capaco - Capa guinilto, etc.
 Citon - citon colo - Citon acan, etc.
 Colo taco - Colo chana - Colo acan - etc.
 Coco yongolo - Cocoyanta - Coco chotavi, etc.
 Cositonos - Cosimanta - Cosichana.
 Cussi navira - Cussi navan - Cussi chica, etc.
 Cui toctoc - Cui acsin - Cuipana - etc.
 Chabala chican - Chabala naguan - Chabala chuctani - etc.
 Chaca navira - Chacagus - Chacapa, etc.
 Chaga panta - Chaga naure - Chagayo, etc.
 Chalcas chuctavi - Chalcas navan - Chalcas opa, etc.
 Chicabana - Chicala - Chicavila, etc.
 Chiliguayo - Chilile - Chilicote, etc.
 Chile - chilena - chile naure.
 Chimbo charaba - Chimbo sayco - Chimbo chicanda, etc.
 Chocoba - Chocotina - Chocoton, etc.
 Chotanea - Chotaviti - Chota cavile.
 Chucu viltilto - Chucuyo - chucuti.
 Chucutavi naguan - Chucutavi costin - Chucutavi tusan, etc.
 Yana navira - Yana mine - Yana canta, etc.
 Yal charaba - Yal talalo - Yal chumbo, etc.
 Guayan cussi - Guayanche - Guayan petin, etc.
 Guaya venum - Guayamacan - Guaya umba, etc.
 Gualavira - Guala gayna - Gualala.
 Laba nava - Labacan - Labapa, etc.
 Lindon - Lindon cocho - (solo estos dos).
 Maca acan - Maca toya - Macanava, etc.
 Malayan - Malabac - Mala, etc.
 Maya bona - Mayaccho - Maya toctoc, etc.
 Mila chelin - Mila chuyni - Mila navan, etc.
 Miscan oloyo - Miscan chana - Miscan chuctavi, etc.
 Mulan costin - Mulan chana - Mulan toctoc, etc.
 Naca charaba - Naca chuma - Naca.
 Nini naguan - Nini toctoc - Nini hoyopana.

Noloma chuctavi - Noloma acan - Noloma charaba, etc.
Olo charaba - Olo naguan - Olo nono, etc.
Paca tasto - Paca nana - Pacaba.
Pis nona - Pis lava - Pis tanta.
Quilambi macan - Quilambi sica - Quilambi naguan, etc.
Quilpo naguan - Quilpo chana - Quilpo acan, etc.
Quilis chaca - Quilis naban - Quilis chuctavi, etc.
Sacama chana - Sacama opan - Sacama nava, etc.
Salta guacay - Salta balaya - Salta mulan.
San Guatay - San calche - Sanguiste, etc.
Siquí tulian - Siquimi - Siqui alquilan, etc.
Simi cato - Simi picba - Simin tuan, etc.
Suqui - Suquia - Suquiana, etc.
Sutu - Sutu maha - Sutu macan.
Talama costin - Talama catpan - Talama anchic, etc.
Talan charaba - Talan tana - Talan naguan, etc.
Tala pochon - Tala michican - Tala naguan, etc.
Toc toc naguan - Toc loc charaba - Toctoc cala, etc.
Tola naguan - Tola hulayon - Tola catpan, etc.
Toco chica - Toco chocotavi - Tocotan, etc.
Toconon costin - Toconon chuctavi.
Tulian tocto - Tulian costin - Tulian mulan, etc.
Tucunan colo - Tucunan chuctavi - Tucunan.
Tunqui naca - Tunqui chiqui - Tunqui nota, etc.
Uluman hupan - Uluman mulan - Uluman alquilan, etc.
Usus acan - Usus toc toc - Usus ahenet.

VOCABULARIO CAMIARE

Sabemos que en Camichingon se hablaban dos lenguas principales, incluyendo la lengua Sanabirona y hemos visto las influencias Cacan y Queschua.

Por otra parte Serrano nos prueba en su libro "Los Comechingones" la influencia Cunza, presentando varios ejemplos, que incorporaré a este vocabulario.

También hubo influencia de Araucanos y Pampas como ha sido señalado por Monseñor P. Cabrera.

De todo ello resulta que el idioma Camiare comprendía vocablos de otros idiomas, que utilizaba como tales o en hibridaciones. Desde la primera exploración de este territorio se hizo notar la diversidad de dialectos en sus distintas comarcas.

Tenemos registrados varios casos de caciques que se nombran hasta en cuatro formas distintas "según las lenguas".

Hemos citado el caso del cacique Guayamacan, que también se llamaba Tululu naure y Talasnaguan.

En el presente vocabulario citaremos los términos sin tener en cuenta estas circunstancias lingüísticas, pues lo único que pretendemos es insinuar posibilidades de interpretación. Los especialistas harán lo restante.

Pueblo o aldea: hen, hin, chin, halo, sacate, gasta, aha, tuspi, pitin, mina, naure, navira, auleta (lauleta, gulcta, lauta).

Cacique: nagan, nahan, charaba, acan, hoyopan, mulan, (toc toc).
chuctani, costin, nono, naure, navira.

Arroyo: tilara, paca, ampa, mampa, talalo.

Río: chi, san, henen.

Aguada o vertiente: yaco, han o ham, hal, aba, puri.

Laguna: cocha, quilo.

Ciénaga: coro, cora, cara, lach.

Cerro: orco, saquen o chaquen, canchira, cotich.

Sierra: cami, cala, camchi.

Valle: camin.

Vallecito: caminta, canta.

INTERPRETACIÓN

Cami chin gon: serranías con muchos pueblos.

Camin cosquín: valle de buena vista o valle hermoso.

Camiare: serrano, verdadero nombre de los Comechingones.

Quisqni sacate: pueblo de la angostura (hubo cuatro en Córdoba).

Hnaca chin: pueblo sagrado (vecino al Cerro Colorado).

Atan henen: pueblo del diablo.

Ani sacate: pueblo del cielo (asiento muy hermoso).

Anisaba: aguada del cielo (íd. o muy abundante).

Chirin yaco: aguada fría (en Ischilin).

Cachi puri: vertiente salada (en Ischilin).

Pisco yaco: aguada de los pájaros (Córdoba Norte).

Ampato yaco: aguada de los sapos (en Punilla).

Canta cara: vallecito de la ciénaga (Ciudad de Córdoba).

Canta aha: el pueblo del vallecito (también Cauta halo).

Chipitin, Chigasta, Chisacate, Chiauleta: el pueblo del río.

Chimampa: acequia que corre como río (muy caudalosa).

Chucarampa: arroyo bravo (Río Ceballos arriba).

Chuquimayo: arroyo seco o río seco (nombre de un cacique).

Chuspi mayo: río de los mosquitos (hoy Río Yuspe - Punilla).

Cochinta: pueblo de la lagunilla (hoy Lagunilla).

Cochan hen: pueblo de la laguna del alto (actual El Alto, Ischilin).

- Talapichis orco: cerro del talita (en Punilla).
Orco sun: cerro hermoso (en Olahen y en Quilino).
Guasa canchira: detras del cerro (también vacsa canchi).
Cassan catich: pucara del cerro.
Canchi sara: Cerro áspero (también chaquen chona).
Caca piche: serrezuela (actual guasapampa, serrezuela).
Calamochita: sierra de los molles.
Sancala: río de la sierra (hoy San Carlos Minas).
Guasacala: atrás de la sierra (hoy tras la sierra).
Chiquina loloba: algarrobal del diablo (también Cocoyanta).
Loloma hal: arroyo del algarrobal (en Soto).
Loima: comarca de algarrobales (en Sierras de San Luis).
Lalahenes: algarroberos (en Sierras de San Luis).
Luluhen: pueblo del tala (también Talahine).
Tululuham: aguada de los talas (cerca de Scto).
Tulumba: comarca de los talas.
Toco toco: los hoyos (hoy Cruz del Eje).
Toco toco: hoyo del algarrobo (en San Javier).
Halnasan: cola del río (también Tilahenen - hoy Villa Dolores).
San tuspi: el pueblo del río (también Chipitin, etc.).
Siqui hene: pueblo de la angostura (también Quisquisacate).
Ciguigasta: pueblo de la angostura (también Siqui halon).
Siquisaca: represa de Siqui hene (en Ischilin).
Carasacat: pueblo de la ciénaga (hoy Characato).
Quilino: pueblo de la laguna.
Quiloasa: habitantes de las lagunas).
Pinagasta: pueblo del Poniente (hoy Pinas).
Pinacamche: Sierra del Poniente (hoy de San Luis).
Canchuleta o Camcheauleta: Sierra de los Auletas (id.).
Talan auleta: pueblo del alto del tala.
Ayampitin: pueblo de los talas (hoy Los Talas en Olahen).

INDICE

PRIMERA PARTE

(*Anales de Arqueología y Etnología*, t. XI).

Distribución del territorio en siete zonas	33
Observaciones - Toponimia autóctona - Documentación	34
I. — Zona Norte - con centro en Quilino	42
II. — Zona Noroeste - con centro en Soto	52
III. — Zona Oeste - con centro en Nono	62
IV. — Zona Suroeste - Valles de Concarán y de Conlara.....	74

SEGUNDA PARTE

(Id., t. XII)

V. — Zona Sur - de Calamochita al Sur	75
VI. — Zona Central - con centro en Córdoba	81
VII. — Zona Este - Comarca de Ansenusa	89
Sanabirones en Camichingonia	91
Influencia Cacana en Camichingonia	93
Toponimia Quechua en Camichingonia	95
Interpretación de toponímicos	96
La lengua general del Piru y la evangelización	102
Parcialidades y confederaciones de pueblos	106
Los patronímicos de Camichingonia	109
Vocabulario Camiare	111
Interpretación	112

EL ARTE RUPESTRE DE LA PROVINCIA DEL NEUQUEN

Por JUAN SCHOBINGER

Se llama *arte rupestre* a toda manifestación plástica efectuada sobre superficie rocosa, de carácter etnológico. Existen, al menos en territorio argentino, dos tipos fundamentales. Uno es el *grabado*, formado por figuras trazadas generalmente en forma lineal, y obtenidas, ya por incisión o raspado, ya por percusión o picado. Se lo suele llamar, correctamente, *petroglifo*. La otra forma es la *pintura* efectuada sobre la superficie pétreo. Es ya tradicional el empleo de la palabra *pictografía* para la mayoría de estas obras, la que, aunque etimológicamente no muy correcta (ya que no se trata de verdadera "escritura pintada"), conservaremos por no existir en nuestro idioma un vocablo adecuado que la reemplace, como sucede por ej. en inglés con *rock-painting* (véase GARDNER, 1931 p. 3; ROUSE, 1949, pp. 493-494). Por otra parte, el significado del verbo γράφειν no es primariamente el de "escribir", sino el de "arañar", "trazar", y también "grabar".

El presente trabajo —que originariamente formaba parte de uno más amplio (*)— consiste en una síntesis arqueoló-

(*) J. SCHOBINGER: *Arqueología del territorio del Neuquén*. 334 pp. mecanografiadas, 5 mapas, 52 láms. y 71 fotografías. Tesis de Doctorado, inédita. Buenos Aires, 1954. En el próximo tomo de estos "Anales" se publicará la parte referente a la arqueología mobiliaria de este trabajo. Podrán verse allí datos sobre la geografía de la provincia del Neuquén.

Un resumen acerca del arte rupestre del Neuquén fué publicado recientemente en el Boletín N° 8 del Museo Arqueológico de La Serena, pp. 23-25, septiembre de 1956. Aprovecho para señalar que en el mismo, debido a errores tipográficos, se halla alterada la numeración de ambas figuras reproducidas; la de la izquierda se halla invertida en 90° hacia la izquierda, y la de la derecha, en 180°.

gica regional referente al arte rupestre del Noroeste patagónico. Efectuaremos un repertorio de todos los yacimientos conocidos del Neuquén (de Norte a Sur), incluyendo algunos inéditos; se enumeran luego los demás lugares de dicha provincia de los que se tienen noticias de arte rupestre, y los de la zona inmediatamente limítrofe de Río Negro. Finalmente, se hará un estudio de conjunto.

a) *Descripción de las estaciones conocidas del Neuquén.*

Arroyo Colo Michi Co (Dpto. Minas).

Altitud: 1900-2000 m. s. niv. mar (?).

La primera manifestación de arte rupestre, en la recorrida que efectuaremos, es también la más importante en extensión e interés artístico y cultural del territorio estudiado. Se trata del conjunto de petroglifos del Colo Michi Co, situado en plena Cordillera del Viento.

Difícil resulta, en verdad, prescindir de manifestaciones de admiración y aún de vuelos poéticos e imaginativos al ocuparse de los mismos. Por otra parte, ya otros se han encargado de aquello. Tenemos noticias de que en junio de 1952, durante la Convención de Amigos del Perito Moreno celebrada en la ciudad de Mendoza, el Sr. Raúl Ledesma pronunció una disertación titulada "Arqueología del Noroeste neuqueniano", en la que se refirió, con personales interpretaciones, a estas piedras grabadas (1).

Un año antes, estos petroglifos fueron dados a conocer por primera vez, en conferencia pronunciada en Buenos Aires el 9 de junio de 1951 por el Dr. Gregorio Alvarez, presidente de la "Casa Neuqueniana". Su texto fue publicado en "Neuqueniana" en el mismo año (v. ALVAREZ y ROBLEDO, 1951). Se trata de una valiosa descripción general, en la que se planteaba la urgente necesidad de su estudio sistemático por parte de los arqueólogos.

Algunos años antes, los autores recién citados habían proporcionado algunas fotografías al profesor SERRANO, que éste reprodujo en su obra de 1947 (fig. 132, p. 194).

(1) No se han publicado los trabajos presentados a esta Convención.

He tenido la suerte de visitar este lugar, difícilmente accesible (2), en febrero de 1953, contribuyendo a mi vez con una breve descripción de carácter divulgatorio para el público de habla alemana (SCHOBINGER, 1953).

Ninguno de estos antecedentes puede quitar a los grabados del Colo Michi Co su carácter de inéditos en la literatura científica del país; ni siquiera la amplia noticia ilustrada que aquí he de proporcionar puede agotar el tema: no sólo por haber quedado muchas piedras sin relevar, sino porque hace falta efectuar un detallado análisis petrográfico, completado por un estudio arqueológico general del lugar, para determinar su edad y vinculaciones culturales (3).

Desconocidas hasta hace una década, las piedras grabadas fueron descubiertas a raíz de un episodio singular. Un minero de la zona de Andacollo —la que en un tiempo gozaba de cierta reputación de “pequeña California” por hallarse oro en sus ríos— hubo de ser socorrido en esas alturas, peligrosamente enfermo. Este hombre, un húngaro, se había dedicado secretamente a escarbar en un punto situado entre esas piedras, creyendo, con el fanatismo de todo buen buscador de tesoros, que allí se encontraban las perdidas riquezas de los Césares. El señor Omar Robledo, a la sazón maestro en Tricao Malal, realizó entonces su primera visita al lugar. El realizó los primeros relevamientos, continuados por el doctor Alvarez.

El arroyo Colo Michi Co es uno de los que bajan por las laderas occidentales de la Cordillera del Viento, para desembocar en el río Neuquén, el cual corre allí de N. a S., en un valle profundo. Para alcanzarlo desde el Este —camino hasta ahora seguido por quienes han visitado el lugar— pártese, desde el pueblo de Tricao Malal a la estancia Cancha Huinganco, al pie de la Cordillera del Viento; desde allí, asciéndese por una senda de herradura que cruza primeramente un alto por-

(2) Un breve relato de mi excursión al Colo Michi Co, así como del resto del viaje de estudios efectuado en el Neuquén en enero-febrero de 1953, se halla en el “Anuario del Club Andino Bariloche”, XXIIº ejercicio, Buenos Aires, 1954; págs. 91-94.

(3) Varias buenas fotografías de petroglifos distintos de los relevados por mí he visto en poder del Dr. Alvarez, a quien debo agradecer la noticia de este yacimiento y la forma de llegar hasta el mismo.

tezuelo, luego baja al profundo cajón de Vuta Lon, vuelve a ascender una segunda cadena, para luego seguir a lo largo de la por momentos abrupta ladera izquierda del arroyo Colo Michi Co. Este corre aquí a unos 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar. Continuando hacia el oeste, poco antes de abrirse el valle superior del Neuquén, se llega a un punto en que esta ladera se amplía, presentando escasa oblicuidad (fig. 2). Aparecen en el horizonte, en todo su esplendor, las nevadas cumbres de la Cordillera de los Andes, que allí se hallan a la altura de la ciudad chilena de Chillán. A la izquierda, a escasa altura, hállase una cumbre rocosa. A diferencia de las rocas basálticas que hasta aquí predominan, de superficies rectilíneas e irregulares, la abierta ladera recién mencionada presenta, desparramadas en gran parte de su superficie de unos 800 metros de lado, rocas graníticas de tamaño y estructura bastante uniforme, que son el efecto de un afloramiento en dicho lugar. Más hacia el oeste, donde el terreno continúa su descenso, vuelven a aparecer rocas de tipo eruptivo. Aquellas rocas graníticas, de formas relativamente redondeadas y recubiertas de una pátina oscura, fueron utilizadas por los antiguos pobladores para el grabado de sus variadísimos dibujos.

Según ALVAREZ y ROBLEDO (1951), existen alrededor de 600 piedras grandes y medianas, de las cuales unas 400 presentarían muestras de trabajo rupestres. De lo que he podido ver en mi visita de casi día y medio, dichas cifras podrían ser algo exageradas; especialmente las rocas con grabados pasan difícilmente de las 200, al menos con señales claras de ello. No obstante, sigue siendo una enorme cantidad, que supera ampliamente cualquier otro grupo semejante del país.

Desgraciadamente, la mayoría de estas piedras se hallan en un mayor o menor estado de deflación. Este descascaramiento progresivo, provocado en el transcurso del tiempo por la intemperie a que se hallan sometidas, provoca cada año crecientes daños a los trazos que sobre su superficie se hallan incisos. Muchos dibujos han, así, desaparecido completamente; otros se hallan más o menos borrados por ésta y otras causas. No sabemos cuándo comenzó este proceso; con

acierto dicen ALVAREZ y ROBLEDO, con respecto a los grabados: "Tal vez los geólogos nos puedan informar sobre su antigüedad basándose en el grado de deflación de las piedras,



Fig. 2. Vista general de la ladera Sur del arroyo Colo Michi Co donde se hallan las piedras grabadas, desde el Este. Al fondo, el valle del alto Neuquén, y la Cordillera de los Andes.

la cual interrumpiendo la continuidad de los motivos grabados, revela que éstos fueron hechos con anterioridad". (1951, p. 5).

Los trazos son de diverso espesor, en su mayor parte medianos a gruesos (alrededor de 1 a 1,5 cm. de espesor); su profundidad es escasa. Algunas rocas muestran sólo algún signo pequeño, aislado; otras se hallan materialmente recubiertas por trozos a cual más caótico. Interesante es el hecho de que, consecuentemente con la dirección del terreno, la casi totalidad de los dibujos se hallan grabados en rocas cuyas caras principales miran hacia el E., el N., el N. O. y el O., o sea según el curso del sol. Otros parecen orientarse hacia la imponente mole nevada del Domuyo, que desde los grupos de piedras centrales y occidentales puede contemplarse en dirección al Norte.

Como ya lo insinuáramos, los motivos diseñados son variados en grado sumo. Los trazos son en su mayoría curvilíneos, aunque no faltan los rectilíneo-geométricos, a menudo

en íntima conexión con aquéllos. Al lado de las líneas de apariencia abstracto-ornamental, hallamos signos zoo y antropomorfos estilizados: entre los primeros se distingue con gran frecuencia la serpiente; otros hacen pensar en batracios, y en

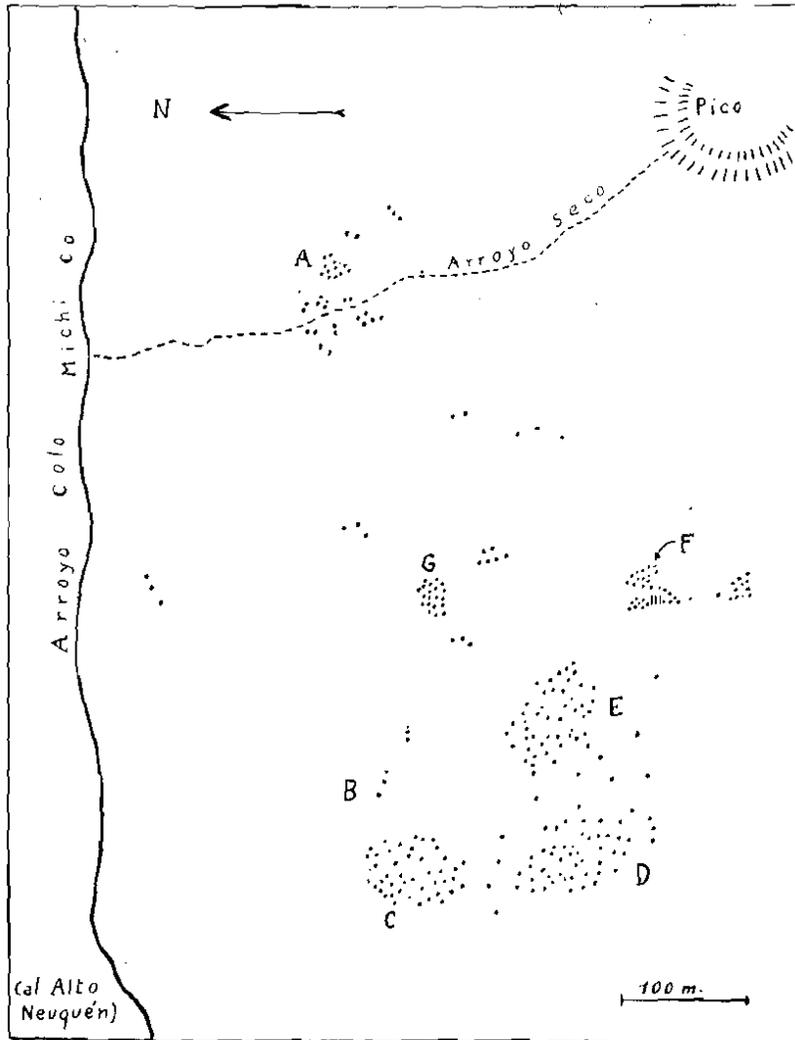


Fig. 3. Plano aproximado de la distribución de las piedras grabadas del **Colo Michi Co.** Los puntos representan a las rocas graníticas, en sus agrupaciones más importantes. El declive baja suavemente desde la cumbre cercana (arriba, a la derecha), haciéndose más pronunciado al acercarse al arroyo. (Para su ubicación, ver el Mapa, fig. 1).

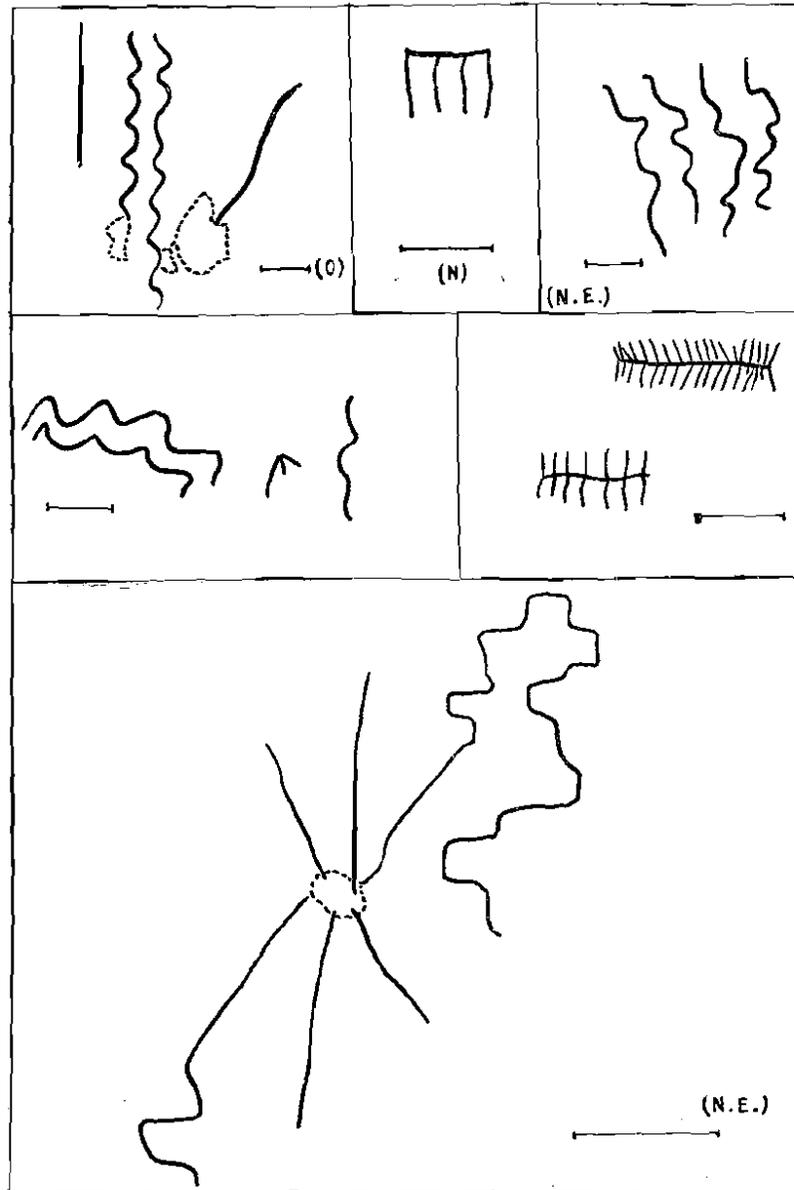


Fig. 4. Petroglifos del Coto Michi Co. Motivos situados en el grupo A. (Figuras 4-18: la escala representa el largo de 10 cm. Entre paréntesis se indica, en algunos casos, la respectiva orientación).

insectos. Sin embargo, el predominio está dado por signos difícilmente explicable si no se admite para ellos alguna clase de simbolismo. En conjunto, podemos otorgar a estas manifestaciones un acentuado carácter ideoplástico. No obstante la aparente confusión que reina en sus motivos, puede decirse que son expresión de un único "estilo", aunque con variedades debidas quizás a épocas distintas. Es el que MENGIHIN ha llamado, basado en nuestras noticias, "estilo de paralelas". A diferencia de la cercana piedra del Curi-Leuvú (p. 139; fig. 22), no aparecen —salvo alguna excepción— motivos frecuentes en el norte del Neuquén y en la Patagonia como las llamadas "huellas de avestruz", de "guanaco" y de "puma"; tampoco manos y pies grabados, ni el doble círculo concéntrico. Sí se hallan, aunque excepcionalmente, los dos círculos adosados y la cruz. No hay, pues, representaciones claramente naturalistas, puesto que, como ya se dijo, aún éstas se hallan fuertemente esquematizadas. En cuanto a los motivos rectilíneos, que forman a veces figuras geométricas, guardas, etc., podrían representar una tendencia posterior en la evolución de este arte (sin por ello perder los motivos curvilíneos). En algunos podría incluso verse el modelo en los cuales "pueden haberse inspirado las tejedoras de matras, ponchos, lanzas, fajas y demás efectos de la industria textil pehuenche" (ALVAREZ y ROBLEDO, 1951, p. 10). Los dibujos, aún los rectilíneos, revelan una fantasía que, sin embargo, sólo en raros casos podría llamarse desbocada. Por ejemplo, aún las líneas que reproducimos en la figura 6 (arriba) manifiestan un cierto orden, la expresión confusa de una idea.

Pasaremos ahora a la descripción sistemática de los petroglifos. He dividido el campo ocupado por las piedras en siete grupos, cada uno de los cuales corresponde a un conjunto relativamente concentrado (ver plano, fig. 3). Me referiré brevemente a cada uno, reproduciendo el itinerario que seguí al efectuar el relevamiento, lo mismo que en la ordenación del material ilustrativo. A éste dejaremos la palabra principal.

Grupo A. — En las inmediaciones de una pequeña hondonada que sirve de desagüe a las aguas pluviales, se halla el primer grupo, viniendo del Este. Relativamente pocas piedras contienen grabados; éstos consisten principalmente en líneas

onduladas, paralelas; rectas con trazos que parten perpendicularmente, y una singular figura geométrica de ángulos redondeados (fig. 4).

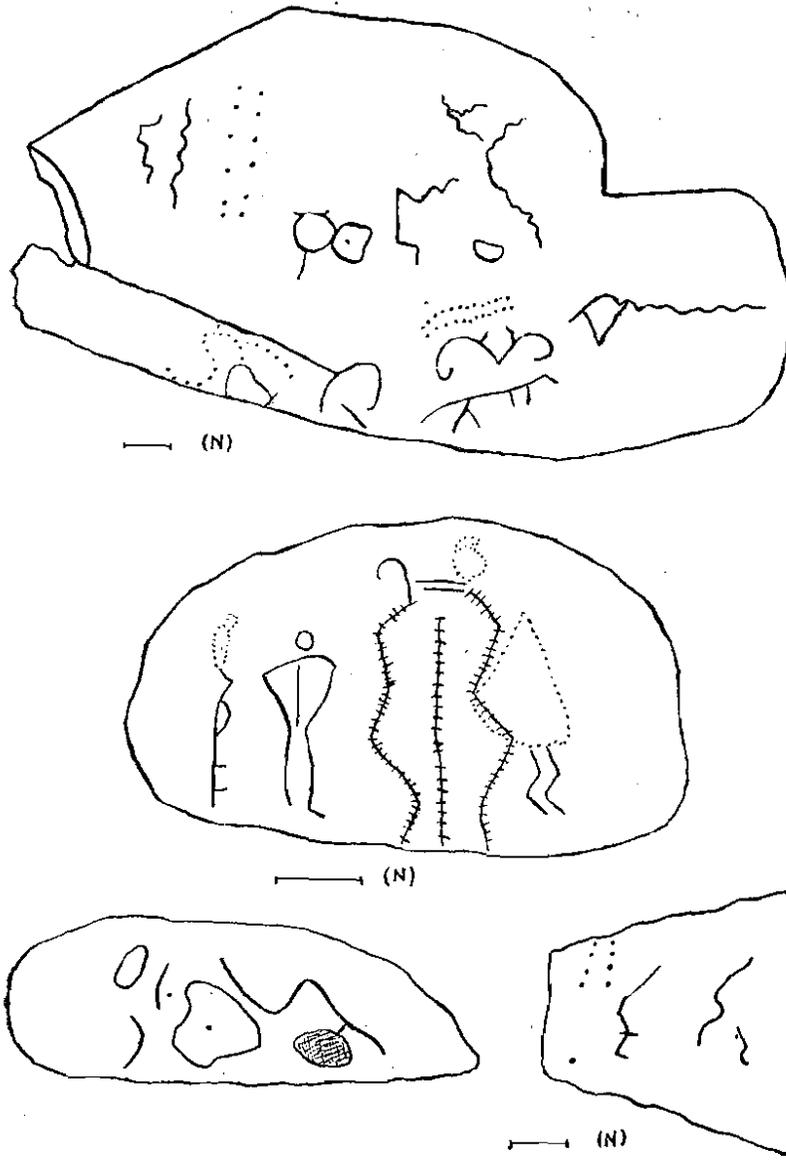


Fig. 5. Colo Michi Co (continuación). Petroglifos situados en el grupo B.

Grupo B. — Bordeando la falda que da al Colo Michí Co, llegamos a un grupo de pocas piedras con interesantes grabados. Una de ellas muestra varias figuras simbólicas (incluso el doble círculo con prolongación, que también aparece en la piedra de la fig. 7, y una al parecer zoomorfa), y series de líneas de puntos; otra, una figura antropomorfa, y otra, formada por trazos rectos con pequeñas líneas transversales; otras, en fin, muestran líneas ondulantes paralelas y signos de extraña conformación (figuras 5, 6 y 7).

Grupo C. — Este como el siguiente (con el cual carece de solución de continuidad muy estricta), contiene una gran cantidad de piedras desparramadas. Registramos: trazos curvilíneos aislados, y formando grupos; una estilización antropomorfa (?); figuras zoomorfas y otras de difícil descripción (ver figs. 10 y 11); además, dos rocas muy interesantes: una, abigarrada de trazos ondulados, y un doble círculo con líneas radiales interiores (el sol ?) (fig. 8); otra con un signo indudablemente simbólico, formado por una doble línea curva con un eje rectilíneo (que también aparece en la de la fig. 11, abajo), y un círculo en la parte apical; otro trazo paralelo (a la izquierda del mencionado dibujo) seguramente es de factura posterior, a juzgar por su mayor delgadez y tosquedad en su ejecución. También hay en la misma piedra un dibujo que parecería representar un "quipu" (fig. 24). Claro que no pretendemos que lo sea.

Grupos C. y D. — De sus motivos destacamos: dos lejanamente antropomorfos (?) (fig. 12); otro, de trazos paralelos a ambos lados de un eje, *rectilíneos*; otro, fitomorfo (?); zig-zag entre paralelas; dos círculos concéntricos, con trazado algo puntiforme, del cual "cuelgan" unos como rayos (el Sol?) (fig. 13). En el grupo D. hay muchas piedras que carecen de grabados.

Grupo E. — Con esta letra designamos una amplia zona, con piedras irregularmente desparramadas, pero abundantes en grabados. Hallamos: finas figuras probablemente de estilizaciones humanas; líneas onduladas formando círculos, a veces con eje central; una cruz latina, pero de trazo algo fino

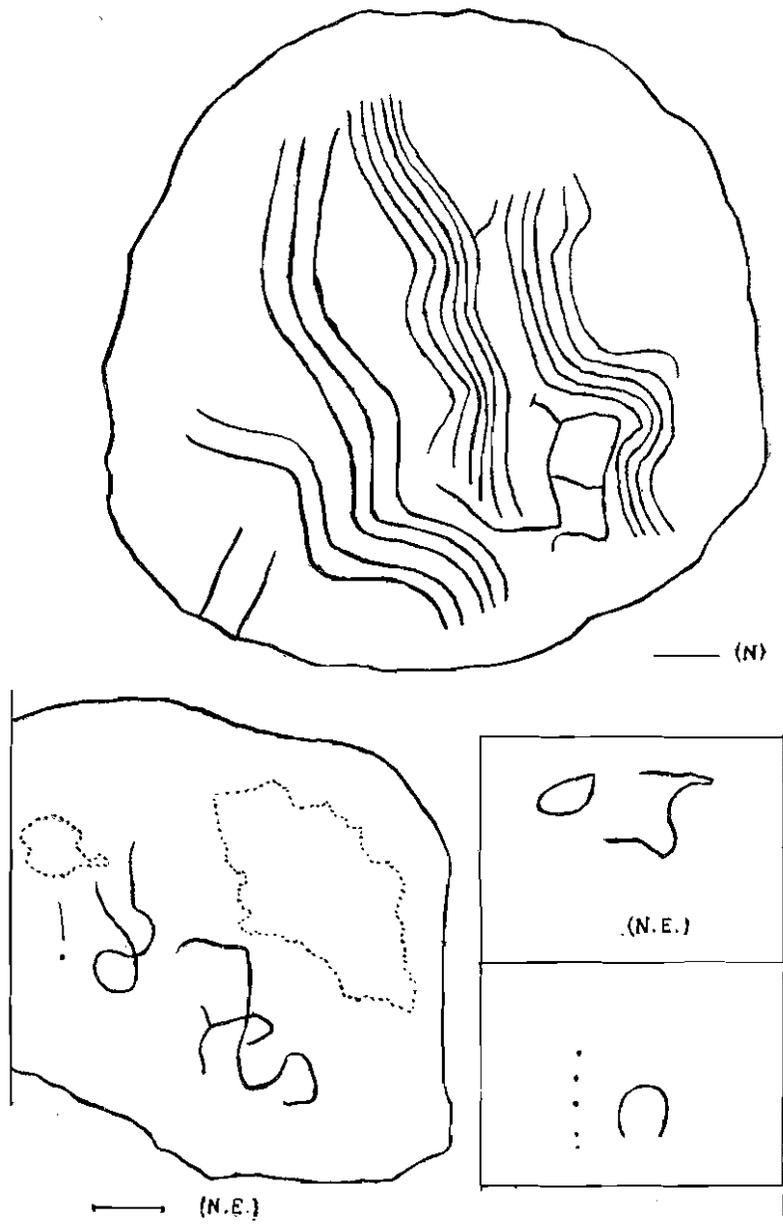


Fig. 6. Colo Michi Co (continuación). Motivos situados en el grupo B.



Fig. 7. Piedra situada en el grupo B, mirando hacia el Este. Ancho de la zona grabada: 0,75 m.

y con apariencia más moderna que las figuras de trazo grueso, acompañada de una semicircunferencia; un "círculo concéntrico" con abertura; signos fitomorfos (?), algunos con apariencia de flecha y arpón; etc. (fig. 14); otros dibujos complicados y de difícil descripción, incluso conjuntos rectilíneos (figs. 15 y 16). En esta zona se hallan muchos petroglifos que no he podido relevar; probablemente se hallen aquí los reproducidos por SERRANO (1947, fig. 132) y por ALVAREZ y ROLEDO (1951, figs. 1 a 3).



Fig. 8. Grupo C. Ancho de la roca: 1,20 m, aproximadamente.



Fig. 9. Grupo C. Signos simbólicos, mirando hacia el Norte.

Grupo F. — Una palabra especial debe ser dicha para éste. Al lado de las mismas piedras adosadas naturalmente a la tierra, existen tres bloques de forma más o menos triangular, colocados en posición vertical. Se hallan apoyados sobre otras rocas, sosteniéndose entre sí mediante piedras menores. No hay signos de labrado. Otros grandes bloques, irregulares, se hallan delante de los citados (fig. 17). Es el lugar en que el buscador de tesoros realizó su tarea destructora (hasta encendiendo cargas de dinamita), con lo cual el lugar ha quedado manifiestamente desfigurado. Excepto una figura extrañamente ondulada que se halla sobre el bloque del medio, no hay grabados en este grupo. Claro que la deflación y las explosiones del inescrupuloso minero pudieron haberlos hecho desaparecer.

Grupo G. — Llegamos en nuestra recorrida al último conjunto de piedras grabadas, tras haber visto varios extraños motivos en algunas piedras diseminadas entre ambos grupos (fig. 18, mitad superior). Aquí también hay un ejemplar notable: se trata de una piedra muy alargada, formando un cilindro casi perfecto. Tiene 3,70 m. de longitud, por 0,70 m. de ancho (ver fig. 21). Su apariencia es la de una columna caída, y no es del todo imposible que alguna vez haya estado parada a modo de menhir. Desgraciadamente, la deflación es tan profusa que no permite distinguir si sus grabados ocupa-

ron o no toda su superficie. A su alrededor hay una densa concentración de piedras grabadas, siendo sus motivos muy variados y no menos raros que los de los demás grupos (fig. 18, mitad inferior; figs. 19, 20 y 21). Distinguimos un bello ejem-

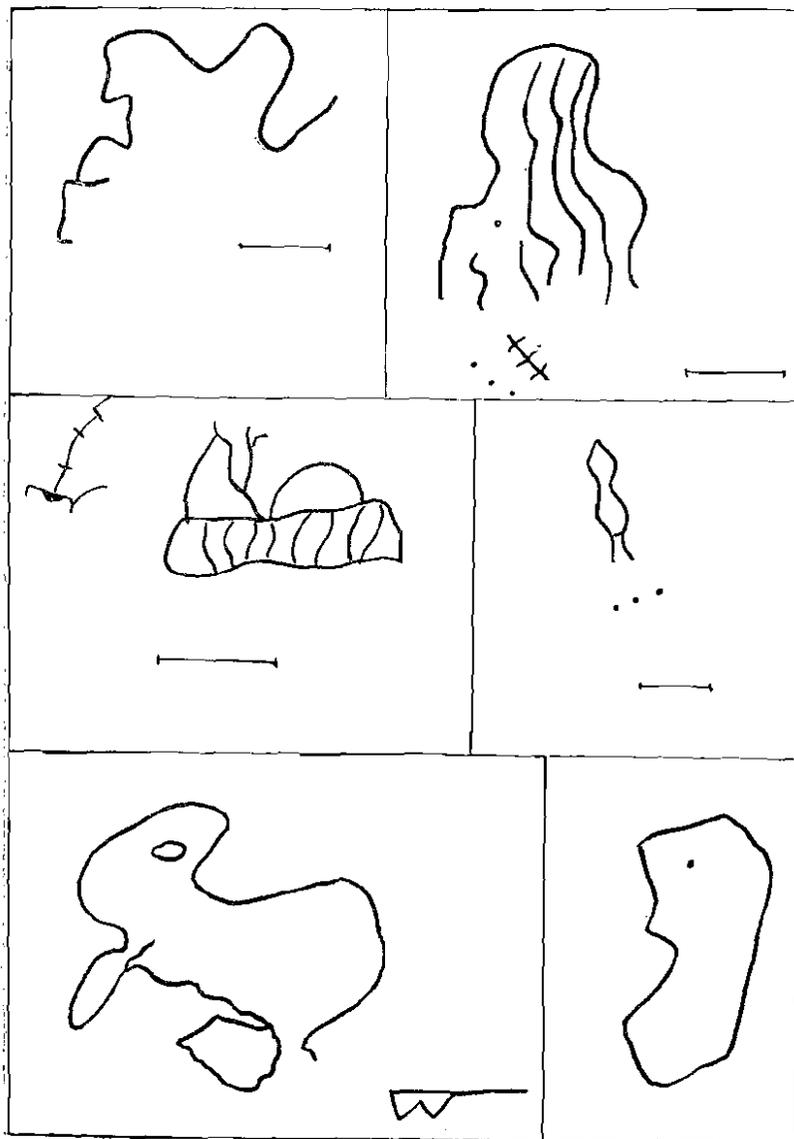


Fig. 10. Colo Michi Co (continuación). Motivos situados en el grupo C.

plar de espiral, figura rara en estos petroglifos; al lado, dos círculos no del todo adosados. Cerca se halla un signo consistente en tres líneas levemente curvas que se unen en un punto.

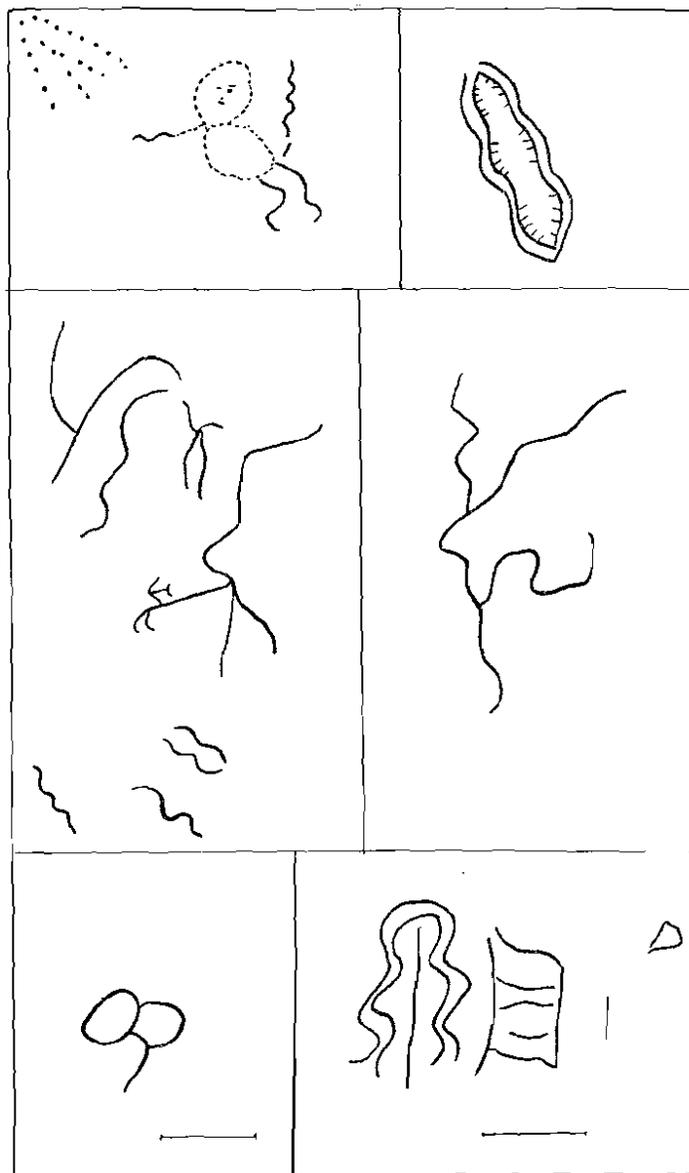


Fig. 11. Colo Michi Co (continuación). Motivos de los grupos C y D.

y cuyo otro extremo son otros tantos puntos bien caracterizados. Puede verse en las ilustraciones que el *punto* —aislado o en combinación con líneas— juega un papel de cierta impor-

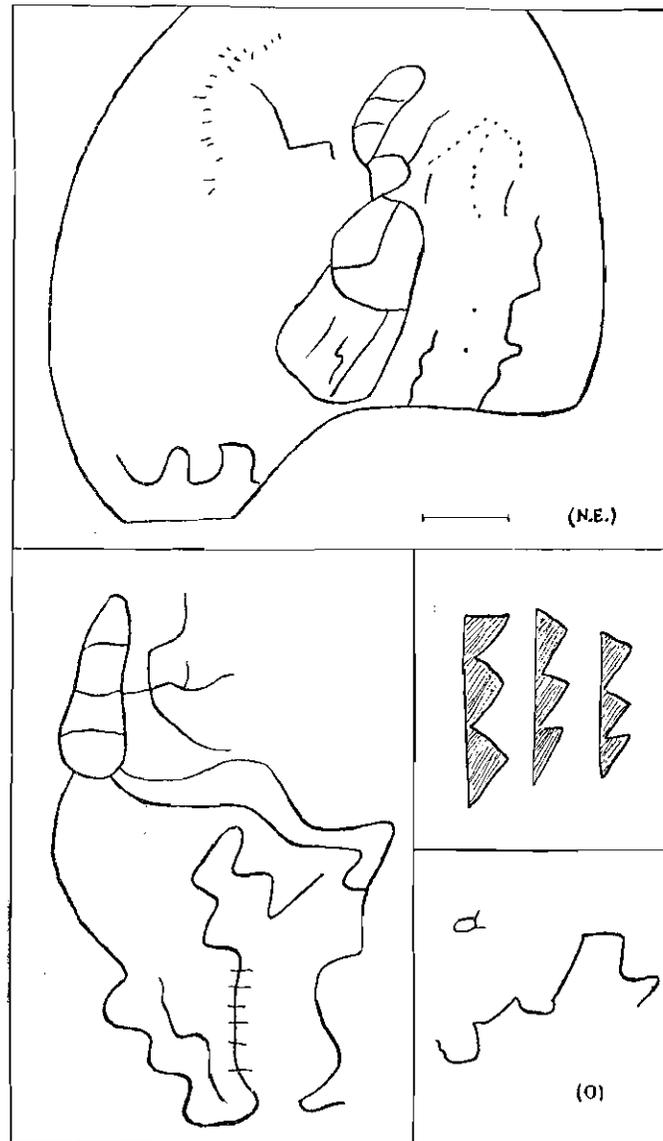


Fig. 12. Colo Michi Co (continuación). Motivos de los grupos C y D.

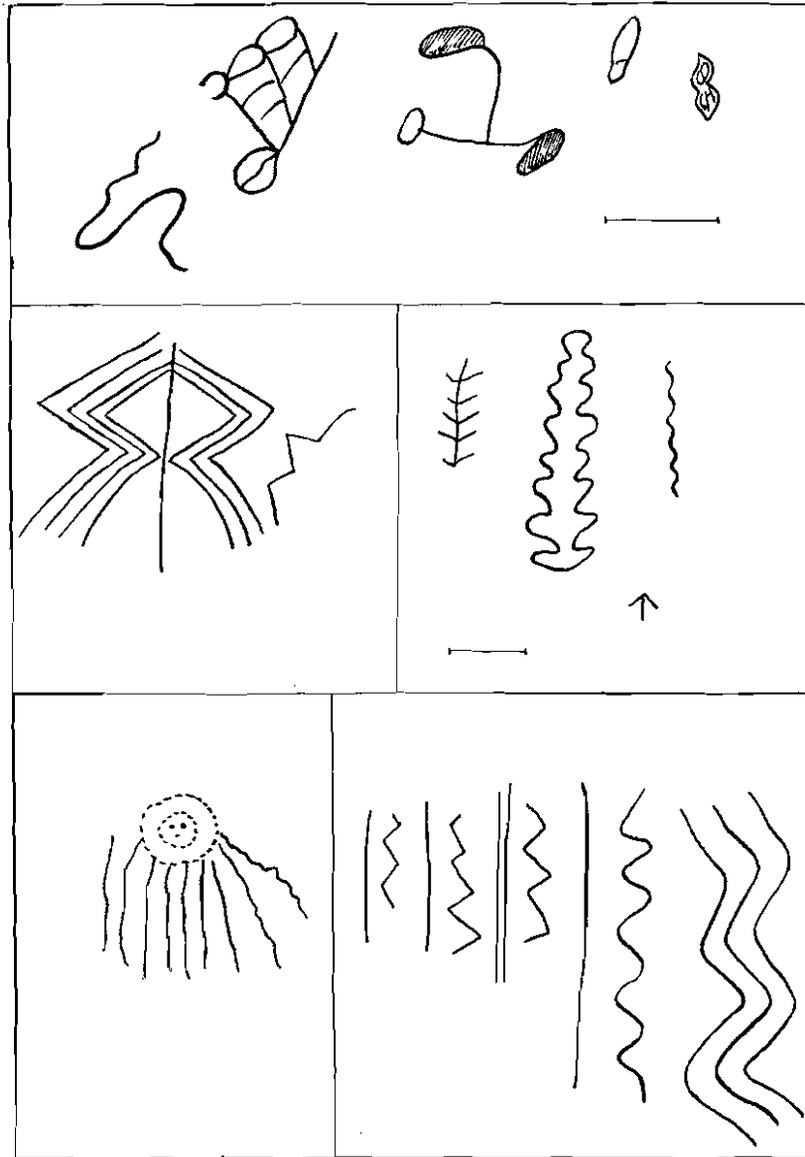


Fig. 13. Colo Michi Co (continuación). Motivos de los grupos C y D.

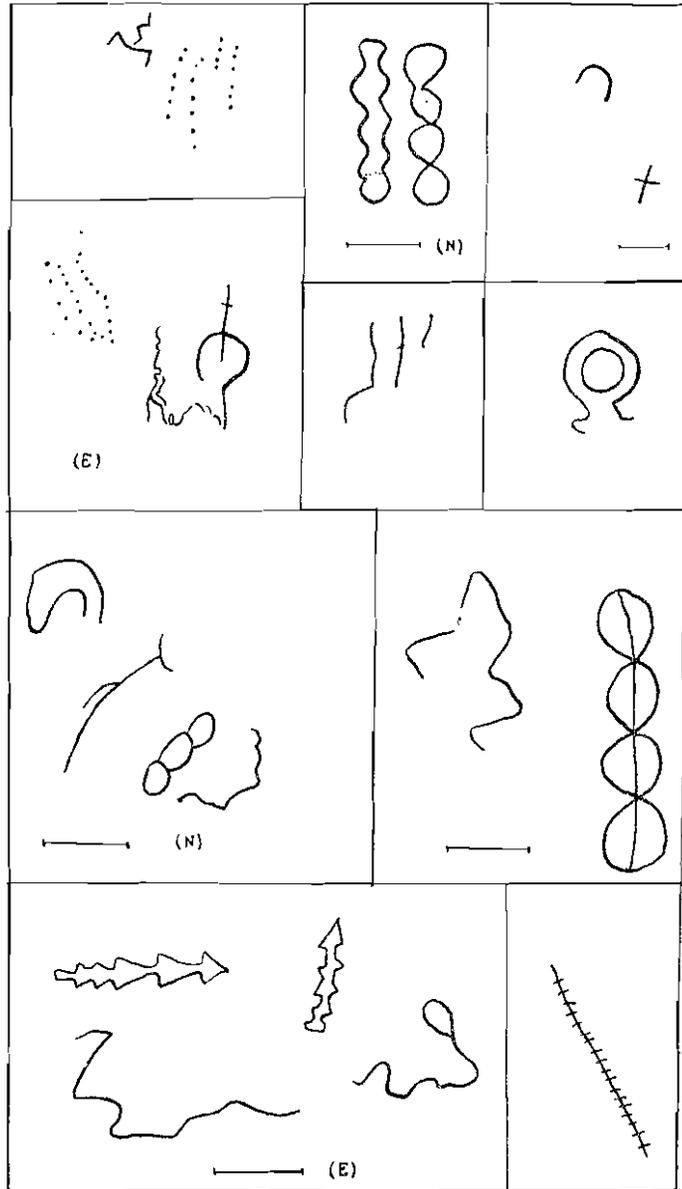


Fig. 14. Colo Michi Co (continuación). Motivos del grupo E.

tancia en los petroglifos del Colo Michi Co (⁴). También suelen hallarse líneas aisladas o en grupos generalmente confusos, cortas y de mucho menos espesor, que parecen ser tan sólo garabatos efectuados posteriormente.

Cerca del mencionado "menhir caído" construyó el húngaro "con la ayuda de un peón una ruca o choza en la cual empleó una parte de las piedras grabadas. Al lado de esta habitación construyó un reparo que le servía de cocina. Da pena ver la destrucción producida por el calor del fuego, que se agregó a la determinada por la acción del tiempo" (ALVAREZ y ROBLEDO (1951, pp. 7-8).

Antes de finalizar, debemos plantearnos el interrogante suscitado por el grupo F. ¿Aquellos tres bloques fueron erigidos por el hombre? Un examen atento provoca, en efecto, serias dudas en cuanto al carácter natural de su emplazamiento. Su posición aparece bastante inestable. Todo hace creer que se trataba de piedras situadas en ese mismo lugar, pero levantadas (posiblemente con otras más) por la antigua sociedad indígena que esculpió los grabados. El conjunto hace recordar lejanamente a ciertas erecciones pétreas del Neolítico europeo; hallamos ejemplos semejantes de erecciones artificiales asociadas a manifestaciones rupestres en el N. O. argentino ("dolmen" de Cafayate, Prov. Salta; "cromlech" de Barreal, Prov. San Juan): Además, sus caras miran aproximadamente hacia el norte. Si, como nos lo dice la etnología, el arte rupestre entre los pueblos primitivos tiene —en principio, al menos— carácter mágico-religioso, o por lo menos *significativo*, ¿será aventurado concluir que en este punto se hallaba una rudimentaria especie de monumento pétreo, asociado ciertos ritos de los que no quedan memoria en la región, y de los que serían expresiones o recuerdos los propios petroglifos allí diseminados? El carácter simbólico-expresionista que hemos admitido para muchos de éstos, y aún la consideración del lugar como tal, hacen muy plausible esta hipótesis. Y si se dijera

(⁴) El Dr. Alvarez cree que el punto es su manifestación más elemental, y que hubo un proceso evolutivo de lo simple a lo complejo; pero ello me parece poco probable. No hay que confundir "tipología" con "sucesión en el tiempo" (V. ALVAREZ y ROBLEDO, 1951, págs. 8-9).

que el carácter fundamentalmente cazador del estilo de vida de los antiguos *pehuenche* o sus antepasados —autores presuntos de estas grabaciones— hace difícil su concentración en un lugar para la celebración de alguna festividad o rito, diré que

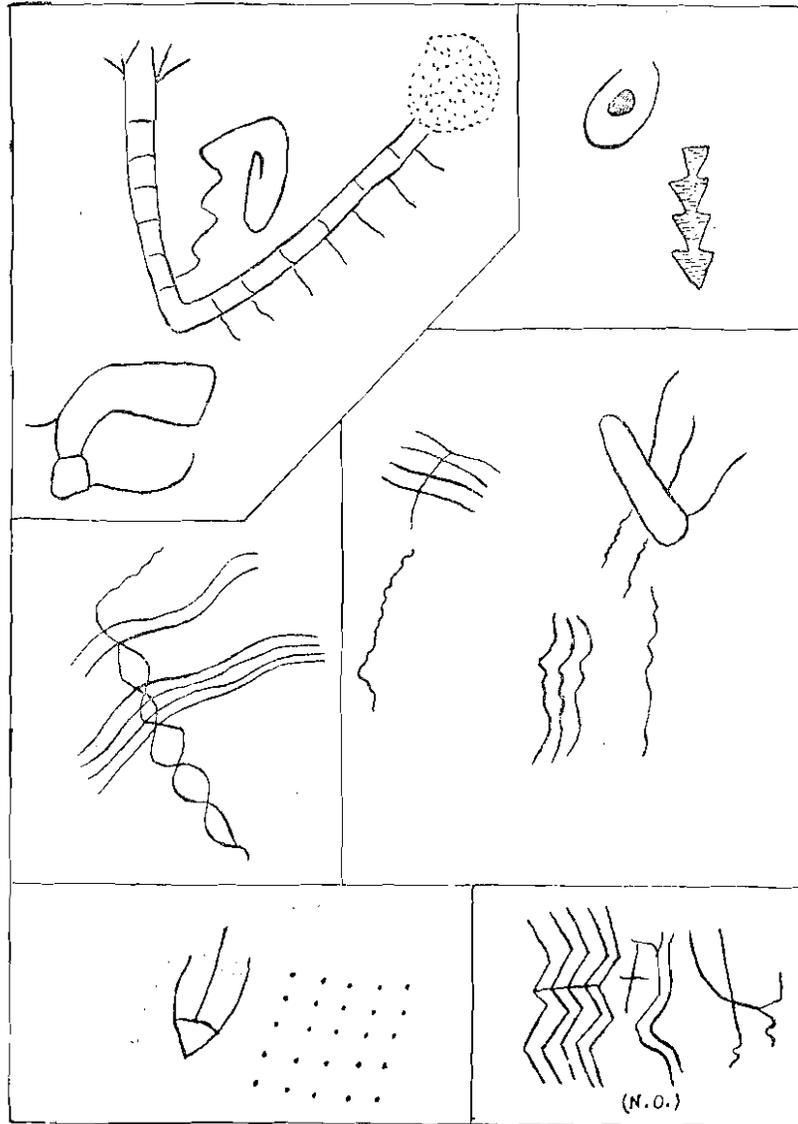


Fig. 15. Colo Michi Co (continuación). Motivos del grupo E.



FIG. 16. Grupo E. Longitud de la roca: 2 m., aproximadamente. Mira hacia el Este.

mucho menos cabe imaginarse a estos cazadores ocupando sus ocios (si es que los tuvieron) en *l'art pour l'art*. Tenemos, además, el antecedente de prácticas semejantes por parte de los cazadores del paleolítico europeo. Por otra parte, no es necesario que se hayan producido grandes acumulaciones de gente por vez; por el contrario: tal vez el sitio era acaparado por sus *shamanes*.



FIG. 17. Vista de los tres bloques "parados" (Grupo F), desde el N. E. Altura de los bloques: 2 m., aproximadamente. Delante, comienza la zanja excavada por el buscador de tesoros.

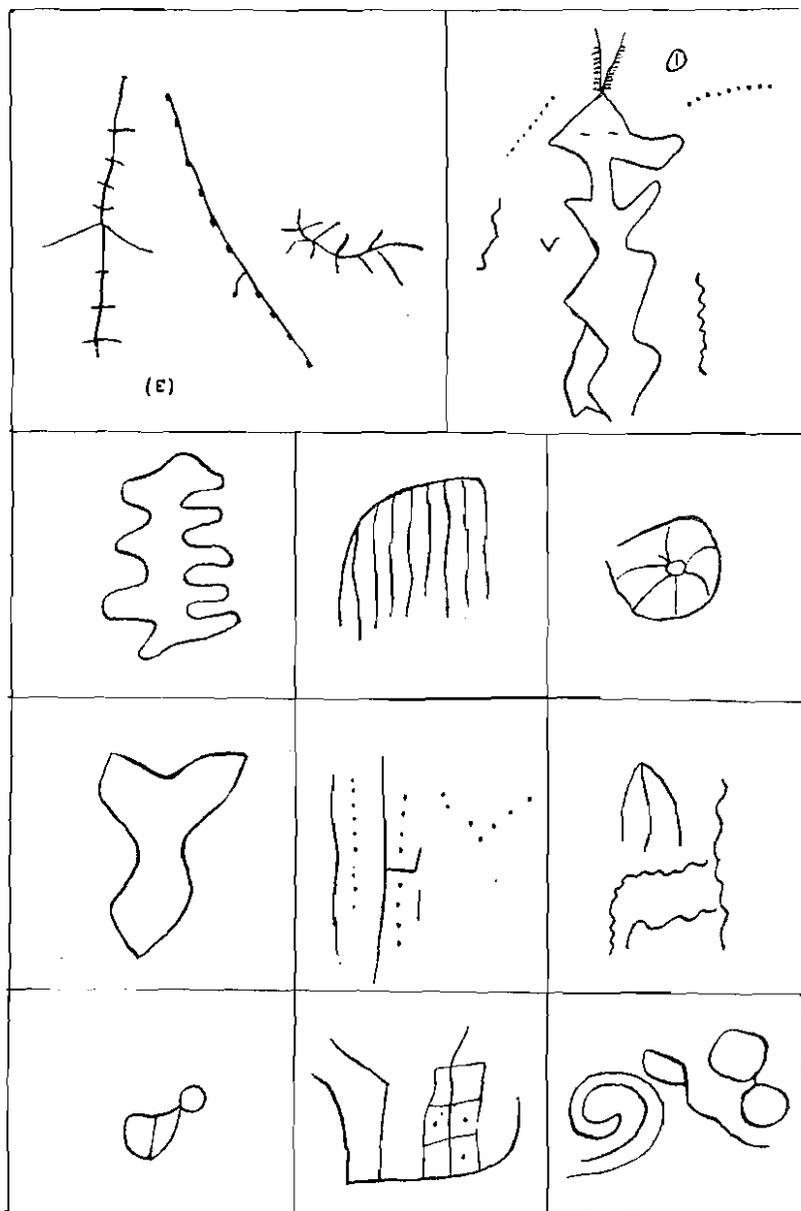


Fig. 18, Colo Michi Co (continuación). Motivos situados entre los grupos F y G, y en G.

De cualquier modo, la verosimilitud de tales hipótesis sólo podrá ser confirmada cuando más detallados estudios establezcan con seguridad la forma en que las piedras del grupo F' tomaron su actual posición — antes de que se derrumben.



Fig. 19. Grupo G. Hacia el N. O.
Obsérvense los efectos de la
deflación.



Fig. 20. Grupo G de los grabados
del Colo Michi Co. Figuras ser-
pentiformes sobre una roca muy
deteriorada.



Fig. 21. Grabados rupestres del Colo Michi Co (continuación). Grupo G. Adelante, roca alargada (3,70 m. de largo por 0,70 m. de ancho medio), muy roída por la deflación. Vista desde el Norte. (En primer plano se halla la roca de la figura 19).

Piedra del Curi-Leuvú. (Dpto. Chos Malal). 1.400 m (?).

Situada casi sobre el mismo paralelo que el Colo Michi Co (o sea sobre los 37° S), pero al oriente de la Cordillera del Viento, sobre la margen derecha del río Curi-Leuvú, se halla aislada una piedra de tipo semejante a aquéllas, o sea granítica y con una pátina oscura más o menos conservada. En sus cercanías se halla el caserío de Cancha Huinganco, y a unos 10 Km. al S. E., el pueblo Tricao Malal. Grandes conos de volcanes apagados, de áridos bordes, rodean aquí al amplio valle; hacia el norte se destaca el nevado Domuyo.

La piedra muestra algunos motivos relativamente sencillos, de carácter geométrico, y también, apenas distinguibles, antropomorfos. Consisten en: una doble línea en zigzag al lado de una vertical; tres figuras rectilíneas con tres saliencias cada una, una de ellas en posición vertical; dos "rastros de avestruz"; un círculo con punto central; dos figuras antropomorfas con piernas y brazos extendidos, y una dudosa, con cierta apariencia ornitomorfa. Hacia abajo la piedra se encuentra deteriorada y, si allí hubo algún dibujo, ya no es reconocible (v. fig. 22). Las dimensiones de la piedra son: 0,80

m. de largo, 0,50 m. de ancho, y unos 0,20 m. de altura sobre el nivel del suelo, estando su cara pintada horizontal, que es algo convexa, levemente inclinada hacia el norte. Hállase a unos 20 o 25 m. de altura sobre el arroyo Curi-Leuvú.

Este petroglifo se halla inédito.



Fig. 22. Piedra grabada del Curi Leuvú. Dimensión transversal: 0,80 m. Cara aproximadamente horizontal, levemente inclinada hacia el Norte.

Roca grabada de Ñorquin. (Dpto. Ñorquin). 1.100 m.

Este yacimiento se encuentra cerca de la ruta de Loncopué a El Huecú, al pie del cerro Morado y sobre la margen izquierda del río Agrio. Trátase de "un bloque andesítico de grandes dimensiones, desprendido de un cono detrítico de escorias y *pozzolana*; tiene forma tabular y sobre su superficie [horizontal] han grabado los antiguos signos" (APARICIO, 1935 a, p. 100).

Según la descripción del autor que seguimos, "las pictografías han sido grabadas en hueco y representan, en su gran mayoría, rastros de animales: avestruz, guanaco y víbora. Menos evidentes son otros signos que parecen corresponder a rastros de caballo y de puma⁽³⁾. Con gran nitidez se advierten también representaciones de manos y pies de hombres. Todos

(3) Conservamos estas denominaciones al sólo efecto descriptivo. Para su interpretación, véase más adelante.

los grabados han sido ejecutados como si se hubiera tenido el propósito de reproducir la impresión de pisadas y aún de la mano, sobre una materia plástica" (Op. cit., pp. 100-101). También aquí la deflación ha afectado el reconocimiento de los motivos grabados, muchos de los cuales se hallan irreconocibles; además, muchos de ellos se superponen, confundiendo sus contornos (v. figs. 23 y 24: fotografías del P. Guillermo Kaiser S. J., cuya comunicación agradezco al Dr. Osvaldo Menghin).

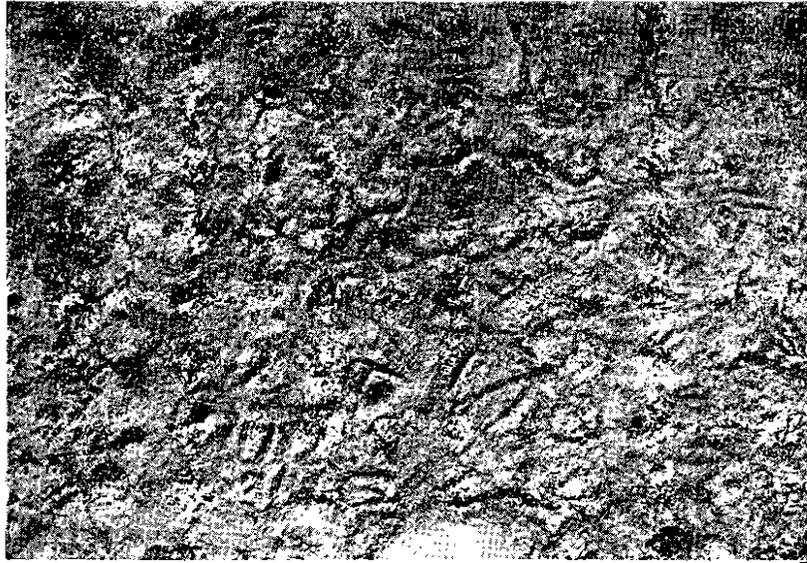


Fig. 23. Roca grabada de Norquén. Figuras serpentiformes, tridigitas, etc., rodeando a "morterillos". Foto Guillermo Kaiser S. J.

Al lado de los grabados, que ocupan más o menos la mitad del bloque, aparece una serie numerosa de "hoyos hemisféricos de tamaños muy variables... Los siete más grandes que podrían haber sido interpretados como morteros, tienen dimensiones que varían entre 19 por 12 y 13 por 6 centímetros, considerando el diámetro de la boca y la profundidad, respectivamente"; sin embargo, "todo inclina a suponer que no sean morteros; resto desconocido en la región, por otra parte" (op. cit., p. 102). Hencos ante la única muestra conocida en territo-

rio neuquino de las "piedras de tacitas", tan frecuentes en Chile septentrional y central, Mendoza, Córdoba y otras regiones, sin contar el Viejo Mundo.

Bibliografía: APARICIO, 1935, a, pp. 100-104; láms. III-IX. LEDESMA, 1956.



Fig. 24. Otra vista vertical de la misma roca. A la izquierda se halla el grupo reproducido por F. de Aparicio, 1935 a. lám. VII (mano, signo estrellado). Arriba, a la derecha, obsérvause "morterillos" rodeando a uno más grande. Foto P. Guillermo Kaiser S. J.

Roca grabada del cerro Nonial. (Dpto. Ñorquin). 1.300 m. (?).

En la estancia "Nonial", al pie del cerro del mismo nombre, en un lugar situado sobre la quebrada de Piedras Blancas, se halla un abrigo rocoso en cuya pared se encuentran grabados semejantes a los de Ñorquin en técnica y estilo. "Los signos son poco numerosos y menos variados, pero muy fáciles de interpretar. Representan rastros de animales, una mano humana y una cruz. Los rastros más abundantes son los de guanaco, algunos de los cuales se han alineado como si se hubiera querido representar la marcha; luego, algunos de avestruz, de puma o de zorro y, finalmente, uno de víbora... Es indudable que, originariamente, el número de signos gra-

badcs debió ser mucho mayor. Adviértese que la deflación ha gastado en varias partes las superficies grabadas. La quebrada de Piedras Blancas está orientada de este a oeste. El abrigo que contiene las pictografías mira, exactamente, al sur" (APARICIO, 1935 a, p. 100).

Bibliografía: APARICIO, 1935, a, p. 100; láms. I-II; fig. I

Chenque Pehuén. (Dpto. Loncopué)

1.300 m. (?).

En el "Cajón de Chenque Pehuén", no lejos del límite con Chile, se halla en medio de un bosque de araucarias un conglomerado granítico, que presenta signos de erosión glaciár. Como consecuencia de ésta formóse una oquedad, orientada aproximadamente hacia el Este, de unos 3 m. de ancho y otro tanto de altura en la entrada (actualmene pircada), por 8 m. de profundidad.

Dado el carácter no especializado de la publicación en que ha aparecido la única descripción de este yacimiento, nos permitimos reproducir gran parte de la misma:

"Este los residuos [del piso] encontramos cápsulas de piñones tostados. Suelo interesante para un trabajo de estratigrafía. Por el tiempo y por el humo las paredes están ennegrecidas. En plano frontal, debajo de la marquesina, logramos ubicar varios dibujos estampados con pintura blanca. La erosión ha borrado lo demás. Quedan algunos matices, pero como no concretan rasgos inteligibles, los desechamos. En un panel de ochenta centímetros, una figura central rige el conjunto (fig. 25). Se ha trazado un arco en forma de herradura con las puntas hacia abajo, cerrada por una recta. Dos horizontales tangentes rematan en una trifurcación de líneas. La de arriba, más larga. Una perpendicular de extremos tridáctilos divide la figura, semejante por su estilo a un petroglifo de Uspallata. Le confiere jerarquía el tríptico de la parte superior del arco. Su antropomorfismo está determinado por el óvalo convencional de la cara. La horizontal inferior configuraría brazos y manos de tres dedos; la vertical descendente, con ligera distorsión, el tronco, las piernas y el género. Le dan evidencia antropomórfica las figuras secundarias que completan el

cuadro. A la derecha, en los ángulos ideales del panel dos representaciones: una humana, masculina, y otra que parece lagarto; intercalada entre ambas una cruz y, sobre base recta, una vertical arborescente se abre en la trifurcación de líneas breves. A izquierda otra figura, femenina, de tres dedos. Luego, un poco aislada y en la misma dirección, una tricromía, masculina; el trazo central blanco, un festón negro del color natural del muro, contorneado de rojo (v. fig. 26).

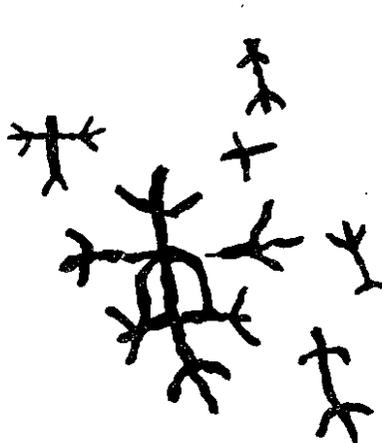


Fig. 25. Pinturas de la gruta de Chenque Pehuén. Conjunto situado bajo el alero de la gruta, en blanco. (Según Ledesma).



Fig. 26. Chenque Pehuén. Dibujo policromo: blanco, negro ('del muro') y rojo. (Según Ledesma).

“Afuera, en la superficie encontramos fragmentos de alfarería y de una piedra de moler, con sedimentación rojiza en los poros.

“Hasta hace poco, según nos informaron, los huesos exhumados del fondo de la gruta por un “chenquero” se balanceaban en las ramas de las araucarias” (LEDESMA, 1956, pp. 7-8).

Bibliografía: LEDESMA, 1956.

Portada Covunco. (Dptos. Picunches y Zapala, límite). 900 m.

Según una comunicación de Daniel Gatica al prof. de Aparicio, hállanse pinturas parietales en una cueva o abrigo "ubicado sobre el río Covunco, a unos mil metros del paso denominado Portada Covunco, en el camino de Zapala a Las Lajas. Los dibujos —informa el señor Gatica— han sido ejecutados "en una roca granítica, con tinta o pintura oscura o negra, descolorida por la acción del agua y del sol". Son figuras de aspecto geométrico, meandros [rectilíneos] análogos a algunos motivos de tejidos araucanos modernos" (APARICIO,

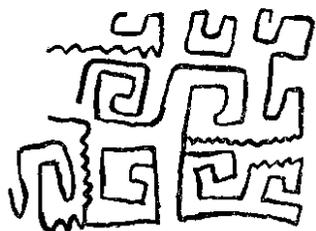


Fig. 27. Motivo principal de las pinturas parietales de Portada Covunco. (Según Aparicio).

1935 a, p. 107). Son, sin embargo, lo suficientemente irregulares como para no considerarlos simplemente como copia de motivos de tejidos. Además de los conjuntos de tipo guarda o pseudo-laberínticos, hay también signos aislados; uno de ellos recuerda al llamado "rastros de avestruz". Los trazos no parecen tener más de 3 - 4 mm. de espesor. Reproducimos el motivo central en la figura 27.

Bibliografía: APARICIO, 1935 a, pp. 106-107; láms XIV y XV; figuras 2, 3 y 4.

Cañadón Santo Domingo. (Dpto. Zapala). 1.000 m.

Unos 25 Kms. al sur de la localidad de Zapala, algo hacia el oeste del punto en que la ruta nacional N° 40 cruza el arroyo Santo Domingo, se encuentran grabados rupestres de un carácter muy especial. Estos se hallan en algunos de los abrigos rocosos que se han formado en los bordes laterales del cañadón.

"A primera vista parecen pinturas parietales. La calidad de la roca ha sugerido a los indígenas una técnica distinta, adecuada a las circunstancias. La superficie del banco, profundamente alterada por la acción meteórica, presenta un color

pardo muy obscuro, pero al menor trabajo de percusión aparece el color natural de la roca, ocre rojizo, ligeramente violáceo. El trabajo se hace así muy evidente y no es necesario grabar hondo para definir una figura. Los indígenas de Santo Domingo las han obtenido mediante un ligero trabajo de martelina, de modo que el grabado tiene una profundidad imperceptible. Es la diferencia de color, por lo tanto, lo que hace evidente —y mucho más que en los profundos grabados de Nonial y de Ñorquín— las figuras representadas.

“Estas últimas están, sin embargo, muy lejos de tener la nitidez de las anteriores y, desde luego, de ser tan fácilmente interpretables. Fuera de algunos signos que ya nos son conocidos: pies y manos humanas, rastros de guanaco, avestruz, víbora, etc., aparecen a nuestros ojos, en verdadera sensación de laberinto, las figuras más absurdas y peregrinas. Tienen éstas, a veces, aspecto geométrico, adviértense líneas quebradas u onduladas, círculos concéntricos, meandros, etc.” (APARICIO, 1935 a, pp. 104-105).

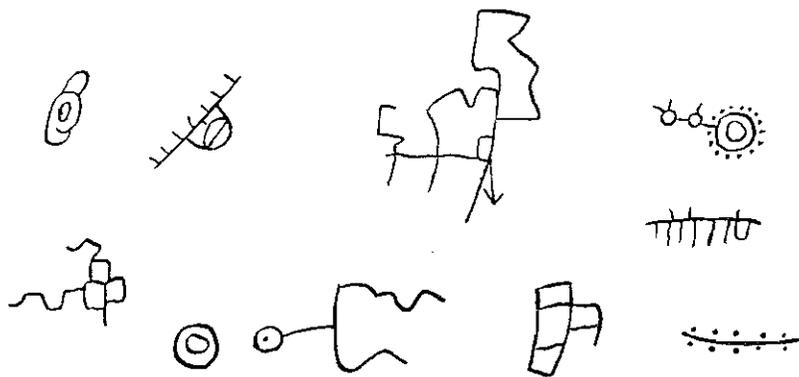


Fig. 28. Algunas de las figuras grabadas del Cañadón Santo Domingo. (Cada dibujo es independiente). Según F. de Aparicio.

Nada cabe agregar a las palabras del autor que efectuó su parcial relevamiento; reproducimos, como motivos aislados, aquellos que parecen ser más representativos del conjunto, y cuyo carácter de algún modo simbólico es muy probable (fig. 28).

Bibliografía: APARICIO, 1935 a, pp. 104-105; láms. X - XIII.

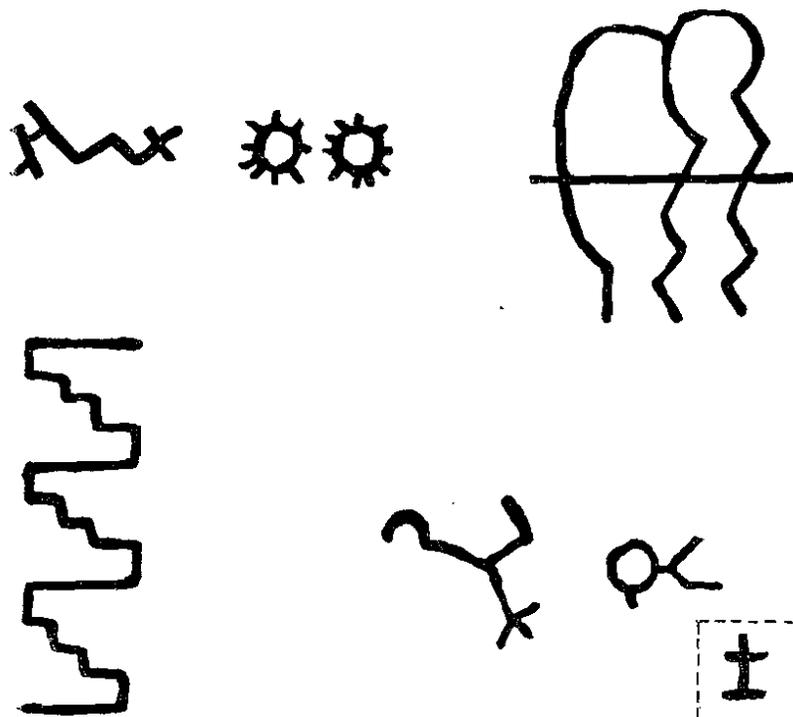
San Ignacio. (Dpto. Huelches).

1.100 m.

En la zona que tiene como centro a esta pequeña localidad, se halla un grupo de pinturas rupestres, hasta hoy inéditas.

La noticia y descripción de este lugar, así como el material gráfico (ver figs. 29-39) los debo al señor Carlos Gonzalía, fotógrafo de San Martín de los Andes y gran aficionado a la arqueología. A él, mi agradecimiento más sincero. De la exactitud de los datos, y de la autenticidad y fidelidad de sus reproducciones, no me cabe la menor duda.

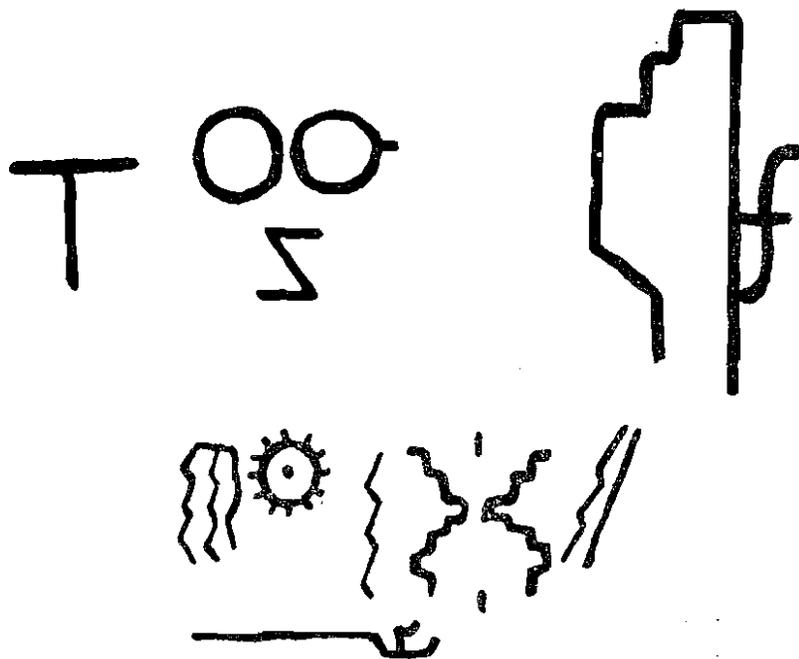
El lugar se halla a unos 8 ó 10 Km. al norte de San Ignacio. A unos 3 Km. al norte del río Malleo (poco antes de su desembocadura en el Aluminé), y a una altura de unos 300 metros sobre el mismo, hállanse algunas cuevas. Se llega hasta ellas con cierta dificultad, "por una angosta vereda", razón por



Figs. 29, 30, 31 y 32. Diversos motivos de las pinturas rupestres de San Ignacio (Río Malleo). (Según dibujos de C. Gonzalía).

la cual no fue posible fotografiarlas desde afuera ⁽⁶⁾. En una de estas cuevas hállanse las pinturas.

Según mi citado informante, las pictografías están situadas "afuera, a la entrada, en sus paredes interiores y en el techo". El color de la pintura es "ocre rojizo"; el ancho de los trazos, "2,5 cm. aproximadamente" (esta cifra probablemente no valga para todos los trazos). Uno de sus motivos, una guarda escalonada (fig. 31) que se halla a la entrada de la cueva, es algo más ancha: 4 cm. según Gonzalía, hallándose "tal vez a 3 m. de altura".



Figs. 33, 34 y 35. Pinturas rupestres de San Ignacio. (Según dibujos de C. Gonzalía).

Como puede verse en las ilustraciones ya mencionadas, se trata de un arte esencialmente geométrico. Algunas figuras son redondeadas o circulares, otras rectilíneas; otras forman

⁽⁶⁾ También hubo dificultad para fotografiar varios de los grupos pintados, razón por la cual sólo disponemos de las cuidadosas copias efectuadas por el citado aficionado (reproducidas en las figuras 29 a 35).



Figs. 36, 37, 38 y 39. Cueva en la zona de San Ignacio (Río Malleo).
Distintos signos pintados. Fotos Carlos Gonzalia.

combinaciones al parecer simbólicas. Pero también hay algunas expresiones naturalistas más o menos estilizadas. Por de pronto, el sol se halla claramente representado (figs. 29 y 35); hay una figura antropomorfa (fig. 38), una ornitomorfa (?) (fig. 32), y además, en un grupo que se encuentra "aislado de los otros dibujos pero no a más de 2 metros de distancia", una "huella de avestruz" (fig. 39), acompañada de dos círculos (uno con prolongación), y unos trazos indefinidos. Según Gonzalia, "su coloración y conservación no hace suponer que sea más moderno. Lo mismo con respecto al signo cruciforme" (fig. 32, abajo).

Por los datos e ilustraciones transcriptas, las pinturas de San Ignacio son de gran interés, y merecen un estudio a fondo, incluso la excavación metódica del piso de esas cuevas para determinar su asociación cultural.

Junín de los Andes. (Dpto. Huiliches).

800 m.

Los grabados rupestres de esta estación forman parte de la primera publicación dedicada a estas manifestaciones artísticas del territorio del Neuquén, efectuada por Carlos BRUCH en 1902.

En un lugar bastante mal determinado, a "unas dos horas al sur de Junín de los Andes", cerca de un arroyo que desde el S. O. confluye con el río Chimehuín, y a unos 5 Km. de éste. se halla una terraza de arenisca que se extiende de sur a norte. A su pie, los miembros de una expedición geológica de la que formaba parte el citado autor hallaron una cueva natural con algunos petroglifos (abril de 1898). Su entrada "mide 4,50 m. de ancho por un poco más de 1 m. de altura. La profundidad no pasa de 2 m. y su techo cae oblicuamente hacia atrás" (BRUCH, 1902, p. 176). Se trata, pues, de una caverna muy pequeña, que por su reducida altura no pudo haber sido utilizada como habitación. "Al lado izquierdo anterior de la pared, existen 12 insculturas (7) de 1 cm. de profundidad, pero sin pintar. Están irregularmente esparcidas

(7) El autor dice "esculturas rebajadas a 1 cm. de profundidad". Sustituimos por un término que nos parece más correcto.

por aquella superficie". Los motivos que se pudo distinguir pertenecen a los del tipo de Ñorquin y Nonial, es decir, de tipo seudonaturalista de "huellas de animales". Hay "un rastro de avestruz, tres de puma y cuatro de guanaco" (op cit., p. 176); además, "dos dibujos en forma de herradura con dos rayas" verticales en el centro. Su interpretación como verdadera representación de pisadas equinas (y su consiguiente atribución a una época reciente) es más que dudosa (ver p. 197). Finalmente, un rectángulo con las esquinas redondeadas, al lado del cual aparece el trazado oblicuo de una raya sencilla, aparece como otro motivo simbólico de dudosa interpretación.

Delante de la entrada de la caverna, el autor encontró huesos humanos, mal conservados, inclusive "fragmentos de cráneos, entre los cuales pude reconocer dos individuos jóvenes. En los mismos escombros hallé, al removerlos, algunos trozos de leña quemada y pequeños fragmentos de vasijas de barro" (Op. cit., p. 176). Todo ello muestra que esta pequeña caverna fue primitivamente una sepultura (o sea, un verdadero "chenque"). El ennegrecimiento por humo observado en el techo, proviene sin duda de otros que posteriormente perturbaron el estado del enterratorio.

Bibliografía: BRUCH, 1902, pp. 175-176.

Vega Maipú ("Gingins"). (Dpto. Lacar). 800 m.

Sobre el costado meridional de la fértil Vega Maipú, en un punto situado a unos 5 Km. de la población de San Martín de los Andes, se encuentra una "casa de piedra" —se trata de un abrigo bajo roca— cuyas pictografías fueron popularizadas en una conocida revista hace veinte años por M. A. VIGNATI (1935) (8). Desgraciadamente, al tiempo de mi visita

(8) Aprovecho la ocasión para rectificar algunos errores de detalle que se deslizaron en la mencionada publicación, debidos sin duda a la deficiente información del autor, quien no visitó personalmente el yacimiento.

Por de pronto, no se halla "en la sierra basáltica Chapelcó" (op. cit., pág. 407), la que, como puede verse en la figura 40, se halla más al Sur. Tampoco se trata de una "gruta labrada naturalmente en la roca" (ibid.), sino de un simple abrigo, constituido por una gran roca aislada, que forma primero una pared vertical, y luego se continúa por un

(enero de 1953), muchas de las figuras se hallaban muy borradas. Ignoro si en los años transcurridos se produjo una fuerte erosión de la piedra, o si al artista que entonces las reprodujo le sobraba un poco de imaginación... (v. lámina correspondiente al artículo citado). Por otra parte, en el extremo derecho de la roca existen dos figuras que no fueron allí registradas. Los motivos que aisladamente reproducimos son algunos de los que todavía se conservan (fig. 41).



Fig. 40. Vista desde la Vega Maipú hacia el Sur. A la derecha (detrás de la casa, entre los árboles) se halla el abrigo pintado "Gingins". Unos 500 m. más hacia la derecha se encuentran las pinturas "Bello" (ver fig. 42). Al fondo, las cumbres del Chapelco.

La característica principal de este grupo de pinturas, además de su estilo, es su policromía. Se utilizan el rojo y el

alero apenas sobresaliente. A esto, y no sólo a las grutas y cuevas, se da locamente la denominación de "casa de piedra". Las pinturas no se hallan "en las paredes sud y este", sino *sud y oeste* mirando respectivamente hacia el norte y el este. Finalmente, el "exótico nombre de *Gingín*, vocablo que, si tiene origen indígena, ha sido muy adulterado quedando poco menos que irreconocible" (ibid.), es efectivamente indígena... de Francia, pues se trata del apellido (con *s* final) de uno de los varios pobladores de ese nombre que viven en la zona, en cuya propiedad se halla la pintura rupestre (!).

amarillo, además del negro. Antes de comenzar la parte lisa vertical de la pared Sur, en una pequeña entrante de la roca, hay un grupo formado por algunas figuras humanas que parecen darse la mano. A 1,50 m. hacia la derecha, tras una grieta, comienza la serie de motivos que dan tanto interés a esta "casa de piedra". Continúan con cierto desorden las representaciones humanas, hechas con un naturalismo estilizado que hace recordar un poco a algunas del epipaleolítico levantino español. Una de ellas llama la atención por la —al parecer— exagerada representación del órgano sexual masculino. Otra, que también reproducimos, presenta sendos círculos a guisa de pies, y en uno de ellos, doble, aunque no concéntrico. VIGNATI ha creído ver una representación de las gruesas *abarcas* de los tehuelches; no es muy convincente esta hipótesis, aunque no hay nada para imaginar en su sustitución. Por otra parte, no hay documentación referente a su uso en una zona tan septentrional, al menos en época histórica.

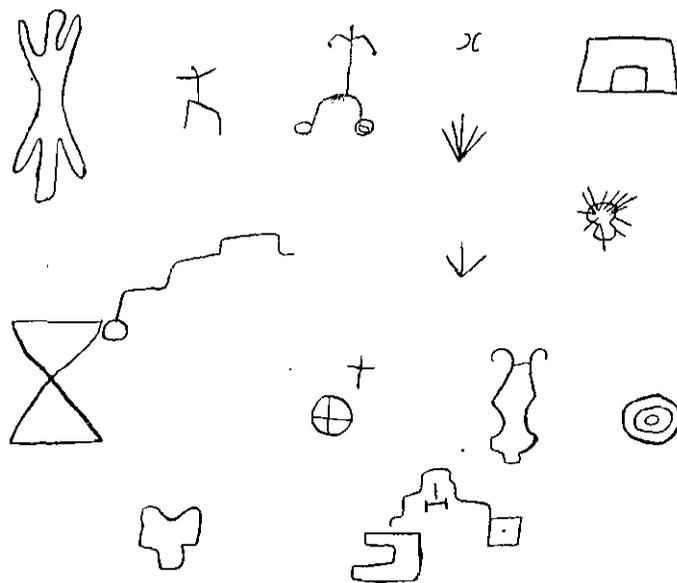


Fig. 41. Algunos motivos de la pictografía "Gingins" (Vega Maipú). Según Vignati.

Hay, además, figuras geoméricas de toda clase, varias de ellas de evidente carácter simbólico: meandros, en un caso

con un círculo en su extremo, y en otro con un cuadrado con punto central y una figura con forma de C, respectivamente; una "clepsidra"; una fina cruz alargada, al lado de un círculo con cruz interior; "huellas de avestruz" de tres y cinco (!) dedos; un doble rectángulo (arriba); una triple circunferencia concéntrica y otros signos compuestos.

Una grieta separa la pared Sur de su continuación, que tuerce hacia el O.S.O. Esta presenta círculos y otras figuras geométricas, y dos representaciones humanas, una de ellas con líneas sobre la cabeza que hacen pensar en una emplumadura. Esta parte tiene aproximadamente 2 metros de ancho. Luego hay una franja muy oscurecida por la acción del humo de fogones aquí encendidos, que tal vez borró otros dibujos allí existentes, puesto que del otro lado aparecen dos signos: uno que parece un hombre muy esquematizado, y un círculo con punto. Más o menos un metro después termina la roca. (Más hacia arriba parece verse una "pisada de avestruz", pero su carácter de pintura es dudoso). Desde la última grieta mencionada hasta dicho círculo, hay 4,15 m.; la altura de esta sección parietal es de 2,40 m. En cuanto a la parte meridional anteriormente descrita, la pared propiamente dicha mide 4,15 m. de ancho por 2,75 m. de altura máxima; ancho total desde los motivos situados a la izquierda: unos 6 metros.

Bibliografía: VIGNATI, 1935 a; con una lámina en colores.

Vega Maipú ("Bello"). (Dpto. Lacar). 800 m.

Sobre el mismo costado meridional de la Vega Maipú, a pocos cientos de metros hacia el oeste de la pictografía "Gingins", existe otro grupo semejante. A diferencia del anterior, permanece inédito.

Se halla sobre un paredón vertical, que no alcanza a constituir un abrigo (fig. 42), situado en la propiedad del señor Bello, poblador de la zona. La parte que contiene las pinturas es una pared más o menos rectangular, que tiene algo más de 2 m. de altura, por unos 14 m. de ancho, provista de numerosas saliencias y convexidades; delante, hay una plataforma de 1,50 a 2 m. de ancho como máximo. Más hacia la

derecha, el conjunto se forma muy irregular, apareciendo hacia los 17 metros del comienzo del paredón un nuevo grupo de trazos pintados. A los 18 m. se abre una pequeña gruta, en cuyo interior no aparecen pinturas. Algo hacia adelante se hallan varias rocas desprendidas, en una de las cuales existe también un interesante conjunto pintado (fig. 48). La pared termina hacia los 22 m.

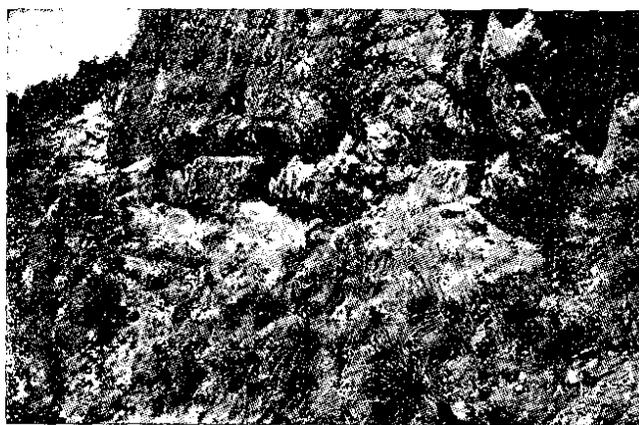


Fig. 42. Paredón de "Bello" visto desde la derecha. Las pinturas se hallan sobre la pared con convexidades en el centro de la fotografía; a la derecha, la cueva, y delante, poco perceptible, la roca con cruces.

Este punto se halla situado a unos 50 metros sobre el nivel de la Vega, desde la cual el terreno se eleva abruptamente. A su pie pasa hoy la carretera que une a San Martín con Junín de los Andes. Toda la zona es rocosa, habiendo constituido sin duda el reborde del glaciar que durante el pleistoceno ocupó la cuenca del Lacar. Constituye un excelente observatorio sobre toda la región, ya que, a diferencia del abrigo "Gingins", no hay vegetación que obstruya la vista, encontrándose además a mayor altura. Una veintena de metros más hacia el Oeste (detrás del punto en que fue tomada la fotografía de fig. 42), se halla algo hacia adelante un enorme pilar rocoso, de forma cilíndrica: un antiguo desprendimiento de la pared (la que allí efectivamente se ahueca, permitiendo, con cierta dificultad, el paso hacia la meseta superior), que cual

milenario centinela custodia el paso desde la zona andina a la patagónica. El lugar pudo, sin duda, ser utilizado por los indígenas como punto de observación ⁽⁹⁾.

La reproducción completa de los dibujos claramente reconocibles que aparecen sobre la pared pintada, conservando aproximadamente su distribución y su escala uniforme, está dada en las figuras 43, 44 y 45. Su desarrollo se sigue de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Al principio y al final de cada banda parcial, hállase anotada la distancia desde el comienzo de la pared, situado hacia el Este. Las figuras 46 a 48 complementan la documentación gráfica.

Los trazos son de mediano espesor (aprox. 1 cm.), habiéndose empleado con exclusividad el rojo, aunque con varios matices. La altura sobre el suelo, o sea sobre la estrecha plataforma que se halla delante, no tiene demasiadas variaciones. Las pinturas se mantienen generalmente entre 1,70 y 1 metro de altura, alcanzando excepcionalmente los 2 m. (como el círculo con punto, fig. 43, arriba, y el doble escalonado de fig. 45, centro, que sobrepasa levemente dicha cifra).

Como puede verse, los dibujos de este yacimiento tienen un estilo predominantemente geométrico-ornamental y simbóli-

⁽⁹⁾ Según informes del Sr. J. Swarczewsky (Saico), cuya amabilidad deseo recalcar, hay en las cercanías, sobre la meseta, restos de un monte de manzanos. El examen de sus círculos de crecimiento le habría otorgado una antigüedad de 400 a 450 años. Si ello es exacto, se remontarían a la primera mitad del siglo XVI, lo cual demostraría que el manzano existió en estas regiones antes de la llegada de los misioneros, sus presuntos introductores; aún antes de que los Conquistadores pisaran tierra chilena meridional. No he hallado, en la visión de conjunto sobre *Cultivated plants of South & Central America* de Carl O. Sauer (*Hand book of South American Indians*, tomo VI, págs. 486-543, Washington, 1950), ninguna referencia sobre el manzano. El origen de este árbol en el Neuquén es un importante problema antropogeográfico, cuya solución corresponde a los botánicos. Ya FRANCISCO P. MORENO hacía notar su carácter alóctono, traído por el hombre desde Chile, "pues la mayor parte se encuentra cerca de los pasos o en las orillas de los arroyos. El encontrarse siempre reunidos en grupos como si fuesen ramas de un mismo tronco, parece confirmar esta opinión" (*Viaje a la Patagonia Septentrional*, Anales de la Soc. Cient. Argentina, I, p. 196, 1876).

co. Motivos escalonados, círculos con punto, cruciformes, líneas onduladas y otras figuras de mayor apariencia significativa,

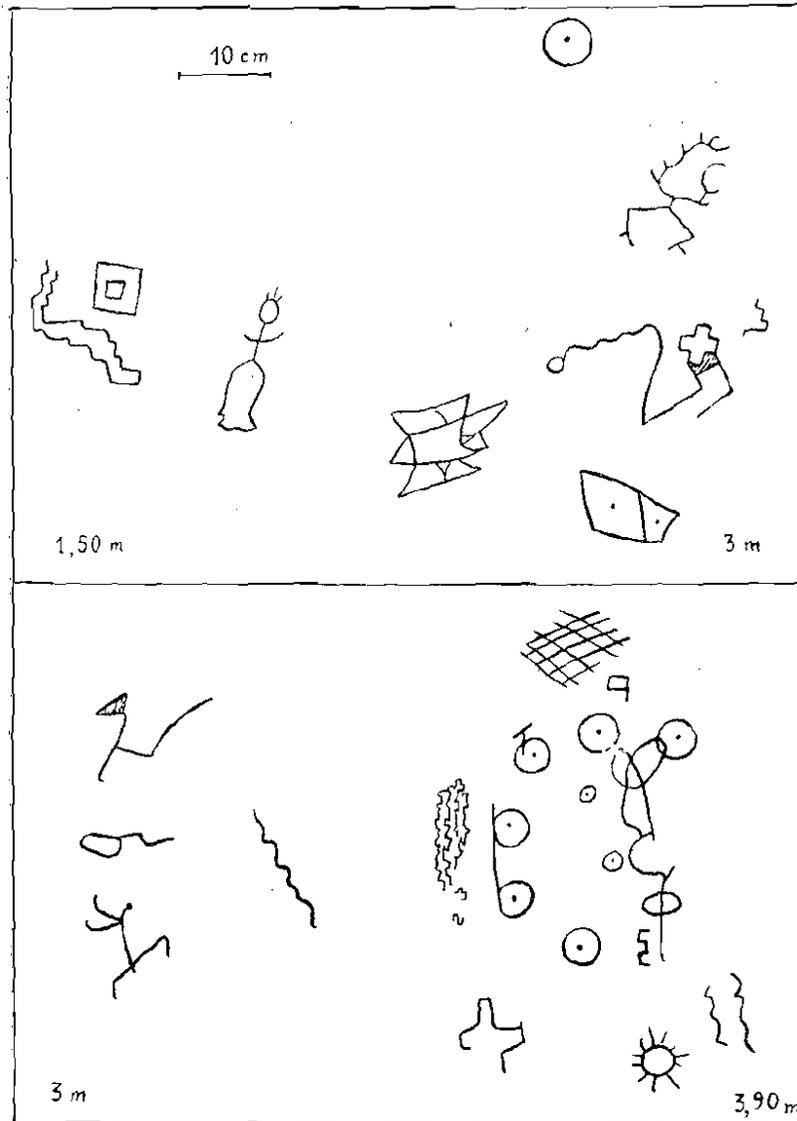


Fig. 43. Conjunto de las pinturas rupestres sobre el paredón situado en la propiedad del Sr. Bello (Vega Maipú, cerca de San Martín de los Andes). Desarrollo completo (véase figs. 44 y 45). Se indican las medidas desde el comienzo izquierdo del paredón. La escala de estas reproducciones oscila alrededor de 1/3.

ya sea naturalista (figuras antropomorfas simples de figs. 43 y 45, arriba, y en combinación con otros signos, fig. 44 izquierda; una zoomorfa (?), fig. 44, centro-derecha; el "sol",

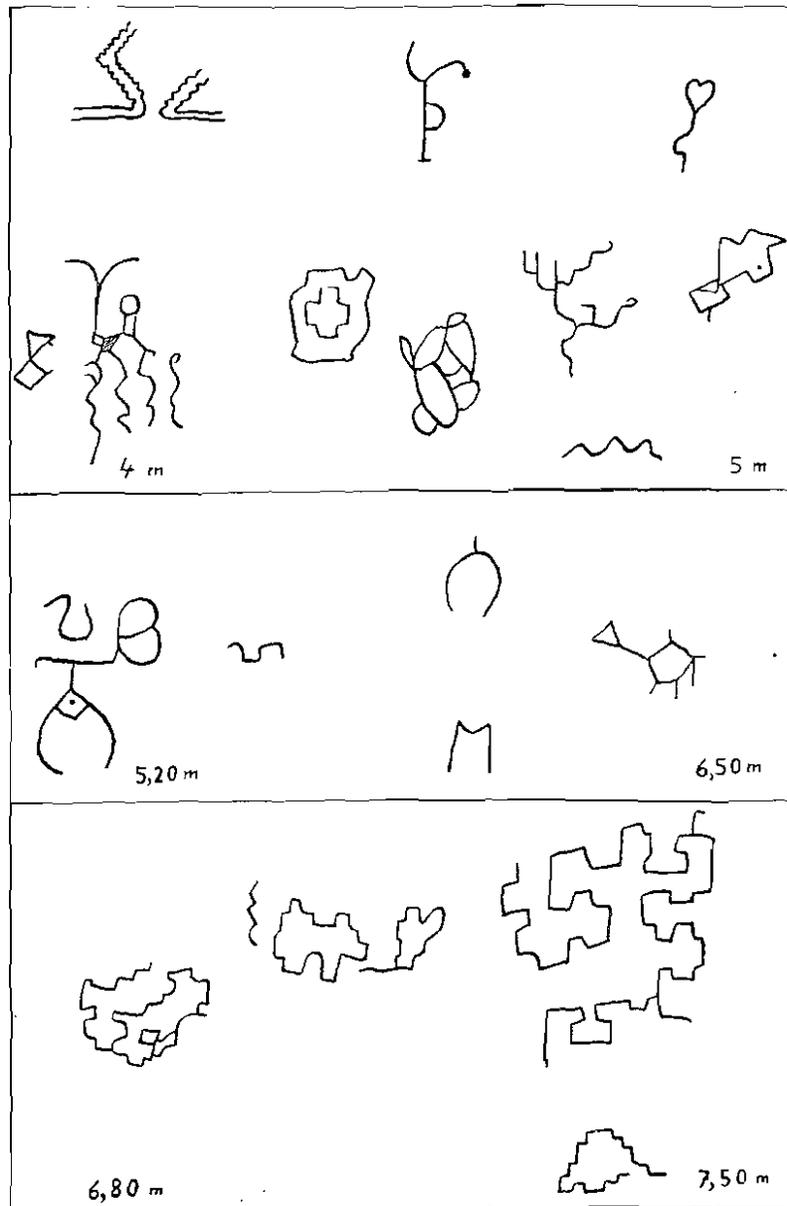


Fig. 41. Pinturas rupestres "Bello" (continuación).

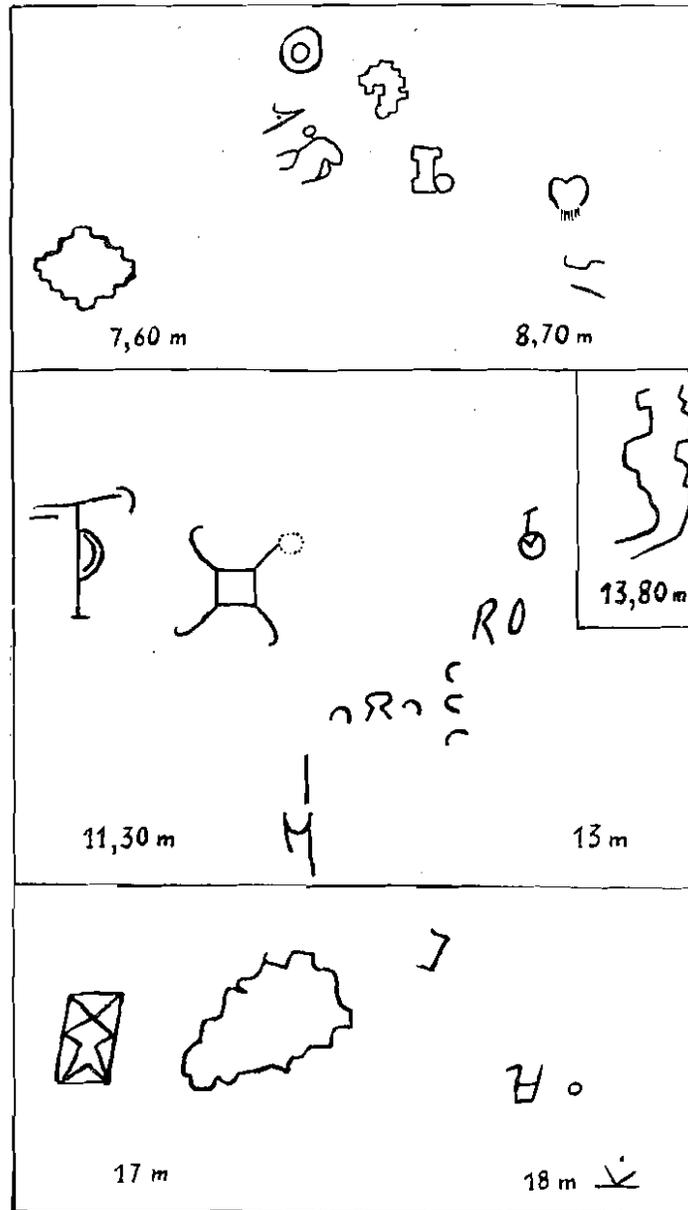


Fig. 45. Pinturas rupestres "Bello" (conclusión). (Frente a los 18 metros se halla la roca con cruces, reproducida en figura 48).



Figs. 46, 47 y 48. Motivos de las pinturas rupestres "Bello". Los dos primeros no fueron hallados en el relevamiento efectuado por el autor en enero de 1953; el grupo de la figura 48 se halla en una roca desprendida, delante del paredón. Foto: Carlos González.

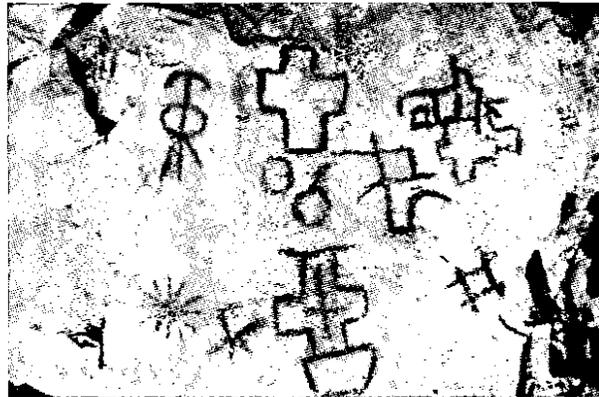


fig. 43 abajo), ya sea francamente estilizada o simbólica (destacamos únicamente el grupo de seis círculos con punto central, a su vez dispuestos en semicírculo, con dos de ellos unidos por una línea tangente; el otro complicado signo hacia la derecha parece ser una superposición).

Hay que mencionar por separado, por su ubicación e interés, y por cierta diferencia estilística, al conjunto pintado sobre la piedra desprendida mencionada anteriormente. Sobre su cara plana que, como el paredón, mira en dirección a la Vega o sea hacia el Norte, se hallan los signos reproducidos en la fig. 48. Hay una figura antropomorfa, un "sol", dos circunferencias (una con prolongación), varios signos geométricos algo complicados, y dos cruces anchas: una de ellas, casi perfectamente "latina"; la otra, un tanto rectangular, pero con otra cruz lineal en el centro, y con una figura trapezoidal en su base, que le da todas las apariencias de un "altar". Los interrogantes que plantea esta pintura serán tratados más adelante (p. 206); mientras tanto, hagamos notar solamente que, si las cruces tienen cierta apariencia "católica", la figura humana de la izquierda muestra una esquematización que hace recordar fuertemente al arte rupestre del Neolítico de España.

Arroyo Minero. (Dpto. Los Lagos).

800 m.

Este importante conjunto se halla sobre una pared rocosa, de superficie bastante irregular, situada, según la descripción de VIGNATI (1944 VII), sobre una altura a mano izquierda del camino que une la estancia y hotel "La Primavera" con el lago Traful, alrededor de 1 Km. antes de llegar al arroyo Minero, que fluye hacia el río Traful desde el S. O. Del contexto podría desprenderse que mira hacia el N. o N. O., hallándose rodeado de abundante follaje. Las pinturas han sido afectadas, no sólo por la deflación de la roca y otras causas naturales, sino por el saqueo efectuado por el hombre, conociéndose al menos dos fragmentos desprendidos. Se hallan, uno en el citado hotel "La Primavera", y otro en exposición en el Museo Nahuel Huapí de Bariloche. "El color usado es el rojo, con pocas excepciones de blanco" (op. cit., p. 154).

No he de repetir la minuciosa descripción de VIGNATI, a cuya publicación ilustrada me remito. De sus características generales puede decirse que sus motivos son esencialmente geométrico-simbólicos, aunque, con ciertas variantes en sus combinaciones y en su ejecución. Con respecto a esta última, los trazos parecen ser algo inseguros, a veces vagos. En parte ha de deberse a un estado borroso; en parte, a la estructura de la piedra. Reproducimos el motivo central de esta pictografía en la fig. 49.

Las figuras que aparecen mejor caracterizadas son las siguientes: dos circunferencias, con otra concéntrica en su interior, unidas verticalmente por líneas paralelas, y rodeadas

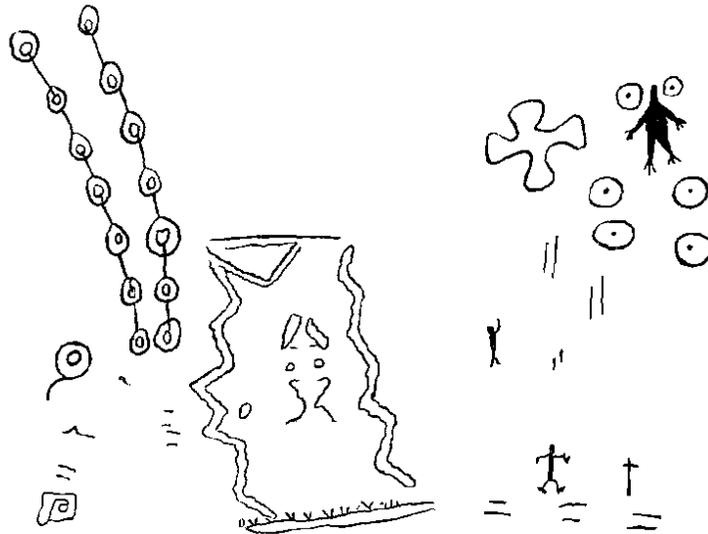


Fig. 49. Parte central de la pintura del Arroyo Minero (zona del Trafal). Según Vignati.

a ambos lados por grecas escalonadas; varias otras figuras formadas por escalonados sencillos y dobles, algunos finos y pequeños formando especies de X; una "circunferencia dentada, a modo de sol, con un círculo blanco en su interior" (op. cit., p. 151); dobles circunferencias concéntricas (una con prolongación caudal), aisladas, y otras que forman "un doble

rosario paralelo y simétrico de siete circunferencias con otra concéntrica en su interior, unidas entre sí por una línea" (op. cit., p. 152), en posición vertical algo combada, de más o menos 0,80 m. de altura. El motivo central del grupo es "una figura rectangular de bases rectas y lados sinuosos hasta dentados, constituidos por dos líneas paralelas finamente aserradas. De su base superior se desprenden dos trazos dobles convergentes que forman con aquélla un triángulo. En el centro hay: arriba, líneas convergentes dobles, con base simple, dando la impresión de un triángulo, aunque el vértice superior falte por estar inconexas las líneas laterales. Por debajo de su base, dos circunferencias y, a continuación, una forma de clepsidra, de líneas sinuosas... En el lado izquierdo de este conjunto hay una circunferencia de pequeño diámetro. Por último, la línea interna que sirve de base está adicionada de dobles líneas angulares, convergentes, pero sin que lleguen a conjugarse los vértices de ese ángulo virtual" (op. cit., p. 152). Otro grupo notable es el que sigue, que incluye figuras antropomorfas rodeadas de cuatro círculos con punto, una cruz con abultamientos redondeados en los extremos (con algo de "cruz griega", o "trebolada"), y líneas rectas cortas, en parte agrupadas en forma de "rastros de guanaco". Una de las representaciones humanas, pintada en color plano, muestra una cabeza alargada que "da la impresión de tener un sombrero a modo de bonete; los brazos un tanto abiertos terminan con tres dedos separados que dan la impresión de garras; lo mismo sucede con los pies" (op. cit., p. 153). A ambos lados de la cabeza, otras circunferencias con punto central, algo más pequeñas. Más abajo hállese, al lado de dos circunferencias con punto y una sin él, un pequeño dibujo de forma semejante al existente en el interior del gran cuadrilátero antes citado (tosca forma de 8). Finalmente, tras la continuación de la serie horizontal de cortas líneas paralelas, vemos una cruz de astas cortas y anchas, y una guarda geométrica, toscamente escalonada.

Todas las figuras hállese, al parecer, a una altura superior a 0,70 m. sobre el nivel del suelo, alcanzando su altura máxima hacia los 1,70 m. (hombre de cabeza puntiaguda);

el diámetro de las circunferencias oscila alrededor de 10 centímetros ⁽¹⁰⁾.

Los fragmentos desprendidos de este conjunto pictográfico contienen los siguientes motivos:

a) Fragmento del hotel "La Primavera": grecas rectilíneas, "meandriiformes, que tienen como tema inicial una cruz. Existen, además, dos circunferencias. Todo en color rojo" (op. cit., p. 154; v. fig. 7).

b) Fragmento conservado en el Museo Nahuel Huapi (N° 714): se trata de una roca algo rojiza; sobre la misma hay algunas cruces pintadas en negativo. Una de ellas es grande, fina; las otras dos son más pequeñas ⁽¹¹⁾.

Bibliografía: VIGNATI, 1944 VII, pp. 149-154; láms. I-VI; figs. 1 a 7.

Río Traful. (Dpto. Los Lagos, como todas las estaciones siguientes del Neuquén). 850 m.

Sobre la orilla izquierda de este torrentoso río, siguiendo una senda que corre paralela al mismo, se llega a una piedra de extrañas formas (nos acercamos ya al "Valle Encantado"), llamada hoy por los lugareños "Piedra de Oso". Se halla a unos 3 o 4 Km. de la confluencia del río Traful con el arroyo Córdoba. Algo más arriba --a unos 100 m. sobre el nivel del río-- existe una amplia cueva, cuya pared trasera muestra una pintura bastante extraña, de trazos gruesos y tamaño grande (3 m. de ancho por 1,40 m. de altura). Se halla

⁽¹⁰⁾ Deduzco estas medidas de acuerdo con la escala proporcionada por el autor. Por varias razones, considero que también aquí existe el error de decir "20 cm." para una escala que, en realidad, sólo mide la mitad (véase nota 12).

⁽¹¹⁾ He podido verla en ocasión de mi visita a dicho Museo; se trata sin duda de la misma cuyo motivo principal reproduce VIGNATI en el trabajo citado, tomándolo de AMADEO ARTAYETA, *Etnología-Etimología-Arqueología*, en "Parque Nacional de Nahuel Huapi", 3ª edición, Buenos Aires, 1938. Este último interpreta a la figura como un "pectoral o rosario", adhiriéndose a la tentadora, pero dudosa hipótesis de la influencia de los misioneros (ver más abajo, págs. 205-206). Por lo demás no es del todo segura la proveniencia de este fragmento del conjunto del arroyo Minero.

parcialmente borrada. "Es una hábil combinación de colores rojo y blanco"; está formada por "fajas verticales paralelas, con la singularidad de que ninguna de ellas repite figuras, no obstante lo exiguo del número de elementos empleados: círculos, triángulos y rectángulos" (VIGNATI, 1944 VII, p. 155). Merece llamarse la atención sobre una serie de rectángulos concéntricos, de cuyos vértices salen rectas en dirección oblicua; y sobre varios grupos de triángulos (también concéntricos) opuestos por el vértice. Estos últimos se hallan determinados por una larga recta y un amplio zig-zag que la atraviesa. Los círculos u óvalos aislados también son concéntricos, con trazo de diferente color: blanco afuera, rojo adentro (lo contrario de los triángulos).

Bibliografía: VIGNATI, 1944 VII, pp.154-155, fig. 8, lámina VII (la escala dice "20 cm.", debiendo ser, según las medidas dadas en el texto, "10 cm.").

Arroyo Malavaca.

700 m.

El arroyo Malavaca (escrito así en los mapas modernos, existiendo también las variantes *Malahuaca*, *Malalhuaca*, y, a principios de siglo, *Vaca Mala*), es un insignificante afluente del río Limay desde el N. O., poco más abajo de la confluencia del último con el Traful. A unos 60 metros de su orilla derecha, en un punto situado a unos 3 Km. del Limay, hállase —entre otras muchas de menor tamaño— una gran roca de unos 10 m. de altura por 6 a 8 m. de ancho. Dicha roca presenta en su cara que mira al S. O. (o sea, en dirección contraria a la pendiente del terreno), una pared más o menos lisa y algo cóncava, inclinada hacia adelante en un ángulo de 45°, lo que constituye un pequeño abrigo. Esta pared muestra, en una extensión que va desde cerca del suelo hasta unos 2 metros de altura, y ocupando una anchura de unos 4,50 m., pinturas y grabados que a su vez han sido pintados. Estos últimos —único caso conocido en el Neuquén, a excepción de una figura aislada y dudosa de Puerto Tigre (p. 171)—, revistados de rojo, se hallan sobre el lado izquierdo; las primeras, en cambio, predominantemente sobre el derecho. Además del rojo, se empleó el amarillo ocre, y algunas veces, blanco sucio azulado. No hay

diferencias estilísticas entre los caracteres grabados y los puramente pintados, aunque sí difieren los motivos predominantemente representados.

Este conjunto fué descubierto por BRUCH en la misma época que los grabados de Junín de los Andes, y descrito en el mismo artículo de 1902, con dos magníficas láminas. Como puede verse en la segunda de éstas, la zona izquierda abunda en pies humanos (en total 16 impresiones), de dimensiones variadas. Según el autor que seguimos, las "esculturas" tienen entre 4 y 10 mm. de profundidad; los dedos de los pies tienen doble profundidad que el resto. Por lo demás, la apariencia de los pies es algo tosca y poco realista. El mayor mide 25 mm. de largo, y tiene 6 dedos. Aparecen además: huellas tridáctilas ("de avestruz"), algunas con prolongación posterior (la mayoría grabadas y pintadas de rojo); líneas cortas, paralelas ("rastros de guanaco"); series de cinco puntos homogéneos, de 5 mm. de profundidad ("pisadas de puma"). Hay circunferencias de todo tipo: simples con punto; concéntricas, y concéntricas con punto. De las concéntricas las hay con sólo la circunferencia exterior grabada, y también únicamente pintadas. "El color de los círculos es siempre el rojo; donde hay centro, éste es amarillo, y en una ocasión, rojo. El espacio entre los dos círculos está llenado algunas veces con un blanco sucio" (BRUCH, 1902, p. 175).

Otros signos que presenta esta importante pictografía son: una "clepsidra"; una "C" ancha; un doble círculo con punto, que se prolonga hacia arriba en una canaleta, grabada y pintada de blanco; una figura humana estilizada; una circunferencia caudada; una "K" acostada; dos cruces de brazos anchos e iguales (una con punto central); etc. También aparecen "grandes manchas amarillas, cuyos bordes están a veces guarnecidos por una línea muy irregular pintada de rojo", meandriforme. "Arriba y a la derecha hay una cruz pintada que está muy bien conservada" (poco visible en la ilustración; es del tipo "griego", con una pequeña circunferencia en el centro). Mencionemos, finalmente, un grupo de puntos irregularmente distribuidos.

Hay numerosas señales de otras pinturas de carácter geométrico, pero se hallan bastante borradas.

Agrega BRUCH: "Al remover algunas de las piedras que había en el suelo..., encontré algunas láminas de piedra y restos de vasijas. Entre los últimos hay un pedazo del borde de un pequeño vaso hecho a mano, con su asa colocada verticalmente, bien conservada y bastante cuidadosamente trabajada, de arcilla fina, sin mezcla de cuarçita y poco cocida... Esta pieza está adornada debajo del cuello con escopleaduras paralelas y horizontales" (op. cit., p. 175).

El otro fragmento es un asa aplanada, correspondiente a una vasija más grande; color gris. La cerámica muestra ser de factura relativamente reciente, siendo muy dudosa la relación que establece BRUCH entre sus fabricantes y "los artistas de las pinturas" (l. c.).

Bibliografía: BRUCH, 1902, pp. 173-175; con dos láminas. La segunda se halla reproducida en ROUSE, 1949, lámina 49 (frente a p. 502).

Río Limay (roca del "Cementerio").

750 m.

Un poco antes de la mitad de camino entre el nacimiento del río Limay (desagüe del lago Nahuel Huapí) y su confluencia con el Traful, no muy lejos del célebre "Anfiteatro" que forma el primero de esos ríos, existe una gran roca de unos 12 m. de altura por 15 m. de base. Se halla sobre la pendiente que allí se dirige suavemente hacia el río, a unos 150 m. de su orilla izquierda. La pared considerada frontal tiene una leve inclinación hacia adelante, constituyendo una especie de abrigo abierto hacia el norte. A su pie se encontró un importante cementerio indígena estudiado por VIGNATI (1944 V). Sobre esa pared frontal existía una pequeña pintura rupestre, al parecer destruida al efectuarse posteriormente trabajos en la misma roca (VIGNATI, 1944 V, p. 122, nota).

La pictografía estaba a una altura 2,20 m. sobre el nivel del suelo. Dos colores fueron empleados para su ejecución. Estaba integrada por los siguientes motivos: una figura humana rellena, algo rechoncha pero con cierta impresión de movimiento (0,15 m. de altura, en ocre amarillo); una figura se-

mejante a la mitad anterior de un cuadrúpedo (según VIGNATI, un huemul), en rojo; al lado, otra figura humana en rojo, "más deforme que la anterior, pero a la que no falta cierto movimiento; cabeza redonda unida al cuerpo por un largo cuello, un brazo desplegado y las piernas divergentes" (op. cit., p. 123). Finalmente, también pintadas en ocre rojo, dos circunferencias de 0,15 m. de diámetro, con grueso punto central. Tal vez hubo otros dibujos, pero se hallarían completamente borrados.

Bibliografía: VIGNATI, 1944 V, pp. 119-120; 122-123; láms. I-III; figs. 1 y 2.

Roca pintada "Jones".

800 m.

He dado este nombre a una pictografía publicada por AMADEO ARTAYETA, por hallarse situada dentro de los límites de la estancia del señor Jones. Se trata de una roca aislada que se halla próxima al río Limay, a unos 8 o 10 Km. del lago Nahuel Huapí. Sobre una cara bastante alisada que mira hacia el norte, presenta cinco líneas verticales curvadas en su extremo inferior, con una serie de saliencias laterales cada una: en forma de T (tres casos); en varios semicírculos unidos (un caso), y alternativamente en T y en L, en el quinto caso, con su extremo inferior haciendo pensar en el de un trombón.

Esto es todo lo que sabemos de esta enigmática pintura.

Bibliografía: E. AMADEO ARTAYETA, *Etnología, Etimología, Arqueología*, en *Parque Nacional de Nahuel Huapí* (public. Dirección de Parques Nacionales), 3ª ed., Buenos Aires, 1938, p. 50, fig., 7 (citado por VIGNATI, 1944 III, p. 95, nota fig. 1). Texto reproducido en AMADEO ARTAYETA, 1947, p. 49; y la ilustración en, del mismo, 1950, lámina séptima.

Península Huemul (Abra Grande).

800 m.

En tierras de la estancia "Huemul", al S. de la península del mismo nombre y no lejos del asiento de la antigua Misión jesuítica, de principios del siglo XVIII, existen dos rocas pintadas. La primera se encuentra en el lugar llamado Abra Grande, y ha sido realizada en color rojo sobre la cara lisa, algo inclinada hacia atrás, de un gran conjunto pétreo rodeado de tupida vegetación.

“Dos son los elementos que integran esta elegante pintura: motivos que, por extensión, podríamos llamar grecas, y círculos con punto central. Aquéllas, combinadas de maneras diferentes y dispuestas en tres fajas paralelas, separadas entre sí por los círculos que, en un caso, forman una hilera envolvente de la combinación de guardas situadas a la derecha del observador, y en otro están dispuestos en los vértices de un cuadro imaginario que circunscribiera las grecas de la izquierda. Uno de estos elementos, el de la derecha, arriba, deja de ser circular para tomar la forma de un sol. En la faja central de grecas, uno de los espacios está ocupado por una cruz, y otro por un punto” (VIGNATI, 1944 III, pp. 97-98). El desarrollo del grupo hacia lo ancho es de 1.47 m. y hacia lo alto, algo más de 1 m. ⁽¹²⁾. Como lo estableciera MENGHIN, la figura central de este grupo es un verdadero laberinto.

Bibliografía: VIGNATI, 1944 III, pp. 96-98; láms. I y II (fig. 1); fig. 1. Fotografías de la misma pintura aparecen también en varios folietos o artículos destinados a fines no científicos; en algunos casos, con errores (VIGNATI, cit., p. 96, nota). También en AMADEO ARTAYETA, 1950, lám. sexta, arriba.

Península Huemul (Potrero de la Bahía).

770 m.

La otra pictografía de esta zona se halla dentro de la estancia “Huemul”, hacia el S. E. del casco de la misma ⁽¹³⁾,

⁽¹²⁾ Como fue comprobado para la pintura del río Traful, y seguramente también para la del arroyo Minero, en la publicación respectiva se atribuye también aquí “20 cm.” a la línea que sirve de escala, cuando en realidad es de 10 cm. Ello se deduce de las medidas proporcionadas en el texto, las que corresponden en verdad al tamaño “normal” de este tipo de pictografías. Dicho error se repite en la reproducción de la pintura del Potrero de la Bahía y de la isla Victoria (VIGNATI, 1944 III, figs. 3 y 4). Sospecho lo mismo para el signo aislado del cerro Leonés (VIGNATI, 1944 IV, fig. 5). En cuanto a las pinturas de Puerto Tigre (VIGNATI, 1944 III, figs. 5-7), no se dan para las mismas medida ni escala. Las únicas figuras con escala correcta de 20 cm. son, la del otro grupo del cerro Leonés (1944 IV, fig. 6), y la ya vista de la Roca del Limay.

⁽¹³⁾ “S. O.” dice el texto (VIGNATI, 1944 III, pág. 98), tal vez por errata.

cerca de la margen oriental de la pequeña bahía Huemul del lago Nahuel Huapí. El lugar se denomina Potrero de la Bahía. Trátase de un paredón rocoso dislocado, en una de cuyas concavidades fue ejecutado un grupo geométrico algo irregular. Presenta la particularidad de una amplia policromía. Se halla formado por grecas escalonadas en negro y en rojo, con parte de estas últimas rellenas de amarillo; una circunferencia algo alargada en amarillo, con la parte circular interna rellena de rojo; una sencilla figura con aspecto de flor, al lado de una circunferencia pequeña, y, debajo de otro motivo de greca en negro, una figura casi rectangular, rellena, de color blanco (al parecer, superpuesta).

Dimensiones de la zona pintada: 1 metro de altura por 0,70 m. de ancho.

Bibliografía: VIGNATI, 1944 III, pp. 98-99; láms. III y IV; fig. 3.

Isla Victoria.

800 m.

En el interior de esta extensa y boscosa isla —la antigua *Nahuel Huapí*, o sea Isla del Tigre—, hacia la parte norte, existe una laguna sobre cuyos bordes existen cuevas y reparos excavados naturalmente en los paredones rocosos. (En una gruta semejante, pero sobre una laguna situada más al norte, fue hallada una enorme *pakcha* araucana).

En una de estas cuevas, amplia y de paredes lisas, se han ejecutado pinturas rupestres parcialmente borradas; la que se conserva consiste en una sencilla greca con escalonamientos irregulares, cerca de cuyo extremo hay una figura cuasi-rectangular. Ha sido pintada en rojo, siendo sus dimensiones 67 cm. de altura por 33 cm. de ancho.

Bibliografía: VIGNATI, 1944 III, pp. 99-100; lám. IV, 2 y V; fig. 4.

Puerto Tigre.

780 m.

Sobre la orilla occidental del lago Nahuel Huapí, existe un alto paredón que protege del lado S. la pequeña entrada natural llamada Puerto Tigre. A una altura aproximada de 12

metros sobre el nivel del lago encuéntrase dos pequeños grupos pintados, y una figura grabada. Miran, aproximadamente, al norte.

El primer grupo (VIGNATI, 1944 III, fig. 5) consiste en una gruesa cruz de brazos iguales, más varios signos geométricos: un zig-zag irregular, terminado por dos pequeños rectángulos opuestos por el vértice; una espiral apenas comenzada, con su extremo terminado en un punto. Además, un fino signo cruciforme muy irregular.

El segundo grupo muestra una greca cuadrangular (de cuatro saliencias hacia un lado y tres hacia el otro): dos signos cruciformes, delgados; una delicada "pisada de avestruz", con largo "dedo" central, rodeado de puntos algo irregularmente distribuidos, y finalmente "un disco estrellado y caudado que, de inmediato, recuerda la representación del *Cherruwe* araucano (OUTES, 1917, fig. 1, b). Todos los elementos de esta pintura han sido hechos con ocre rojo" (op. cit., p. 101).

El grabado consiste en un motivo formado por dos líneas que se entrecruzan, determinando en el centro dos figuras más o menos rectangulares opuestas por el vértice. No creo, como parece hacerlo el autor a quien seguimos, que se trate de un dibujo zoomorfo estilizado. Ha de ser, más bien, una rara variante de los "dos círculos adosados", o "anteojos" (v. p. 203). Este petroglifo fue recubierto de ocre rojo, al parecer, como una verdadera pintura de los trazos grabados (op. cit., p. 102).

Bibliografía: VIGNATI, 1944 III, pp. 100-102; figs. 5, 6 y 7).

b) *Noticia sobre otras estaciones de arte rupestre en el territorio del Neuquén.*

Con los lugares comunicados por D. Daniel Gatica y señalados por APARICIO (1935 a, mapa), y otros que me han sido gentilmente señalados por el señor J. Swariczewsky, gran conocedor de todo el Parque Nacional Lanín, estamos en condiciones de informar acerca de una serie de lugares más que presentan estas muestras de arte indígena. Trátase, en su

mayoría, de pinturas. Sin la menor duda, muchas otras estaciones esperan —si no se han borrado o roto— que los estudiosos se ocupen de ellas, y que el Estado las proteja. Lamentablemente, ninguna de las pictografías señaladas por Gatica —en el ínterin fallecido— fue estudiada en los veinte años que van desde entonces.

Va a continuación la lista de estos lugares (de norte a sud), con la fuente de información respectiva, que abreviamos en (G.) para Gatica y en (S.) para Swariczewsky. En ningún caso se nos proporcionó una descripción más exacta de su ubicación.

- 1) Arroyo Chacay Melehue (Dpto. Chos Malal), (G.).
- 2) Márgenes del río Agrío, poco antes de su confluencia con el Salado (Dpto. Picunches), (G.).
- 3) y 4) Dos lugares al sur de Las Lajas (Dpto. Picunches), (G.).
- 5) Cerro Carreri (Dpto. Picunches; unos 35 Km. al oeste de Zapala), (G.).
- 6) Aluminé (Dpto. Aluminé), (S.).
- 7) Río Ñorquinco, poco después de su salida del lago del mismo nombre (Dpto. Aluminé). Se trata de una “piedra pintada, llena de signos”, (S.).
- 8) Río Rucachoroy (Dpto. Aluminé), (S.).
- 9) Río Quillén, poco antes de su confluencia con el Aluminé (Dpto. Aluminé), (S.).
- 10) Arroyo Pilo Lil, poco antes de su confluencia con el Aluminé (Dpto. Huiliches), (G.).
- 11) Lago Huechulafquen, cerca de la ribera norte, algo al Este de la estancia “Los Helenos” (Dpto. Huiliches). Se trata de una “piedra pintada”, (S.).
- 12) Vega Maipú, sobre los paredones del costado norte (Dpto. Lacar). Según información escrita del señor C. Gon-

zalia, estas pinturas "están realizadas en una coloración más amarilla y no presentan similitud con las de San Ignacio. Hay un signo (más o menos como el que reproducimos) con un largo de 40 cm. Por su estado de conservación aparentan ser más antiguas que las de San Ignacio y que las del lado Sud de la citada Vega Maipú". No las he hallado, a pesar de haber registrado dicho lugar ⁽¹⁴⁾.



13) Cerro Vizcacha (Dpto. Lacar), situado hacia la margen sur del lago Lacar, a unos 20 Km. de San Martín de los Andes, (S.).

14) Quila Quina (Dpto. Lacar); al pie del cerro Abanico habría "varios signos" pintados, (S.).

15) Lago Meliquina (Dpto. Lacar); hacia el extremo N. O. del lago habría una "cueva con pinturas", (S.).

16) Sobre la margen norte del río Traful, en la zona de la pintura tratada en la p. 164 (Dpto. Los Lagos), habría "un pie humano" impreso en la roca. Ha de tratarse de una figura semejante a las que aparecen en Ñorquin y Malavaca, (S.).

17) Finalmente, hay la referencia de una piedra grabada (o pintada ?), vista por Francisco P. Moreno durante su viaje de 1875. Hallaríase cerca del Limay, sobre su curso medio. He aquí la cita: "Subiendo la travesía del *Chalcum* se encuentra un *Walichu* o piedra que puede llamarse sagrada. Consiste en una arenisca amarillaneta con figuras quizá dibujadas por alguno de los que componían la expedición de Villarino. Lo único que distinguí con claridad, fue una cruz, aunque los indios creen ver allí rastros de avestruz e impresiones de pies humanos y de león" (MORENO, 1876, pp. 188-189).

Otras dos referencias de piedras pintadas recibió posteriormente el mismo viajero: una, en las sierras de las inmediaciones del Caleufú, y otra, en las faldas del Quetropillan (Lanín). La superstición de los indígenas, que las considera-

(14) En la comunicación de D. Gatica hay una referencia a pinturas en las cercanías de San Martín de Los Andes: seguramente se refiere a alguna de las ya descritas de la Vega Maipú ("Gingins" o "Bello", o ambas), que al tiempo de la publicación de APARCIO todavía no habían sido dadas a conocer.

ban como manifestación de las misteriosas fuerzas llamadas (con palabra foránea) *gualichu*. impidió que el gran *pioneer* se acercara a ellas (v. VERNEAU, 1903, pp. 297-298). Su ubicación es muy vaga, y preferimos no incluirlas en la presente lista.

c) *Otras estaciones en inmediata proximidad del área neuquina.*

Toda la cuenca del lago Nahuel Huapí forma, en rigor, una unidad. Su margen Sur no se diferencia, geográfica y arqueológicamente, de la opuesta. Consideramos que también las pinturas rupestres de esta zona inmediata al territorio estudiado deben ser incluídas en nuestro estudio: hay, por otra parte, un *hiatus* de más de 70 Km. entre éstas y las más septentrionales conocidas de la Patagonia propiamente dicha (zona de El Bolsón).

Haremos, pues, una breve descripción de las cuatro pictografías que se hallan del "otro" lado, en territorio ríonegrense.

Piedra pintada del Manzanito. (Dpto. Pilcaniyeu). 700 m.

El pequeño arroyo Blanco es un afluente derecho del Limay, en el cual desemboca cerca del lugar llamado Paso Miranda, algunos kilómetros más abajo del arroyo Malavaca. En un ancho cañadón lateral que va en dirección S. O., en el punto llamado "El Manzanito", existe una gran roca errática. Se halla a un Km. del arroyo Blanco, y mide unos 12 m. de altura por 15 m. de ancho. "Al pie de la parte que mira hacia el arroyo, tiene la pared cóncava cubierta de algunos dibujos. Estos están pintados en colorado y algunos de ellos grabados; desgraciadamente se encuentran en mal estado de conservación" (BRUCH, 1904, p. 71). Los signos relevados son los siguientes: Tres pisadas tridáctilas de avestruz; dos "rastros de guanaco"; dos "puntas de flecha situadas arriba de la piedra, a la izquierda, a 1 m. desde el suelo"; y dos círculos rellenos unidos por una línea entrecortada, mal conservada. "Dos de los rastros de avestruz y uno de los de guanaco han sido grabados antes de ser pintados" (op. cit., p. 72).

Hay rastros de pinturas, que ya al tiempo de su descubrimiento y estudio por BRUCH (año 1902) se hallaban en mal estado de conservación. Dice este autor: "Al alzar unas piedras al pie de la roca misma, encontré unas astillas de sílex, que parece deberían ser atribuidas a la misma indiada a que pertenece el artista..." (op. cit., p. 72).

Bibliografía: BRUCH, 1904.

Cerro Leones. (Dpto. Pilcaniyeu). 900 m.

Este pequeño aunque abrupto cerro, situado frente al extremo oriental del lago Nahuel Huapí, posee hacia su zona superior y mirando hacia el N. o N. O., tres cavernas importantes. Una es alta y no presenta pinturas (fig. 50), otra es de interior amplio y cupuliforme, con un espeso manto de polvo en el piso. Es en ésta donde FRANCISCO P. MORENO ha de haber efectuado un par de hallazgos (1898, p. 261), así como la bola y las dos hachas pulimentadas que extrajo VIGNATI (1944 IV, p. 105). No he podido distinguir pinturas rupestres en las inmediaciones de esta caverna, ni en su interior, acaso por falta de luz. En cambio en la tercera, cuya abertura no muy alta mira hacia el O. N. O. y el lago Nahuel Huapí, hay dos grupos que he relevado.

El primero se halla a la izquierda mirando desde afuera, sobre una pared baja, paralela a la abertura de la cueva, oblicua unos 60° hacia adelante. Se extiende por unos 3 m. de ancho (1,50 m. la parte ocupada por la pintura), con 1,80 m. de altura. Los motivos, ejecutados con trazos rojizos muy claros, en parte muy borrados, son de tipo geométrico-lineal (fig. 51): cruces escalonadas que se alternan, guardas cuadrangulares, el motivo en forma de "moño" (a la derecha), cruces de brazos iguales, dos cuadrados dobles concéntricos, y una doble circunferencia concéntrica.

El segundo grupo es más pequeño, encontrándose en el lado derecho de la caverna. Sobre una pequeña pared lisa de 0,80 por 0,30 m., hay una sencilla pintura que forma guardas rectangulares semejantes a la anterior. Hacia el interior la cueva se estrecha paulatinamente; sus dimensiones son: largo total 18 metros; anchura de la entrada 7 m., y anchura hacia el

fondo 2,80 m. La altura es más o menos estacionaria, oscilando entre 1,50 y 2 m. Es, pues, una típica "casa de piedra", prototipo del "chenque" (v. DEODAT, 1946; el mismo describe una cueva semejante, aunque sin pinturas, situada en Pilcaniyeu).

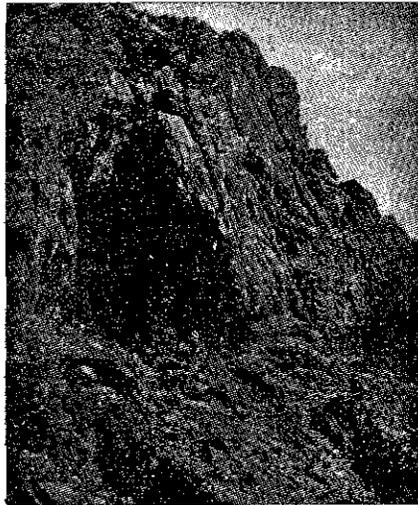


Fig. 50. Una de las cuevas del Cerro de los Leones (Río Negro), carente de pinturas.

Fig. 51. Pinturas en una cueva del Cerro de los Leones.



El dibujo de una pintura semejante a la primera, pero no idéntica, publica VIGNATI (1944 IV, fig. 6) en su estudio sobre el cerro Leones. De sus datos puede, sin embargo, suponerse que se trate de la misma (aunque dice que se encuentra "en la pared de la derecha entrando").

Otra pintura —pasada por alto en mi visita— consiste en “una línea casi vertical y a su lado izquierdo otra, en zig-zag, con un total de cinco artejos. Por el lado de la derecha, arriba, una representación zoomorfa (?) muy esquematizada, la cual tiene, según se ve, un evidente aire de familia con la representación existente en puerto Tigre, de marcado aspecto batracomorfo. Ha sido realizada con ocre rojo” (VIGNATI, cit., p. 110).

Bibliografía: VIGNATI, 1944 IV, pp. 103- 105, 110-111; figs. 5 y 6. Para otros aspectos de las cuevas: AMADEO ARTAYETA, 1950, pp. 133-134, lámina tercera.

Cerro Carbón. (Dpto. Bariloche). 900 m. (?)

En el artículo recién citado de AMADEO ARTAYETA se reproducen, sin ningún comentario, pinturas existentes “próximas a la entrada de la cueva del Cerro Carbón, situado entre el pueblo Bariloche y el río Ñirecó”. Trátase de dos grupos: uno presenta, además de signos geométricos, algo irregulares (uno parece una cruz), dos círculos concéntricos y uno con punto central, y —lo que le confiere mayor interés— una figura zoomorfa, más otra que parece un hombre montado levantado el brazo.

El otro consiste únicamente en una serie de “H” y cruces escalonadas, formando guardas de evidente tipología histomorfa.

Bibliografía: AMADEO ARTAYETA, 1950, láminas cuarta y quinta. El segundo grupo se halla reproducido en MENGHIN, 1952 a, lámina IV, b.

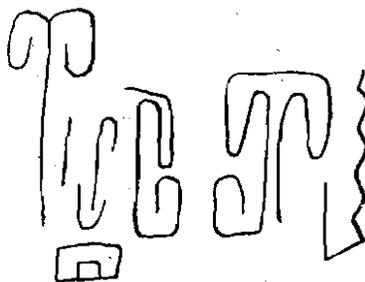
Península de San Pedro. (Dpto. Bariloche). 800 m.

De la misma fuente conocemos una interesante pictografía, existente “en el paredón de piedra situado en dirección S. E. (mirando por lo tanto hacia el N. O.), en la península de San Pedro (lago Nahuel Huapí). Campo que perteneció al indígena Nahuelquir”.

Se trata de una serie de líneas formando signos y figuras más o menos geométricas, de un carácter original aunque sencillo. Los ángulos son redondeados, y en algunos hay un principio de espiral. A la derecha hay un zig-zag vertical,

y abajo una figura rectangular. La reproducimos en su casi totalidad en la fig. 52.

Fig. 52. Pintura rupestre de la Península de San Pedro (lago Nahuel Huapí, Río Negro). Según Amadeo Artayeta.



Bibliografía: AMADEO ARTAYETA, 1950, lámina sexta. También en MENGHIN, 1952 a, lámina IV, a.

d) Correlaciones. Ensayo de interpretación.

De acuerdo con la lista presentada, conocemos al presente veinte lugares con muestra de arte rupestre en el territorio del Neuquén, a los que agregamos los cuatro restantes que se hallan en el territorio del Río Negro en inmediata proximidad de la zona lacustre meridional. Si a los mismos añadimos los 17 lugares de cuya existencia hemos obtenido noticias, forman el apreciable total de 41 estaciones. Un topónimo revelador: "Piedra Pintada" en el departamento Collón Cura, elevaría aún más esta cifra, como lo harían también algunas nuevas manifestaciones grabadas cuya existencia me comunicó recientemente el Dr. Menghin. Se hallan cerca del nacimiento del Limay, en territorio rionegrense (estancia San Ramón). Entre sus motivos aparece el clásico "rastro de avestruz", así como símbolos complicados. (V. ilustraciones en MENGHIN, 1957).

Una ojeada al mapa (fig. 1) nos muestra que se hallan distribuidos desde la Cordillera del Viento hasta el lago Nahuel Huapí, y de preferencia en la zona cordillerana y sub-cordillerana. Las situadas más hacia el Este son las del Cañadón Santo Domingo, Portada Covunco y Paso del Agrio (ésta última no relevada), aunque todavía no se hallan del todo fuera de la zona montaña. Su altura sobre el nivel del mar no baja de aproximadamente 700 m. (Malavaca y Manzanito), llegando

en el Colo Michi Co hasta casi los 2.000 metros. La mayor parte, sin embargo, se halla más cerca de la primera de las cifras mencionadas; fuera del Colo Michi Co, ninguna sobrepasa los 1.400 m. (Curi-Leuvú).

Desde el punto de vista geográfico, puédesse determinar una serie de grupos que se escalonan a lo largo de la faja mencionada: dos septentrionales, uno central, y tres cordillerano-meridionales. Ello es, sin embargo, algo arbitrario, ya que sólo representa el estado actual de nuestros conocimientos. Más importante es tener en cuenta que todas esas series neuquinas son a su vez anillos de una gran cadena de realizaciones rupestres, que se continúan a lo largo de la zona subcordillerana: hacia el Sur, un grupo de pictografías en la zona de El Bolsón-Cholila-lago Futulaufquen (HARRINGTON, 1932; N. SANCHEZ-ALBORNOZ, 1957) ⁽¹⁵⁾; aún más lejos hallamos las de la zona del lago Buenos Aires (Río Pinturas) y en el extremo Sur, las de los lagos Viedma y Argentino (Punta Gualichu). Al lado de las de la zona occidental, también el resto de la Patagonia muestra pinturas y grabados de gran interés e importancia, algunas de gran antigüedad, demostrada recientemente por MENGHIN (1952 a, 1954, 1957). Hacia el Norte, un hiato se nos aparecía hasta hace poco en la mitad meridional de la provincia de Mendoza, que últimamente ha comenzado a desaparecer, al menos para la zona de San Rafael (RUSCONI, 1947 a; LAGIGLIA, 1956 a, 1956 b). La ampliación del conocimiento del arte rupestre de la provincia de Mendoza será de gran importancia para la aclaración de muchos puntos oscuros en el arte neuquino-patagónico. En la mitad septentrional de la misma existen estaciones relevadas en Viluco, Uspallata, el "Bajo de Canota", y en la "Quebrada Colorada", entre otras. A partir del Norte mendocino y el Sud y centro de la provincia de San Juan, se abre una nueva y extensa área ocupada por petroglifos: la del Noroeste argentino.

(15) El hiato existente entre éstas y las de la zona del Nahuel Huapi es, en realidad, más aparente que real. CLEMENTE ONELLI refiere haber visto varias rocas con pinturas en la zona del río Manso; al pie de una de ellas excavó, dando con un "esqueleto de araucano" (1904, pág. 75).

El arte rupestre parece ser raro en la Araucanía; tal vez la abundancia de precipitaciones haya hecho borrar muchas pinturas que de otro modo se hubieran conservado; pero también acerca de petroglifos hay escasez de noticias. El único grupo que conocemos son las dos rocas grabadas del Llaima, de un carácter *sui generis* (OYARZUN, 1910). En cambio en la zona central chilena hallamos importantes grabados (zona del río Cachapoal, etc.) y pinturas (Tinguiririca, zona del Cachapoal, Chacabuco, etc.). Prosiguiendo hacia el norte, hay en las provincias de Coquimbo, Atacama y Tarapacá un gran florecimiento de este arte, paralelo al del Noroeste argentino.

Como se ve, existe —por de pronto desde el punto de vista geográfico— una gran zona de manifestaciones rupestres aborígenes, íntimamente asociadas a las regiones subandinas de ambos lados de la Cordillera, y a veces muy internadas en esta última. El Neuquén constituye un eslabón muy importante de esta cadena, tanto por su situación, como por el número y variedad de sus yacimientos.

Nos ocuparemos a continuación de las características generales de las obras de arte rupestre del territorio que estudiamos.

Ante todo, salta a la vista el predominio numérico de las pinturas sobre los grabados. Además, casi todos estos últimos se hallan concentrados en la zona septentrional. En la región de Zapala parecen equilibrarse ambas técnicas, mientras que más al sur se conoce un sólo lugar con grabados (Junín de los Andes), más otros tres con grabados y pinturas (Malavaca, Manzanito y Puerto Tigre).

Para la valoración de este tipo de manifestación cultural, es importante una consideración amplia y exacta de los factores naturales que sirven de base a los dibujos (topografía del lugar; si se trata de una cueva, paredón, roca suelta, etc., y caracterización de los mismos), la ubicación de los trazos (entrada o fondo de las cuevas, etc.), estado de conservación, y además —factor que creemos de importancia y a veces descuidado por los descriptores— su orientación. Sintetizando lo que puede verse a través de las descripciones particulares, di-

remos que de las 24 estaciones estudiadas, diez se hallan orientadas predominantemente hacia el norte, con mayor o menor aproximación; cuatro hacia el sur (de una no hay seguridad), una probablemente hacia el Este, y en una, los trazos se hallan en posición horizontal (Ñorquín). Carecemos de datos de las ocho restantes. La extensión de las estaciones con grabados varía entre una sola piedra (Curi-Leuvú), y el conjunto —francamente excepcional— de muchas decenas de piedras esparcidas en el Colo Michi Co; las restantes, así como la generalidad de las piedras pintadas, consisten en conjuntos unitarios, concentrados en un solo friso, pared, o en una sola cara de alguna piedra o roca.

De las siete estaciones descritas correspondientes al área centro-norte, cinco son grabadas; de éstas, tres se hallan en piedras o rocas al aire libre, y dos en abrigos. Las dos pictografías (Portada Covunco y Chenque Pehuén), se encuentran en cuevas. En el área Sur hallamos 17 yacimientos, de los cuales uno es grabado en cueva (Junín), y otros tres presentan ambas técnicas (Puerto Tigre, Malavaca y Manzanito), en el primer caso sobre una alta pared rocosa, y en los otros dos sobre rocas. De las restantes, encontramos siete pinturas en cuevas o rocas-abrigos; cinco en paredones o conjuntos rocosos, y dos en rocas aisladas. El cuadro II (p. 214) dará una idea más precisa de lo dicho.

Puede observarse una notable preferencia de la orientación de las expresiones rupestres hacia el N. o N. O. Sin embargo, las pocas aunque flagrantes excepciones hacia el Sur nos muestran por su situación, que la preocupación primordial de los artistas fue la de hallar un *buen lugar*, que respondiese a sus impulsos expresionistas. Factores que confluían para darle ese carácter eran, además de una superficie favorable para la ejecución, la de hallarse enfrentando un valle o quebrada, un río, o un lago. Ello explica, por ejemplo, la orientación más frecuente en los petroglifos del Colo Michi Co, ya que la falda sobre la que se hallan se inclina, precisamente, hacia el Norte y el Oeste. El caso no se da, en cambio, en el abrigo de Nonial, que se halla en el costado septentrional de una quebrada, ni tampoco en la pared abrigada y favorable de

la roca de Malavaca, que mira hacia el S. O. no obstante la dirección general de la pendiente, que va hacia el N. E. La caverna de la isla Victoria mira hacia un pequeño lago, y varias de las pinturas que rodean al lago Nahuel Huapí se orientan también hacia sus aguas.

Encontramos, pues, cierta semejanza con la situación de las sepulturas indígenas de la región, que también se hallan con frecuencia en la falda de un lago o de un valle ⁽¹⁶⁾. Hay que reconocer, sin embargo, que los antiguos habitantes buscaron con preferencias lugares cuyo "lado favorable" —dentro de las condiciones mencionadas— se orientan en dirección al curso del Sol.

No parece confirmarse, en cambio, lo que algunos estudiosos suponen —con razón o sin ella— para otras regiones (por ej. IRIBARREN CHARLIN, 1952, p. 214, para el norte de Chile, y ONELLI, 1904, p. 75, con respecto a las pictografías que vió en la zona del río Manso, en Río Negro), en el sentido de hallarse sobre rutas antiguamente frecuentadas y servir en algunos casos "de hitos en los senderos" (IRIBARREN CHARLIN, l. c.). Más bien parecen hallarse, en general, algo a trasmano de los lugares de diaria movilidad, antiguos como modernos (aunque no muy lejos de ellos), y de cualquier modo, en puntos no muy fácilmente accesibles. Varias pictografías se hallan en lugares altos, desde los cuales puede dominarse visualmente una parte más o menos grande de la región (Colo Michi Co, Río Traful, "Bello", Cerro Leones, etc.).

Además de todos estos aspectos puramente físicos, creo que debemos admitir un factor que, íntimamente asociado a aquéllos, debía constituir para la ingenua y sensible alma indígena el motivo principal para su elección, y aún para su propia actividad artística: me refiero a ese factor difícil de definir y de estudiar científicamente, que los antiguos latinos llamaban *genius loci*, que los helenos sentían en Delfos y en Do-

(16) ¿Será casualidad que también la mayoría de las *clavas insignias* hayan sido halladas en la inmediata proximidad de lagos y ríos importantes? (SCHOBINGER, JUAN: *Las clavas insignias de Argentina y Chile*. En "Runa", VII, fasc. 2. Buenos Aires, 1957. (En prensa).

dona, y que Goethe llamaba *Erdgeist* (17). Quien haya presenciado una puesta de sol en compañía de las piedras del Colo Michi Co, o de los contados cipreses que se aferran a las laderas del Cerro Leones, no dudará de su realidad. Y si alguien objetara que ésta es una idea subjetiva, le recordáramos que en ese sentido los pueblos primitivos —bien llamados *Naturvölker* por la vieja etnología alemana— son los más subjetivos de los hombres, lo cual posibilita y explica su peculiar comunión con las fuerzas de la naturaleza. Y es de esos hombres que la Arqueología trata de reconstruir su cultura, e indirectamente, penetrar en su vida mental.

Echaremos ahora un vistazo sobre las correlaciones temáticas y cronológicas que es posible efectuar entre las manifestaciones del Neuquén entre sí, como también con respecto al resto del gran área andino-patagónica.

Para la caracterización del "tipo" o del "estilo" de las obras parietales, se impone una clasificación previa de carácter general del arte rupestre. Es lo que he intentado, no obstante la dificultad de combinar exactitud con claridad, así como el carácter más o menos arbitrario o aún hipotético que estas clasificaciones entrañan. He tratado de ceñirme estrictamente a lo que muestran los dibujos rupestres. Aunque basada en el arte parietal, es susceptible de extenderse sobre otras formas, especialmente decorativas.

La glíptica prehistórica puede ser dividida en dos grandes apartados, que he denominado A) representativo, y B) abstracto. Corresponden aproximadamente a lo que se llama arte fisioplástico e ideoplástico, respectivamente, aunque considero a éstas más bien como las tendencias subyacentes en ambas formas, que se manifiestan con mayor o menor extremismo y pureza. Estas tendencias son por su parte importantes ma-

(17) "We are told that the *Taino* of the Greater Antilles worshiped rock engravings as representations of their deities, or *zemis*. Many of the relatively inaccessible human figures placed along streams and by waterfalls in other parts of South America are probably also symbolic of the spirits believed to reside in these places. Even today, it is difficult to persuade some native to approach the drawings" (I. ROUSE, 1949, pág. 495).

nifestaciones culturales, correspondiendo en su origen la primera a las culturas genéricamente llamadas “masculinas”, y las segundas, a las “femeninas” o de base matrilinear.

Siempre desde el punto de vista puramente “visual”, dividiremos a las manifestaciones *representativas* en 1) puras y 2) esquemáticas o esquematizadas, y a las *abstractas* en 1) irregulares, 2) de tipo geométrico-ornamental puro, y 3) de carácter simbólico (véase el cuadro I, p. 188).

De acuerdo con lo que nos muestra el arte rupestre universal, en el tipo representativo puro pueden distinguirse: a) calcos (especialmente las *manos* del miolítico o paleolítico superior franco- español, australiano y patagónico), y su derivado que podríamos llamar “seudocalcos”, en que figuran los mismos motivos y en parecidas dimensiones, pero en una técnica distinta; b) con predominio animal (ejemplo clásico: los grandes animales de caza, representados generalmente sin formar escenas, del miolítico franco-español); c) hombres y animales, a menudo en combinación escénica (por ej., el Levante español —cuyo florecimiento hoy se sitúa en el epipaleolítico—, y en nuestro país, el río Pinturas [v. VIGNATI, 1950]); y d) otros motivos naturalistas, asociados o no a los anteriores (p. ej., montaña, vegetal, rayo, etc.: elementos difíciles de discernir, por hallarse generalmente muy estilizados). El subgrupo esquematizado comprende: a) a los motivos que propiamente lo están, o sea figuras naturalistas en un mayor o menor grado de estilización —generalmente de tendencia rectilínea—, pero conservando en lo sustancial su carácter, sin fragmentación; estos motivos pueden, a su vez, dar origen a signos simbólicos (mencionados más abajo), o bien convertirse en (b) formas ornamentalizadas (raras y difíciles de discernir). Ejemplo clásico de los primeros es el arte rupestre esquemático del Neolítico español; en América hallamos un foco muy interesante en la Puna de Atacama y en el norte de Chile; muestras aisladas vemos también en pinturas del Neuquén.

Al *tipo abstracto* lo llamamos así por estar formado por motivos no inspirados directamente por la naturaleza exterior (especialmente el mundo orgánico); por más que —genéticamente— muchos puedan tener ese origen. En su forma más

elemental (representada por los "macarrones" del Auriñacense) consiste en trazos de origen más o menos fantasioso, sin un *canon* rítmico muy definido. Esta forma está muy difundida, y la hallamos con profusión en las piedras del Colo Michi Co. Hay razones para sospechar que muchos de los dibujos del tipo abstracto provienen de un uso libre y fantasioso de motivos representativos o simbólicos, tal como lo hallamos en algunas estaciones neuquinas y patagónicas; otro ejemplo lo constituyen algunos de los cantos rodados pintados del Mas d'Azil.

El otro subgrupo, el geométrico-ornamental, es aquí calificado de "puro" para distinguirlo de los motivos geométricos más complejos que se forman por la "ornamentalización" de signos originariamente simbólicos, y su combinación con los geométricos. Los motivos propiamente geométricos pueden ser *curvilíneos* o *rectilíneos*, caracterizando ambas formas verdaderos estilos y aún culturas (en el Neolítico europeo, por ej.). Sin embargo, aparecen también combinados, y en mayor o menor complicación, formando a veces sencillas guardas. Los curvilíneos aparecen en círculos simples, meandros, espirales y figuras semejantes; los rectilíneos, en líneas paralelas, cruzadas, angulosas; escalonados simples, etc. Ejemplos cercanos tenemos, además de varias pictografías y parte de la decoración de la cerámica patagónica, en el tipo ornamental "arcaico" de las placas grabadas de la Patagonia (BORMIDA, 1952).

Finalmente, consideramos formado al grupo de motivos simbolizantes, en primer lugar, por los trazos que reconocen un origen representativo (continuación del proceso de esquematización naturalista, sin límite preciso entre uno y otro), o que consisten en *figuras representativas fragmentadas* y con valor probablemente simbólico. En esta categoría incluiríamos ciertas representaciones del sol —tan sencillas como difíciles de determinar con precisión—; las de "huellas de animales" (en la medida en que esta interpretación sea correcta), y las del *pudendum muliebre* (por ej., en los petroglifos del Llaima, si la interpretación de OYARZUN es correcta (1910, p. 7).

En segundo lugar, se colocan los motivos abstractos o

simbólicos propiamente dichos. Se trata de signos significativos (al menos en su origen), de carácter mágico, religioso o ideográfico. Generalmente son compuestos, y de cualquier modo, de suficiente complicación como para permitir identificarlos —aún a través de sus variaciones cronológico-orgánicas— en distintos lugares y regiones. Uno de los motivos más generalizados atribuibles a esta serie es el doble (o múltiple) círculo concéntrico, así como la circunferencia con punto central. Tanto éstos como otros motivos relativamente sencillos aparecen en todo el ámbito ocupado por el “complejo del churinga”, cuyo extremo ecuménico lo constituye la Patagonia (BORMIDA, 1952, p. 63 y ss.). Los hemos hallado también en algunas pinturas neuquinas. Algunos signos más complicados que se hallan en el N. O. argentino, reaparecen sorpresivamente más al Sur, como hemos de ver.

Una última división estaría constituida por la ya mencionada “ornamentalización” de uno de los anteriores motivos, la que da origen a conjuntos más o menos complicados y bellos. Se hallan casi inevitablemente combinados con motivos geométricos puros (por cuya influencia sin duda se origina este tipo), siendo a menudo difícil distinguir ambas formas. Los motivos simbólicos simples son tal vez los más susceptibles de sufrir este proceso, habiendo dado origen en nuestro ámbito meridional a esas “radicales decorativas” estudiadas por GRESLEBIN (1926). Como lo demostró este autor y lo admite BORMIDA (1952), la peculiar estilización suscitada por la técnica del telar ha jugado un gran papel en la fijación de algunos de sus motivos. Ello nos proporcionaría un indicio cronológico relativo, indicador de un origen más reciente. Su foco habría que buscarlo en el área cultural andina. Lo identificamos, pues, con el tipo decorativo reciente o “histomorfo”, que presentan las placas grabadas rectangulares relativamente anchas y sin perforación (BORMIDA, 1952, p. 73). Sin embargo, creo que, al menos la *tendencia* hacia este tipo de ornamentación es en la Patagonia anterior al desarrollo de las culturas tejedoras septentrionales y chilenas. (En realidad, la técnica decorativa del tejido representa —entre otras cosas— un fruto del desarrollo de esa misma tendencia entre pueblos más avanzados). De

ahí las numerosas transiciones entre las decoraciones de base geométrica sencilla y las francamente histomorfas. Un ejemplo de figura simbólica algo irregularmente ornamentalizada —y sin trazas de influencia histomorfa— es la pictografía de la cueva del río Traful: vemos allí el círculo concéntrico y a los triángulos opuestos por el vértice (“clepsidra”) entrelazados y formando series de apariencia singular. El tectiforme que se halla a su lado parece conservar, en cambio, su carácter simbólico original ⁽¹⁵⁾. El *laberinto* geométrico —puro o degenerado (MENGHIN, 1956, 1957)— podría ubicarse, ya entre los dibujos simbólicos, ya entre los anteriores ornamentalizados.

Hay que aclarar, para éstos y todos los casos, que el considerar a un signo como simbólico no implica atribuir al indígena que lo ejecutó una clara conciencia de ello, ni que el signo haya tenido siempre una significación concreta y determinada en la mente de sus autores. La etnología nos enseña, más bien, que aquello sucede rara vez, y que los indígenas actúan más bien bajo un impulso inconsciente o imitativo. De ahí que sus “explicaciones” al respecto no sean tenidas en cuenta por el investigador. Por otra parte, el hallar a un signo en forma ornamentalizada no presupone que éste haya dejado allí de poseer alguna clase de significación para el ejecutante, por más que ello sea poco probable. Por otro lado, no se excluye alguna clase de simbolismo en una simple combinación geométrica, en un trazo irregular, o aún en una representación naturalista: es sabido, por ej., que estas últimas han tenido en el paleolítico una cierta función mágica. Como ya se dijo, la base de la clasificación adoptada pretende ser puramente “visual”.

Puede verse que en nuestra enumeración no hemos considerado al *punto*: ello se debe a que es un elemento demasiado sencillo (tal vez el más primordial), y que sus combinaciones en-

(15) Más evidente aún es el caso de un motivo decorativo hallado en la cerámica de San Blas (extremo sur de la Prov. Buenos Aires), idéntico a un dibujo trazado en el centro de una plaquita circular, con perforación, proveniente de Cabo Curioso (Santa Cruz). Su carácter simbólico se halla realzado por una especie de aureola de puntos que lo circunda (véase SERRANO, 1947, fig. 137, pág. 199).

C U A D R O I

CLASIFICACION DE LOS ESTILOS DEL ARTE
RUPESTRE (*)

A) REPRESENTATIVO	1) Puro.	a) Calcos.	Manos y pies: paleolítico superior franco-español, etc.; Patagonia.
		b) Predominio animal.	Animales grandes de caza, aislados: paleolítico superior franco-español.
		c) Hombre y animal (solos o en combinación escénica).	Levante español, etc.; Río Pinturas. "Gingins", río Mínero, río Limay.
		d) Otros motivos asociados o no a los anteriores.	Montaña, vegetal, rayo (de identificación dudosa).
	2) Esquemático	a) Esquemático propiamente dicho.	Grimaldiense superior; algunas obras de arte mobiliario del Paleolítico. Neolítico español. N. O. argentino; Puna de Atacama. "Bello"; Colo Michi Co.
		b) ornamentalizado (?).	_____

(*) Este cuadro no tiene valor cronológico. Los ejemplos, por supuesto, no se agotan; entre éstos incluimos los más característicos del Neuquén.

B) ABSTRACTO

1) Irregular.	a) de origen "fantasioso".	"Macarrones" del área franco-española, etc. Parry Aike (Santa Cruz). Colo Michi Co.
	b) de origen representativo o simbólico.	Cantos rodados del Aziliense europeo, etc. Colo Michi Co.
2) Geométrico - ornamental puro.	a) curvilíneo	Varios lugares poco caracterizados.
	b) rectilíneo (ambos, más o menos complicados y mutuamente combinados).	Las Pulgas. Covunco; Pen. Huemul; isla Victoria; cerro Carbón. Placas grabadas del tipo A de Bórmida.
3) Simbólico	a) de origen representativo (o representativo fragmentado).	Pies y manos esculpidos; "huellas de animales"; <i>genitalia</i> ; etc. Llaima; Ñorquín, Nonial, Santo Domingo (mano), Malavaca.
	b) simbólico propiamente dicho (signos de formas especializadas, de carácter significativo).	Neolítico español, etc. Churingas. N. O. argentino; Tafi; etc. Arr. Mínero, "Gingins", S. Ignacio, Pen. San Pedro, etc.
	c) ornamentado, o formando parte de ornamentos.	R. Trafal; algunas placas tipo B.

tran tanto en las figuras naturalistas (Punta Gualichu), como, con mayor frecuencia, en representaciones irregulares, geométricas, y aún simbólicas. Tampoco hemos tenido en cuenta dos tipos de pictografías cuya existencia alguna vez se ha defendido : uno de ellos sería el “planisférico” (supuesta representación de cursos de ríos, valles o caminos, o de obras humanas: “andenes, habitaciones, canales de riego, estanques” [A. QUIROGA, 1931, p. 22]), y el otro, el “astronómico”, que consistiría en la reproducción del cielo estrellado, o de algunas de sus constelaciones. Consideramos como inexistentes a ambos tipos, y aunque así no fuera, no habría inconveniente —salvadas las dificultades especiales para su identificación— en incluirlos entre las de carácter representativo puro (subgrupo *d*).

Procediendo ahora a un breve análisis comparativo de las obras de arte rupestre neuquino, notamos inmediatamente el gran predominio que en conjunto posee la expresión abstracta o ideoplástica, a la que con frecuencia se halla asociado, sin embargo, uno que otro elemento naturalista. Veámoslo en los detalles, procediendo nuevamente a una sumaria revista de norte a sur.

Ya he llamado la atención sobre la mezcla de simbolismo y fantasía de que dan muestra los petroglifos del Colo Michi Co. Todas las categorías que incluye el arte “abstracto” (en el sentido aquí empleado) se hallan presentes. Ciertas figuras aparecen, ya curvilíneas, ya rectilíneas (cfr. fig. 11, abajo, derecha, con fig. 13, centro, izquierda), haciendo entrever una evolución artística interna cuyas etapas no nos es posible determinar. De cualquier modo, la idéntica técnica para los distintos grupos y el “aire de familia” que los une, además del hecho de no encontrarse casi superposiciones (la única que he registrado es la de la fig. 15, centro), hace pensar que dichos grabados son obra de un mismo pueblo y de una misma época, aunque indudablemente pudieron transcurrir varias generaciones entre su comienzo y su fin. Que este último no debe ser muy reciente nos lo sugiere el hecho de la carencia de todo rastro de tradición o alusión indígena a este en su hora importante centro artístico y probablemente religioso. Raros ejemplos fito, zoo y antropomorfos muy estilizados (por ej. fig. 14, izquierda),

más algunas representaciones evidentes del sol, todas en íntima asociación con los restantes motivos, completan la caracterización de esta desconcertante expresión del alma indígena americana.

Salvo uno que otro raro motivo (p. ej., el doble círculo adosado, fig. 7), el arte del Colo Michi Co no muestra relaciones estilísticas con el resto de las estaciones neuquinas o patagónicas. En cambio, algunos elementos señalan hacia el Norte: dos veces ha sido registrada una figura, probablemente solar, con radios internos adosados sobre otro círculo (figuras 8 y 18), que aparece en petroglifos de las provincias chilenas de Coquimbo y Atacama (CORNELLY, 1952, p. 257); el mismo reaparece en un petroglifo situado al oeste de Barreal, en la provincia de San Juan (RUSCONI, 1946, p. 49, fig. 1). Trazos irregulares y serpentiformes muy semejantes también aparecen en los yacimientos del norte de Chile, aunque a veces asociados a otros de distinto carácter. En territorio argentino, hallamos algunas correlaciones en el Noroeste (Ampajango, Quilmes, Condorhuasi), pero las analogías mayores se presentan en las sierras cordobesas y en Cuyo. En la primera zona, existen pictografías que contienen signos pecteniformes y otros, que recuerdan a algunos del Colo Michi Co. En el petroglifo de la Casa Pintada (provincia de San Luis) aparecen una serie de circunferencias tangentes y una línea central que las cruza, como las de nuestra figura 14 (v. VIGNATI, 1937, p. 74). Pero, como veremos, mayores son las analogías de éstas con otro tipo de ejecución rupestre patagónico-neuquina.

En la zona cuyana existen numerosos petroglifos; de los pocos hasta ahora dados a conocer, puede deducirse un cierto parentesco de algunos con el conjunto del Colo Michi Co, que la relativa cercanía hace aún más sugestivo. Es verdad que la analogía no consiste en la identidad de los dibujos, sino en el "estilo"; ello se explica por la fantasía que en conjunto prima en ambos núcleos. Mencionamos: la piedra grabada del Bajo de Cauota, materialmente cubierta de enrevesados, aunque armónicos trazos (F. P. MORENO, 1891, p. 208; RUSCONI, 1939, p. 288); el petroglifo de la "Quebrada Colorada", sobre el río Mendoza, a más de 2.300 m. de altura (un calco de sus

asimétricas ondulaciones se encuentra en el Museo de La Plata), y las varias piedras grabadas que se hallan en el "pucará" o *vichadero* de Uspallata (RUSCONI, 1939, p. 289), así como en otros puntos cercanos a esta localidad. Estos ejemplos se hallan en la zona montañosa septentrional de la provincia de Mendoza; algo más al norte, en San Juan, hallamos los siguientes conjuntos: Barreal (grupo A) y Los Portales, este último a 3.000 m. de altura (KÜHN, 1914, láminas 3, 4 y 8); "Casas Viejas", al oeste de Barreal (RUSCONI, 1946, p. 52, figs. 4, 5 y 6), y Portezuelo de las Burras (DEBENEDETTI, 1917, figs. 83 y 84, p. 118 y ss.). Un petroglifo situado al noroeste de Las Hornillas (oeste de Barreal) es un auténtico ejemplo del "estilo de paralelas" (RUSCONI, 1947 b, fig. 9).

De gran interés es el hecho de la existencia de petroglifos muy semejantes del otro lado del cordón andino. El grupo más importante se halla algo más al sur, en la provincia de Colchagua. Fueron estudiados, entre otros, por A. PLAGEMANN en su erudito trabajo sobre los "pintados" existentes en el territorio chileno (1906, pp. 22-25, láms. I y II; véase también MEDINA, 1882, fig. 232). Se hallan en el valle del río Cachapoal, en la zona de los Baños de Cauquenes; sus signos son verdaderos "arabescos" (*Schnörkel*), como acertadamente los llama el autor citado. Hay también signos simbólicos, algunos de rasgos rectilíneos. El mismo dimorfismo, pues, que en el gran conjunto de la Cordillera del Viento.

Volviendo a territorio cuyano, cabe señalar unos petroglifos existentes en la zona de las Minas del Castaño (departamento Calingasta, San Juan), de carácter algo distinto que los mencionados, pero entre cuyos trazos hallamos a más de uno que recuerdan a otros tantos del Colo Michi Co. Por ejemplo: líneas onduladas, asimétricas, cerradas; figuras zoomorfas (?), y el doble círculo adosado. (Algunas de sus piedras se hallan en el Museo de La Plata). En el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad de Córdoba existe una piedra traída, según se me dijo, de la provincia de San Luis, que contiene un interesante petroglifo de estilo muy semejante al Colo Michi Co. Consiste en dos grupos de cuatro líneas onduladas paralelas, que encierran motivos angulares y lineales.

Todos los indicios apuntados —indicios, nada más— nos llevan a considerar al “santuario natural” del arroyo Colo Michi Co como el extremo meridional de una antigua corriente cultural, cuyos únicos vestigios claros hasta hoy son estos grabados rupestres. Partida tal vez del Perú (donde también existen glifos de tipo geométrico-irregular), se habría ramificado a partir del Noroeste hacia Córdoba por un lado, y Cuyo por otro, y a su vez aquí, hacia Chile y el Neuquén. En la consideración cronológica que efectuaremos más adelante, veremos hasta qué punto se justifica esta hipótesis. Agregaremos todavía un detalle: entre los raros motivos “rectilíneos” de este yacimiento, hallamos una guarda formada por líneas quebradas paralelas, formando dos campos opuestos por el eje. Podemos verla en la figura 16, y, con trazos regulares y con el agregado de una saliencia arborescente, en la piedra enviada por el Dr. G. Alvarez al Museo Etnográfico de Buenos Aires (ilustrada en ALVAREZ y ROBLEDO, 1951, fig. 1). Pues bien, este motivo se halla —igual que en la piedra recién citada, con cuatro líneas en cada lado— en la “Piedra del Indio”, situada en la mencionada zona del río Cachapoal (PLAGEMANN, 1906, láms. I y II), así como, en esta misma forma cuaternaria, en dibujos efectuados con gran regularidad en vasijas de origen peruano. Un ejemplo de proveniencia argentina lo constituyen los dos hermosos *keros* grabados de Ciénaga Grande (quebrada de Purmamarca, Jujuy), publicados por SALAS (1945, figs. 64 y 65, v. pp. 178-179).

Semejanza con el Colo Michi Co en técnica, pero no en el estilo, muestra la piedra que se halla aisladamente cerca de la ribera del río Curi-Leuvú, separada del grupo anterior por la Cordillera del Viento. Son notables las dos pequeñas representaciones humanas, que dan una nota de dinamismo. De los restantes motivos, el más interesante es el de las barras con tres saliencias naturales en forma de almena, seguramente de carácter simbólico, por lo que lo comentaremos más adelante. El círculo con punto es un motivo muy generalizado; en cuanto a los signos tridígitos, los mismos vinculan esta piedra con el estilo o familia que aparece en los dos petroglifos siguientes.

En efecto, tanto *Norquín* como *Nonial* representan un tipo de petroglifo bien conocido, que en el aspecto técnico se caracteriza por el grabado en hueco, a modo de canales de relativa profundidad; y en el de sus motivos, por representaciones del tipo que hemos llamado "simbólico de origen representativo", y también simbólico puro —al menos en su raíz. De las primeras forman parte los pies grabados, algunas serpientes, y una bella mano que, como veremos, podría proporcionar un dato cronológico. En cambio, me inclino por negarles este carácter a las llamadas "huellas de guanaco, avestruz, puma y caballo"; las considero como signos *de origen* simbólico puro, alóctonos en la Patagonia. Veamos las correlaciones, que justificarían este modo de ver.

Por de pronto, este estilo rupestre (denominado "estilo de pisadas" por Menghin; aquí lo llamaremos neuquénico A) aparece, además de las dos estaciones septentrionales citadas, en la cueva de Junín de los Andes, y en la parte izquierda grabada, probablemente más antigua, de Malavaca, cuyo elemento fundamental es el notable grupo de 16 pies grabados. Cruzando el Limay, lo hallamos en los trazos del Manzanito. En el corazón de la Patagonia meridional reaparece este estilo en una serie de piedras grabadas: en la de la estancia "Rastro de Avestruz" (al N. de Colonia Las Heras, provincia de Santa Cruz) (APARICIO, 1935 b, p. 72; lám. I), y sobre todo, en las dos cuevas situadas en la estancia "San Miguel", al sur del río Deseado (ibid., pp. 83-86; láms. XXIX-XXXVII). Los mismos motivos, aunque con un grabado menos profundo, aparecen sobre los paredones de la estancia "Punta del Lago", cerca del lago Viedma, también en Santa Cruz (MENGHIN, 1952 a, lám. III).

Desconocemos la existencia de este estilo en Chile; en cambio, lo volvemos a hallar en territorio argentino, más al Norte. En Mendoza conocemos el reparo "Patás de Puma", al Oeste de San Rafael, con grabados casi todos pintados de color oscuro, de tono azulado. Además del motivo que da nombre y caracteriza al yacimiento, se halla el del "rastro de avestruz", y círculos y cuadrángulos con puntos (RUSCONI, 1947 a). Más hacia el N. E. existe un ejemplar notable, no sólo por su

“aire de familia” con los patagónicos, sino por su disimilitud con las restantes obras rupestres de esa región; es la “Piedra Marcada de San Buena”, cerca de Cosquín en Córdoba, también estudiada por F. de APARICIO (1935 c). Muestra pies, serpientes, “rastros de avestruz y de caballo”, grabados en hueco sobre una superficie horizontal. En sus cercanías, “en parecida situación, una piedra plana contiene 19 morteros bien definidos y una gran cantidad de hoyos hemisféricos pequeños, análogos a los de Norquín” (APARICIO, 1935 a, p. 103).

Son los grabados existentes en el Noroeste los que dan pie para una justificada duda en cuanto a la interpretación naturalista de las “huellas de animales”. Allí vemos, por ejemplo en el Petroglifo de Quilmes, cómo los signos tridígitos están asociados a hoyos que se encuentran en el vértice, y a veces en el extremo de una de las ramas exteriores (A. QUIROGA, 1931, fig. 132, p. 89; v. tamb. figs. 59, 97, 104 y 193). Otras veces se cierran en forma de triángulo (op. cit., fig. 96), y otras se prolongan en forma de flecha (ibid., figs. 54 y 98). El “rastro de puma” no es tal, sino una serie de hoyuelos que rodean a otro más grande, ya en forma de semicírculo, ya de círculo entero. Estas figuras no son, pues, sino “morterillos” o “tacetitas” de tamaño muy pequeño, combinadas en una determinada manera, siguiendo a un pensamiento simbolizante. Desde este punto de vista, resulta rebuscada la opinión de APARICIO (1935 a, p. 102), de que los otros hoyos que en el citado petroglifo de Quilmes acompañan a aquéllos en distribución irregular, sean “rastros de puma comenzados o destruidos parcialmente”.

Hoyos rodeando en círculo entero a otro central vuelven a aparecer en la propia Patagonia (APARICIO, 1935 b, lám. XXXV), siendo del mayor interés el hecho de que, como tantos otros motivos formales y artísticos, también éste aparece sobre las churingas australianas (BORMIDA, 1952, fig. 12). Las mismas “huellas de avestruz” aparecen a veces en aquella región con un ensanchamiento circular en la punta, como sucede también con una de las representaciones de la conocida, aunque nunca integralmente reproducida “Piedra de Viluco” en Mendoza. En algunas representaciones del N. O. dicho

hoyo se transforma en una circunferencia (p. ej. DEBENEDETTI, 1917, fig. 20, p. 37). Por otra parte, el signo tridígito muestra los aspectos más variados, desde las ramas exteriores formando una línea perpendicular a la interior, o poco arqueada, hasta las distintas formas rectilíneas con escasa abertura; también difiere el largo relativo de la rama central, la que a veces se prolonga algo a través del vértice, como variante al ensanchamiento en forma de hoyuelo. Todas estas formas se hallan representadas en los grabados de la estancia "Punta del Lago Viedma" (v. MENGHIN, 1952 a, lám. III), donde también se ven círculos rodeados total o parcialmente de variable número de círculos u hoyuelos más pequeños. En el Manzanito vemos una prolongación a través del vértice bastante pronunciada de la línea central de uno de los signos tridígitos. El mismo dibujo se encuentra en un petroglifo situado en la estancia "San Ramón", provincia de Río Negro, cerca del nacimiento del Limay, según un croquis que me fuera comunicado recientemente por el Dr. Menghin.

No hay que olvidar tampoco ciertas aberraciones que suelen aparecer sobre la base de este mismo signo; ejemplos: Norquín; estancia "San Miguel" (APARICIO, 1935 b, lám. XXXVII); pictografía de La Ciénaga en San Luis, donde se hallan alineados horizontalmente en forma arborescente (VIGNATI, 1937 b, fig. 1; véase también fig. 2, que reproduce los de Casa Pintada).

A las consideraciones negativas precedentes cabe añadir otras: una, que comprueba la gran distribución continental de este signo (así como de sus frecuentes asociados, inclusive pies y manos), y la consiguiente imposibilidad de que se refiera siempre a la misma especie de ave (las de los Estados Unidos son allí a veces interpretadas como "pisadas de pavo"). Esta identidad a través de regiones lejanas habla en favor de un valor simbólico (no necesariamente "ideográfico"), anterior a su identificación con verdaderas huellas de tal o cual animal, proceso que sin duda se realizó después de haber asimilado los cazadores-artistas esos signos nacidos en el seno de otras culturas. Algo semejante, pues, a lo que la moderna escuela arqueológica española admite para muchos motivos

del arte rupestre neolítico de su país, y aún, con algunos de los guijarros pintados epipaleolíticos de Mas d'Azil: "eco lejano de las creaciones del Neolítico y de las primeras edades del metal, tal como las vemos en Troya, Creta y el Egipto predinástico"; por supuesto, con peculiares características (ALMAGRO, 1947, p. 94). Y —ejemplo sugestivo y concreto del paralelismo— también allí aparecen dibujos tridígitos con un grueso punto en el vértice, los que no son interpretados —que yo sepa— como huella de algún ave (ver ALMAGRO, 1947, fig. 75).

Ahora bien: con los antecedentes tan brevemente mencionados, resulta altamente aleccionador para la interpretación y el origen del "rastros de avestruz" un reciente artículo de IMBELLONI (1952), sobre los dibujos y objetos formados por tres elementos. Me cabe poca duda de que el mencionado signo tridígito es, en su origen, un producto del "impulso rítmico ternario", surgido probablemente como signo mágico-religioso en épocas aún anteriores a la constitución de las Altas Culturas (véase la marca en la frente del dios Vishnú, op. cit., figs. 10-12). De allí habría pasado, por ignorados caminos, al patrimonio de los cazadores epipaleolíticos, quienes asimilaron sin duda más elementos que lo comúnmente admitido de las culturas más avanzadas. Este proceso valdría, en especial, con los indígenas que ocupaban el futuro territorio argentino. (Más abajo complementaremos estos datos).

En cuanto a las "huellas de caballo", también debe ser rechazada tal interpretación, tanto por razones generales (antigüedad seguramente mayor a la Conquista, como veremos), como por el resultado de un análisis cuidadoso de los signos. Considero emparentadas todas esas figuras circulares que a veces presentan una línea en el centro (entera o hasta la mitad), y a veces dos o tres formando una especie de sector. Signos del mismo tipo aparecen, por lo demás, en petroglifos del Noreste, cuya edad prohispanica no se pone en duda (ver por ej., CANALS FRAU, 1953, lámina XXXVIII). Además de los círculos cerrados, existen los abiertos, generalmente con los extremos algo alargados en forma de U. A veces presentan pequeñas líneas en la base (como sucede en la cueva de Junín

de los Andes), lo que les da cierta apariencia de rastro equino. Sin embargo, no es difícil relacionar este tipo de dibujo con los semejantes que forman parte del complejo del Churinga, tanto en Australia (pinturas rupestres y grabados sobre objetos del tipo romboide) como en la Patagonia (pinturas y grabados rupestres), como bien lo ha demostrado BORMIDA (1952, ver su fig. 45).

Ultimamente, MENGHIN ha formulado la hipótesis de que los llamados rastros de caballo son en realidad "abreviaciones esquemáticas o degeneradas de laberintos" (1954, p. 12). Aunque evidente para muchos casos, no lo es en mi opinión para todos. Debemos seguir contando con un signo en forma de "herradura" independiente de aquél o sus derivados.

No deja de ser interesante el hecho de que el curioso animal compuesto, de largos cuernos de la caverna de Lascaux en Francia (que algunos suponen mítico), posee sobre su lomo varios trazos en forma de U (ver, p. ej., BREUIL y LANTIER, 1951, lámina X). Tenemos pues aquí un indicio más para establecer la identidad culturoológica de los "ancient hunters" de los últimos estadios glaciales europeos, con los portadores de la idea ergológico-mental del churinga en Australia, Indonesia, el sur de los Estados Unidos y el área ocupada por los Pámpidos.

En síntesis, y volviendo a los signos aparentemente naturalistas que estamos considerando (con especial referencia al estilo A de petroglifos neuquinos, aunque susceptible de extenderse a otros —por ej. la Roca de Viluco en Mendoza (METRAUX, 1929, láms. XII-XV)—, e inclusive a pinturas, diremos que parecen ser geográficamente alóctonos y de origen simbólico, mientras que las manos y pies grabados al modo de impronta, de dispersión en toda América, deben enraizarse en la tradición paleolítica de los mismos motivos pintados, positivos y negativos ⁽¹⁹⁾. Indudablemente, aquellos motivos

⁽¹⁹⁾ Véase en el capítulo I de *La Cruz en América* de ADÁN QUIROGA (1901), especialmente pág. 19, la enumeración de las muchas identificaciones de "pies esculpidos" con las huellas del apóstol Santo Tomás, presunto evangelizador de América. Hasta fue levantada una capilla sobre una de tales rocas en el siglo XVII, en el Perú. El autor men-

podieron, con el transcurso del tiempo y de los procesos históricos, ser asimilados a verdaderas "huellas" por la tendencia fisioplástica de la mente cazadora. Tal parece suceder especialmente, con los "rastros de guanaco", únicos que suelen aparecer en serie. Pero dicho proceso debe ser relativamente reciente ⁽²⁰⁾.

De carácter simbólico-irregular cabría definir al conjunto grabado en la pared del Cañadón Santo Domingo. Sus figuras, además de ser en su mayoría distintas de las del estilo A, se hallan realizadas con técnica diferente, de poca anchura y profundidad, como se vió en la descripción correspondiente. Interesante es, entre tanto caos, la existencia de una mano y de un, al parecer, pie esquematizado. No sabemos si todos los dibujos son contemporáneos, pero es probable que haya algunas superposiciones. No conozco paralelos con otros grabados; pero algunos de sus motivos reaparecen en pictografías del área cordobesa (VIGNATI, 1937, figs. 1 y 2). En cambio, difieren un tanto de las de la zona Uspallata-Cachapoal.

Pasando a la consideración de las pinturas, podemos comprobar que en líneas generales éstas acentúan el carácter abstracto que caracteriza al arte rupestre del Neuquén. Ello se halla bien ejemplificado en la pictografía de Covunco, cuyos motivos más importantes constituyen el que califico de estilo B, caracterizado por guardas y motivos aislados de carácter geométrico-rectilíneo más o menos pronunciado. Corresponde

ciona dos lugares del Valle Calchaquí con manos grabadas; llama luego la atención sobre la interesante supervivencia de motivos de pies y manos, estilizados, en la alfarería de dicha área geo-cultural (op. cit. p. 20-21). Recuérdese que poseemos también informes sobre la existencia de un "pie grabado" a orillas del Trafal.

(20) Un bello ejemplo de la citada tendencia fisioplástica nos lo da CLEMENTE ONELLI (1904, pág. 165). Habiendo preguntado a un indígena tehuelche cómo llamaban a las estrellas que forman la Cruz del Sur, le respondió éste: "rastro de avestruz, y boleadoras las dos que le están más cerca". Este dato a su vez nos pone en guardia con respecto a la identificación *a priori* de la cruz que aparece en algunas pictografías, con la citada constelación. También los araucanos de la segunda mitad del siglo pasado veían rastros de animales en los dibujos que estamos comentando, como nos lo testimonian F. P. MORENO y C. BRUCH.

al "estilo de grecas" de Menghin. Lo volvemos a encontrar en el paredón de "Bello" (Vega Maipú), en la isla Victoria, en ambos lugares de la península Huemul, y en los cerros Leones y Carbón en Río Negro. (De la pictografía de Chenque Pehuén hablaremos más abajo).

Las correlaciones de dichos motivos son muy amplias, no sólo con manifestaciones de arte rupestre, sino con decoraciones de placas grabadas, alfarería y tejidos de Patagonia septentrional. Iríamos demasiado lejos, caso de querer considerarlas en detalle. Entre el material recientemente relevado, podemos citar el gran abrigo de las Manos Pintadas, en Las Pulgas (Prov. de Chubut). Se nos presentan allí varios tipos de pinturas: desde los grupos de manos negativas, hasta los trazos sencillamente geométricos, y algunos simbólicos. Los segundos forman combinaciones más o menos complicadas, de trazos finos: escalonados, guardas, y combinaciones de puntos. No parece llegar más al Sur este estilo artístico, a excepción, tal vez, de algunos de los dibujos que aparecen en Punta Gualichu. En cambio, hay en la zona cordillerana de las provincias de Chubut y de Río Negro un importante centro de pinturas geométrico-simbólicas, casi desconocidas aún. Poseo como únicas informaciones sobre las mismas, una mención verbal hecha por GRESLEBIN en base a relevamientos efectuados por Tomás Harrington en cuatro lugares (HARRINGTON, 1932), y una reproducción que me ha sido enviada de los motivos de una pintura en Cholila (Chubut), en la estancia "Raimapu". A ello se agrega el recentísimo artículo de N. SÁNCHEZ-ALBORNOZ sobre las pictografías del Hoyo de Epuyén (1957).

No siempre resulta fácil distinguir en este tipo artístico los motivos pura y propiamente geométricos —considerados como más antiguos por los que se han ocupado de su clasificación— de aquellos que pudieron derivar de algún signo significativo. Sea como fuere, esta clase de motivos decorativos se nos presenta como un gran complejo estilístico, algunas de cuyas "radicales" más difundidas fueron acertadamente establecidas por GRESLEBIN (1926): a) el zig-zag y la recta, paralelos, y b) el escalonado, simple o en combinación formando X o H. Este último motivo, considerado de carácter histomorfo,

habría sido importado del Norte, extendiéndose principalmente por la cuenca del río Negro.

Estas investigaciones están aún, sin embargo, muy en el aire, y más lo estuvieron al tiempo de formularse esas primeras vistas de conjunto. A mi modo de ver, aquellas conclusiones son fundamentalmente acertadas, pero pueden ser complementadas con las siguientes consideraciones: 1) Como ya se ha hecho notar, la *apariciencia* histomorfa no indica necesariamente un derivado o copia de la técnica y dibujos de las piezas tejidas. A este respecto, el mismo GRESLEBIN indica a la cestería como fuente directa de la ornamentación de los quillangos patagónicos, así como de la misma tejeduría (1932, p. 109). Podemos suponer que la tendencia geométrica preexistió al contacto directo con pueblos tejedores, y que su centro fue, precisamente, la zona cordillerana del Neuquén. Los frecuentes dibujos geométricos algo irregulares y de ángulos redondeados que aparecen en ciertos grupos ("Bello"; isla Victoria) lo hace entrever, así como la combinación de guardas con círculos u otras figuras que no tienen nada de decoración de tejido (península Huemul). 2) Rechazar la teoría de GRESLEBIN acerca del uso como modelo o esquema para el telar de las placas grabadas y sus motivos, y del carácter sedentario de sus creadores, no significa hacer lo mismo con respecto a su conclusión de la vinculación cultural de muchas de las placas y hachas neuquino-patagónicas con las pictografías que presentan el mismo estilo artístico. Y si dicho arte mobiliario debe ser atribuido a los pueblos patagónicos preecuestres, y por lo tanto anteriores a la araucanización (BORMIDA, 1952, pp. 76-77), esa misma debe ser la posición de este estilo rupestre. 3) De cualquier modo, cabe buscar el origen de los *motivos geométricos más avanzados* en el área andina. No olvidemos, por ej., que el escalonado es una de las características fundamentales del arte aimará, supervivencia de las viejas fases tiahuanacoideas, y que también aparece en pictografías en pleno altiplano boliviano (M. PORTUGAL, 1945, pp. 348-349; PLAGEMANN, 1906, figs. 32-35 de la lámina final). La cultura paleodiaguita de Barreales es otro importante centro de esquematización geométrico-escalonada.

Un notable ejemplo de persistencia de uno de estos motivos aún a través de etnias alejadas (de tipo bastante especializado y tal vez de origen simbólico), es el que vemos en uno de los grupos pictóricos del Cerro Leones (fig. 51, derecha). Se trata de un dibujo que hace pensar en una serie de "moños" atados a una faja vertical. El mismo motivo aparece en una placa grabada procedente de Castrie (Río Negro), publicada primeramente por VERNEAU (1903, p. 303; lám. XV, figs. 4 y 5); en una faja "pampa" (araucana) tejida, relativamente moderna, que he visto en el Museo Nahuel Huapí (N° 880), y, en el otro extremo de la llanura pampeana, en un fragmento de alfarería con decoración incisa de técnica puntiforme, del área paranaense (APARICIO, 1948, lám. 10, c). Y aún, como apunta OUTES, "su tipo corresponde al motivo pintado por los Patagones del siglo XVIII en sus "quillangos", y que parece haber persistido" hasta los últimos tiempos (1916, p. 622).

Pero también existen semejanzas con algunos de los motivos de la alfarería del litoral patagónico, tanto los geométricos como los simbólicos (v. OUTES, 1904). El escaso material cerámico con ornamentación pintada que nos proporciona el mismo Neuquén no parece ofrecernos ninguna correlación utilizable a este respecto. Su origen es chileno. En cuanto a la cerámica incisa, en el Neuquén está representada por escasos y sencillos fragmentos.

Continuando nuestra revista, nos encontramos con una tercera clase de pinturas rupestres cuyos motivos se hallan constituidos por dibujos definidos, de carácter especializado aun dentro de la sencillez. Muchos de ellos se repiten en forma idéntica, aun fuera del área que tratamos. Las características señaladas permiten atribuirles un carácter claramente simbólico, y tal vez, mágico. Como ya se dijo, a veces resulta difícil separarlos de los de tipo geométrico, con los cuales suelen estar asociados, o con cuyos elementos suelen estar compuestos. Otros, en fin, pueden haber sufrido un proceso de "irregularización", como lo vemos en el Colo Michi Co. Pero no faltan en esta misma estación los signos simbólicos, entre los que descuellan por su amplia dispersión las dos circunferencias adosadas, generalmente con una prolongación lineal (figs. 5, 7, 11 y 18, abajo).

Hacia el Norte, lo vemos en el Bajo de Canota (MORENO, 1891, p. 208), el Castaño, Barreal (KÜHN, 1914, lám. 3) y Los Portales (id., lám. 8), así como en muchos otros signos en forma de B del Noroeste, e incluso en Córdoba (QUIROGA, 1931, fig. 14, p. 20). Hacia el Sud, lo hemos encontrado, casi imperceptiblemente grabado, en la cueva de las Manos Pintadas de Las Pulgas. En la Vega Maipú ("Bello") lo hallamos como sostenido por una figura antropomorfa, tal vez femenina (fig. 44, centro). Como variantes del mismo signo deben ser sin duda consideradas las dos circunferencias que se hallan muy cerca la una de la otra (pero sin tocarse), una de ellas con prolongación, que vemos dos veces en San Ignacio (figs. 33 y 39), y entre las dos cruces en "Bello" (fig. 48). Otra variante es, probablemente, aquella donde los círculos son concéntricos, poseyendo el exterior la pequeña prolongación (arroyo Minero, fig. 49), así como los casos en que ambas se hallan unidas por una línea. Ejemplos: arroyo Minero (VIGNATI, 1944 VII, lám. II), en donde hay además un interesante grupo de dos hileras de siete dobles circunferencias algo irregularmente concéntricas, unidas entre sí (v. figura 49). Hacia el Norte lo observamos, por ej., en Castaño (San Juan), y, modelo clásico, en el menhir del Mollar en Tafí (AMBROSETTI, 1897, p. 107). Aún más al norte hallamos un signo esmejante en el petroglifo de Las Flechas, provincia de Salta (AMBROSETTI, 1895, p. 31). Pero también muy al Sur comprobamos con sorpresa la existencia del motivo de dos circunferencias con punto central unidas por una línea, en el petroglifo de Yaten-huajen, provincia de Santa Cruz (VIGNATI, 1934, fig. 15, p. 129).

Sería largo seguir los motivos de este tipo artístico (que podemos llamar "C") a través de todas sus correlaciones. Señalaremos, únicamente, que los mismos aparecen predominantemente en las pictografías de San Ignacio, "Gingins" (asociados a representaciones naturalistas); también en "Bello", aunque de un carácter distinto; arroyo Minero, cuyo campo central es de un notable y extraño simbolismo (v. fig. 49); Malavaca (excluidos los pies y sus asociados). Las piedras de "Jones" y península de San Pedro poseen un carácter especial, que luego comentaremos.

Los signos más extendidos son, además de los anteriormente mencionados, la circunferencia simple con punto central (a veces tangentes sobre una recta: "Bello", fig. 43; las Puígas, aquí sin punto); la doble circunferencia concéntrica; la circunferencia con prolongaciones radiales, indudable representación simbólico-naturalista del sol (San Ignacio, "Bello", figs. 29, 35 y 43, abajo); y, entre otros, los que a continuación comentaremos en especial.

Ante todo, la *cruz*. No habría dificultad en concebir a este signo como uno de tantos dibujos indígenas, importado —como probablemente la mayoría de los restantes motivos simbólicos— del área andina, la que parece haber sido su gran centro de manifestación, como ya lo hiciera ver a principios de siglo ADÁN QUIROGA. Y siguiendo a este mismo autor, consideramos a la cruz americana desvinculada de la religión cristiana, así como del Diablo. . . —al menos desde el punto de vista científico. Como a pesar de su tendencia "meteorológica" bien lo entrevió QUIROGA, y lo demostró IMBELLONI en sus profundos estudios sobre las religiones de América, la Cruz es de algún modo un producto del "impulso rítmico tetráctico o cuaternario", que constituye la "base mental" de las Altas Culturas. Hay numerosos casos en que aparecen cruces sencillas, de brazos iguales, generalmente pequeñas y anchas, en pictografías del área neuquino-patagónica. Pero el problema se presenta cuando las mismas tienen un brazo más largo, o alguna otra característica que pueda llevar a pensar en el símbolo cristiano. ¿Habría que admitir en esos casos una influencia del Conquistador sobre el artista indígena, y fechar consecuentemente sus manifestaciones?

Refiere KÜHN que halló cruces claramente cristianas "picadas en las rocas ya cubiertas con símbolos más antiguos" (1914, p. 17) en el interesante santuario que parece haber sido el de las "Piedras Pintadas", cerca de Barreal (Prov. San Juan), a 1.900 m. de altura. Su opinión es de que fueron "obra de los primeros misioneros" como acto en contra de las antiguas creencias.

Entre las siete rocas grabadas menores que rodean a la "Piedra del Indio", en la repetidas veces citada cuenca del

río Cachapoal en Chile, existe la representación de “una cruz erigida sobre una roca y coronada de un corazón llameante”. Su descriptor PLAGEMANN la considera de factura cristiana, ya que “difiere demasiado de los tipos cruciformes conocidos, cuya presencia es familiar en la ornamentación de muros y pilares, cerámica, y en muchos “pintados” en Chile septentrional, Argentina, Perú, etc.” (1906, p. 25).

En la región meridional del Neuquén, es muy fuerte la tentación de atribuir a influencia de los misioneros de fines del siglo XVII y principios del XVIII la ejecución de los motivos cruciformes (por ej., AMADEO ARTAYETA, 1947, p. 50). Dicha idea, sin embargo, debe ser errónea.

Si en las regiones situadas más al norte, influenciadas más antigua e intensamente por la prédica católica, pueden admitirse algunos casos en que los dibujos fueron ejecutados con tal sentido (como los dos que acaban de citarse), ello es muy difícil de admitir para el Neuquén. No olvidemos, por de pronto, que aquí la actividad misionera fue breve y nulos sus resultados. Además, interesantes motivos cruciformes aparecen también en lugares muy internados en la Patagonia, en donde jamás pisó un misionero (a no ser que queramos ver en ellos el efecto de alguna precipitada prédica del P. Mascardi durante su afanosa búsqueda de la Ciudad de los Césares). Así, la cruz con un “rosario” o “pectoral” de los alrededores del Traful (arroyo Minero?) halla su imagen reducida en un dibujo de la cueva de las Manos Pintadas de Las Pulgas; mientras que una cruz latina se halla estampada en la rocosa pared del abrigo pintado de Aguada del Cuero, al sud del río Deseado (APARICIO, 1935 b, lám. XXVIII) ⁽²¹⁾. Una cruz semejante a la del Traful la hallamos en una zona poco accesible de la

(21) He sido advertido por el Dr. Menghin —cuya gentileza en éste y muchos otros datos agradezco— de que la fotografía de la lámina XXVIII del autor citado se halla invertida. Este error sería perdonable, si no fuera que se lo sigue también en el texto (op. cit. pág. 82). Por lo visto, hay investigadores que fotografían pero no observan...

Por lo tanto, el signo mencionado sería una cruz latina invertida, lo cual revela un proceso aberrante. Tanto la cruz del Traful como la de San Luis se hallan bastante inclinadas con respecto a su eje mayor.

provincia de San Luis (VIGNATI, 1936, fig. 15, p. 375). Cruces más sencillas, como las que hay en el centro de la guarda laberíntica de Abra Grande (península Huemul), en la pictografía "Bello", en Malavaca y el arroyo Minero, aparecen enmarcadas en Punta Gualichu, a orillas del lago Argentino (VIGNATI, 1934, fig. 11, p. 123), así como en la cueva de Las Pulgas reiteradamente citada. Aquí existe, también, un signo (o fragmento de guarda) que semeja una cruz de Lorena, y que encontramos en las pictografías simbólico-geométricas de Cholila (Chubut) y también en San Ignacio (fig. 32), así como en la del cajón de Tinguiririca (provincia de Colchagua, Chile) (QUIROGA, 1931, fig. 12, p. 18). Interesante es la semejanza de la gruesa cruz pintada en Puerto Tigre, con la que presenta una placa grabada del río Limay (SCHOBINGER, 1954 a, lámina XXXV).

Las cruces más sugestivas y enigmáticas son las que se hallan sobre una roca frente al paredón "Bello" (fig. 48). Sin embargo, aún para éstas no es necesario suponer influencia cristiana. Se hallan en íntima conexión con signos de carácter prehistórico, inclusive una estilización de figura humana, que recuerda fuertemente a las del Neolítico español. La técnica y la conservación de la pintura no difieren mayormente del resto del grupo. La cruz que se apoya sobre una especie de trapecio es de brazos aproximadamente iguales; representaciones en que, al igual que ésta presenta también dos líneas en el centro, abundan en la decoración de las urnas santamarianas (v. QUIROGA, 1901, figs. 39 y 40, p. 132; fig. 65, p. 162), apareciendo además en pinturas rupestres de la misma zona andina (gruta de Chiquimí: v. QUIROGA, 1931, figs. 43 y 44; Portezuelo de las Burras: DEBENEDETTI, 1917, fig. 85, p. 120). Y así como podemos deducir una conexión entre las manifestaciones cerámicas y rupestres ornadas con este signo, indudablemente prehispanicas, también hallamos la posibilidad de extender esta conexión —sin que signifique necesariamente estricta contemporaneidad en el tiempo— hasta la Vega Maipú, adonde llegó, tal vez, por camino chileno ⁽²²⁾.

(22) DEBENEDETTI (1916, págs. 37-38) cree acertadamente que "es posible que los pueblos que poseyeron esa rica y variada cerámica que

Entre los restantes signos simbólicos que vemos aparecer en distintos lugares, hay uno en forma de K acostada, a veces con una corta raya al medio. Aparece en "Bello", en Malavaca, en Cholila, en Las Pulgas y, probablemente, en Punta Gualichu (VIGNATI, 1934, lám. XLIV: la pared se halla parcialmente rota).

El cuadrilátero con una línea al costado, de San Ignacio (fig. 37), quizás se relacione con el que se halla en la cueva de Junín de los Andes.

Un sencillito dibujo en forma de "clepsidra" se halla repetido en "Gingins" y Malavaca. El mismo forma variantes y recibe aditamentos en otros lugares, inclusive Punta Gualichu, hallándose en combinaciones ornamentalizadas en la cueva del Trafal.

En esta última estación vemos un cuadrilátero con prolongaciones un tanto confusas, relacionable con el signo del *philum* de la *svastika* que orna el paredón "Bello" (fig. 45, centro).

La interesante figura que se halla en el abrigo "Gingins", con los extremos superiores formando el comienzo de una espiral (fig. 41), única en Patagonia, se repite en el petroglifo de la Puerta de Ampajango (QUIROGA, 1931, fig. 46, p. 48).

Hay un signo rectilíneo en forma de T, que tiene la tendencia a agruparse en guardas; sin embargo, aparece a veces aislado, o formando parte de combinaciones simbólicas como los extraños conjuntos verticales de la piedra "Jones", cerca del Limay. Que el motivo no es aislado, lo muestra la decoración que presenta el mango de la célebre clava-insignia de

en muchas ocasiones causa admiración, sean los continuadores de los que grabaron en las piedras los extraños símbolos que se encuentran diseminados en aquellas regiones de los valles preandinos. Si los petroglifos representan, como sostiene la mayoría de los autores, una faz, un momento de un culto arcaico, tendremos que admitir que las mismas figuras que aparecen luego en la alfarería, son una supervivencia del viejo culto, cuyas huellas estarían visibles en aquéllos". Este proceso se halla ejemplificado en un plato decorado, en la superficie externa y en la interna, con "rastros de suri" (avestruz), publicado por el mismo autor (op. cit., pág. 177).

Chillán de la colección Giglioli (AMBROSETTI, 1904). (*). Por otra parte, es uno de los tipos decorativos de la alfarería patagónica (OUTES, 1904, fig. 22), al igual que el círculo con punto central y el zig-zag entre paralelas (op. cit., figs. 16 y 9).

Un tipo semejante lo constituye un motivo "en almena", como el que aparece, con tres elementos, en el petroglifo del Curi-Leuvú. Lo hallamos nuevamente en la placa grabada de Castrie, ya mencionada. Se halla, junto con representaciones humanas muy estilizadas, en un petroglifo sanjuanino publicado por RUSCONI (1946, fig. 3).

Me inclino a considerar de origen simbólico al motivo angular escalonado que aparece en forma de guarda en San Ignacio (fig. 31) y en Cholila (según el diseño anteriormente mencionado). Su vinculación andina es indudable (ver, por ej., CORNELLY, 1952, fig. 14, p. 133; BOMAN, 1927-32, fig. 50, p. 128; QUIROGA, 1931, fig. 167, p. 117: aquí aparece como signo aislado en el techo del "dolmen" de Cafayate). Ya he aludido a la probable filiación tiahuanacoide de los escalonados en general.

En el signo, evidentemente simbólico, que vemos en la figura 9 (meandros que rodean a un eje central) y que se repite en la misma estación del Colo Michi Co (fig. 11, abajo), vemos ejemplificado un proceso en que los trazos curvilíneos se tornan angulosos (fig. 13, centro; véase también SERRANO, 1947, fig. 132, izquierda, p. 194), manifestándose con variantes en otras estaciones (Curileuvú, Cholila). En forma ornamentalizada, más o menos tosca, reaparece en una placa grabada de las cercanías del golfo San José (Chubut) (OUTES, 1916, lámina, fig. 2 a), y en la notable fuente de ofrendas proveniente de la provincia de Mendoza, publicada por RUSCONI (1941, fig. 7). Pero lo notable —entre tantas cosas notables que saltan a la vista aún en la más somera ojeada comparativa de estas creaciones culturales— es que el mismo signo, con

* En una reciente visita al Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de Córdoba he visto una placa grabada del norte de la Patagonia con el mismo motivo en sus caras laterales.

la misma disposición (sólo con un mayor número de meandros laterales), aparece en el otro extremo de Sud América, en un petroglifo de la zona de Cundinamarca, en Colombia, como puede verse en la lámina LXXIX de PÉREZ DE BARRADAS (1941, p. 189). Y en la lámina anterior a ésta puede verse el mismo motivo, pero bastante geometrizado. Es verdad que, en su conjunto, las manifestaciones rupestres difieren de las patagónicas, pero lo que nos interesa es comprobar —o, por ahora, vislumbrar— la difusión continental de *determinados signos* cuyo carácter simbólico es atestiguado por el mismo hecho de hallarse asociados a conjuntos “fantasiosos” o “geométricos” distintos. Otro ejemplo es el de las circunferencias adosadas, que con elementos concéntricos aparece también en un petroglifo de aquella zona colombiana (PÉREZ DE BARRADAS, 1941, lám. LXXV).

Finalmente, mencionemos los trazos que, con apariencia zoomorfa muy estilizada (Puerto Tigre, Cerro Leones, San Ignacio [fig. 29] y también en Cholila), tienen un aire de familia con la decoración de un guijarro grabado de San Blas que reproduce BORMIDA para ejemplificar a su vez su semejanza con algún guijarro aziliense (1952, figs. 43 y 24, respectivamente). Esta clase de dibujo se halla, alternativamente, entre los tipos simbólico, geométrico-rectilíneo, e irregular. En general pueden considerarse del tipo “irregular de origen representativo o simbólico”.

Un lugar especial ocupa, a mi juicio, la pictografía de la península de San Pedro, al sur del lago Nahuel Huapí (fig. 52), cuyos motivos espiraloides poseen el estilo de uno de los menhires grabados de Tafi (Tucumán) (reproducido en CANALS FRAU, 1950, lám. XI, a). No lo hallamos repetido en el Neuquén y la Patagonia, por lo que una vinculación debe quedar relegada al plano de las simples sospechas. Hállanse estos trazos asociados a motivos que, en cambio, aparecen en otros lugares relativamente cercanos: el doble cuadrado (“Gingins”), y la recta y el zig-zag unidos (Cerro Leones; una placa grabada de Epuyén [Chubut cordillerano] publicada por GRESLEBIN, 1930).

No existe en el Neuquén pictografía alguna de carácter exclusivamente representativo. Hay algunas, sin embargo, en que el elemento naturalista juega un gran papel; la de "Gingins" es la más importante. Son realmente notables las figuras humanas de esquematización nematomorfa que allí se encuentran, por la vivacidad de movimientos que presentan. Sin embargo, la analogía con las pinturas rupestres epipaleolíticas del Levante español es menor de lo que a primera vista podría parecer; además, su combinación escénica no me resulta tan clara como para su primer descriptor e intérprete (VIGNATI, 1935 a), tal vez por lo borrada que parcialmente la hallé al tiempo de mi visita. Los signos simbólicos con los que se encuentran asociadas, así como su policromía, realzan el interés de esta obra de arte. La misma fue seguramente realizada en ocasión de ceremonias mágicas o de iniciación. Tanto el paisaje y la vegetación de que se halla rodeada, como las cascadas que en su cercanía se despeñan, crean un ambiente que se presta para cultos de tipo naturalista.

Lo mismo puede decirse de la zona Traful-Limay. Comprendemos que la caprichosa topografía —origen de nuestra denominación de "Valle Encantado"— haya inducido o favorecido allí la celebración de tales prácticas, de cuya supervivencia nos hablan vagamente los Cronistas, y como recuerdo de las cuales debemos mirar a muchas, si no a todas las obras de arte rupestre. Es uno de los grandes méritos de la etnología moderna, el habernos hecho entrever la inexistencia de *l'art pour l'art* entre las culturas llamadas primitivas (L. ADAM, 1947). También lo indica la preferencia por cuevas, abrigos o zonas rocosas de carácter especial, y la orientación predominante hacia el curso del astro diurno. (Con ello no quiero implicar que estos lugares hayan sido verdaderos "templos dedicados al culto solar", ni menos atribuir alguna conexión astronómica a sus dibujos, como lo intentó demostrar infortunadamente hace 25 años el prof. Clemente Ricci).

El notable grupo pictórico del arroyo Minero contiene también tres representaciones humanas, de las que una está íntimamente asociada a dos circunferencias con punto, puestas, como a veces los cántaros en las tumbas, una a cada lado de la

cabeza ("con cierta expresión de ojos", dice VIGNATI). De gran interés son sus estilizaciones digitales: tanto en manos como en pies aparecen tres dedos (véase fig 49). ¿Nos dará esto una clave del signo "rastros de avestruz", complementando lo dicho anteriormente? También en el Perú y en la desembocadura del Amazonas —como en el Océano Pacífico— son frecuentes las *manos con tres dedos*, exponentes de la "mentalidad ternaria" según IMBELLONI (1952, pp. 191-192), lo cual hemos reconocido como fuente remota del signo tridígito. En el valle Calchaquí tenemos asimismo un interesante ejemplo rupestre; trátase del petroglifo de Las Cañas (A. QUIROGA, 1931, fig. 134, p. 91). ¿Cabría suponer como eslabón entre el dibujo tridígito y su asimilación animal, a una especie de culto totemístico, o mejor, animaloide, que sustituía la mano humana por una pata de ave? Recordemos la "impresión de garras" que dan las extremidades del hombrecillo, señalada por VIGNATI, quien agrega que "parece que se ha querido pintar a un indígena disrazado en una de sus funciones rituales" (VIGNATI, 1944 VII, p. 153).

Estas consideraciones nos llevarían a ver en el signo tridígito patagónico una *mano estilizada*, escalón evolutivo siguiente al de las antiguas manos pintadas y grabadas. Convergirían aquí varias influencias: la "ternaria" del Perú y zona andina (que llevó por su parte a una figuración tridígita de la mano en representaciones humanas y animales), y la naturalista relacionada tal vez con la magia animal: la garra de avestruz⁽²³⁾. Acompañando a la técnica del grabado, habrían influido en un sentido simbolizante sobre el arte "calcado" de los cazadores epimiolíticos, llevando a la estilización de la mano con tres dedos, o, si se quiere, a una sustitución de la mano por la huella de avestruz, conservando el antiguo carácter mágico de aquélla. Las "verdaderas" manos que hallamos en raros casos grabadas al lado de éstas (Ñorquin, Santo Domingo), habría que tomarlas como reminiscencias de las antiguas formas; como un brote naturalista.

(23) A este respecto, es interesante la existencia entre los antiguos tehuelches del Sud, de una "danza del avestruz", en la cual se imitaban los movimientos de esta ave (SERRANO, 1947, pag. 220).

Un semejante proceso habría llevado a crear, partiendo de los círculos que rodean a otro, el "rastros de puma", que tal vez tampoco fue otra cosa que una mano estilizada.

Volviendo a nuestra figura del arroyo Minero, advertimos en ella un rasgo interesante: el "sombbrero a modo de bonete" que, como dice VIGNATI, trae un poco "la asociación de ideas de los miembros de las instituciones secretas vestidas con capuchón" (loc. cit.). Pero no es necesario recurrir a comparaciones europeas. Los fueguinos, tanto *ona* como *yámana*, practicaban aún hace pocos años las ceremonias del *kloketen* (respectivamente *kina*), en que los hombres se hacían pasar por espíritus pintándose y colocándose máscaras altas y puntiagudas (v. SERRANO, 1947, figs. 146 y 155, resp. pp. 230 y 238). ¿Será aventurado deducir de esta pictografía alguna clase de relación ceremonial con los mismos?

Otra figura humana muestra la terminación de las extremidades en forma semejante, pero no posee "máscara" en la cabeza.

Una esquematización semejante, pero aún más pronunciada, hallamos en los notables dibujos en blanco del Chenque Pehuén (fig. 25). Allí, alrededor de la figura central que parece simbolizar una cópula, también vemos "hombres con tres dedos", y otros, con probable representación genital, como lo es la bella figura cruciforme tricroma.

Otra representación naturalista se halla a pocas decenas de Km. de la del arroyo Minero. Trátase de la roca-abrigo del Cementerio del Limay. Consiste —como vimos— en dos toscas figurillas humanas y la mitad anterior de un cérvido. No es segura su asociación escénica. Interesantes son los dos círculos con punto central, únicos agregados simbolizantes.

En Malavaca parece existir una representación humana fuertemente esquematizada, muy parecida a las del neolítico español. Es la única figura de tal carácter de ese conjunto. También en "Bello" se hallan dibujos humanos muy estilizados: un hombre (mujer?) con tres pequeños cuernos sobre la cabeza; un varón en expresiva posición danzante (?) (fig. 43); uno adosado a una especie de zigzagueante insignia (?); una mujer (?) sosteniendo el signo de los dos círculos

adosados (fig. 44), y un, al parecer, hombrecillo sentado (fig. 45). Estas representaciones, como el resto de la pintura, son de un carácter un tanto diferente de las del cercano abrigo "Gingins", permitiendo así establecer una distinción étnica y cronológica entre sus autores. Aunque no hay ninguna seguridad, podemos suponer a esta última pictografía algo más antigua, correspondiendo a una etnia perteneciente al "complejo tehuelche", mientras que la primera parece responder más a influencias avanzadas, tal vez proto-araucanas.

Finalmente, hallamos una notable figura naturalista en uno de los sectores del cerro Carbón, cerca de Bariloche en Río Negro. Allí vemos un animal que podría ser un perro y, a su lado, en color relleno, un hombre cabalgando, con un brazo levantado. Si la reproducción y la interpretación de la figura son exactas, nos demostraría esta pintura su contemporaneidad con la Conquista (como sucede con la del Cerro Colorado en la provincia de Córdoba), y el carácter reciente de al menos una parte del arte rupestre neuquino. Desgraciadamente, sólo conocemos una fotografía sin descripción alguna (AMADEO ARTAYETA, 1950, lámina quinta, arriba).

Como puede verse, el arte naturalista es en el Neuquén raro y poco caracterizado; son representaciones de tipo algo infantil, sin formar nunca verdaderas escenas como en los magníficos frescos del río Pinturas, relevados hace pocos años por una expedición del Museo de La Plata (VIGNATI, 1950, pp. 13-15). Son aquéllas tan sólo complementos de la tendencia ornamental y simbolista predominante. Ello se da también en los grabados del Colo Michi Co, cuyas representaciones zoo y antropomorfas ya hemos tratado: son como otras tantas figuras simbólicas. Notables son también las dos esquematizaciones humanas que se pueden distinguir en la piedra grabada del Curi-Leuvú; su asociación con una circunferencia con punto central la acerca a las pinturas del arroyo Minero y Roca del Limay.

He dejado para una visión final de conjunto el aspecto cronológico del arte rupestre en el área que estudiamos. Ello se debe, en parte, al hecho de que no contamos en realidad

C U A D R O I I

CARACTERISTICAS FUNDAMENTALES DE LAS ESTACIONES
RUPESTRES DESCRIPTAS EN EL PRESENTE TRABAJO

	Técnica	Base	Orientación	Tipos artísticos predominantes
1) Colo Michi Co	Grabado	Piedras	E. - N. - O.	Abstracto: irregular, simbólico; representativo muy esquematizado.
2) Curi-Leuvú	Grabado	Piedra	N.	Simbólico de otro tipo; representativo.
3) Ñorquin	Grabado	Roca	Horizontal	Representativo - simbólico (grupo A).
4) Nonial	Grabado	Abrigo	S.	Representativo - simbólico (grupo A).
5) Chenque Pehuén	Pintura	Cueva	Aprox. E.	Simbólico - representativo.
6) Portada Covunco	Pintura	Abrigo	?	Geométrico-ornamental rectilíneo (B).
7) Cañadón Santo Domingo	Grabado	Abrigo	?	Simbólico e irregular.
8) San Ignacio	Pintura	Cueva	Probablem. S.	Simbólico (grupo C).
9) Junín de Los Andes	Grabado	Cueva	?	Representativo - simbólico A.
10) "Gingins"	Pintura	Abrigo	N. (y E.)	Representativo y simbólico (C).
11) "Bello"	Pintura	Paredón	N.	Simbólico - irregular; representativo (raro).
12) Arroyo Minero	Pintura	Pared rocosa	N. ó N.O.	Simbólico; representativo.

	Técnica	Base	Orientación	Tipos artísticos predominantes
13) Río Traful	Pintura	Cueva	Aprox. S.	Simbólico ornamentado.
14) Malavaca	Grabado y pintura (parcialm. superpuestos)	Roca-abrigo	S.O.	Representativo (seudocalcos) (A); simbólico; geomét.-ornamental.
15) Río Limay	Pintura	Roca-abrigo	Aprox. N.	Representativo y simbólico.
16) "Jones"	Pintura	Piedra	N.	Simbólico de un carácter especial.
17) Abra Grande	Pintura	Roca	?	Geométrico-ornamental (B), y simbólico.
18) Petrero de la Bahía	Pintura	Paredón	?	Geométrico-ornamental (grupo B)
19) Isla Victoria	Pintura	Cueva	?	Geométrico-ornamental (grupo B)
20) Puerto Tigre	Pintura y grabado	Paredón	N.	Simbólico (de origen representativo ?).
21) Manzanito (R. Negro)	Grabado y pintura (parcialm. superpuestos)	Roca	?	Representativo - simbólico (A).
22) Cerro Leones (R. N.)	Pintura	Cuevas	N.O.	Simbólico - geométrico (B y C).
23) Cerro Carbón (R. N.)	Pintura	Cueva (entrada)	?	Geométrico - ornamental (B); simbólico y representativo.
24) Península de San Pedro (R. N.)	Pintura	Paredón	N.O.	Simbólico, de un carácter especial en esta zona

TOTALES:

15 pinturas;	13 cuevas o abrigos;	10 orientados aproximad.
6 grabados;	11 rocas o paredones,	hacia el Norte;
3 pintura y grabado.	más o menos al aire libre.	4 " " Sur;
		1 " " Este;
		1 horizontal;
		8 sin datos.

con ninguna evidencia respecto a la edad de todas estas obras. Afortunadamente, tenemos referencias indirectas, provenientes de los resultados de las importantes investigaciones patagónicas de MENGHIN, expuestas hasta ahora en forma preliminar (1952 a, 1954, 1957). El punto principal, y también más sólidamente establecido, es el de la contemporaneidad de los "negativos de manos" patagónicos más antiguos con la cultura o facies papaleolítica del Toldense (9-8000 a. J. C.), y su atribución a los portadores de la misma. Según Menghin, las pinturas de manos —que en la Patagonia aún no han sido halladas más al norte del lago Musters— continuaron durante todo el período que precedió al comienzo de las influencias neolíticas, o sea hasta fines de la era precristiana. En cambio, el estilo de escenas realistas del río Pinturas sería posterior, correspondiendo a algún momento del Postglacial (8000-2000 a. J. C.). Lo que nos interesa es la posición cronológica de las restantes clases de pinturas, que corresponden en general al tipo que llamamos abstracto. Desgraciadamente, el terreno es aquí menos sólido. Una primera agrupación establecida por el citado investigador se hallaría formada por "líneas o largas series de puntos o rayas...; círculos u óvalos simples o concéntricos frecuentemente rellenos de puntos en uno o dos colores, o bien provistos de radios periféricos; figuras escutiformes, también con puntos"; todas "de un carácter en extremo primitivo y sin pretensiones estéticas muy definidas" (MENGHIN, 1952 a, p. 9). Esos dibujos parecen ser en parte tan antiguos como las manos, puesto que en muchas casas las acompañan. Pero no sabemos hasta cuándo continúan. Un segundo grupo es el de las "huellas de animales" y otros objetos difíciles de interpretar, en parte tal vez trampas para caza. A ello se agregan, en algunos casos, imágenes esquemáticas de cuadrúpedos (reptiles) vistos de arriba, sin excluir signos simbólicos de diversa clase, geométricos, incluso el laberinto circular o formas simplificadas del mismo. Su época es considerada como más reciente, quizás no antes del comienzo de la era cristiana. Contemporáneamente se habría iniciado la técnica del grabado, posiblemente de importación andina. Agreguemos que —al menos de acuerdo con el material publicado— esta clase de

motivos pseudo-realistas aparece con mayor frecuencia grabada que pintada. Con todos estos datos se halla en armonía la explicación anteriormente aventurada, acerca del origen de la "huella de avestruz". Pero tampoco sabemos hasta cuándo continuó este tipo de obras rupestres. En su fase posterior parece combinarse con los estilos abstractos más recientes. El tercero y último grupo lo forman "motivos mucho más complicados, de claro carácter geométrico-ornamental, realizados de una manera muy exacta, tales como grecas, cruces, figuras escaleriformes, líneas escalonadas o elegantemente onduladas, elementos que pueden combinarse en campos decorativos de mayor extensión". (MENGHIN, 1952 a, p. 10). Este tipo se identifica aproximadamente con la mayor parte de las muestras de los que hemos llamado estilos B y C (geométricos rectilíneos, y simbólicos propiamente dichos, de la clasificación general), así como el anterior corresponde al estilo A. Este tercer grupo es más moderno, habiéndolo supuesto MENGHIN en 1952 de inspiración araucana.

Sin discutir el orden y la caracterización general formulada por el distinguido investigador, me permití en 1954 sugerir algunos reajustes, basados en las propias observaciones, que reproduciré a continuación.

El comienzo del grabado podría ser algo más antiguo. No olvidemos que existe un tipo "arcaico" de placas grabadas que se relacionan con una clase equivalente de churingas australianas, y que responden a una cultura cazadora de tipo epipaleolítico. Por otra parte, considero a las manos y los pies *grabados* —estrechamente relacionados con los motivos de "huellas"— como una continuación directa de la antigua tradición de aquellos mismos motivos pintados en negativo. Una corriente entronca en la otra, con cambio de técnica y forma especial de estilización. Cabría, por lo tanto, considerar a los yacimientos de Ñorquín y Nonial, el de Junín de los Andes y la parte grabada de Malavaca, como los más antiguos del Neuquén, fechables hipotéticamente a principios de nuestra era, y contemporáneos con las primeras influencias "neolíticas" llegadas de la región andina septentrional. De esta época datarían, también, las "piedras-tacitas" (*Schalensteine*), frecuen-

tes en la zona central de Chile, y también más al norte (CORNELLY, 1950, pp. 259-261). Se las considera de origen pre-dia-guita y pre-araucano, y destinadas primariamente a funciones mágico-religiosas; tal vez exponentes de un culto a la Madre-Tierra. En el Neuquén se conocen hasta ahora únicamente en la piedra grabada de Ñorquin; pero ello se debe quizás a la falta de observaciones. Ya las hemos visto en probable relación con la piedra grabada del río Yuspe, en Córdoba, zona en donde, al igual que en Mendoza, abundan los "morteros" en las rocas.

Dentro del mismo grupo de pinturas rupestres —llamado "mediano" por MENGHIN— habría que situar también la de San Pedro, cuyos motivos son, como vimos, de vinculación andina arcaica.

Es probable que los grabados del Colo Michi Co sean anteriores al comienzo de la Conquista, aunque algo posteriores al grupo anterior. Algunos de sus dibujos se relacionan con las pinturas ricas en signos simbólicos. Estos últimos me parecen, en general, anteriores a los motivos puramente ornamentales, pudiendo así ser ubicados aproximadamente a fines del primer milenio d. J. C. Esto se ve claro en Malavaca, si suponemos que sus grabados fueron sobrepintados en algún tiempo posterior por los mismos que además dibujaron las figuras simbólicas. Los fragmentos de cerámica halladas al pie de la roca podrían ser contemporáneos de la parte pintada; pero nada impediría que fueran más recientes. De la misma época podrían ser las pinturas de "Gingins", en donde no aparecen grecas. También abonaría una relativa antigüedad de los motivos simbólicos el proceso de "ornamentalización" que hemos admitido para una etapa, naturalmente, posterior.

Tanto éste como el anterior tipo de manifestaciones rupestres pudieron haber llegado hasta la Conquista, al menos en algunas zonas. Con mayor probabilidad aún, el que colgaríamos a continuación. Es el que incluye figuras aisladas de fuerte geometrización (no grecas), como las pinturas de Puerto Tigre, algunas de "Bello" y de Cholila. No hay duda que la tendencia geométrico-ornamental existía aún mucho antes de la influencia araucana, como lo prueba el tubo de adorno desenterrado

por BIRD en la cueva de Fell, correspondiente al IV^o período magallánico (Tehuelchense I y II de MENGHIN: 2000 a. J. C.-1400 d. J. C. aproximadamente). Dicho objeto presenta en toda su extensión un bello doble zig-zag inciso (BIRD, 1946, lám. 10, abajo). A la misma época han de pertenecer las placas grabadas del tipo "arcaico", con su ornamentación en sencillos aunque ordenados trazos geométricos (BORMIDA, 1952, fig. 37, p. 73). Aún parte de las placas "histomorfas" han de ser de factura más antigua que el comienzo de la tejeduría en estas regiones. La tendencia geometrizar se acentuó sin duda con las primeras influencias neolíticas en la Patagonia, muy anteriores a la hipotética presión araucana. Por otra parte, sabemos que los tehuelches decoraban a sus quillangos en forma complicadamente geométrica, cuyo origen muy probablemente fue simbólico, dado el carácter sagrado de esa prenda.

Por eso, si bien recientes y de tiempo post-Conquista, en muchos de sus exponentes, no considero demasiado segura la atribución araucana de todos los motivos geométrico-ornamentales de las pinturas sobre roca. Por lo demás, no conocemos más que una manifestación rupestre situada en el *habitat* histórico del pueblo mapuche, y que es de factura y estilo completamente distinto de todas las obras conocidas al oriente de los Andes centro-meridionales (v. OYARZUN, 1910) (*). Por otra parte, la misma pintura de Malavaca contiene ya series de figuras irregularmente escalonadas. De cualquier modo, parece difícil que, extendiéndose el resto del haber rupestre patagónico por casi 10.000 años, hayan sido ejecutadas la gran mayoría de las pictografías de la zona cordillerano-neuquina —cuyo número no es mucho menor que el de todas las restantes juntas— en un exiguo período de dos o tres siglos, en una época conmocionada y anormal que precipitó la reconocida "barbarización" de los indígenas sobrevivientes. Otra indicio es la carencia de todo dato al respecto provenientes de las fuentes

(*) Ultimamente ha sido publicado un interesante conjunto con petroglifos de simbolismo femenino semejante, al pie de la Cordillera Oriental de Bolivia (Río Pachene): K. HISSINK, *Felsbuder und Salz der Chimanen-Indianer*, en "Paideuma", VI-2 (1955).

históricas. Estas, si se ocupan de las pinturas indígenas, se refieren tan sólo a las corporales.

Hay que aclarar, a este respecto, que la influencia araucana que AMBROSETTI creyó percibir en los objetos líticos grabados de la zona pampeano-patagónica, no era reciente —única hoy día admitida—, sino de muchos siglos anterior a la Conquista.

Uno de tantos indicios de que muchos elementos del arte rupestre del Neuquén poseen remotas raíces andinas, nos lo dan los fragmentos de cerámica pintada e incisa exhumados por BENNETT en Chavín (más antigua fase de las altas culturas del Perú). Hallamos allí, al lado de otros motivos más complicados, *la circunferencia con punto central*, así como la circunferencia simple (BENNETT, 1946, figs. 2 y 3).

Aún más sorprendente resulta el hallar como motivos decorativos en la cerámica pintada en negativo del período de Gallinazo (más o menos contemporáneo con el Mcchica), circunferencias sencillas con punto, rodeadas de puntos o círculos más pequeños, y semicircunferencias múltiples concéntricas en forma de U; figuras que se hallan en algunas de las antiguas estaciones rupestres de la Patagonia, y que comentamos poco antes (v. BENNETT, 1946, fig. 6).

En síntesis, se puede suponer que las pinturas rupestres del grupo reciente, de evidentes conexiones con motivos histomorfos y andinos en general, son anteriores al año 1700 (generalización del uso del caballo en Patagonia), habiéndose quizás originado el grueso de sus manifestaciones en los cinco o seis siglos precedentes ⁽²⁴⁾. Puede admitirse una influencia

⁽²⁴⁾ Habría una leyenda según la cual, tras una lluvia de ceniza que en el año 1621 azotó a la Patagonia durante varias semanas, un grupo de *machis* o hechiceras ahuyentaron a los leones ocupantes de las cuevas del cerro que de ellos tomó su nombre, para instalarse en ellas (C. ABOLF, 1953). Aún tomándolo como dato histórico (de por sí poco probable), pudo haber períodos anteriores de ocupación de dichas cuevas, y consiguiente confección de las pinturas. Desgraciadamente, su suelo ha sido removido por turistas y aficionados sin método alguno (VIGNATI, 1944 IV, pág. 105); pero tal vez en sus capas profundas todavía se puedan efectuar investigaciones estratigráficas. No obstante, debe admitirse que el estilo de sus pinturas podría corresponder al siglo XVII (v. fig. 51).

chileno-araucana, pero que no hizo más que acentuar en sentido histomorfo-ornamental las tendencias geométricas manifestadas desde siglos atrás. Proceso semejante sucedió con las placas grabadas, el que también se habría producido, según BÓRMIDA, en la época anterior al comienzo del "horse complex" en esta área geográfica.

Posteriormente a su redacción, he tenido la satisfacción de ver confirmados estos conceptos por el propio avance de las investigaciones del Dr. Menghin. Este diferencia actualmente dentro del grupo reciente de obras rupestres patagónicas: a) el *estilo de grecas*, predominantemente de color rojo oscuro, siendo sus motivos figuras regulares en forma de triángulos, rectángulos, rombos y cruces escalonadas, líneas almenadas y meándricas, círculos simples y concéntricos, y "soles"; y, el más interesante, la figura laberíntica formada por trazos rectilíneos ininterrumpidos, como los hemcs visto en la Península Huemul, así como en nuevos yacimientos en Río Negro y Chubut, apareciendo también en objetos mobiliarios. Acerca de su fuente cultural dice: "El arte ornamental de la cultura calcolítica de Barreales, especialmente la decoración de su alfarería grabada, muestra muchas correlaciones estilísticas con el "estilo de grecas" patagónico; hay hasta coincidencias asom-

Algo más irregulares son los dibujos del cerro Carbón que acompañan al supuesto "jinete", que dataría de la misma época o aún algo posterior; lo curioso es que ninguna de las expediciones venidas de Chile empleó el caballo, por las dificultades topográficas. ¿Habría que suponer a esta figura un reflejo de alguno de los raros viajes provenientes de territorio rioplatense, como la expedición de Cabrera del año 1622? ¿O habrá que fecharla en la época plenamente ecuestre del indígena, o sea, en el siglo XVIII? ¿O bien, confirmaría esto el sorprendente dato de Diego Flores de León, de que ya al principio del siglo XVII —80 años después de la introducción del caballo por D. Pedro de Mendoza, a 1500 Km. de esta zona— los *payas* del Nahuel Huapí poseían "muchos caballos y perros de caza"?

El asunto podría resolverse con alguna racionalidad, suponiendo al caballo *de importación indígena desde Chile*. No olvidemos que los araucanos adoptaron tempranamente el caballo en sus luchas contra el Conquistador: segunda mitad del siglo XVI (J. M. COOPER, *The Araucanians*, pág. 704, en Handbook of S. Am. Indians, II, págs. 687-760).

brosas en la combinación de los motivos. *La antigua teoría del origen araucano de las grecas patagónicas, que tomé por correcta en mi trabajo de 1952, ya no es sostenible a la luz de estas nuevas perspectivas*" (MENGHIN, 1957; el subrayado es mío).

b) Menos frecuente, y por lo general relacionado con el anterior, es el *estilo de miniaturas*, formado por líneas finamente onduladas o escalonadas, generalmente de forma triangular. Menghin lo sitúa entre el fin del Tehuelchense medio y el comienzo del Tehuelchense III (siglo XV).

c) *Estilo de símbolos complicados*: a diferencia de los signos sencillos ("series de rayas, zig-zag, cruces, círculos simples y concéntricos, cuadrados, etc."), cuya atribución cronológico-estilística es a menudo dudosa, tratase de un grupo de pinturas que poseen como rasgos comunes "la predilección por motivos arqueados, el empleo de puntos, rayas y otras entidades geométricas para formar muestras ornamentales, la ocurrencia de rastros de animales, ante todo series de pisadas de avestruz, y el policromismo" (ibid.). Aquí habría que incluir, al parecer, figuras humanas fuertemente esquematizadas. Corresponde, en parte al menos, a nuestro estilo C de pinturas neuquinas, cuyas vinculaciones alóctonas ya hemos comentado. Para Menghin, una de sus raíces se halla en el "estilo de pisadas", situándose su comienzo en la segunda mitad del primer milenio d. J. C., y llegando hasta la Conquista.

El arte rupestre es hoy por hoy indiscutiblemente el aspecto más interesante y fructífero de la arqueología del Neuquén. Esto lo apreció ya Francisco de APARICIO hace veinte años, quien igualmente entrevió las conexiones que recién hoy se nos comienzan a aclarar, entre el Neuquén y el N. O. argentino y Córdoba, por un lado, y la provincia de Santa Cruz, por otro, así como con América del Norte (1935 a, p. 99). Es de lamentar que no hubiese tenido ocasión de efectuar el proyectado estudio de conjunto que hoy nos resulta de más en más indispensable. Sólo cabe esperar que la ampliación de las investigaciones tan promisoriamente emprendidas por el Dr. Menghin y sus discípulos permita su realización en forma metódica y con base segura.

B I B L I O G R A F I A

- ADAM, LEONHARD: 1947, *Arte Primitivo*. Buenos Aires.
- ALMAGRO, MARTÍN: 1947, *Arte Prehistórico*. En "Ars Hispaniae". I, pp. 11-133. Madrid.
- ALVAREZ, GREGORIO, Y ROBLEDO BRUZZONE, OMAR: 1951, *Los grabados rupestres pehuenches de Colo Michi Co (Neuquén)*. En "Neuquenia", año I, Nº 3, pp. 6-8. Buenos Aires.
- AMADEO ARTAYETA, ENRIQUE: 1950, *Grutas habitadas por el hombre a casas de piedra en la Precordillera andina*. En "Anales del Museo Nahuel Huapi", II, pp. 129-135. Buenos Aires.
- AMBROSETTI, JUAN B.: 1895, *Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta*. En "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", XVI, pp. 311-346. Buenos Aires.
- AMBROSETTI, JUAN B.: 1897, *Los monumentos megalíticos del valle de Tafi (Tucumán)*. Ibid., XVIII, pp. 105-114. Buenos Aires.
- AMBROSETTI, JUAN B.: 1904, *Insignia lítica de mando de tipo chileno*. En "Anales del Museo Nacional de Buenos Aires", t. XI (Serie III, t. IV), pp. 25-32. Buenos Aires (1905).
- APARICIO, FRANCISCO DE: 1928, *Investigaciones arqueológicas en la región serrana de la provincia de San Luis*. En "Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti" (Roma, 1926), t. I, pp. 453-466. Roma.
- APARICIO, FRANCISCO DE: 1935 a, *Grabados rupestres en el territorio del Neuquén*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, t. III, pp. 99-107. Buenos Aires.
- APARICIO, FRANCISCO DE: 1935 b, *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*. Ibid., pp. 61-92.
- APARICIO, FRANCISCO DE: 1935 c, *La "Piedra marcada de San Buena"*. En "Physis", XI, pp. 472-477. Buenos Aires.
- APARICIO, FRANCISCO DE: 1948, *The Archeology of the Paraná river*. En "Handbook of South American Indians", vol. III, pp. 57-67. (Smithsonian Institution, Bulletin 143). Washington D. C.
- AROLF, CARMEN: 1953, *El Cerro de los Leones*. En "La Nación", suplemento dominical del 19 de julio. Buenos Aires.
- BENNETT, WENDELL C.: 1946, *The archeology of the Central Andes*. En "Handbook of South American Indians", vol. II, pp. 61-147. Washington D. C.
- BIRD, JUNIUS B.: 1946, *The archeology of Patagonia*. Ibid., vol I, pp. 17-24.

BORMIDA, MARCELO: 1952, *Pámpidos y Australoides; coherencias ergológicas y míticas*. En "Archivos Ethnos", serie B, N° 6, pp. 51-82. Buenos Aires.

BREUIL, H. Y LANTIER, R.: 1951, *Les Hommes de la Pierre Ancienne*. París.

BRUCH, CARLOS: 1902, *La piedra pintada del arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes*. En "Revista del Museo de La Plata", t. X, pp. 173-176. La Plata.

BRUCH, CARLOS: 1904, *La Piedra Pintada del Manzanito (territorio del Río Negro)*. *Ibid.*, t. XI, pp. 71-72.

CANALS FRAU, SALVADOR: 1950, *Prehistoria de América*. Buenos Aires.

CANALS FRAU, SALVADOR: 1953, *Las Poblaciones Indígenas de la Argentina*. Buenos Aires.

CORNELY, FRANCISCO L.: 1952, *Cultura Diaguita-Chilena*. En "Revista Chilena de Historia Natural", años LI-LIII, pp. 119-262. Valparaíso.

DEBENEDETTI, SALVADOR: 1917, *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*. Publicaciones de la sección Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 15. Buenos Aires.

DEODAT, LEONCIO S. M.: 1946, ¿"Chenke" o "Coshom"? *Una pequeña cuestión lexicográfica de la arqueología argentina*. En "Argentina Austral", año XVIII, N° 180. Buenos Aires.

GARDNER, G. A.: 1931, *Rock-paintings of North-West Córdoba*. Oxford.

GRESLEBIN HÉCTOR: 1926, *Los motivos decorativos en el instrumental lítico de Patagonia prehistórica (Noticia preliminar)*. En "Physis", VIII, pp. 316-323. Buenos Aires.

GRESLEBIN, HÉCTOR: 1930, *Descripción de dos nuevas placas rectangulares grabadas de Patagonia prehistórica. Algunas presunciones más sobre su probable utilización*. En "Physis", X, pp. 8-16.

GRESLEBIN, HÉCTOR: 1932, *Sobre la unidad decorativa y el origen esqueiomorfo de los dibujos del instrumental lítico de la Patagonia prehistórica*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, serie A, tomo II, pp. 99-115. Buenos Aires.

HARRINGTON, TOMÁS: 1932, *Algunas pictografías de la región cordillerana de los territorios del Río Negro y Chubut*. En "Physis", XI, pp. 306-307 (resumen). Buenos Aires. (Trabajo presentado y comentado por H. Greslebin).

IMBELLONI, JOSÉ: 1952, *Dibujos y objetos trifidos, tridentes y triglifos*. En "Runa", t. V, pp. 186-203. Buenos Aires.

IRIBARREN CHARLIN, JORGE: 1952, *Nuevos hallazgos arqueológicos de la Cultura de El Molle*. En "Revista Universitaria" (Universidad Católica de Chile). Año 36, N° 1, pp. 131-134. Santiago. (Tirada aparte, 1952).

KÜHN, FRANZ: 1914, *Estudios sobre Petroglifos de la región Diaguita*. Publicaciones de la sección Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras, Nº 13. Buenos Aires.

LAGIGLIA, HUMBERTO: 1956 a, *La Gruta del Indio del Rincón del Atuel. Un reparo con pinturas rupestres de San Rafael (Mendoza)*. En "Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael", t. I, entrega 1, pp. 5-18. San Rafael.

LAGIGLIA, HUMBERTO: 1956 b, *Estudios arqueológicos en el Rincón del Atuel (Dpto. San Rafael, Mendoza): II) Un nuevo reparo con pinturas rupestres en el Rincón del Atuel*. En "Anales de Arqueología y Etnología", t. XII. Mendoza. (1957).

LEDESMA, RAÚL: 1956, *Petroglifos, "Morteros" y "Chenques" del N. W. Neuqueniense*. En "Neuqueniana", año V, Nº 26, pp. 7-8. Buenos Aires.

MEDINA, JOSÉ TORIBIO: 1882, *Los Aborígenes de Chile*. Santiago.

MENGHIN, OSVALDO F. A.: 1952 a, *Las Pinturas Rupestres de la Patagonia*. En "Runa", V, pp. 5-22. Buenos Aires.

MENGHIN, OSVALDO F. A.: 1952 b, *Fundamentos Cronológicos de la Prehistoria de la Patagonia*. Ibid., pp. 23-43.

MENGHIN, OSVALDO F. A.: 1956, *Vorgeschichtliche Labyrinth-Symbole aus Argentinien*. En "Kosmos", año 52, Nº 4, pp. 177-179. Stuttgart.

MENGHIN, OSVALDO F. A.: 1957, *Estilos del Arte Rupestre de Patagonia*. En "Acta Praehistorica", t. I. Buenos Aires. (En prensa).

MÉTRAUX, ALFRED: 1929, *Contribution a l'Éthnologie et l'Archéologie de la province de Mendoza*. En "Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán", t. I, pp. 5-73. Tucumán.

MORENO, FRANCISCO P.: 1891, *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca*. En "Revista del Museo de La Plata", t. I, pp. 203-236.

MORENO, FRANCISCO P.: 1898, *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. Ibid., t. VIII, pp. 199-372.

ONELLI, CLEMENTE: 1904, *Trepando los Andes*. Buenos Aires.

OUTES, FÉLIX F.: 1904, *La alfarería indígena de Patagonia*. En "Anales del Museo Nacional de Buenos Aires", t. XI (Serie 3, t. IV), pp. 33-41. Buenos Aires.

OUTES, FÉLIX F.: 1916, *Las placas grabadas de Patagonia. Examen crítico del material conocido y descripción de nuevos ejemplares*. En "Revista de la Universidad de Buenos Aires", t. XXXII, pp. 611-624. Buenos Aires.

OUTES, FÉLIX F.: 1917, *La materialización del Cherruwe araucano*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", vol. 83, pp. 81-86. Buenos Aires.

OYARZUN, AURELIANO: 1910, *Los Petroglifos de Llaima*. Santiago de Chile.

PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ: 1941, *El Arte Rupestre en Colombia*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Publicaciones del Instituto Bernardino de Sahagún, Serie A, Nº 1, Madrid.

PLAGEMANN, A.: 1906, *Über die chilenischen "Pintados". Beitrag zur Katalogisierung und vergleichenden Untersuchung der südamerikanischen Piktographien*. (Trabajo presentado al XIV Congreso Internacional de Americanistas, Stuttgart, 1904).

PORTUGAL, MAKS: 1945, *Arqueología y Pictografías de Copacabana*. En "Revista Geográfica Americana", vol. XXIV, Nº 147, pp. 347-353. Buenos Aires.

QUIROGA, ADÁN: 1901, *La Cruz en América*. Buenos Aires. (Las citas son de la edición de 1942, Ed. Americana, Buenos Aires).

QUIROGA, ADÁN: 1931, *Petrografías y Pictografías de Calchaquí*. Ed: Universidad Nacional de Tucumán. (El manuscrito data de 1901).

ROUSE, IRVING: 1949, *Petroglyphs*. En "Handbook of South American Indians", vol. V, pp. 493-502. Washington D. C.

RUSCONI, CARLOS: 1939, *Algunos petroglifos de Mendoza*. En "Revista Geográfica Americana", vol. XII, Nº 73, pp. 288-290. Buenos Aires.

RUSCONI, CARLOS: 1941, *Fuentes de ofrendas de los aborígenes prehispánicos de Mendoza*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", t. 131, pp. 212-221. Buenos Aires.

RUSCONI, CARLOS: 1946, *La cueva pintada del Lagarto*. *Ibid.*, t. 142, pp. 49-61.

RUSCONI, CARLOS: 1947 a, *Algunas cuevas con pinturas rupestres de San Rafael (Mendoza)*. En "Revista Geográfica Americana", t. XXVII, pp. 103-108.

RUSCONI, CARLOS: 1947 b, *Petroglifos y pictografías de Mendoza y San Juan*. En "Ciencia e Investigación", Año III, Nº 2, pp. 61-67.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, NICOLÁS: 1957, *Pictografías del Hoyo de Epuyén (Prov. de Chubut, Argentina)*. En "Acta Praehistorica", t. I. Buenos Aires. (En prensa).

SCHOBINGER, JUAN: 1953, *Altamerikanische Steinkunst in Neuquén*. En "Südamerika", Año IV, Nº 1, pp. 48-51. Buenos Aires.

SCHOBINGER, JUAN: 1954 a, *Arqueología del territorio del Neuquén*. (Tesis de doctorado, mecanografiada). Buenos Aires.

SCHOBINGER, JUAN: 1954 b, *Arqueología del territorio del Neuquén*. En "Neuquenia", Año V, Nº 24, pp. 7-8. Buenos Aires.

SCHOBINGER, JUAN: 1956, *El arte rupestre del territorio del Neuquén*. En Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena, Boletín Nº 8, pp. 23-25. La Serena.

SERRANO, ANTONIO: 1947, *Los Aborígenes Argentinos*. Buenos Aires.

STRUBE, LEÓN: 1928, *Felsbilder in Chile*. En "Ipek", 1928, pp. 92-95. Leipzig.

TORRES, LUIS MARÍA: 1923, *Exploración arqueológica al sur de San Carlos (Prov. de Mendoza)*. Noticia preliminar. En "Revista del Museo de La Plata", t. XXVII, pp. 286-305.

VERNEAU, RENÉ: 1903, *Les anciens Patagons. Contribution à l'étude des races précolombiennes de l'Amérique du Sud*. Monaco.

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1934, *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*. En "Notas Preliminares del Museo de La Plata", II, pp. 77-151.

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1935 a, *Una pictografía de los alrededores de San Martín de Los Andes*. En "Revista Geográfica Americana", t. IV, pp. 407-410. Buenos Aires.

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1935 b, *Algunas pictografías de Neuquén*. En "Physis", XI, pp. 513-514 (resumen). Buenos Aires.

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1936, *Nuevas investigaciones antropológicas en la provincia de San Luis*. Notas del Museo de La Plata, t. I, Antropología, N° 4, pp. 359-379.

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1937, *La pictografía de La Ciénaga en la provincia de San Luis*. En "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", t. I, pp. 71-76. Buenos Aires.

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1944, *Antigüedades en la región de Los lagos Nahuel Huapí y Traful*. Notas del Museo de La Plata, t. IX, Antropología, Nros. 23 a 29, pp. 53-165.

Comprende las siguientes monografías:

- I) *El enterratorio de Puerto Huemul* (pp. 52-82).
- II) *Una paccha argentina* (pp. 85-93).
- III) *Pinturas rupestres del lago Nahuel Huapí* (pp. 95-102).
- IV) *Hallazgos en Cerro Leones* (pp. 103-117).
- V) *El Cementerio del Río Limay* (pp. 119-141).
- VI) *El paradero de Yankin* (pp. 143-148).
- VII) *Reliquias indígenas en la región del Traful* (pp. 149-165).

VIGNATI, MILCÍADES ALEJO: 1950, *Estudios antropológicos en la Zona Militar de Comodoro Rivadavia*. En "Anales del Museo de La Plata" Nueva serie, Sección Antropología, N° 1, pp. 7-18. La Plata.

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS EN EL RINCON DEL ATUEL

(Dpto. San Rafael, Mendoza)

Por HUMBERTO A. LAGIGLIA

I

EL PARADERO INDÍGENA DEL RINCÓN DEL ATUEL

Introducción

En el "Rincón del Atuel" —en un paraje llamado "El Escorial", situado al sur del Río Atuel, a unos 28 km. de la Ciudad de San Rafael (Provincia de Mendoza)— existe una vasta e interesante comarca arqueológica. Dentro del campo de los Lima, al naciente ⁽¹⁾, y de Correa, al poniente, se extiende la zona donde se distribuían las primitivas viviendas indígenas. En diferentes oportunidades he dado noticias de los hallazgos realizados en este paradero ⁽²⁾.

En las proximidades de este paradero, se encuentra un gran reparo natural, denominado Gruta o Cueva del Indio del Rincón del Atuel, donde existen interesantes pinturas indígenas rupestres, que dí a conocer en otra oportunidad ⁽³⁾. En las proximidades se ubica el "Pucará del Atuel", construído por tribus del grupo huarpe, que habitaron la comarca en épo-

(1) Se ha tomado como punto de referencia, para señalar el naciente y el poniente, el Río Seco Morado (es un curso de agua pluvial).

(2) Diario La Capital, San Rafael, 24/5/56. Los Andes, Mendoza, 1/7/56. El Comercio, San Rafael, 13/9/56. Los Andes, Mendoza, 14/9/56.

(3) LAGIGLIA, 1956.

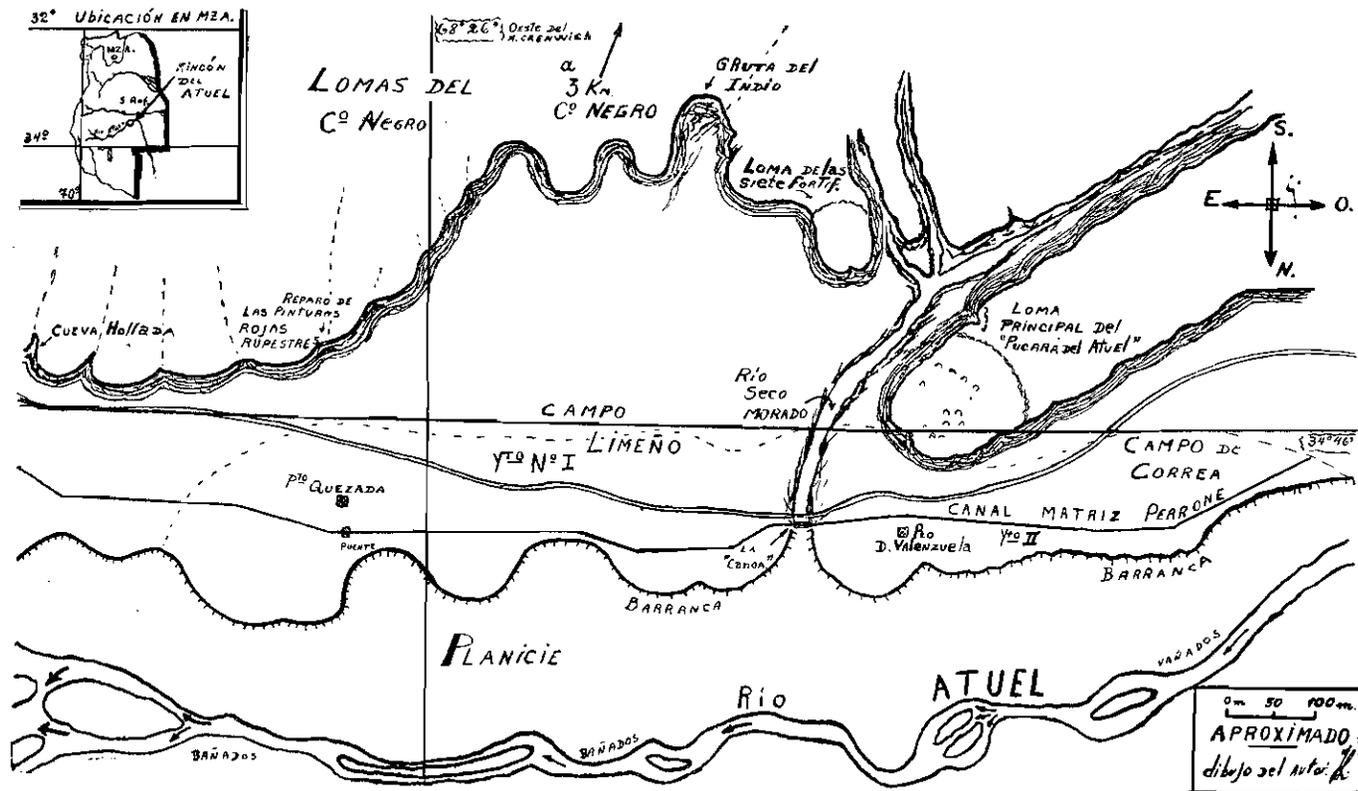


Fig. 1. Levantamiento topográfico de la comarca arqueológica del Rincón del Atuel. (Efectuado por la Jefatura de Topografía, de la Secretaría de Estudios Mineralógicos y Geológicos del Museo de Historia Natural de San Rafael, Junio de 1956).
Bibl.: Cartas del Instituto Geográfico Militar, 1942.



Fig. 2. Vista panorámica de la región arqueológica del Rincón del Atuel donde están situados los distintos monumentos arqueológicos. 1) Reparo de las pinturas Rojas Rupestres, 2) Gruta del Indio del R. Atuel, 3) Loma de las siete fortificaciones, 4) Loma principal del Pucará del Atuel, 5) Zona donde comienza el emplazamiento del paradero indígena. (Foto del Mus. Hs. Nat. de San Rafael, documentación fotográfica y foto-montaje: José Vrana).

cas prehispánicas (véase la tercera contribución de esta serie). También se halla en las cercanías el "Reparo de las Pinturas Rojas Rupestres", cuyos motivos pictóricos, correlacionados con las decoraciones de la cerámica del Condorhuasi Clásico, describiré más abajo.

Antes de comenzar los estudios, quiero agradecer a mis colaboradores: Enrique Utgés, Eduardo Rodríguez, José Vrana, Angel y César Di Césare, Joaquín Segura, Raúl y Romelio Ferreira, Raúl Quintano, Julio Ratto y Jorge San Vicente, quienes colaboraron ampliamente en las exploraciones y revisiones minuciosas del terreno.

Aspectos Fisiográficos.

1) **Característica del Paradero.** La mayoría de los lugares donde se han asentado tolderías o viviendas indígenas—en la región sureña mendocina y en toda la Patagonia extraandina— son medanosos. En cambio, en el Rincón del Atuel, hay partes donde se observa simplemente la capa de tierra fértil, que por sus condiciones es bien apta para la agricultura.

La arena también se presenta en este paradero, pero no constituye verdaderos médanos sino que se reduce a una pequeña capa superficial de pocos centímetros. La barranca del río es, con respecto al nivel normal del cauce de este último, en partes alta y en otras baja (ver figs. 3 y 4). Hay un lugar en que la barranca tiene más de 10 m. de altura, pero está situado por fuera del límite del paradero, en el Campo de Lima. Se puede considerar esta llanura, como un valle fértil, que se extiende desde las bardas acantiladas hacia la barranca del río Atuel, formando antes de éste una vasta planicie con leve pendiente hacia el cauce.

Ocupa el paradero una extensión de 1500 a 2000 m. de largo, formando una franja de 200 a 500 m. de ancho, que recorre las proximidades de la barranca del río. Las bardas acantiladas en parte se aproximan a la barranca del río, y varían según esta comparación, de 200 m. a 1500 m. y más. (Ver el levantamiento topográfico de la zona, fig. 1). La planicie, o más bien el valle del Rincón del Atuel, no presenta sinuosi-

dades ni desniveles marcados, sino que es llano, aunque a veces interrumpido por pequeños cursos de agua no permanentes, o pluviales.

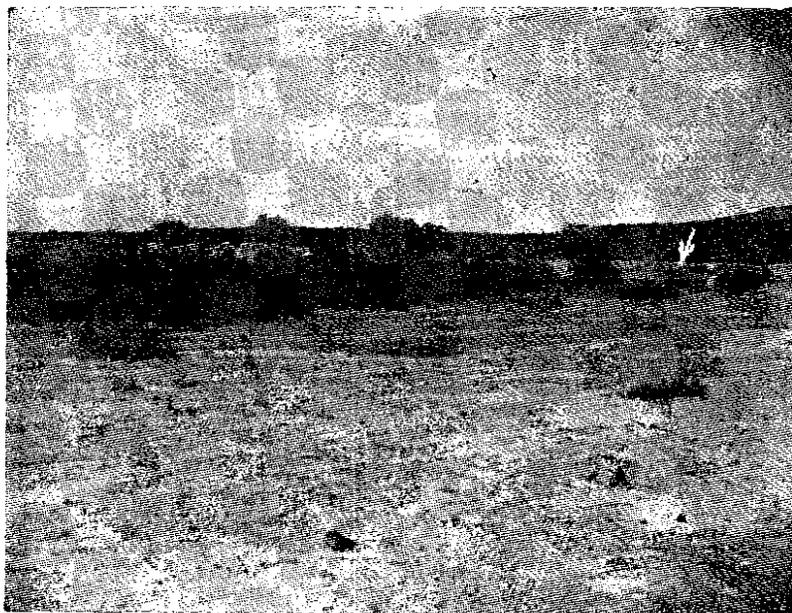


Fig. 3. Vista de La Canoa, parte terminal del Río Seco Morado y del vaciniendo arqueológico N° 1 del Campo de Lima. La flecha indica la situación de "La Canoa" (*).

Hacia el oeste se encuentra el Río Seco Morado, que desemboca en el río Atuel, pasando por el punto "La Canoa", debajo del Canal Matriz Perrone, que cruza en toda su extensión ese amplio paradero indígena.

2) **Noticia sobre la Fitogeografía del Paradero.** La vegetación es muy interesante y existen arbustos de gran tamaño, mediante los cuales puede apreciarse la fertilidad de ese valle arqueológico. El tipo de vegetación, responde al monte xerófilo bajo (matas pequeñas, arbustos y cactáceas). Existen en las proximidades del río algunos bañados, donde preferentemente se hallan plantas de esos ambientes higrófilos, como cortaderas, juntos, etc.

(*) NOTA: Las fotografías de este trabajo son del Museo de Historia Natural de San Rafael; documentación fotográfica, José Vrana.

Hacia las proximidades del Puesto de Quezada, la vegetación se presenta más tupida y del monte bajo se transforma en el alto, estando esta parte integrada con preferencia de algarrobos, retamos, chañares, jarillas, etc. En dirección al puesto de Domingo Valenzuela, la vegetación va decreciendo en altura y de los tres metros aproximadamente que alcanza en esas partes del naciente del yacimiento, disminuye hasta menos de dos metros de altura y se hace menos espesa; ha-

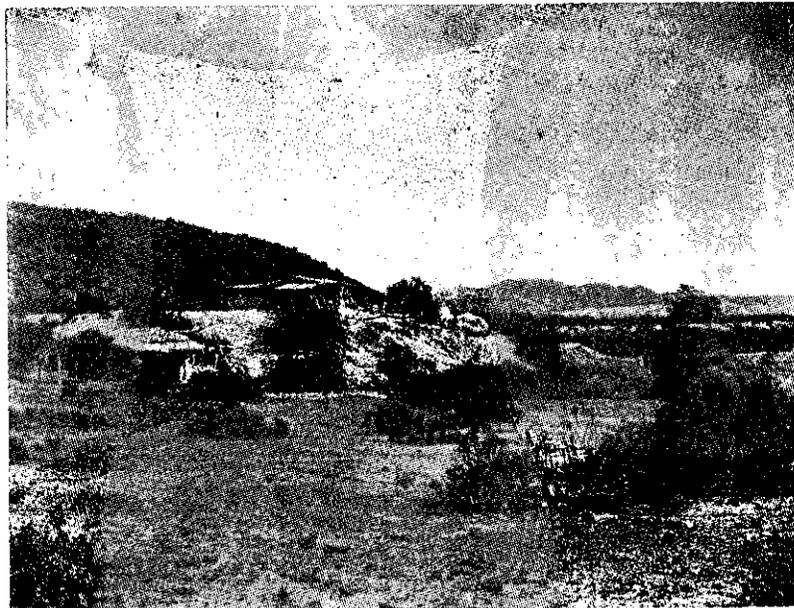


Fig. 4. Puesto de Domingo Valenzuela y yacimiento arqueológico No 2. En el fondo se observa la Loma Larga, donde se hallan las ruinas del "Pucará del Atuel". (Excursión Lagiglia-Rodríguez).

cia el poniente la vegetación es sumamente frondosa, existen variedades de diversas familias de plantas terrícolas, parásitas (loranto o liga), epífitas (clavel del aire), litófitas (líquenes), etc. Abundan también, jarillas, retamos, chañares, caldenes, alpataco, gramíneas, etc. y demás variedades de cactáceas y plantas espinosas características de esos terrenos xerófilos.

3) **La fauna, breves determinaciones.** La fauna de la zona del Rincón del Atuel es muy interesante y variada. Exis-

ten especies de mamíferos diversos, los cuales han sido —según parece— aprovechados por los antiguos habitantes de esa comarca—. Los principales mamíferos son: chinchillón, vizcacha, cuises, liebres, zorros, pumas, etc.

Las aves también son abundantes y variadas; una de ellas que requiere mayor atención es el avestruz, que suele ser visto en esa zona en las Lomas del Cerro Negro, Pampa de la Sándia, etc.

Habitantes del Rincón del Atuel (El Escorial).

Esta comarca tan propicia por su gran interés ecológico, ha sido aprovechada para la vivienda de distintos grupos humanos para instalar en ella sus tolderías. Podemos considerar dos horizontes etnográficos —en un orden cronológico relativo— en esa región.

Los primeros pobladores conocidos parecen haber sido los “Huarpes”; a ellos se deben las construcciones líticas del Pucará del Atuel, para fijar cuestiones limítrofes con las tribus nómades del sur de Mendoza. También algunos hallazgos arqueológicos característicos de esa cultura, procedentes del paradero de la Gruta del Indio, etc., son huarpeanos.

Como expresa Canals Frau (1937, p. 96), nada se sabe de los límites norte y oeste del territorio que ocuparon los huarpes millcayac; en cambio, los documentos analizados indican claramente sus límites en el sur de la provincia de Mendoza.

El habla de los huarpes millcayac, es conocida por las antiguas fuentes históricas, bajo la denominación de “lengua de la tierra”. Los millcayac habitaron desde el norte de la provincia de Mendoza hasta las zonas del Diamante y Atuel, tal como consta en las declaraciones dadas a conocer por el Dr. Pablo Cabrera (1929). En efecto, las declaraciones prestadas en el siglo XVII, por seis indígenas apresados, indicaron que eran naturales de las riberas del Diamante y del Atuel. Estas declaraciones fueron efectuadas en la “lengua de la tierra” o “millcayac”. También consta en esa fecha, que los indios situados al sur del paralelo 35° latitud sur, no conocían el idioma millcayac y se expresaban en habla distinta (la desconocida “lengua de tierra adentro” o de los “puelches de Cuyo”).

Históricamente podemos decir que los huarpes vivieron en las zonas del Diamante y Atuel. Es por esto que varios autores extienden

sus límites australes hasta las zonas del Diamante. (Canals Frau, 1946, pp. 67-68; 1953, p. 373; Serrano, 1947, p. 151).

No muy lejos del Diamante se encuentra el Rincón del Atuel, distante a 10 km; es hasta la fecha la única zona del río Atuel que ha proporcionado rastros arqueológicos de cultura huarpe.

Los datos suministrados por los documentos trascriptos por el P. Cabrera, sobre los indios de "lengua de la tierra", naturales del Atuel, no son muy precisos. En cuanto a los huarpes del Valle del Diamante, se tienen datos más exactos.

Basados en estos antecedentes, juntamente con la arqueología del Rincón del Atuel que estudiamos, llegamos a conclusiones firmes que permiten reconocer un horizonte etnográfico más antiguo; es decir: que los primeros pobladores de esa zona fueron los huarpes millcayac.

Los huarpes del Rincón del Atuel emplazaron un fuerte de piedra, cuando comenzaron a producirse los procesos de araucanización del siglo XVII. Después de esta fecha, toda la región fue invadida por los pehuenches y puelches araucanizados.

El segundo horizonte corresponde a los Pehuenches araucanizados y a algunos Puelches también araucanizados, instalados allí luego de haber desplazado a los huarpes hacia el norte. Sería muy difícil determinar con exactitud los antecedentes que el historiador mendocino Fernando Morales Guñazú fija al referirse a los habitantes de esta comarca. Dice —según antecedentes dados por él— que los indígenas que habitaron el paraje de "Las Juntas" (denominación que se daba a la zona de confluencia de dos brazos de los ríos Diamante y Atuel, distante a 10 km. al N.E. del lugar que estudiamos) debieron ser los del llamado actualmente Rincón del Atuel. Al tratar los habitantes, que según el referido autor, residieron en el Rincón del Atuel, expresa: "En el lugar que ubica el Pucará del Atuel, en 1824 residían algunos puelches del Cacique Goico, quien por esa época empezó a vender las tierras de esa zona". "Para esa fecha ya hacía cerca de quince años que el cacique Goico se había instalado con su tribu en las proximidades del Fuerte de San Rafael, que en 1810 se había trasladado desde "Las Juntas" al paraje que después se llamó 25 de Mayo, donde fue el asiento de las autoridades hasta el año 1892 ó 93".

"En la localidad en que se había asentado la tribu de Goico, sólo quedaron indios del cacique Roco, quien había ve-

nido a situarse en ese emplazamiento en el año 1787, a raíz de la paz que celebraron con el gobierno sus parcialidades”.

“Consta en nuestro Archivo Provincial que juntamente con el cacique Roco y sus tribus, vinieron en esa fecha los caciques Antepan, Antipan, alias Barbar, y Cuyanao, y los indios Cayugur, Caronao, Pangüechinüe, Eppucal, Millán, Millapy”, (y varios más, incluso puelches).

“El cacique Roco era casado con doña María Ignacia de Guatenao, hija del cacique Guatenao cuyas tribus asentaban en los valles que existen al pie del cerro “Campanario”.

“Roco que por esos años de 1782 y 83 había enviado a su mujer, con el cacique Antepan, su cuñado, hijo también de Guatenao, a tratar la paz con el gobierno, después del sometimiento del cacique general de los Pehuenches Ancan Amun, se resistía a ir a Mendoza, y cuando hizo el viaje para ratificar el tratado pactado por su mujer, se fugó sin querer firmarlo, lo que motivó su persecución y sometimiento posterior, oportunidad en que se le eligió radicarse con su tribu, parte al sur del Diamante, y parte en las márgenes del Atuel, quedando él asentado en Las Juntas, por lo que suponemos sea la última tribu que habitó en la gruta que existe al costado Este del Pucará del Atuel” (4).

No hemos podido ubicar estos antecedentes en las copias de la sección documental del Archivo Administrativo e Histórico de Mendoza (5) por cuya razón hemos transcripto al pie de la letra los datos del historiador mendocino.

División del Parañero del Rincón del Atuel.

El paradero está comprendido dentro de dos campos particulares; el del naciente que pertenece a los Lima y que es donde se hallaron los mejores restos arqueológicos y donde se encuentran los reparos con pinturas rupestres, y el del poniente, que es de Correa y en el cual también se halla el “Pucará del Atuel”. Al campo de los Lima, donde está compren-

(4) MORALES GUIÑAZÚ, 1938.

(5) Apéndice documental, que acompaña a “Primitivos habitantes de Mendoza”. Anales Primer Congreso de Historia de Cuyo, Tomo II, Mendoza 1937.

dido el paradero, lo hemos llamado "Paradero Limeño" o Yacimiento Arqueológico N° 1; al otro, "Paradero Correíno" o Yacimiento N° 2.

Dichos campos están divididos por linderos; uno de ellos, de madera, se halla cerca de la "Canoa", el otro, de piedra, en la cima de la "Punta de la Loma Larga", costado derecho, cerca del arco de las cinco fortificaciones. Otro lindero se sitúa en el costado izquierdo de la "Loma de las siete fortificaciones", y así sucediéndose en dirección al Cerro Negro. En el yacimiento N° 1 o "Paradero Limeño" se halla el Puesto de Quezada y en el N° 2 ó "Paradero Correíno", el Puesto de Domingo Valenzuela.

Prácticamente el paradero está dividido en dos partes por el zanjón pluvial, llamado Río Seco Morado, que tomamos como referencia partiendo del mismo, para mencionar el poniente o el naciente.

Consideraciones sobre las condiciones de los hallazgos arqueológicos.

Los motivos arqueológicos levantados en esta zona, procedentes del paradero, provienen en su totalidad de la superficie. La acción frecuente y constante de la dinámica externa, despeja la capa superficial y descubre alguno que otro resto oculto bajo una pequeña capita de tierra o arena. También actúa la acción de la sedimentación, que oculta a veces algunos restos superficiales que son luego puestos al descubierto por las lluvias. Estas últimas han permitido el arrastre de algunos restos arqueológicos, de ahí que se encuentren éstos en la planicie del río, y próximos a la barranca. Asimismo en las partes de cursos pluviales pequeños, se hallan en abundancia dichos implementos de factura aborígen. Se ha hallado hasta ahora mayor cantidad de restos arqueológicos en el tramo situado frente a la Gruta del Indio y a ambos costados del "Canal Matriz Perrone".

Hemos hallado también motivos de trenzados de coirón, cañitas de carrizo pintadas, cueros pintados, marlos y chalas de maíz, cuentas del endocarpio del fruto del chañar, etc., durante las excavaciones practicadas en la "Gruta del Indio".

Estudio de los materiales arqueológicos del Paradero del Rincón del Atuel.

a) *Implementos líticos.*

En la comarca se hallan en abundancia elementos líticos destinados a diversos usos (bélicos, cinegéticos, culinarios, etc.).

Entre los implementos recogidos en el paradero del Rincón del Atuel se hallan raspadores, punzones, puntas de flechas, de lanzas, dos instrumentos de uso desconocido, un mortero, dos majadores, etc. El estudio concerniente a los materiales tallados de este paradero serán publicados en un artículo aparte. Daremos aquí una mención preliminar de los mismos:

1) **Puntas de flechas.** Hemos levantado varias de ellas (su número sobrepasa las 40). Las hay perfectamente talladas, algunas con bordes dentados o sinuosos, etc. La mayoría son de forma triangular con bases: rectas, semicirculares, angulares, cóncavas, onduladas, etc.

2) **Puntas de lanzas.** En el yacimiento Arqueológico N^o 1 (Campo Limeño), hemos encontrado dos de ellas, una de ellas tiene una longitud de 50 mm. por una base de 38 mm. La otra se halla fracturada en su extremidad, entera debió tener 80 mm. (act. 60 mm.), su base es de 45 mm.

3) **Punzones.** Se han levantado cinco de ellos; la mayoría están relacionados con varios encontrados en el sur mendocino, el Neuquén, la Patagonia y la provincia de Buenos Aires (6).

4) **Raspadores.** Son muy abundantes en el paradero, hemos recogido más de 45. Sus formas son variables: oblongos, rectangulares, semicirculares, etc.

5) **Núcleos y residuos.** Los núcleos y residuos, son sumamente abundantes en ambos yacimientos; hemos recogido interesantes ágatas, obsidianas, ópalos, etc.

(6) AMEGHINO, 1918.

Implementos de piedra pulida: no son abundantes, pero hemos levantado varios de ellos.

1) **Manitos de morteros (majadores)**. En cada uno de los yacimientos arqueológicos hemos encontrado uno.

Sus características están relacionadas con los hallados en los enterratorios de Viluco (San Carlos) y de otras partes de la provincia de Mendoza. N° 1819, (del Cat. del Dep. de Arqueología y etnografía del Museo de Historia Natural de San Rafael). Proc.: Paradero Limeño, encontrado debajo de un gigantesco prosopis, que interrumpe el nivel normal de la baja espesura de la flora xerófila.

Este majador (fig. 5, c) tiene la forma de un disco aplanado, ovalado de un largo de 13,5 cm., por un ancho de 9 cm. y un espesor de 5 cm. (medidas actuales). Sus dos caras presentan un alisamiento, ligeramente convexo, producido por el frecuente contacto con la otra piedra de moler, durante su uso. Su peso es de 1200 g. Se halla fracturada, motivo por el cual no se puede precisar sus magnitudes. Sus características son de tipo "Huarpe", lo mismo que el siguiente.

N° 1820. Proc.: Yacimiento N° 2 o Paradero Correíno. Esta piedra de majar se levantó próximo a la "Punta de la Loma Larga". Está confeccionada en granito, y tiene las mismas características que la anterior. Es un disco ovalado y aplanado, de un largo de 6 cm. por un ancho de 10 cm. y un grosor de 2,8 cm. Su peso es de 250 g. También se halla fracturado (fig. 5, d). Ambas manitos son de materiales coronoides de arrastre del cauce del río. Las medidas que debieron alcanzar ambas manitos, son las siguientes:

N° 1819: largo: 16 cm.; ancho: 12 cm.

N° 1820: „ 13 „ „ 10 „

Mortero, N° 1509. Fue hallado en la terraza de la Loma de las siete fortificaciones y a unos 25 m. antes del cordón de las construcciones en semicírculos. Se halló fracturado y no pudo encontrarse la otra parte que faltaba. Está confeccionado en una roca de masa granítica.

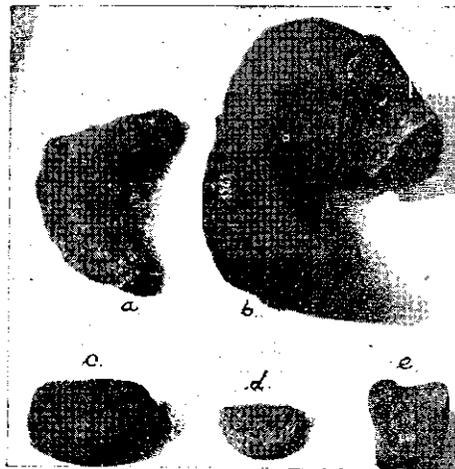


Fig. 5. Implementos líticos procedentes del Rincón del Atuel. a) Pico de Piedra (?), b) Mortero o molino, c) Conana o majador, d) Manito de molino, e) Yunque de piedra (?).



Fig. 6. Corontas o marios indígenas extraídos del subsuelo de la Gruta del Indio del Rincón del Atuel. (Exc. Lagiglia-Sáez-Ferreira).

Su forma prácticamente es la de un paralelepípedo rectangular, con dos socavones en ambas caras, basal y superior. Cada socavada en la masa granítica tiene la form de un semi-óvalo. La superior posee un largo de 30 cm. por un ancho de 16 cm. y una profundidad máxima de 8 cm. La cara basal presenta también un semióvalo; éste tiene un largo de 29 cm. por un ancho de 17 cm. y una profundidad de 6 cm. El grosor del mortero es de 15 cm. por un largo de 50 cm. y un ancho de 30 cm. Es el único hallado en la zona por sus características; está vinculado con los encontrados en zonas de completo dominio huarpe. Según la opinión del autor, debió pertenecer a las tribus huarpes que residieron en la comarca en tiempos Prehispánicos (fig. 5 b).

El uso de los majadores y del mortero. El maíz fue conocido por los aborígenes primitivos de esta región. En el subsuelo de la Gruta del Indio próxima hemos levantado cerca de 40 marlos de características primitivas. Estos residuos alimenticios son de gran importancia, pues algunos de ellos, extraídos de ese lugar en el año 1937 por el Sr Carlos Rusconi (7), han sido enviados a estudiosos norteamericanos, quienes se han interesado debido a sus características primitivas, en parte vinculadas con las halladas en los antiguos cementerios indígenas del Perú. En cuanto a la variedad de maíz empleado, es el morocho: durante las excavaciones levantamos dos granitos que corresponden a esa variedad. En las tumbas de Quillagua (Chile) (8) se han hallado marlos con granos, que pertenecen también a dicha variedad de maíz. Parece ser una especie de maíz muy difundida entre los aborígenes del sur de América. La presencia de marlos en la Gruta del Indio del Rincón del Atuel, nos manifiesta afirmativamente que fue cultivado (fig. 6). No me cabe duda de que estos restos proceden de los huarpes. (del grupo mendocino o *Millkayac*), agricultores sedentarios, y cuyo límite sur pasaba por estas regiones. El uso de los majadores y del mortero, ha sido para la trituration de los granos de maíz, de vainas de algarrobo, etc., para la fabricación de sus productos alimenticios.

(7) RUSCONI, 1945.

(8) IBÁÑEZ, 1939.

Instrumentos líticos de uso desconocido. Hemos levantado dos instrumentos de piedra cuyo uso nos es desconocido. Uno de ellos, —por su forma— debió ser empleado como yunque, para el tallado u otro trabajo de percusión. El otro es sumamente raro y parece haber sido utilizado para cavar o remover la tierra.

Yunque de piedra (?). N° 1507. Proc.: Yacimiento N° 1, próximo a la barranca.

Por sus características deduzco que fue utilizado en los trabajos de percusión. Su morfología nos recuerda a un gigantesco molar. Su cara superior es rectangular, lo mismo que la inferior y tiene un largo de 75 mm. por un ancho de 55 mm. La cara inferior es sumamente sinuosa y parece estar fracturada. Tiene un largo de 70 a 73 mm. por un ancho de 57 a 59 mm. El yunque presenta sus aristas redondeadas. Sus caras laterales son ligeramente aplanadas (fig. 5, e).

Pico de piedra. (?). N° 1508. Fue encontrado en las proximidades de la loma de las Siete fortificaciones, Valle del Rincón del Atuel (9).

Este objeto tiene las formas de tallado a grandes cascós concoidales y está labrado en un conglomerado poligénico de grano fino. Su morfología semi-elipsoidal, nos recuerda la del bumerang. Este supuesto pico tiene un largo de 34 cm. por un ancho máximo de 13 cm. y por un grosor (en la parte media) de 8 cm. Es posible que halla sido enmangado, pero pesa demasiado para ello. Pudo haber sido utilizado para remover la tierra (fig. 5, a).

Tortero o Collarín. N° 1821. Proc.: Yac. N° 2 o Paradero Correño. Fue levantado a pocos metros del tembetá cilíndrico alargado.

Es el único ejemplar, levantado hasta ahora en el Rincón del Atuel. No alcanza a ser la mitad del tortero, pues se lo encontró fracturado, pero a pesar de ello se pueden apreciar sus antiguas magnitudes. El diámetro de este disco plano es de 54 mm., el del orificio central de 8 mm. y el grosor es de 2 a 5 mm. Está labrado en una laja pizarrosa, laminar, de color os-

(9) Este instrumento lítico corresponde al de los tallados, pero fue descrito con el anterior, teniendo en cuenta su uso desconocido.

curo y de baja dureza. Sus caras son aplanadas y el borde es circular de contorno, y algo redondeado de sección. Presenta una mancha poco visible de pintura rojiza clara. Es muy semejante a los encontrados en diversas localidades de la provincia (fig. 7).

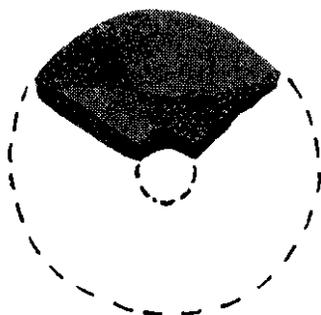


Fig. 7. Tortero o collarín, encontrado en el campo de Correa del Paradero indígena del Rincón del Atuel. (3/4 tam. nat.).

Las magnitudes de algunos torteros encontrados en dominios huarpes son las siguientes:

<i>Procedencia</i>	<i>Diámetro</i>	<i>Grueso</i>	<i>Diám. del orificio</i>
Asunción (Lavalle)	33 mm.	4 mm.	10 mm.
San Miguel (Lavalle)	43 "	6 "	13 "
Alrededores de Mendoza	45 "	5 "	10 "
Viluco (San Carlos)	50 "	9 "	15 "
Rincón del Atuel (S. Rafael) ..	54 "	5 "	8 "

Tembetá o Barbote. Tres han sido levantados en el Paradero del Rincón del Atuel (ver fig. 8). Estos objetos decorativos, que eran aplicados en el mentón o labio inferior, parecen haber sido de uso frecuente dentro de las tribus indígenas de la provincia de Mendoza.

Nº 1807. Proc.: Campo Limeño o Yac. arqueológico Nº 1, en las proximidades del puesto de Quezada. Fue levantado a pocos metros del tembetá Nº 1808.

Largo 10 mm., diámetro del ápice 5 mm., largo de la base 11 mm., ancho de ésta 4 1/2 mm.

La base presenta una ligera curvatura, adaptada para la inserción en el labio inferior. Sus aletas laterales no son pronunciadas y es prácticamente simétrico. Está confeccionado en esteatita blanca, perfectamente pulido y con un estilo propio de gran armonía en su manufacturación.

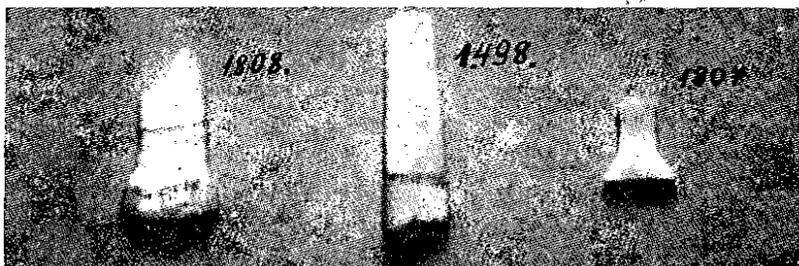


Fig. 8. Tembetás o barbotes, procedentes del Paradero del Rincón del Atuel. (Tam. nat.).

Nº 1498. Proc.: Yac. Nº 2 o Paradero Correíno, a unos 150 m. al oeste del Puesto de Domingo Valenzuela.

Tiene un largo total de 28 mm. por un ancho terminal o del ápice de 7 x 6 mm. La parte de la base es de sección pentagonal de 9 x 9 mm., y el cuerpo del barbote es prácticamente cilíndrico. Está confeccionado en aragonita blanca, de estructura ordinaria.

Nº 1808. Proc.: Paradero Limeño o Yacimiento Arqueológico Nº 1, encontrado cerca del tembetá Nº 1807.

Es del mismo tipo que el anterior. Se lo encontró fracturado; actualmente tiene 23 1/2 mm., debiendo alcanzar alrededor de los 25 mm. o quizás un poco más. La base tiene un diámetro de 13 mm. y la sección del cilindro en la parte fracturada, posee un diámetro de 9 mm. Está construido en aragonita blanca, ordinaria, igual que el tembetá descripto anteriormente. Los tembetá Nros. 1808 y 1498 son muy semejantes a otros hallados en el sur de Mendoza, y en especial a uno encontrado en el Paradero indígena de la Finca de T. Tudor (Real del Padre, San Rafael) por el joven Gerardo Schlegel. Posiblemente este tipo sea de común uso dentro de las tribus pehuenches o puelches.

La alfarería indígena del Rincón del Atuel.

La alfarería es muy abundante en el Rincón del Atuel, pero son escasos los motivos con decoración grabada o pintada. El grosor oscila entre los 3 mm. y los 20 mm. Los tipos de cerámica responden a diversos grupos culturales: Huarpes, Pehuenches, de tipo peruano, etc.

Los motivos huarpes aquí encontrados se destacan por tener dibujos —con o sin fondo pintado— y ser de buena factura. También los hay de superficie pintada marrón-rojiza brillante o rojo brillante.

Los motivos al parecer incaicos son de una estilización de perfecto laboreo. Los restantes fragmentos (que sobrepasan los 1000) son de estructura tosca, raras veces pulidos o pintados, mal cocidos, etc. y que pertenecen según correlaciones que hemos realizado a los Pehuenches.

Los tipos de alfarería de las diversas parcialidades etnográficas son las siguientes:

a) *Alfarería de tipo Peruano*. Desde hace tiempo me tenía intrigado la presencia de fragmentos de alfarería, cuya contextura me parecía que no debiera pertenecer a las tribus que habitaron esta comarca.

Efectivamente por hallazgos posteriores, con decoraciones, púdose vincularlas con las halladas en otras partes de la provincia y del Perú. Los fragmentos recogidos en el Rincón del Atuel, pertenecen a más de cinco recipientes distintos. Presentan todos un baño de una capa de caolín (?) en la cara interna, dándole un aspecto enlozado. La cara externa está pintada de color rojo vivo, sumamente adherido y de gruesa capa (engobe), tal es así que es inalterable bajo la acción del ácido clorhídrico concentrado. El grosor de los fragmentos es variable; los hay de 5 a 8 mm. y la mayoría pertenecen respectivamente al cuerpo de sus recipientes, con excepción de dos o tres restos que corresponden al borde. Estos son de tipo redondeado (fig. 11). Estos fragmentos con sus motivos decorativos en la cara interna, están correlacionados con los hallados en la Aldea Indígena de Ranchillos (Uspallata, Men-

doza) ⁽¹⁰⁾, y a su vez recuerdan a algunos de los vasos de Chimu, Nazca, etc. (Perú).

La presencia de elementos exóticos, en esta zona, se debe a las relaciones mantenidas por los huarpes con los pueblos del imperio incaico. Los aspectos concernientes al tipo de decoración son descriptos en "Alfarería decorada del Rincón del Atuel". En la tabla de valores técnicos se podrá apreciar las condiciones que posee, ver los Nros. 1811, 881, 884, 1801, 877, etc.

b) *Alfarería huarpe del Rincón del Atuel*. Se distinguen a simple vista de los fragmentos de tipo peruano y de los pehuenches. La arcilla empleada es de buena calidad, de perfecta cocción, muy pulidos y raras veces sin decoración o sin pintar. Los colores utilizados son el rojo claro, rojo sucio, y las decoraciones son lineales y de color oscuro.

En la tabla de valores técnicos, se podrá apreciar sus condiciones, ver números 56, 1613, 876, 1800, 51.

c) *La alfarería Pehuenche del Rincón del Atuel*. Es una de las más rudimentarias de la zona. Se distingue por sus aspectos propios y por notarse a veces los rastros de estoque con que fue pulida. La cocción, en la mayoría de los casos, es deficiente, lo mismo que el pulimento, raras veces de lustre brillante. Hemos seleccionado varios tipos teniendo en cuenta varios aspectos de sus características: antiplástico, cocción, pulimento, etc. Son las más abundantes pues pertenecen a una cronología reciente, y se hallan más a flor de tierra. En cambio son escasos los fragmentos peruanos y huarpes, debido a que su horizonte etnográfico se remonta a épocas prehispánicas; la mayoría está bajo una capa superficial de tierra, que ha puesto la sedimentación. Los hallados son de partes muy erosionadas por la dinámica externa. (Ver en la Tabla de Valores los tipos de alfarería que llamamos Pehuenche).

⁽¹⁰⁾ Véase RUSCONI, 1940. — La aldea indígena de Ranchillos, Uspallata, fue construida por indígenas peruanos, que antes de la Conquista europea llegaron a Mendoza.

La cerámica ordinaria sin decoración. En esta interesante zona, hemos levantado muchísimos fragmentos, toscos y ordinarios, como también los hay de buena calidad. La zona se prestó para el desarrollo de la alfarería, pues en las barrancas (como se podrá ver en el corte estratigráfico, fig. 9), hay buenas arcillas y variados antiplásticos, que no estuvieron lejos del alcance de la mano de los aborígenes que residieron en la comarca. La mayoría de los fragmentos está exenta de decoración, ya sea grabada o pintada. De cada cien fragmentos de alfarería ordinaria levantada en el paradero, sólo una o dos son las que tienen dibujos pintados o grabados; raros son los de grabados en relieve.

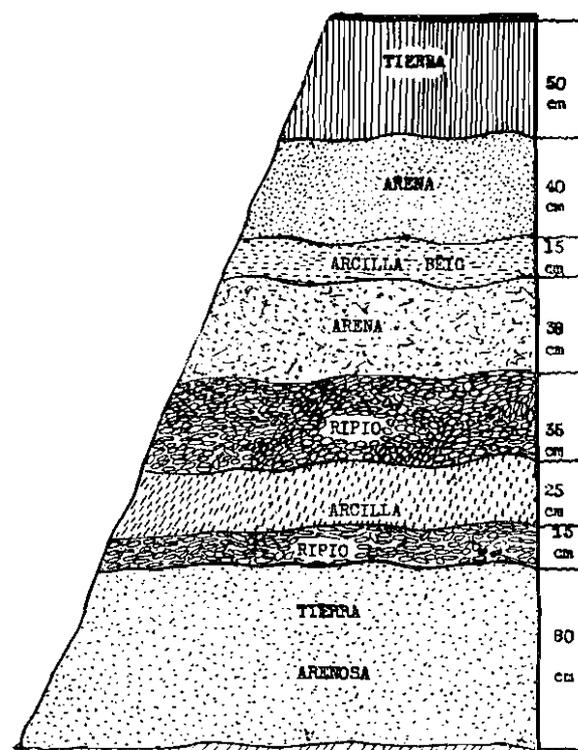


Fig. 9. Corte estratigráfico levantado en la barranca del Río Seco Morado, zona del Paradero Limeño. Podrá apreciarse en este esquema la existencia de estratos arcillosos, arena, ripio, etc., de donde los indígenas habrán sacado dichos ingredientes, para la fabricación de sus recipientes cerámicos.

Cerámica Decorada

A) Alfarería Pintada. — B) Alfarería Grabada. —
C) Alfarería bajo relieve.

A) *Alfarería Pintada*. Podemos considerarla en dos aspectos: Alfarería pintada de fondo y alfarería con dibujos pintados.

a) *Alfarería con dibujos pintados*. La cerámica pintada del Rincón del Atuel, podemos agruparla por sus motivos decorativos de la siguiente manera:

Cerámica con dibujos pintados del Rincón del Atuel		1) Engobada de ritmo geométrico.
		2) Engobada de ritmo simple.
		3) Pintada lineal y zig-zagueada.

1) **Engobada de ritmo geométrico.** (v. fig. 10).

Nº 876. Fragmento encontrado en el Yac. Nº 1 o Campo Limeño. Es un motivo que tiene correlación exacta con la decoración de un vaso de arcilla procedente de los enterratorios de Viluco (San Carlos, Mendoza). Presenta gruesas líneas blancas sobre las superficies del recipiente; el de Viluco tiene de 3 a 4 mm. de ancho y el del R. del Atuel, de 3 a 4 mm. idéntica a la del anterior ⁽¹¹⁾. El fragmento de esta comarca, presenta, lamentablemente, sólo parte de su decorado pero completo debe haber sido idéntico al de Viluco.

Nº 877. Proc. Yac. Nº 1 o Campo Limeño. Este motivo parece haber tenido decoración cuadrangular, pero en esa parte se halla fracturado. Es muy posible que halla tenido ese ritmo, en norma de repetición alrededor del borde, en la cara interna del recipiente. Tiene además una línea blanca contorneando el borde, de un ancho de 4 mm. y pertenece a la cara interna del fragmento. El cuadrado (?) está en la misma cara con el anterior. En el interior de esta posible figura geométrica, hay también otra figura de aparente forma cuadrangular (?). Los inter-espacios que dejan los motivos decorados pintados, son de color morado con tendencia a marrón. La cara externa de este fragmento está engobada de rojo intenso, correlativa con los tipos Nros. 880, 881, etc.

(11) METRAUX, 1929; RUSCONI, 1947 a.

TABLA DE VALORES TECNICOS DE LA ALFARERIA INDIGENA DEL RINCON DEL ATUEL, Nº 1
 DETERMINACIONES EFECTUADAS EN FRAGMENTOS ORDINARIOS

Nº Cat.	Cocción	P A S T A			S U P E R F I C I E				
		Antiplástico	Contextura	Fractura	Color	Pulimento	Baños	Dureza	Lustre
1258	muy buena	muy fino	compacta	quebradiza	gris oscuro	alisado	—	3 ½ a 4	opaca
941	„ „	fino	finá	„	siena	pulido	—	3 ½	algo lust.
140	buena	mediano	mediana	„	siena	alisado	—	3	opaca
1682	regular	fino	finá	desmigable	gris piedra	tosco	—	3	„
1587	buena	burdo	floja	quebradiza	„ „	„	—	2 ½	„
1683	muy buena	fino	finá	„	„ „	alisado	—	2 ½	„
141	„ „	mediano	mediana	„	„ „	„	—	3 ½	„
1686	regular	burdo	floja	desmigable	„ „	tosco	—	3 ½	„
1028	buena	mediano	mediana	quebradiza	beis cl.	„	—	3 ½	„
1686	buena	muy burdo	gruesa	„	gris piedra	„	—	3	„
1685	muy buena	mediano	mediana	„	siena tost.	pulido	—	3 ½	„
1031	buena	„	„	„	amarillo cl.	alisado	—	3 ½	„
979	buena	burdo	floja	desmigable	ocre	pulido	—	3	algo lust.
968	muy buena	„	„	quebradiza	sombra	„	—	3	opaca
861	„ „	„	„	„	marrón	„	—	3 ½	„
61	„ „	mediano	mediana	„	ladrillo	„	—	3 ½	„
1004	„ „	muy burdo	gruesa	desmigable	„	„	—	3 ½	„

TABLA DE VALORES TECNICOS DE LA ALFARERIA INDIGENA DEL RINCON DEL ATUEL, Nº 2
DETERMINACIONES EFECTUADAS EN FRAGMENTOS DE CERAMICA

Nº Cat.	Cocción	P A S T A			S U P E R F I C I E				
		Antiplástico	Contextura	Fractura	Color	Pulimento	Baños	Dureza	Lustre
890	muy buena	mediano	mediana	quebradiza	gris obsc.	muy pulido	fal. eng. rojo	3 ½	lustrosa
953	buena	fino	fina	desmigable	marrón cl.	" "	eng. rojo	3 ½	"
1809	muy buena	muy fino	compacta	quebradiza	ladrillo	" "	fal. eng.	2 ½	opaca
1810	" "	" "	"	"	siena	" "	fal. eng. cre.	3 ½	brillosa
881	" "	" "	"	"	"	" "	blanco int.		
							rojo ext.	3 ½	"
56	" "	" "	"	"	ladrillo	" "	ext. rojo suc.	3 ½	opaca
1613	" "	" "	"	"	"	" "	ext. rojo suc.	3 ½	brillosa
884	" "	mediano	mediana	"	gris obsc.	" "	rojo vivo	3 ½	"
1811	" "	burdo	floja	"	gris obsc.	" "	int. y ext.		
							Fal. eng. crema ext. rojo int.	3 ½	"

TABLA DE VALORES TECNICOS DE LA ALFARERIA INDIGENA DEL RINCON DEL ATUEL, Nº 3
 DETERMINACIONES EFECTUADAS EN FRAGMENTOS DE CERAMICA

Nº Cat.	Cocción	P A S T A			S U P E R F I C I E				
		Antiplástico	Contextura	Fractura	Color	Pulimento	Baños	Dureza	Lustre
871	muy buena	burdo	floja	quebradiza	ladrillo obsc.	alisado	opaco	3 ½	—
1585	buena	mediano	mediana	„	„ cl.	„	„	3 ½	—
54	muy buena	„	„	„	gris	„	„	3 ½	—
874	buena	fino	fina	„	gris cl.	„	„	3 ½	—
1583	muy buena	„	„	„	„ „	„	„	3 ½	—
1816	regular	mediano	mediana	desmigable	„ „	„	„	3 ½	—
873	buena	„	„	quebradiza	„ „	„	„	3 ½	—
51	regular	„	„	„	gris obsc.	„	„	3 ½	—
1813	muy buena	„	„	„	gris cl.	„	„	3 ½	—
1811	buena	fino	fina	„	gris obsc.	„	„	3 ½	—
1586	regular	mediano	mediana	desmigable	„ „	„	„	3 ½	—
53	muy buena	fino	fina	„	gris cl.	„	„	3 ½	—
1812	buena	burdo	flojo	quebradiza	marrón claro	„	„	3 ½	—

NOTA: Los estudios de la alfarería en relativo orden, fueron efectuados en base a “Normas para la descripción de la Cerámica Arqueológica”, del Prof. ANTONIO SERRANO. Publ. del Inst. de Arqueología, Lingüística y Folklore, “Dr. Pablo Cabrera”, XXIV, págs. 1-25, Córdoba 1952.

Las características de este resto son sui-géneris; se halla estilizado con prolijidad y perfección de pulimento, cocción, coloración, etc. El motivo de esta decoración también puede corresponder a una greca.

2) **Engobada de ritmo lineal.** Hemos encontrado un solo motivo con este tipo de decoración.

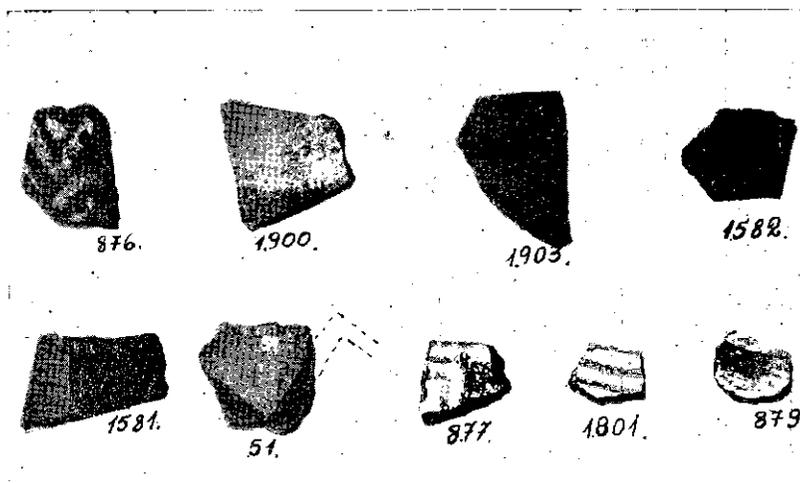


Fig. 10. Cerámica decorada del Rincón del Atuel (fragmentos). En su mayoría proceden del yacimiento arqueológico N° 1. (Aprox. 3/5 del tam. nat.).

N° 879. Proc.: Yac. N° 1 o Campo Limeño. Este motivo decorado representa una parte de una serie de ritmo continuo y homogéneo. Está estilizado en la cara interna del fragmento. Dicho ritmo decorativo, es de color rojo intenso; el fondo es blanco engobado, sobre un baño de caolin (?) dado anteriormente en esa parte (fig. 10). Es de tipo peruano y los aspectos de la pasta, baños y engobe, son semejantes a los demás motivos de esa filiación levantados en la zona. (Ver en la tabla de valores N° 879).

3) **Pintada lineal y zig-zagueada.** Son seis los motivos levantados, que presentan este estilo simple de decoración pintada (fig. 10).

N° 1900. Proc.: Yac. N° 1. Es una simple franja de color rojo en alfarería pintada de crema claro (falso engobe). Es de tipo huarpe (ver tabla de valores técnicos, N° 1900).

Nº 1903. Proc.: Yac. Nº 1. Está en un fragmento cuyo fondo está pintado de color rojo sucio, presentando dos líneas negras paralelas, de 5 a 7 mm. de ancho cada una. En este fragmento se puede notar con detenida observación en contraluz, una impresión digital del confeccionado.

Nº 1582. Proc.: Idem ant. Es del mismo recipiente a que pertenece el anterior. Presenta dos líneas paralelas de color negro de 8 mm. de ancho; una de ellas está muy próxima a la parte fracturada.

Nº 1801. Proc.: Idem ant. Es de tipo peruano y está correlacionado como si perteneciera al mismo recipiente, con uno encontrado en Ranchillos (Uspallata, Mendoza) ⁽¹²⁾. Está la decoración lineal hecha en la cara interna, que tiene un aspecto enlozado. Las líneas están dispuestas en forma paralela a una distancia de 2 a 3 mm.; el ancho de las líneas es de 2 a 3 mm. Son bicrómicas es decir, una línea de color rojo vivo claro y la otra de color obscuro.

Nros. 51 y 52. El Nº 51 presenta un ritmo en zig-zag; por su grosor, aspecto de manufactura y otras consideraciones, se ha logrado establecer que forma un motivo decorativo de ritmo contínuo y homogéneo. Está pintado el motivo decorativo directamente en la superficie externa (ver tabla de valores técnicos Nº 51).

B) *Alfarería Grabada*. La alfarería grabada del Rincón del Atuel dentro de lo que hemos podido apreciar, no es muy abundante. Los temas estilizados son con preferencia los zoomorfos. Por los distintos aspectos de estos estilos podemos agruparlos en la siguiente forma:

Alfarería del Rincón del Atuel	1) Grabado simple.
	2) Grabado geometrizado.
	3) Grabado zig-zagueado.
	4) Grabado lineal ordenado y desordenado.

1) **Grabado simple**. Proceden de este paradero (yac. Nº 1 o Campo Limeño) tres motivos o tres fragmentos.

⁽¹²⁾ RUSCONI, 1940. Tipo de correlación: foto 5, fig. 7, Nº 1280, del Catálogo del Museo de Historia Natural de Mendoza.

Nº 871. Está formado por tres líneas paralelas de 2 mm. de ancho y separadas 7 mm. entre ellas. Es semejante a un estilo decorativo huarpe, procedente de las Barrancas (Maipú, Mendoza) ⁽¹³⁾ (fig. 11).

Nº 1585. El motivo cerámico presenta una línea grabada horizontal (fig. 12).

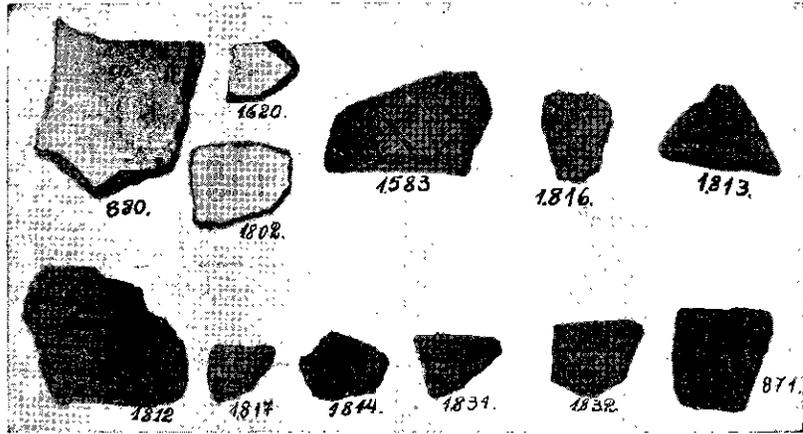


Fig. 11. Fragmentos de alfarería de tipo pernano, huarpe (?), etc., del Rincón del Atuel. (Aprox. 3/5 tam. nat.).

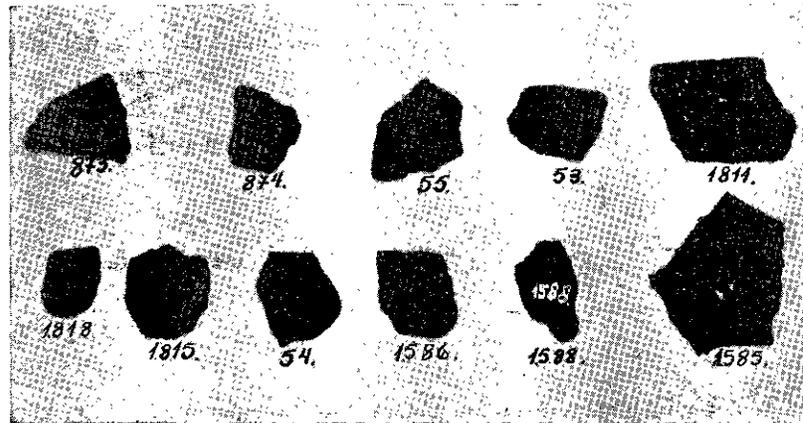


Fig. 12. Fragmentos de alfarería grabada, procedente del Paradero del Rincón del Atuel. (Aprox. 2/3 tam. nat.).

(13) RUSCONI, 1947 a.

Nº 54. El fragmento corresponde a una parte del borde del recipiente a que perteneció. Presenta dos líneas paralelas grabadas perpendiculares al borde y separadas siete milímetros una de otra (fig. 12).

Nº 1588. Fragmento que contiene una simple línea horizontal (fig. 12).

2) **Grabado geometrizado yuxtapuesto.** Proceden todos del Paradero del Campo Limeño o Nº 1.

Nº 1583. Este fragmento está integrado por motivos decorativos grabados, formando cuadriláteros de 13 mm. de lado aproximadamente. Dichos cuadrados se hallan yuxtapuestos en trama continua formada por el entrecruzamiento de líneas paralelas de dos sentidos: izquierda a derecha; derecha a izquierda (ver fig. 11).

Nº 874. Parece tener el mismo tipo de estilización grabada que el anterior (fig. 12).

Nº 1816. Este motivo presenta una línea horizontal y de éstas parten rayas paralelas inclinadas que dan formación a figuras geométricas yuxtapuestas (ver fig. 11).

3) **Grabado zig-zagueado.** Son tres los motivos levantados en el Campo Limeño o Yac. Nº 1, que presentan este tipo de decoración grabada.

Nº 873. Es la parte de un zig-zag que debió formar un ritmo continuo y homogéneo (fig. 12).

Nº 55. Este motivo presenta un zig-zag y un trazo horizontal, que quizás debió unirse con otro ritmo homogéneo al descripto (fig. 12).

Nº 1813. Es un poco complicado suponer el ritmo que habrá tenido el utensilio cerámico a que perteneció, pero debió ser el de zig-zagueado paralelo (fig. 11).

4) **Grabado lineal ordenado y desordenado.** Consiste en el grabado lineal de la superficie de la cerámica con o sin tener un orden en forma yuxtapuesta (fig. 12).

Nº 1811. Se diferencian en varios sentidos, líneas grabadas sin orden alguno. Este fragmento pertenece al borde de un recipiente. Puede ser, en vez de un estilo decorativo, rastros de esteque empleado para el pulimento, pero lo dudo por notarse bien las líneas grabadas. Ahora bien, el esteque,

debió ser apropiado para efectuar dicho grabado si se lo ha empleado.

Nº 1815. Presenta líneas dispuestas y bien coordinadas en dos sentidos, pareciendo seguir ritmo continuo y yuxtapuesto, de arriba hacia abajo, alrededor del utensilio a que perteneció.

Nº 1586. Fragmento del borde que tiene líneas grabadas por el esteque de izquierda a derecha ⁽¹⁴⁾.

Otra forma decorativa.

Mamelón o protuberancia cónica. En algunas formas de cerámica del N.O. Argentino, suele presentarse este tipo de decoración en la alfarería. En el sur de Malargüe ha sido hallada una ollita que presenta en el cuerpo del recipiente una serie de mamelones dispuestos horizontalmente en forma continua y homogénea.

El del Rincón del Atuel (Yac. Nº 1: motivo Nº 1818) es similar a los de ese recipiente encontrado en Malargüe. Este (Nº 1817) tiene forma cónica, de una base de 14 mm. por una altura de 8 mm. (fig. 12).

C) *Alfarería bajo relieve*: Hemos levantado cinco fragmentos (fig. 11), que parecen pertenecer a un mismo recipiente (Nros. 1812, 1817, 1814, 1831, 1832). Estos fragmentos fueron recogidos en el paradero Limeño o Yac. Nº 1.

Nº 1812. Presenta unos surcos visibles a simple vista, de 4 mm. de profundidad por 5 mm. de ancho aproximadamente.

Los huarpes del norte de la provincia, como bien es conocido, tenían muy desarrollados los aspectos concernientes a grabado y relieve en las decoraciones artísticas de las masas plásticas. Es muy posible que el fragmento descripto sea de pertenencia huarpe.

⁽¹⁴⁾ La clasificación y descripciones detalladas no tienen otro objeto que el de facilitar orientación —para llegar a formar motivos de ritmos enteros— a los que continúen las exploraciones en este paradero.

Formas de la Cerámica del Rincón del Atuel

Lamentablemente no hemos podido encontrar en este paradero ningún recipiente entero. Esto es debido a que la alfarería del Rincón del Atuel, se halla distribuida en la superficie del paradero y por consiguiente expuesta a todos los factores externos.

Actualmente estamos tratando de localizar un antiguo cementerio de esa comarca que quizás nos permita extraer utensilios enteros.

Las formas que aquí trato, pertenecen a bordes, bases o asientos y tapas de recipiente.

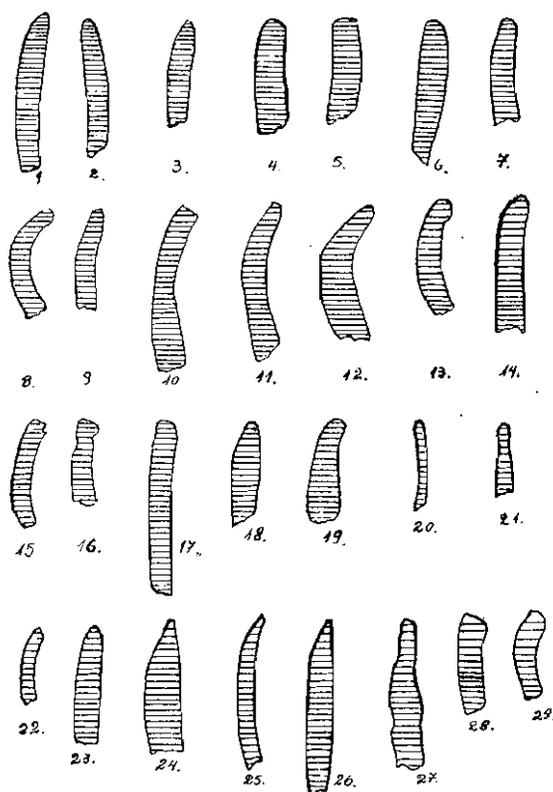


Fig. 13. Distintas variedades de bordes de recipientes cerámicos, tomados de fragmentos de alfarería. Paradero indígena del Rincón del Atuel. (3/5 tam. nat.).

Bordes.

Son muy abundantes y hemos seleccionado alrededor de 30 motivos de aspecto más o menos distinto. Los hay con inclinación hacia el interior y exterior del recipiente. Otros son aplanados, redondeados o simplemente terminan en filo. El cuello de algunos restos de recipientes a veces describen una pequeña curvatura hacia el exterior. (En fig. 13 se podrán ver las distintas clases de bordes del Rincón del Atuel).

Nº 1607. (Borde grabado). Es aplanado y presenta una serie continua de grabados oblicuos semejantes a los encontrados en Laguna Honda (Córdoba) ⁽¹⁵⁾ (Proc.: Yac. Nº 1, fig. 15).

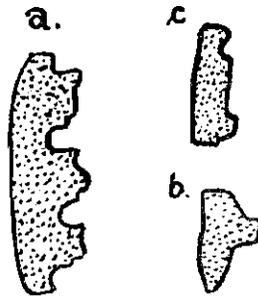


Fig. 14. Secciones de alfarería en relieve del Rincón del Atuel. (Tam. nat.).

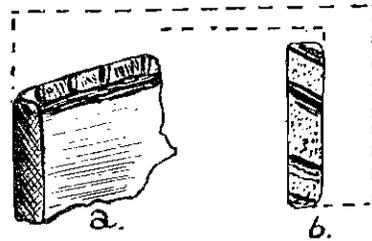


Fig. 15. Borde grabado, No 1607. a) Vista del motivo con la parte superior, b) vista de la parte superior. (Tam. nat.).

Nº 1823. (Borde ondulado). Es un motivo que tiene aspecto de poseer el borde con ondulaciones (fig. 16).

Bases o Asientos.

Se han levantado tres o cuatro restos que solamente son partes de asientos.

Nº 1500 (fig. 17 a), 1501 (fig. 17 b), 1824. Pertenecen al tipo de las Bases "Biplanas".

⁽¹⁵⁾ NIMO, 1946.

Asas.

Hemos encontrado muchos fragmentos pero no presentan características para determinar su tipología. Solamente podemos precisar las magnitudes de sus secciones (figs. 18 y 19).

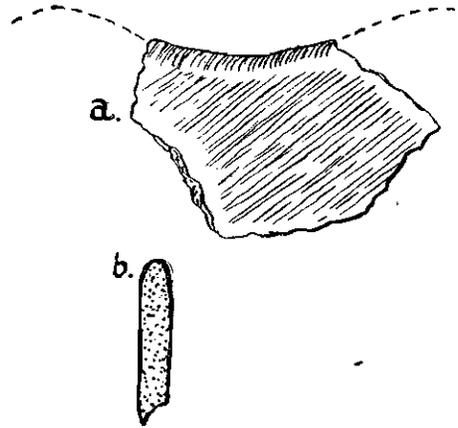


Fig. 16. Borde ondulado del Rincón del Atuel. a) Cara externa del motivo, b) sección del anterior. No 1823. (Tam. nat.).

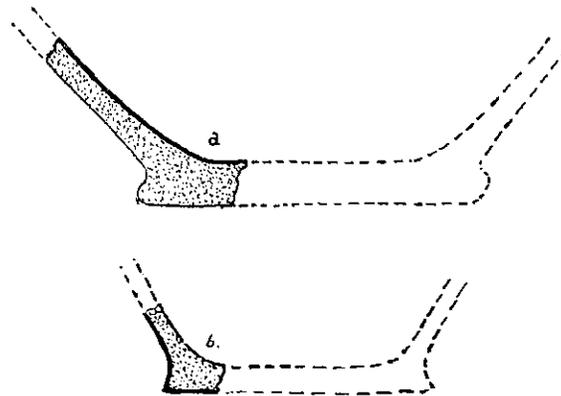


Fig. 17. Bases o asientos. a) No 1500, b) No 1501. (Aprox. 2/3 tam. nat.).

Nº	Largo	Ancho	Ubicación de la determinación de la Sección
50	30 mm.	14 mm.	Parte media del asa.
1498	32 "	12 "	Próxima al nacimiento del asa.
1617	27 "	19 "	Parte media.
1822	10 "	5 "	Próxima al nacimiento del asa.
1825	30 "	12 "	Parte media del asa.
1826	13 "	9 "	Parte media del asa.
904	(?)	5 "	Parte media del asa.

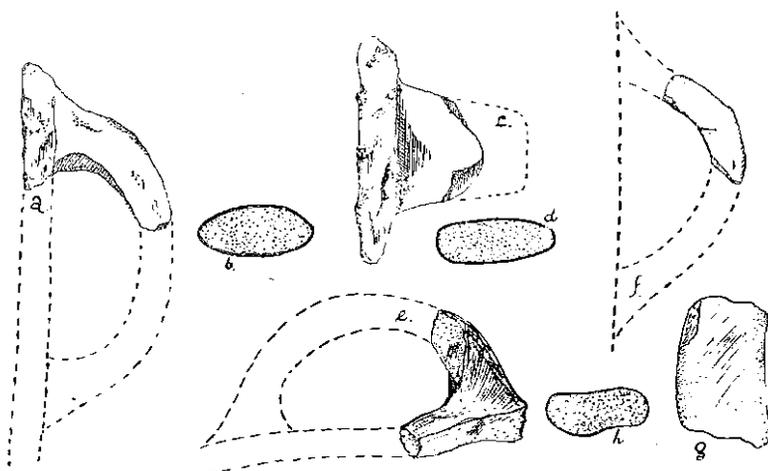


Fig. 18. Fragmentos de asas de barro cocido. a) Vista lateral del No 50, b) sección del mismo, c) vista superior del No 1498, d) sección del mismo, e) vista lateral del mismo, f) vista lateral del No 1617, g) vista superior del mismo, h) sección del mismo. 1/2 tam. nat. (Dibujo Mario Gaiarza).

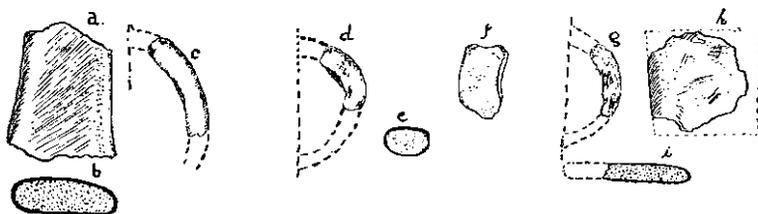


Fig. 19. Fragmentos de asas. a) Vista superior del No 1825, b) sección, c) vista lateral del mismo, d) vista lateral del No 1826, e) sección, f) el mismo visto desde arriba, g) vista lateral del No 904, h) vista de la parte superior, i) sección del mismo. Aprox. 1/2 tam. nat. (Dibujo Mario Galarza).

Tapas de Recipientes.

Dos se han levantado; una es un fragmento parecido a un plato y el otro de forma cónica.

Nº 1830. Proc.: Yac. Nº 2 ó Campo de Correa. Es parte de la tapa de un recipiente; tiene una leve concavidad en su cara interna y convexidad en su cara externa. No presenta aplanamiento en la cara externa, ni tiene forma de asiento, de ahí que no lo considero como un plato. Tiene un diámetro de más de 12 cms. y presenta el borde redondeado (ver figs. 20 y 21).

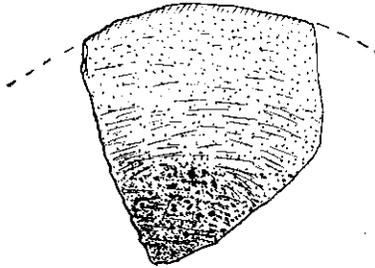


Fig. 20. Vista superior de la tapa de cerámica Nº 1830. (1/2 tam. nat.).



Fig. 21. Sección del anterior (Aprox. 2/3 tam. nat.).

Nros. 1500 - 1501. Proc.: Yac. Nº 1 o Campo Limeño. Es de forma cónica pero con su ápice redondeado, muy semejante por su morfología a las del N.O. Argentino. Tiene un diámetro de 14 cm., por una altura de 6 cm. aproximadamente. Su borde está completamente destruido, de ahí que no se pueda determinar con exactitud sus magnitudes.

Este resto arqueológico fue hallado —en una excursión del Museo— por el señor Carlos Viola, en dos fragmentos. Uno fue hallado al pie de la barranca y el otro en las proximidades de ésta. (ver. figs. 22 y 23).

Presencia de cáscaras de huevo y huesos de avestruz.

Alimento muy estimado de estos aborígenes ha sido la carne y huevos de avestruz. En la mayoría de los paraderos indígenas de la provincia, suelen presentarse sobre la

superficie restos de cáscaras de huevos de avestruz y a veces trozos de huesos de dicho animal. Algunas cáscaras se hallan algo tostadas, lo que implica que antes de ser ingerido, el huevo fue puesto al rescoldo de las brasas, en la arena o la tierra. En el Paradero del Rincón del Atuel, abundan



Fig. 22. Tapa de un recipiente, hallado en las proximidades del yacimiento No 1, en una excursión realizada por el Museo de Historia Natural de San Rafael, 30-VII-1956. Aprox. 1/2 tam. nat. (Dibujo Mario Galarza).

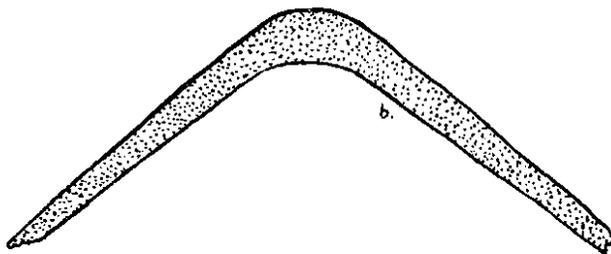


Fig. 23. Sección del objeto anterior.

en algunas partes los restos de cáscaras de avestruz. Esta es una de las características para determinar la zona de los paraderos, cuando no hay restos arqueológicos visibles a simple vista.

Presencia de moluscos marinos en este Paradero.

En la zona del Paradero Limeño, hemos recogido en diferentes oportunidades, restos de valvas y un caracol marino.

Nº 1681. Caracol Cuenta (Melongena Corona [Gmel.]), especie característica de las costas del Océano Pacífico, se extiende por Colombia, Ecuador, Perú, Chile, etc. Presenta un orificio por donde debió pasar el cordel del collar a que perteneció.

Nros. 1679, 1680, 1804, 1805, 1806. Fragmentos de valvas marinas. Lamentablemente hemos levantado solamente fragmentos correspondientes a estos bivalvos nacarados (lameliobranquios) de color blanco y morado. No he logrado determinar la especie a que corresponden por las condiciones en que se presentan.

Nº 951. Valvita Cuenta. Es circular debido a que ha sido pulido para ser adoptado como motivo decorativo de un collar. Presenta un orificio central de 2 mm. y su diámetro es de 20 mm. (ver. fig. 24).

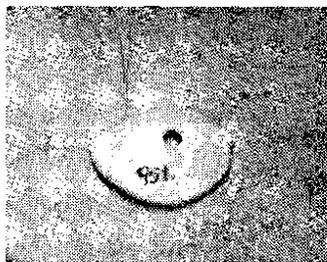


Fig. 24. Cuenta de valva marina, perforada. Nº 951. (Tam. nat.).

La presencia de estos materiales de origen marino evidentemente implica que los aborígenes tenían relaciones con los del lado chileno.

Conclusión.

Las investigaciones y estudios realizados en el Rincón del Atuel nos han aclarado varios aspectos concernientes a la etnografía de sus habitantes.

Afirmativamente llegamos a la conclusión, después de haber podido apreciar los elementos arqueológicos de la cultura huarpeana, que éstos o sus antepasados fueron los primitivos

habitantes del Rincón del Atuel, en la época de la Prehispania Mendocina.

Posteriormente a estos pobladores se instalaron los Pe-huenches araucanizados, que prácticamente habitaron el mismo sector del paradero que los huarpes. (Ver en el mapa que acompaña este trabajo, la ubicación y la extensión del emplazamiento arqueológico estudiado).

Además hemos notado relaciones culturales con el N. O. Argentino y el Perú, que nos permiten ver las relaciones de los huarpes con esos pueblos más civilizados.

II

UN NUEVO REPARO CON PINTURAS RUPESTRES EN EL RINCÓN DEL ATUEL

El 16 de mayo de 1956, realizando exploraciones en las barrancas acantiladas que bordean al Rincón del Atuel, descubrimos unas interesantes pictografías, en un reparo que hemos denominado: "**Reparo de las pinturas rojas rupestres**" (16).

Antes de iniciar los estudios de estos nuevos motivos del arte aborígen, quiero dejar constancia de mis colaboradores: Romelio y Raúl Ferreira, Raúl Quintano, José Sáez, Carlos Viola, José Vrana y Enrique Utgés, quienes como corresponde me ayudaron en la realización de los estudios en el reparo. A todos ellos reitero mi más profundo agradecimiento.

Situación y descripción del reparo.

Se halla al Nor-Este de la Gruta del Indio del Rincón del Atuel; y a unos 600 m. en dirección sur del Puesto de Quezada (Campo de Lima).

Podrá observarse su ubicación en el mapa que acompaña el trabajo sobre el "Paradero Indígena del Rincón del Atuel",

(16) Sobre los hallazgos realizados dí a conocer una nota informativa en "Los Andes": "Nuevos hallazgos de motivos indígenas se registraron en el Sur". Domingo 1/7/56; Mendoza.

lo mismo que en la vista panorámica de la región. Se podrá ver también la poca distancia que lo separa de los demás monumentos arqueológicos.

Este pequeño reparo mide 9 m. de largo, por 3,50 m. de ancho en su parte máxima, y una altura mayor de 1,50 m. Esta encavado en roca viva y se halla afectado por la acción de sismos, que han producido desprendimientos de bloques rocosos. El piso, constituido por sedimentos arenísticos ferruginosos, escorias volcánicas, etc., ha sido destruido parcialmente por la acción pluvial. Este reparo en su oportunidad debió ser más amplio.

Las pictografías no se hallan al abrigo del reparo, sino en el frontis de la cornisa de éste, y en contacto con la barranca acantilada, y por consiguiente bajo la influencia directa de los agentes atmosféricos. Sobre la barda existe un curso de agua no permanente o pluvial, que recoge parcialmente, en los días de lluvia, las aguas que descienden de las lomas y del C^o Negro.

En el piso de este reparo se encontró una punta de flecha, que será descripta en un artículo aparte al tratar los materiales tallados del Rincón del Atuel.

Algunas consideraciones

En las zonas arqueológicas más próximas a la ciudad de San Rafael, las pictografías de este reparo son las más interesantes, pues las otras que existen han sido motivo de visita de comisiones de estudios, las que, con el objeto de poderlas fotografiar mejor, las han repintado, por lo cual no puede apreciarse con seguridad su forma primitiva.

Nosotros a fin de poderlas estudiar hemos contorneado prolijamente las pictografías con tiza, pues, como éstas son todas de color rojo y están sumamente erosionadas por la acción pluvial, poco resaltan en las documentaciones fotográficas. (En la fig. 28 se podrá observar que solamente se distinguen los motivos menos erosionados; en cuanto a otros ni se los diferencia).

Descripción de las pinturas

En este reparo pueden distinguirse tres ideogramas o, mejor dicho, tres grupos pictográficos. Uno de ellos, a la izquierda, es pequeño, y los otros dos, en el centro, son más grandes y sumamente importantes. (Ver su ubicación en el frontis de la cornisa del reparo, figs. 25 y 26).

Ideograma N° 1. (fig. 27). Está formado por un párrafo, es decir, por una serie de signos bien alineados horizontalmente y además por un signo aislado superior. El párrafo tiene un largo aproximado de 40 cm. y una altura máxima de 11 cm.

La roca donde ha sido estilizado dicho párrafo, tiene una inclinación (clinometría) de 95° y la que contiene el signo superior, 120° , es decir que están ubicados en diferentes planos de inclinación.

Los signos de este ideograma se hallan sumamente erosionados sobre todo el signo aislado del párrafo (ya que la acción climatérica ha producido el desprendimiento de laminillas de la roca en que se halla, por ser ésta poco consistente y compacta), lo que dificultó la obtención de mejores datos arqueológicos.

El párrafo está integrado por un signo compuesto, zig-zagueado y lobulado y uno terminal.

En la parte derecha del mismo se halla un signo que es semejante a uno que se encuentra en la Gruta del Indio del Rincón del Atuel, pero difiere en que su lado izquierdo tiene dos zig-zag, mientras que el de la citada Gruta, presenta tres (17).

Hacia arriba se halla ese signo erosionado, cuya altura es de 15 cm. y su ancho de 19 cm.

Ideograma N° 2. Es el más importante del reparo, por su excelente estado de conservación, y por estar formado por un buen número de pinturas de ritmo uniforme (figs. 28 y 29). Se halla a 97 cm. del ideograma N° 1, presentando la roca una inclinación de 115° . Tiene este ideograma una altura de 87 cm. por un ancho de 1 m. La mayoría de estas pinturas tienen el

(17) LAGIGLIA, 1956.



Fig. 25. Vista del reparo de las pinturas rojas rupestres del Rincón del Atuel. La flecha indica la situación de la cornisa del reparo donde se hallan las pinturas más interesantes. (Exc. Lagiglia-Rodríguez).

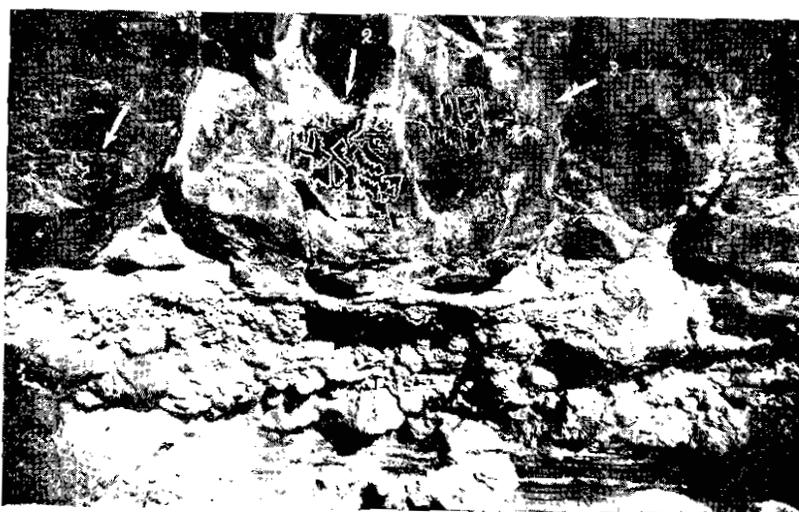


Fig. 26. Vista parcial del reparo encavado en roca viva. Las flechas indican la situación de los distintos ideogramas de la cornisa del reparo. (Exc. Lagiglia-Utgés, 30-VII-1956).

contorno más marcado, lo que hace resaltar el borde de los dibujos (v. fig. 28).

Todas estas expresiones tienen contorno en zig-zag, en quebrada o escalonado, que son características de la decoración de algunos motivos arqueológicos del Nor-Oeste Argentino.

Existen en este grupo guardas combinadas, y los motivos propios del ideograma no son interrumpidos por variaciones divergentes sino que siguen siempre un ritmo de contorno en zig-zag, semejantes en parte a un estilo de decoración de la cerámica pintada del Nor-Oeste Argentino (el llamado "Condorhuasi" por Serrano).

La mayoría de estas pinturas del reparo forman ángulos agudos y trazos lineales, dejando una superficie en el interior.

Ideograma Nº 3. (fig. 30). Es el más erosionado de los que se encuentran en el reparo, y fue sumamente dificultoso poder determinar su forma primitiva. Se encuentra a pocos centímetros del anterior, y tiene una altura de 1,10 m. por un ancho de 78 cm.

La roca de este ideograma, en su parte superior, tiene una inclinación de 110° (clinométrica), y la parte inferior, donde se hallan las representaciones plantares de avestruz, una inclinación de 115° .

Los signos de este ideograma se hallan combinados y relacionados con otros por trazos lineales simples. Sus tipos son característicos, y no varían; siguen presentándose los motivos escalonados, zigzagueados o de ángulos agudos. Un motivo superior complejo en su vinculación coordinada, es semejante a un motivo de la decoración del Condorhuasi Clásico, que se presenta en la siguiente forma: tiene tres ángulos agudos hacia abajo, describiendo en su parte izquierda un trazo, y también hacia abajo, que se relaciona con otros valores decorativos. En la figura 32 se podrá ver un motivo del Condorhuasi Clásico, con el estilo de decoración característico. En la cara de esa representación antropomorfa se distingue un valor decorativo que está relacionado con el pictógrafo descrito comparativamente ⁽¹⁸⁾.

(18) Las fotografías de esos motivos cerámicos, fueron reproducidas

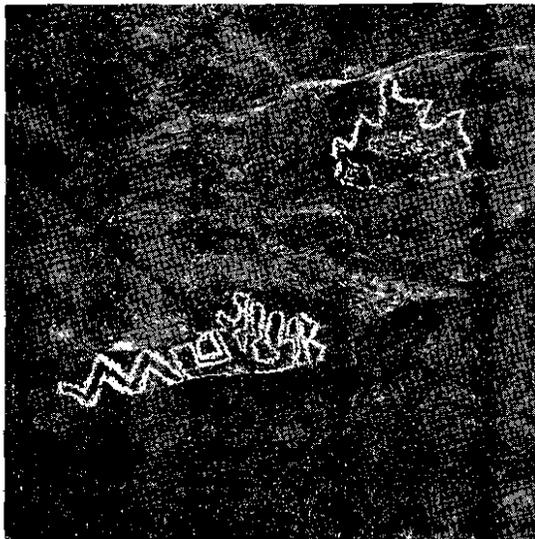


Fig. 27. Parágrafo y signo aislado superior del Ideograma No 1. (Exc. Lagiglia-Rodríguez).



Fig. 28. Pictografías del Ideograma No 2. Nótese la estructura propia de los contornos de las figuras y la acción de desgaste de la erosión que ha actuado en la roca. (Exc. Lagiglia-Utgés, 30-VII-1956).

Hacia abajo e interceptado por un espacio sin pinturas, se hallan tres representaciones de impresiones plantares de avestruz, que son frecuentes en la Patagonia y en el N. O. Argentino. De esas representaciones plantares de avestruz se han hallado otras similares en la Gruta del Indio próxima (19) y en la Cueva de la Pintada (20) (en ésta se hallan grabados en la roca; lo mismo que en los petroglifos de Pozo del Indio de la Quebrada del Cantero, San Juan (21) y en los petroglifos de Uspallata, Mendoza).

Próximo a las impresiones plantares de avestruz se encuentra un motivo ideográfico, cuya parte inferior es semejante a un signo que se halla en la gruta del Puesto de "Las Tinajas", distante a unos 10 km. al Oeste de esta zona arqueológica (22).

Signo último del reparo. Es una ideografía cuyas formas fueron dificultosas de determinar por lo erosionado de su contorno. El rojo de este pictógrafo es más intenso que el de algunos motivos del ideograma 2, que se encuentra en buen estado de conservación (fig. 31).

Constitución química de estas pinturas

Al pie del ideograma N° 1 se halló una laminilla de la roca, en la cual era visible un zig-zag del primer motivo compuesto (23).

Esta lajilla fue sometida a prolijos análisis y estudios de laboratorio, de los cuales se obtuvieron los siguientes resultados:

cidas del estudio realizado por el prof. Antonio Serrano: "La cerámica Tipo Condorhuasi y sus correlaciones", Publicaciones Inst. de Arq., Ling. y Folklore, Córdoba, 1944.

(19) LAGIGLIA, 1956.

(20) RUSCONI, 1947 b.

(21) METRAUX, 1929.

(22) LAGIGLIA, H.: *Las Pictografías de la Gruta del Puesto de "Las Tinajas"* (inédito).

(23) Lleva esta lajilla el N° 952 del Catálogo del Departamento de Arqueología y Etnografía del Mus. Hist. Nat. de San Rafael.

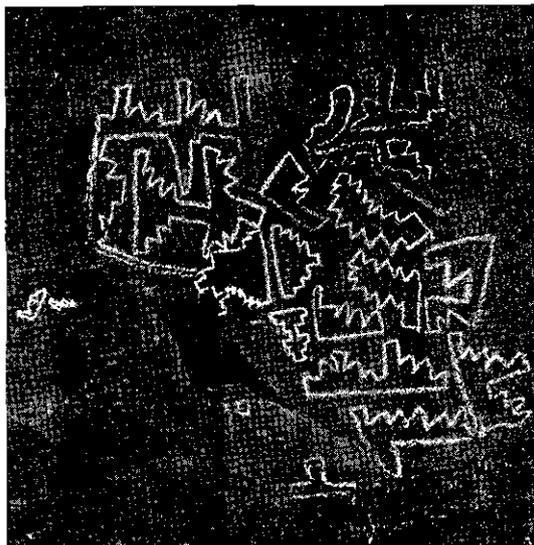


Fig. 29. Pietografías rojas de la cornisa del reparo. Vista total del Ideograma No 2. (Exc. Lagiglia-Rodríguez).



Fig. 30. Pinturas rupestres del Ideograma No 3. Es el que se halla más erosionado. (Exc. Lagiglia-Rodríguez). Hacia el centro del grupo inferior se halla un dibujo semejante a un motivo de la Gruta del puesto de "Las Tinajas".

- 1° El colorante empleado es Oxido de Hierro ($O_3 Fe_2$), posiblemente extraído de yacimientos de zonas vecinas al Rincón del Atuel.
- 2° La pintura permanece inalterable bajo la acción del $Cl H$.
- 3° El NO_3H_2 , tampoco la ataca.
- 4° El SO_4H_2 la destruye, es decir la disuelve y la saca de su lugar de adhesión. Esto afirma, que, como dije anteriormente al tratar otras pinturas de esta zona, en la constitución de ellas entra una sustancia líquida animal, que actúa como fijadora. Se decolora y disuelve la pintura de la roca, porque el SO_4H_2 destruye la materia oleaginosa, reseca y fijada en la roca. Sucede lo contrario con el ClH y el NO_3H_2 que no tienen la propiedad de actuar sobre los líquidos, es por eso que ambos no decoloran la pintura como el ácido sulfúrico.



Fig. 31. Última pictografía del reparo (dimensiones, 22 cm. por 10 cm.). Es de color rojo vivo y su contorno se halla algo afectado por la erosión. (Exc. Lagiglia-Rodríguez).

Características de las pinturas indígenas del área Cuyano-Patagónica.

El tipo de pinturas rupestres características de los arau-

canos y de la Patagonia en su época más reciente, está formado por signos geométricos o de simbolismo primitivo. Estos motivos son temas geomorfos, como círculos, líneas quebradas, guardas simples, algunos signos geométricos, etc. Generalizando: los motivos se reducen a simples trazos, a veces se encuentran signos zoomorfos o antropomorfos pero en menor escala. Los zoomorfos son, se podría decir, parciales, por ejemplo impresiones plantares de avestruz, felinos y otros animales. Los motivos fitomorfos son sumamente raros dentro de esa cultura.

Debido a lo antedicho nos sorprende encontrar un nuevo estilo pictográfico en la zona del Rincón del Atuel que hemos denominado "tipo zig-zagueado", porque es de notar en éste una sola unidad de estilización característica, sin hallarse mayormente elementos pictóricos que interrumpan su puro estilo.

Esto implica que hubo alguna época en que el llamado "Rincón del Atuel", estuvo habitado por grupos diferentes de los genéricamente llamados "Montañeses" (24). Sabemos por ejemplo que los Huarpes frecuentaban relaciones con tribus del Noroeste Argentino, cuya influencia se nota en varios aspectos. Atribuir estas nuevas pinturas rupestres a los "Montañeses" sería absurdo, por la gran diferencia que tienen con las halladas hasta ahora en zonas de su dominación.

*Nota preliminar sobre los motivos del Condorhuasi
y sus correlaciones.*

La cerámica del Condorhuasi Clásico, fue dada a conocer por primera vez por Antonio Serrano (25). Desde hace tiempo ha llamado la atención de los arqueólogos, este nuevo estilo, dentro del área de la cultura del Nor-Oeste Argentino.

(24) Modernamente se ha designado como Montañeses "a la población pre-araucana de la Cordillera del Neuquén y sur de Mendoza. Es decir, a la población que tuvo existencia en esas regiones montañosas en época anterior a la araucanización, proceso que se inició en la segunda mitad del siglo XVII" (CANALS FRAU, 1953, p. 357). Nómades, sus dos grupos más importantes fueron los "Pehuenches primitivos" y los "Puelches de Cuyo" (N. del D.).

(25) SERRANO, 1943.

La descripta por Serrano (Condorhuasi Clásico), parece ser una cerámica funeraria, aunque raras veces se presenta hasta ahora en las tumbas. Está integrada por formas antropomorfas, zoomorfas o simples (recipientes globulares o tubulares, etc.).

La decoración de este estilo cerámico es característico, y se destaca, primero por una forma de unidad propia y segundo por la combinación de sus dos o tres tonalidades cromáticas distintas (C. bicromo, C. tricromo) (ver fig. 32).

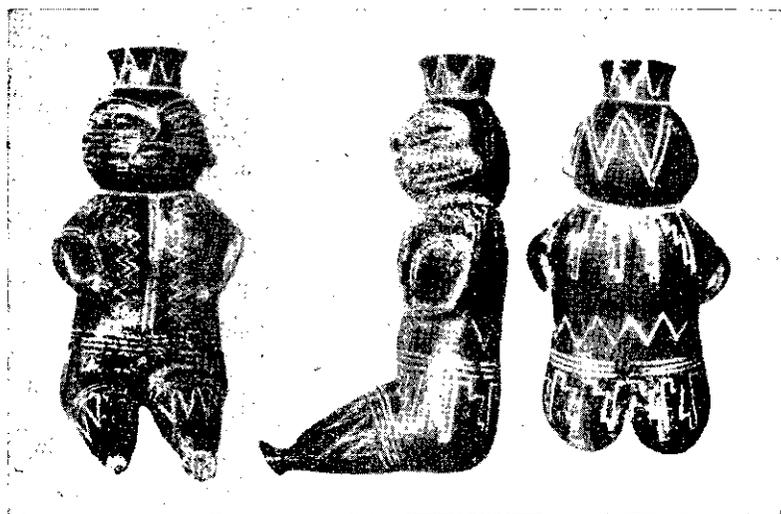


Fig. 32. Diferentes vistas de un motivo cerámico antropomorfo del Condorhuasi clásico (N. O. argentino), en donde puede verse la probable relación estilística con los motivos del Reparo de las pinturas Rojas del Rincón del Atuel. (Reproducido de "La cerámica tipo Condorhuasi y sus correlaciones", de Antonio Serrano).

El centro donde floreció la cultura Condorhuasi, no ha sido hasta ahora localizado dentro del área del Nor-Oeste Argentino. Algunos autores consideran que el centro donde nació esa cultura debe estar posiblemente fuera del área conocida del N. O. En realidad, el conjunto de elementos de este estilo arqueológico no ha sido ubicado cronológicamente con exactitud hasta ahora, debido a la escasez de los recursos con

que se ha contado, y a falta de pruebas documentales sobre los hallazgos dentro de la cultura diaguita ⁽²⁶⁾.

Serrano afirma: "No creo que la cerámica típica del Condorhuasi y la más típica del "cuarto estilo" de Chile, puedan considerarse como un estilo epigonal con respecto a Tiahuanaco".

Latcham tiene en cuenta que un motivo cerámico, exhumado por Debenedetti en la Isla de Tilcara (Valle de Humahuaca), es epigonal de Tiahuanaco.

Motivos que revelan la cultura Condorhuasi, han sido hallados hasta ahora, en diferentes puntos, a saber: Departamento de Belén (Catamarca), Corral de Ramas (localidad próxima a Condorhuasi, Catamarca), Los Castillos (Dto. de Ambato, Catamarca), San Pedro (Dto. de Capayán, Catamarca), Valle de Elqui (Chile), Combarbalá (Chile) y Tacna (Perú), etc. Los colces de los ornamentos decorados en los motivos de este estilo son los siguientes: figuras de superficie negra de contorno blanco; roja —en el fondo total de la superficie del recipiente— de contornos blancos, etc. En el Condorhuasi, no hay solamente motivos cerámicos pintados, sino que los hay también grabados y pulidos simples, etc.

Hay un tipo de Condorhuasi Clásico, que ha sido hallado dentro de la civilización Chaco-Santiaguense. Sus motivos ofrecen relaciones con un vaso Huasán, que da a conocer Debenedetti, originario de La Ciénaga (Catamarca), y también con un motivo del ideograma N° 3, del Reparó de las Pinturas Rojas del Rincón del Atuel.

Relación estructural de estas nuevas pinturas con las del Condorhuasi.

Refiriéndonos a los motivos de la decoración del tipo Condorhuasi Clásico, vimos que su estructura es de dos colores: rojo —de fondo— con contornos blancos, o negro interior contorneado de blanco. La importancia de este estilo decorativo, estriba en que hace resaltar el borde de los motivos y ver su límite correspondiente. Este contorneamiento también se

(26) GONZÁLEZ, 1950 (1955).

presenta en el tipo de pictografías zig-zagueadas de este reparo. La mayoría de los motivos del Ideograma N° 2 (fig. 28) están contorneadas de coloración rojiza, es decir del mismo color del motivo pero de más subida intensidad.

De esta manera podemos afirmar que existe relación con los motivos del Condorhuasi. El contorneamiento, en estos signos pictográficos, permite resaltar el borde de las pictografías, lo mismo que esos elementos decorativos del área del Nor-Oeste Argentino, a que nos hemos referido.

Conclusión.

Esta importante cultura norteña (Condorhuasi), cuyo centro no ha sido aún definido por ningún autor, no debe haber influido solamente en el área diaguita —en la República Argentina —sino también más al sur.

La presencia de este estilo pictográfico, dentro de la cultura probablemente Huarpe que habitó esta comarca en tiempos pre-hispánicos, deja que pensar. Pues es bien conocido que los huarpes tenían relaciones con los diaguitas, quienes notablemente influyeron en su cultura. Se explica así la llegada indirecta de la influencia del Condorhuasi a estas regiones del Sur mendocino.

Los elevados conocimientos técnicos y pictográficos demostrados por estos nuevos motivos de arte rupestre, afirman el elevado desarrollo reflexivo de esos indígenas.

III

EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL "PUCARÁ DEL ATUEL"

Ya hace tiempo que tenía conocimiento de la existencia de construcciones líticas en el Rincón del Atuel, El Escorial, distante como se ha dicho, a 28 Km. al sur de San Rafael. En el año 1937, efectuaron una visita a esa zona, los Sres. Manuel Tellechea, Fernando Morales Guiñazú y otros de

la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, quienes las estudiaron dándoles el nombre de "Pucará del Atuel" (27).

En cuanto a la designación de "Pucará" para dichas ruinas, muchos arqueólogos creerán que no corresponde; pero el problema se aclararía, si se pensara que sus constructores fueron los huarpes. El nombre de Pucará, ha sido generalizado para la designación de fortalezas indígenas en el área andina. De cualquier modo hemos considerado lógico seguir llamando a este fuerte con el nombre que se ha hecho usual.

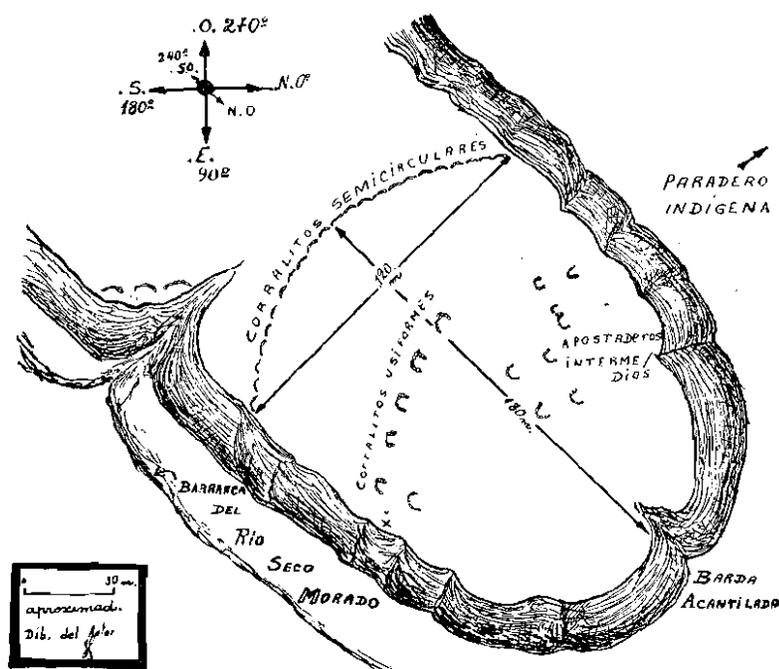


Fig. 33. Levantamiento esquemático de la loma donde se asienta la parte principal del "Pucará del Atuel", donde se puede apreciar la disposición de los "corralitos". (Junio de 1956).

Acerca de los habitantes indígenas de este lugar en épocas históricas, puede verse lo dicho en el estudio sobre "El Paradero indígena del Rincón del Atuel".

Quiero dejar constancia de la colaboración prestada por los señores: José Sáez, Enrique Utgés, Eduardo Dalmaso,

(27) TELLECHEA y MORALES GUIÑAZÚ, 1938 a, 1938 b.

Angel y César Di Césare, Raúl Ferreira, Raúl Quintano, Eduardo Rodríguez, José Vrana y Joaquín Segura, que me ayudaron en la realización de los levantamientos topográficos y de la distribución de las construcciones que integran el "Pucará del Atuel".

Ubicación de las ruinas.

Al poniente de la conocida Gruta o Cueva del Indio del Rincón del Atuel, se puede observar una loma larga, de altas barrancas, cuya terminación llega a las proximidades del Puesto de Domingo Valenzuela. Sobre la terraza de ésta están emplazadas las ruinas del "Pucará del Atuel". Esta loma se halla a unos 450 m. de dicha gruta. Para llegar a ese cerro o más bien a esa loma, es necesario cruzar un curso pluvial, denominado "Río Seco Morado", que desciende de las Lomas del Cerro Negro. Se puede llegar al pie de ese macizo montañoso, siguiendo la huella que cruza el Paradero del Rincón del Atuel. La huella luego de pasar por el badén que forma con el Río Seco Morado, se aproxima a esa formación de factura basáltica volcánica. La hemos denominado "Loma Principal del Pucará del Atuel", pues en ella puede decirse que residía la mayor seguridad de la tribu que lo construyó. Esto es debido a su distribución estratégica y a la abundancia de fortificaciones que integran esta parte del fuerte.

La punta de la "Loma larga", que tiene dirección N. E., está situada a menos de 100 m. del puesto de Valenzuela y a unos 250 m. del río Atuel.

Debemos tener en cuenta que esa es la parte principal del fuerte, ya que el mismo está dividido en dos partes, es decir: en fortificaciones del poniente (Loma principal del Pucará del Atuel, o simplemente "Loma Larga"), y fortificaciones del naciente ("Loma de las siete fortificaciones"). Estas se encuentran a unos 150 m. al N. O. de la Gruta del Indio. La loma presenta una saliencia, menos pronunciada, semejante a la del poniente. Está integrada solamente por siete reductos semicirculares, formando un arco de contraataque hacia el sur (de ahí que ha sido denominada loma de las siete fortificaciones).

Las bardas de estas barrancas acantiladas, como dije, son sumamente empinadas y costó mucho descender un mortero (28) de varios kilos de pesc, desde la terraza a la llanura.

La inclinación de esta barranca es muy variable y oscila entre 40° y 70°. La altura de la llanura a la terraza es de 50 a 60 m. aproximadamente. Para llegar a las terrazas donde se ubican ambas partes del fuerte, es necesario hacerlo por los cañadones formados por la acción pluvial, que a su vez, son aprovechados por el ganado caprino como sendas.

Hallazgos en el Pucará del Atuel.

Nuestras constantes visitas al Pucará del Atuel, durante más de cinco viajes, y las minuciosas revisiones entre las escorias basálticas de las terrazas de las lomas, han producido diversos hallazgos arqueológicos, algunos de importancia.

En la terraza de la loma larga se han levantado varios fragmentos de alfarería ordinaria, puntas de flecha, un punzón, raspadores, núcleos o residuos de tallado, etc. En la loma del nacimiento se logró levantar algunos residuos de piedras talladas y un molino de piedra, único procedente de esa comarca.

Morfología de las defensas.

Las defensas o reductos de protección que integran el Pucará del Atuel, son de dos tipos: en forma de U y semicirculares (29).

- a) *En forma de U*: Su planta tiene la forma de una U o de una herradura y poseen un ventanal (espacio dejado para poder mirar en dirección al arco de contraataque) en la parte delantera de la pirca (fig. 35). Sus medidas oscilan de 2,50 m. a 3 m. de largo,

(28) Fue descrito en el artículo sobre el "Paradero Indígena del R. Atuel".

(29) Pueden clasificarse por sus características de la siguiente manera: con ventanal (en U) y sin ventanal (semicirculares).



Fig. 34. Vista de la Punta de la Loma Larga, donde está emplazada la parte principal del "Pucará del Atuel". El No 1 indica el curso del Río Seo Morado; 2. la huella; 3, la dirección en que se halla La Canoa; 4. límite del paradero No 2 y comienzo del campo de Correa. (Ver también figs. 2, 3 y 4). (Foto del Mus. Hist. Nat. S. Rafael, 9-IX-1956).



Fig. 35. Una de las defensas en U, que integran el fuerte de la Loma Larga, en el área de las cinco fortificaciones. (Exc. Lagiglia-Utgés, 20-XI-1955; foto del Mus. Hist. Nat. S. Rafael, documentación fotográfica Eduardo Dalmaso).

por 2 m. a 2,50 m. de ancho. Hay solamente cuatro principales y otras pequeñas de 1 m. por 1 m. aproximadamente.

- b) *Semicirculares*: Se puede decir que son los que integran en mayor cantidad el Pucará del Atuel. Las hay en ambas lomas: una de ellas tiene 35 construcciones de este tipo y la otra siete solamente. Son simples arcos en semicírculo, cuya longitud varía de 3,50 m. a 6 m. de largo. La altura visible de estas ruinas líticas es de 40 a 80 cm. en partes, hay otras de 35 cm. también. Algunos son irregularmente semicirculares, de construcciones desordenadas, como simples amontonamientos de rocas.

Construcciones: Las pircas están formadas por superposiciones de escorias volcánicas, de factura basáltica, característica de la formación geológica del terreno. No son construcciones ordenadas, sino simples amontonamientos de esas rocas, adoptando esas formas semicirculares y en U.

Como su designación lo aclara, no tienen ningún material adhesivo complementario. Los aborígenes no se han esmerado por cubrir algunos intersticios y ahuecamientos formados en la acumulación de las rocas, durante la construcción de las defensas.

Mensura de las defensas o corralitos.

Las medidas correspondientes a cada uno de los tipos de construcciones son variables. Nos hemos tomado el trabajo de medir cada "corralito" ⁽³⁰⁾ uno por uno y la distancia entre ellos, en el arco semicircular que recorre el ancho de la loma. Este cordón de construcciones sui-géneris tiene una longitud de 166 m. y está integrado por 23 corralitos.

Las medidas y espacios entre ellos, comenzando por la derecha son los siguientes:

⁽³⁰⁾ Nombre con que los habitantes lugareños designan a esos reductos, a los que atribuyen origen indígena.

<i>Fortifi- cación</i>	<i>Longitud</i>	<i>Espacio</i>	<i>Fortifi- cación</i>	<i>Longitud</i>	<i>Espacio</i>
1º	3,50 m.	0,20 m.	13º	4,50 m.	2,00 m.
2º	3,50 m.	2,00 m.	14º	4,50 m.	5,00 m.
3º	3,50 m.	4,50 m.	15º	6,00 m.	1,50 m.
4º	4,50 m.	3,20 m.	16º	4,50 m.	3,80 m.
5º	4,50 m.	3,00 m.	17º	4,50 m.	1,50 m.
6º	3,50 m.	3,00 m.	18º	4,50 m.	4,50 m.
7º	4,50 m.	6,50 m.	19º	3,00 m.	3,00 m.
8º	4,50 m.	0,50 m.	20º	2,60 m.	3,00 m.
9º	4,50 m.	6,00 m.	21º	3,00 m.	1,50 m.
10º	4,50 m.	6,50 m.	22º	6,00 m.	—
11º	4,50 m.	6,00 m.	23º	4,50 m.	—
12º	4,50 m.	2,00 m.			

Características defensivas de los reductos.

La distribución de los reductos o defensas, en la terraza de esas lomas, es sumamente estratégica. Están dispuestos en diferentes sentidos de orientación, a fin de que los indígenas pudiesen desplazarse o mejor dicho cambiar de reductos, para llegar al arco de contraataque, en los casos de lucha, sin ser percibidos por sus adversarios.

La altura de las defensas es escasa y el cambio de apostaderos lo debieron realizar agachados, lo mismo que para parapetarse y no ser vistos por sus enemigos. Ofrecen los reductos reparo del viento y de un ataque enemigo, debiendo los aborígenes estar agachados o tendidos en el suelo, detrás del parapeto que facilitan las pircas de los corralitos.

Disposición de los corralitos.

Los corralitos o reductos están distribuidos de una manera especial, y orientados en dirección Sur-Oeste 240º.

Están dispuestos de la siguiente forma: comenzando por la derecha se hallan tres defensas orientadas en el mismo sentido, pero con diferente graduación (S. O. 260º). Estos apostaderos son los primeros que se hallan en dirección S. O. y son tipo semicircular (ver el plano, fig. 33). Luego hay tres más

que están relacionadas con los números 3, 4, 5 del arco de los 23 fortificaciones. Dicho arco está integrado por construcciones en forma continua en un simple cordón de defensas sui-géneris adicionales o yuxtapuestas. Tiene este arco un largo de 166 m. y el ancho de la terraza de la loma es de 120 m.

Hay después, cinco construcciones en U como iniciando un cordón en semicírculo y están separadas más de 15 m. unas de otras.

Luego hay otras que están orientadas en dirección a la cima de C^o Negro. Estas deben haber servido para ocultarse (apostaderos intermedios), antes de llegar al arco de las 23 fortificaciones.

El por qué de su ubicación.

La distribución de los reductos defensivos es muy ingeniosa y demuestra que estos pueblos eran grandes estrategos.

Sentado, como hemos supuesto, que esas ruinas son construcciones hechas por integrantes del grupo huarpe, debo hacer notar varios aspectos de la razón de su emplazamiento sobre la barda de las lomas.

Los huarpes eran aborígenes que tuvieron relaciones culturales con las tribus indígenas del N. O. Argentino y del Perú. Razón por la cual se produjeron cambios culturales en su seno por efectos de dichas influencias.

Así, los huarpes tuvieron conocimiento de los pucará y la razón sumamente estratégica de emplazarlos en las cimas de las zonas montañosas.

Tellechea, al dar su opinión sobre el pucará del Atuel, dice que los corralitos son únicamente para el abrigo y protección de los agentes climatéricos y no acepta atribuirlo como un medio de protección personal. Además el mencionado autor expresa que la pirca era para proteger los posibles ataques por la espalda. En mi opinión, los arcos se hallan orientados hacia el S. O. para evitar un posible ataque a las viviendas indígenas residentes en el paradero del Rincón del Atuel.

El ataque del enemigo debe haberse producido desde el sur a fin de desplazar a los huarpes, como dije anteriormente.

El río ofrecía una defensa natural a la tribu, y cualquier ataque del adversario por esa parte, podría ser percibido.

Desde la cima o terraza de la Loma Principal del Pucará del Atuel, se puede observar fácilmente toda la ubicación del Paradero indígena y de los reparos con pinturas repuestres (ver fig. 37).



Fig. 36. "Corralito" semicircular, del cordón de construcciones **sui-generis** yuxtapuestas. En la fotografía puede apreciarse la relación de la altura de la pirca con respecto a las personas parapetadas al pie de la misma. Vista posterior. (Exc. Lagiglia-Rodríguez).

Consideraciones sobre el fuerte.

Los implementos arqueológicos en la zona, revelan la existencia de cuatro tipos distintos de cultura: Incásica (alfarería Peruana), Diaguita (Condorhuasi), Huarpe —instalados desde antiguo— y la de tribus araucanas, pehuenches, etc. Estos últimos posiblemente desplazaron a los huarpes.

La cultura diaguita o más bien del N. O. Argentino, debió ser llevada por aborígenes que mantuviesen relaciones con esos pueblos. Los únicos pobladores de la provincia cuyas relaciones con los del N. O. Argentino son conocidas, fueron los huarpes.

La existencia de maíz (marlos) en el subsuelo del reparo de la Gruta del Indio, nos afirma que éste debió ser cultivado ⁽³¹⁾ ¿Quiénes otros sino los huarpes (del sub-grupo meridional millcayac) podrían haberlo hecho? Los pehuenches y tribus afines eran, en cambio, cazadores y recolectores. Según datos de algunos cronistas se radicaban en zonas cordilleranas, y cuando comenzaba a hacer frío descendían a las llanuras.



Fig. 37. Vista hacia el Oeste, desde la cima de la Loma Principal del "Pucará del Atuel"; en ella pueden apreciarse zonas arqueológicas vecinas. I) Gruta del Puesto de "Las Tinajas"; II) Punto donde se ubica el Puesto de "Las Tinajas"; III) Puesto de "Los Jilgueros", IV) Barranca baja, opuesta a la zona del Rincón del Atuel, donde han sido hallados más de cinco esqueletos indígenas. El paraje pertenece a la Finca Monte Alegre del Sr. José Mora. V) Cauce del Río Atuel (corre hacia la derecha). VI) (En primer plano). Vista parcial del Paradero. (Exc. Lagiglia-Utgés).

Los huarpes instalados en las costas del Diamante, el Rincón del Atuel, etc. debieron construir defensas para detener los ataques adversarios: una de estas defensas es el "Pucará del Atuel". La existencia del fuerte en la margen derecha del

(31) Véase lo correspondiente a los hallazgos de maíz, en el artículo I de esta serie.

Río Atuel y su orientación, no dejan lugar a duda de que fue un límite defensivo, instalado por los huarpes, para poner coto a las invasiones de los aborígenes del sur.

Descripción de un ataque y contraataque ⁽³²⁾.

Imaginémosnos uno de estos ataques. Primeramente, una señal de humo del Cerro Negro —que posiblemente fue utilizado como divisadero— hace que los indígenas se dirijan a la cima de la loma, donde se halla el fuerte, a ocupar sus respectivos apostaderos y esperar el ataque adversario. La cima del C° Negro, distante 3 Km., es fácilmente visible desde el paradero (ver vista panorámica, fig. 2). El río ofrecía una defensa natural a las tribus residentes en la zona del paradero. Desde ahí los aborígenes podían prevenir cualquier ataque que fuese llevado a cabo. Además es en parte dificultoso vadearlo. (Hay que considerar que el poco cauce actual del río en esa comarca se debe a la regulación producida por el dique “El Nihuil”).

Para comunicar la presencia del enemigo, —como dije anteriormente—, los vigías aborígenes realizarían señales de humo desde la cumbre. Entonces los aborígenes tomaban parte en la defensa de sus tribus.

Conclusión.

Como hemos visto al estudiar el paradero, muchos restos arqueológicos, hallados in-situ, nos afirman que en esa comarca vivieron los huarpes.

Muchos creerán que estas construcciones son de los pehuenches o de los puelches, cosa que a mi juicio no es exacto. Entre otras razones, porque a los pehuenches que dominaron esa comarca tanto les daba trasladar sus tolderías a una u otra parte si fuesen desplazados por los conquistadores o por otras

⁽³²⁾ Este punto es una conclusión sacada en base a los aspectos topográficos de la zona y en razón de la estrategia del Pucará del Atuel. (En una excursión reciente, el autor y sus compañeros hallaron, efectivamente, restos de un probable “vichadero” en la cumbre del Cerro Negro. N. del D.).

tribus. En cambio los huarpes eran pueblos sedentarios, que residían durante largo tiempo en una comarca. Ellos cultivaban el maíz y otros vegetales alimenticios; es así que tenían que prevenirse contra los ataques de tribus nómades, que vendrían con la seguridad de apropiarse de la labor ajena.

La construcción lítica, como bien es sabido, es característica de los pueblos sedentarios.

El emplazamiento del "Pucará del Atuel", nos señalaría, pues, hasta dónde llegaba el extenso dominio de los huarpes en tiempos prehispánicos.

San Rafael, octubre - noviembre de 1956.

BIBLIOGRAFIA CITADA

AMEGHINO, FLORENTINO: 1918, *La Antigüedad del Hombre en el Plata*. 2 tomos. Buenos Aires.

CABRERA, PABLO: 1929, *Los aborígenes del país de Cuyo*. En "Revista de la Univ. Nac. de Córdoba", pp. 109-219. Córdoba (1928-1929).

CANALS FRAU, SALVADOR: 1937, *Etnología histórica de la provincia de Mendoza*. En "Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología", I, pp. 91-106. Buenos Aires.

CANALS FRAU, SALVADOR: 1946, *Etnología de los Huarpes. Una síntesis*. En "Anales Inst. Etnol. Americana", VII, pp. 9-147. Mendoza.

CANALS FRAU, SALVADOR: 1953, *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX: 1950 (1955), *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino* (Nota preliminar). En "Anales de Arqueología y Etnología". t. XI, pp. 7-32. Mendoza.

IBÁÑEZ, J.: 1939, *Alimentación de los aborígenes de Chile*. En "Revista Geográfica Americana", t. XI, Nº 66, pp. 119-215. Buenos Aires.

LAGIGLIA, HUMBERTO: 1956, "*La Gruta del Indio del Rincón del Atuel*". Un reparo con pinturas rupestres de San Rafael (Mendoza). En "Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael", t. I, Nº 1, pp. 5-18. San Rafael.

LAGIGLIA, HUMBERTO: 1956, "*Las Pictografías de la Gruta del Puesto de "Las Tinajas"*". (Inédito).

MÉTRAUX, ALFRED: 1929, *Contribution a l'Ethnographie et à l'Archéologie de la province de Mendoza*. En "Revista del Instituto de Etnología de la Univ. Nac. de Tucumán", t. I, págs. 5-73. Tucumán.

MORALES GUIÑAZÚ, FERNANDO: 1937, *Primitivos habitantes de Mendoza*. En "Anales del Primer Congreso de Historia de Cuyo", t. II. (2ª ed., Mendoza, 1938).

NIMO, AGUSTÍN: 1946, *Arqueología de Laguna Honda* (Yucat, Prov. de Córdoba). Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", XV, 71 págs. Córdoba).

RUSCONI, CARLOS: 1940, *Alfarería de tipo peruano en Mendoza*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", t. CXXIX, entr. II, págs. 88-96. Buenos Aires.

RUSCONI, CARLOS: 1945, *El maíz en las tumbas indígenas de Mendoza*. En "Darwiniana", t. VII, Nº 1. Buenos Aires.

RUSCONI, CARLOS: 1947 a, *Culturas artísticas de los indígenas extinguidos de Mendoza*. En Revista del Museo de Historia Natural de Mendoza, vol. I, entr. 1, págs. 24-37. Mendoza.

RUSCONI CARLOS: 1947 b, *Algunas cuevas con pinturas rupestres de San Rafael*. En "Revista Geográfica Americana", t. XXVII, Nº 161, págs. 103-108.

SERRANO, ANTONIO: 1943, *La cerámica tipo Condorhuasi del área Diaguita*. En "La Prensa", ed. dominical 4/VII/43. Buenos Aires.

SERRANO, ANTONIO: 1944, *La cerámica tipo Condorhuasi y sus correlaciones*. Publ. Inst. Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", VI. 31 págs. Córdoba.

SERRANO, ANTONIO: 1947, *Los aborígenes argentinos*. Buenos Aires.

TELLECHEA, M. y MORALES GUIÑAZÚ, FERNANDO: 1938 a, *Un fuerte indígena en El Esecorial*. En "Anales del Primer Congreso de Historia de Cuyo", t. VI, págs. 123-136. Mendoza.

TELLECHEA, M. y MORALES GUIÑAZÚ, FERNANDO: 1938 b, *El Pucará del Atuel*. En "Rev. Geográfica Americana", t. X, Nº 62, págs. 323-336. Buenos Aires.

LA INDUSTRIA BASALTICA DE LA CIENAGA
[Prov. de Catamarca]

Por OSVALDO F. A. MENGHIN

En el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se conserva un conjunto de artefactos basálticos, que forman parte de las colecciones del Dr. Salvador Debenedetti, antiguo Director de dicho Museo e investigador incansable de la protohistoria argentina.

El Dr. Eduardo Casanova, profesor (hoy jubilado) de prehistoria y arqueología de la facultad mencionada, llamó nuestra atención sobre estos objetos, que tenían un carácter algo enigmático, por falta de suficientes noticias con respecto a las condiciones de su hallazgo. Las escasas notas que aparecen en el catálogo del Museo se limitan a indicar dónde y cuándo los objetos fueron hallados.

Los instrumentos proceden del famoso yacimiento arqueológico de La Ciénaga, en el valle de Hualfín, departamento de Belén, Catamarca. Fueron recogidos durante la XXIIIª expedición del Museo Etnográfico, dirigida por el Dr. Debenedetti, en los años 1927/28, en cuatro puntos del yacimiento, que tiene la enorme dimensión de 15 km. de largo y 6 km. de ancho (1). Estos puntos son: "Barranca Blanca" para los nú-

(1) Compárese Salvador Debenedetti, *L'ancienne civilisation des Barreales du Nord-Ouest Argentin*. La Ciénaga y la Aguada d'après les collections privées et les documents de Benjamín Muniz Baretto (sic), *Ars Americana* II, París, 1931, obra que en primer lugar tiene el objetivo de mostrar el valor artístico de las cerámicas del estilo draconiano (= de Barreales), pero ofrece también una sumaria descripción del yacimiento de La Ciénaga. Más substanciosas al respecto son las expli-

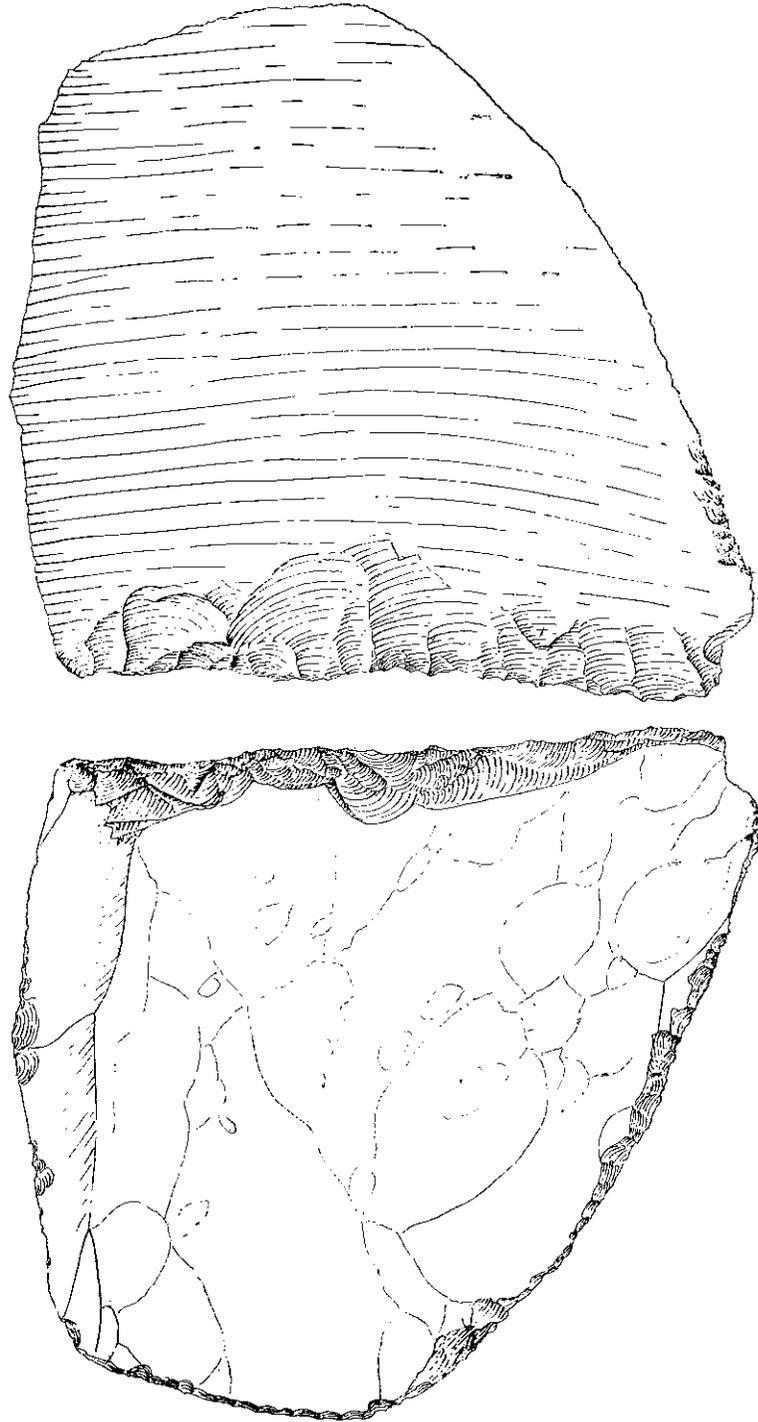


Fig. 1. No 34012. Algo menos de 1/2 tam. nat.

meros 33933 a 33955 del catálogo, "Barrancas del Oeste del campamento" para los números 34000 a 34004, "Cementerio del río Huiliche Sud" para los números 34009 a 34035 y "Barrerales del Oeste del campamento" para los números 34043 a 34057 (2).

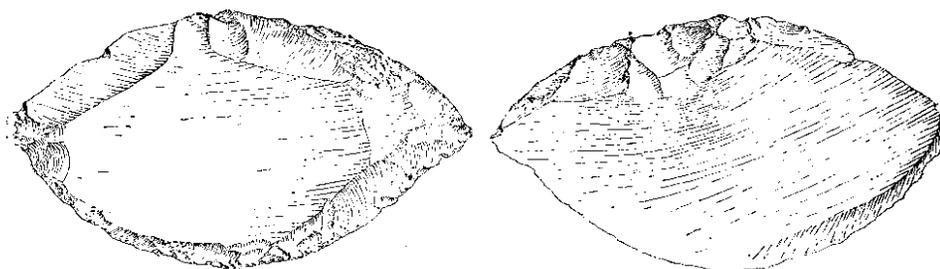


Fig. 2. N^o 33934. 1/3 tam. nat.

Otro grupo de artefactos idénticos existen en las colecciones del Museo de La Plata. Pertenecen a la gran colección arqueológica de Benjamín Muñiz Barreto, resultados de las excavaciones practicadas en La Ciénaga durante los años 1925-1929 por los ingenieros Vladimir Weiser y Francisco Wolters, con Salvador Debenedetti, por encargo de Muñiz Barreto. El Dr. Alberto Rex González prepara la publicación de este enorme material, sobre cuya excavación existen muy exactos diarios. Sin embargo, no nos dan datos detallados sobre las circunstancias en las cuales fueron excavados los artefactos que nos interesan aquí.

caciones en el trabajo de Eduardo Casanova, *Hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de Huiliche, departamento de Belén (Provincia de Catamarca)*. Archivos del Museo Etnográfico III, Buenos Aires, 1930. Tratamiento de las cuestiones cronológicas en Wendell C. Bennett, Everett F. Bleiler, Frank H. Sommer, *Northwest Argentine Archeology*, Yale University Publications in Anthropology, N^o 38, p. 101 ss. New Haven, 1948, y A. R. González, *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. Argentino*. Anales de Arqueología y Etnología, XI, pp. 7-32, Mendoza, 1950 (1955).

(2) Como nos dice el Dr. Casanova, el campamento del Dr. Debenedetti se encontraba cerca de la frontera meridional del yacimiento, entre cuyos límites están todos los sitios mencionados en el inventario.

El basalto, usado para la confección de estos artefactos, tiene un carácter bastante uniforme, y procede probablemente en su mayoría del mismo yacimiento geológico. El Dr. Franco Pastore, antiguo Profesor de Petrografía de la Facultad de Ciencias de Buenos Aires, escribió la siguiente diag-

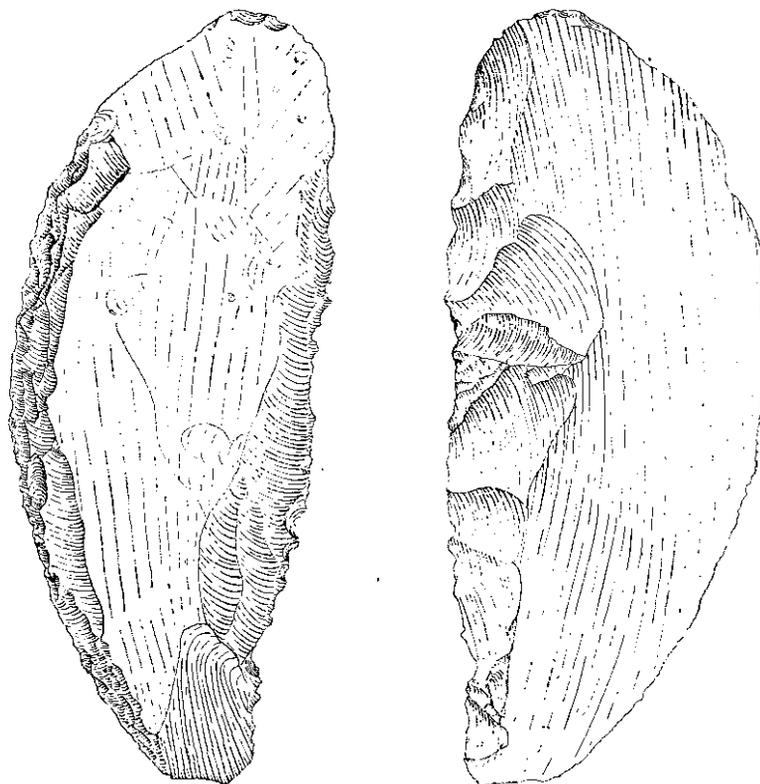


Fig. 3. N^o 34010. 2/5 tam. nat.

nosis petrográfica del material en estudio que puedo citar aquí gracias a la amable comunicación del colega M. A. Vignati: "Basalto olivínico, negro, compacto, sonoro, de pasta fina y homogénea. La olivina es, a veces, visible, formando pequeños nidos de aspecto vítreo y color verde pálido. Formas de división laminares ofreciendo comunmente una cierta diferencia en la cara dorsal. Superficie de destrucción notablemente alisada y suavemente ondulada". La fuente de la materia prima posiblemente debe buscarse en la colada de basalto que,

según el mapa geológico, se encuentra en el Noroeste del Valle de Hualfín. Parece que se utilizaban grandes rodados sueltos, alisados por fuerzas eólicas o acuáticas. Los planos de fractura producidos por la actividad humana muestran una superficie áspera, de aspecto muy fresco y sin pátina; también las aristas están bien conservadas.

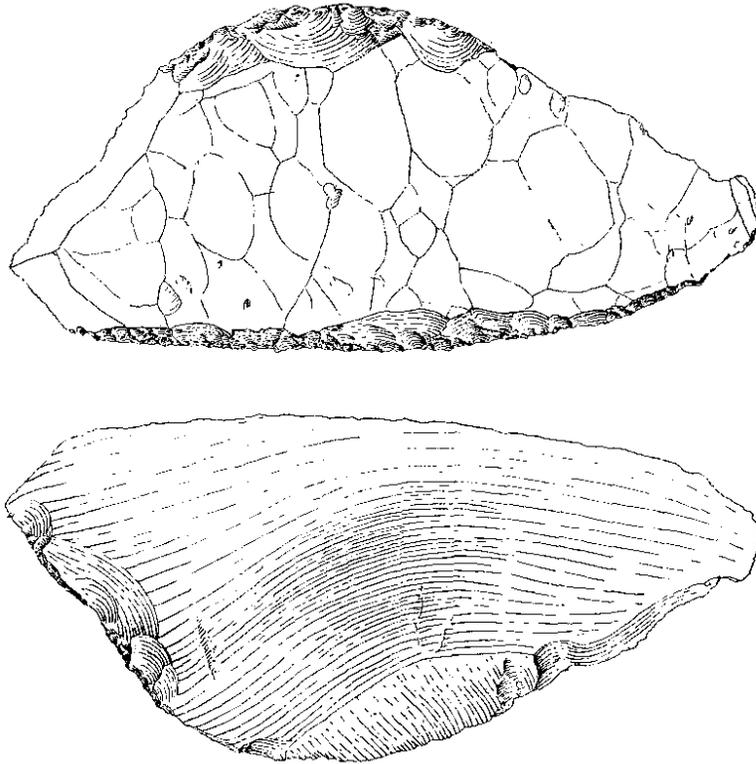


Fig. 4. N° 34013. 1/3 tam. nat.

Para caracterizar esta industria desde el punto de vista morfológico es suficiente describir una selección de tipos particularmente significativos.

N° 34012 (fig. 1). Gran lasca subtriangular (27,5: 22 cm. espesor máx. 3 cm.); cara superior formada por la corteza original. Bulbo de percusión removido por retoques groseros, que también se extienden al borde de la cara superior. Parte curva de la periferia afilada mediante talla fina, limi-

tada a la cara superior. Puede ser una raedera gigantesca, un azadón o la hoja de una pala.

Nº 33934 (fig. 2). Lasca muy regular en forma de hoja de dos puntas (18,7: 11: 1,6 cm.). Bulbo removido, filo cortante curvo y obtenido con la misma técnica que la del Nº 34012. Raedera.

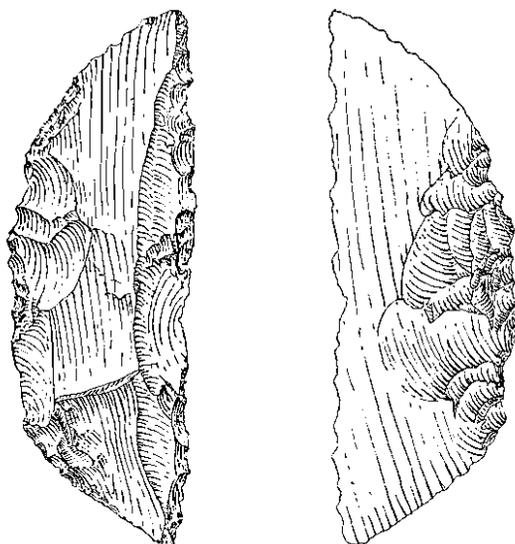


Fig. 5. Nº 33935. 1/2 tam. nat.

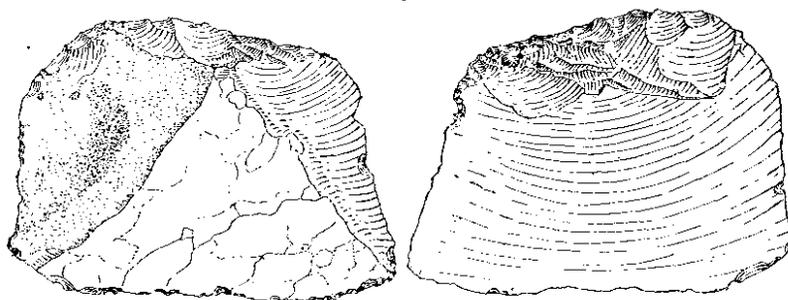


Fig. 6. Nº 34011. 2/5 tam. nat.

Nº 34010 (fig. 3). Lasca ancha en forma de segmento (26: 10,5: 2,5 cm.), cara superior formada por la corteza original. Elaboración como en el Nº 33934. Raedera gigantesca.

Nº 34013 (fig. 4). Semejante al Nº 34010 (28: 13: 2,9 cm.), pero con bulbo conservado.

Nº 33935 (fig. 5). Lasca ancha en forma de segmento (14: 4,8: 1,6 cm.). El bulbo removido se halla en el lado curvo, el filo, en cambio, es recto. Raedera.

Nº 34011 (fig. 6). Lasca trapezoidal (13,2: 9,5: 2,5 cm.). Bulbo removido, cara superior con muchos residuos de la corteza original. Raedera.

Nº 34055 (fig. 7). Lasca subcuadrangular (4,2: 3,9: 2 cm.). Bulbo conservado, borde opuesto retocado. Raedera o pequeña punta de mano.

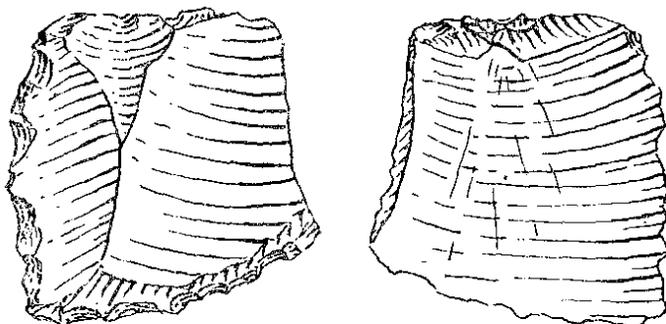


Fig. 7. Nº 34055. Tam. nat.

Nº 33933 (fig. 8). Lasca subcuadrangular (16: 5,5: 1,8 cm.). Cara superior con considerables residuos de la corteza original; los bordes y el filo, sin embargo, son tallados e igualmente lo es toda la cara inferior. Hacha o azada.

Nº 34017 (fig. 9). Lasca triangular (10,5: 6,2: 2 cm.), tallada sobre ambas caras. Hacha.

En general esta industria da una impresión protolítica. Los artefactos más primitivos del conjunto muestran una elaboración rudimentaria, integrándose de primitivas hachas de mano, raspadores, "choppers", lascas y láminas de variable tamaño con retoque muy tosco o sin retoque, núcleos, esquirlas y objetos atípicos. Los instrumentos de mayor perfección tienen algún parecido con el Musteriense europeo, pero sin existir plataformas de percusión retocadas. Hay sin embargo excepciones, como los Nros. 33933 y 34017 (figs. 8 y 9), que más bien recuerdan las hachas o hendidores del Cam-

pigniense. Este hecho morfológico y la frescura del material advierten contra la presunción de una edad muy remota de estos productos. Desde un principio pensaba que se trata de una industria atrasada de edad precerámica, como existen varias en la Argentina; sin embargo, la inspección del yacimiento dió otro resultado. Pude realizarla en oportunidad de un viaje arqueológico a Catamarca que efectué en abril y mayo del año 1951 bajo la iniciativa del Museo de La Plata, junto con el Dr. A. R. González, el Ing. C. Rademacher y dos alumnos.

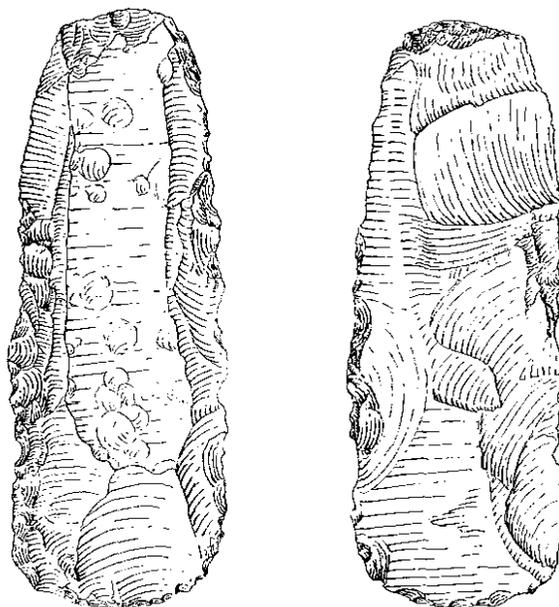


Fig. 8. N^o 33933. 1/2 tam. nat.

El yacimiento está situado sobre la terraza más baja y reciente del río Hualfín ⁽³⁾. Aún hoy pueden encontrarse esparcidos sobre la superficie instrumentos del tipo descrito y

⁽³⁾ Esta terraza tiene una altitud de 10 m de promedio y está compuesta de arena y rodados algunas veces de considerable tamaño (diámetros de 70 cm. no son raros). En la orilla derecha del río Huiliche, inmediatamente antes de su embocadura en el Hualfín, puede observarse una terraza más baja, de más o menos 3 m de alto, arrimada contra la barranca que aquí forma la terraza de 10 m.

considerables cantidades de desecho basáltico. Su conexión con el yacimiento es absolutamente clara, porque faltan fuera del terreno arqueológico. No cabe duda, por lo tanto, que fueron excavados durante las investigaciones en el yacimiento. Una parte —en primer lugar, los mejores objetos— fue llevado al Museo, otra abandonada por no parecer suficientemente interesante. En este yacimiento pueden distinguirse

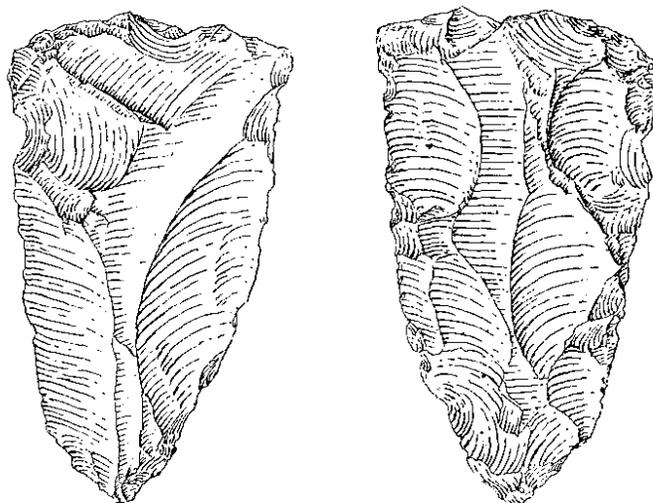


Fig. 9. No 34017. 2/5 tam. nat.

dos niveles principales: uno, más profundo con tumbas de cerámica del tipo Barreales y uno encima de éste con restos de viviendas que no tienen nada que ver con los enterratorios, sino que pertenecen a una época más reciente, caracterizada en primer lugar por cerámica del tipo Belén. Como ya mencioné, ni Debenedetti ni las libretas de Weiser y Wolters dan indicaciones sobre la procedencia de los instrumentos basálticos. Posiblemente les parecían sin importancia por su tosqueidad. Por lo tanto no podríamos decidir el problema de su pertenencia a la una o a la otra de las dos culturas representadas en el sitio, sin las nuevas investigaciones efectuadas en la zona por nuestro compañero A. R. González. En las excavaciones que realizó entre 1951 y 1954 encontró en algunas tumbas de la cultura de Barreales objetos basálticos que corresponden a los tipos descriptos. Además pudo establecer que se

combinan con la etapa más reciente de la cultura mencionada, o sea la fase que denomina La Ciénaga I y II (⁴).

Con eso, por supuesto, no está comprobado que el uso del basalto se haya limitado solamente a esa época. En el Pucará de Loma Rica (⁵), que según sabemos no contiene elementos de la cultura draconiana, debe haber florecido una im-

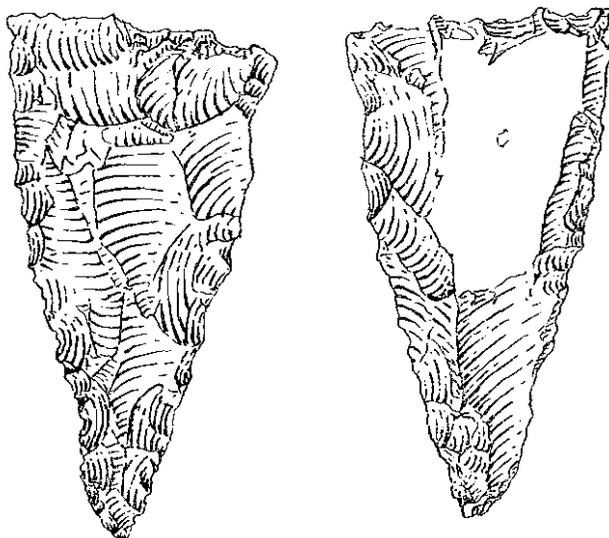


Fig. 10. Punta de Quilmes. Tam. nat.

portante industria basáltica, pues observamos allá muchos trozos de rodados de esta roca que representan desechos de trabajo. Desgraciadamente, no hallamos verdaderos artefactos que permitieran conclusiones sobre diferencias tipológicas que posiblemente caracterizaban a los productos basálticos más antiguos y más recientes. El Director de la Escuela de Quilmes me entregó una punta triangular (6,8: 3,5: 1 cm., fig. 10), hallada en el gran pueblo indígena de Quilmes, a la cual se podría atribuir un carácter algo más avanzado; pero de

(⁴) Véase el trabajo citado, especialmente p. 20. La fase más antigua es llamada La Aguada.

(⁵) Sobre este yacimiento compárese ahora A. R. González, *Las ruinas de Loma Rica y alrededores*. *Natura*, I, pp. 75-94. Buenos Aires, 1954.

una sola pieza no es posible sacar conclusiones. Ciertamente el hecho de que, según nuestras observaciones en las tumbas y viviendas del gran yacimiento de Puntilla (o La Banda), a unos 20 km. al sur de La Ciénaga, el basalto parece ausente.

Se conectan, pues, todavía varios problemas con el empleo del basalto en las culturas agrícolas del Noroeste argentino. Resuelto está, sin embargo, que el grupo de los artefactos basálticos de La Ciénaga, pese a su aspecto tan arcaico, y las coincidencias morfológicas, cronológicamente nada tienen que ver con el Paleolítico. En eso reside también el interés general de estos hallazgos. No se trata de un caso aislado, sino que conocemos muchas analogías en todo el mundo. En el famoso yacimiento de Coclé, Panamá, por ejemplo, aparecieron al lado de una cerámica espléndida y preciosas obras de metal, objetos líticos como láminas, puntas, raspadores y perforadores del trabajo más rudimentario ⁽⁶⁾. Otro caso es la industria de obsidiana de la isla de Pascua, de morfología casi protolítica, aunque corresponde a una cultura muy avanzada ⁽⁷⁾. Muy sorprendente es también la primitividad del instrumental silíceo mediante el cual trabajaban los picapedreros del Antiguo Imperio Egipcio ⁽⁸⁾. No quiero enumerar más ejemplos, sino solamente llamar la atención al aspecto histórico de estos fenómenos: se plantea en cada caso la cuestión, si se trata de la supervivencia de formas y técnicas paleolíticas, transmitidas por caminos ocultos, o de una invención independiente, causada por ciertas necesidades. La contestación de esta pregunta tiene mucha importancia para la genealogía de una cultura.

⁽⁶⁾ Lothrop S. K. *An Archaeological Study of Central Panamá*. Mem. of the Peabody Mus. of Arch. and Anthr., Harvard Univ., fig. 60 y 64. Cambridge, 1937.

⁽⁷⁾ Bórmida M., *Formas y funciones del "Matá", el más conocido artefacto de la arqueología de Pascua*. Runa IV. pp. 296-308. Buenos Aires, 1951.

⁽⁸⁾ Menghin O. y Bittel K., *Kasr el Sagha*. Mitteil. d. Deutschen Inst. f. Agypt. Altertumskunde in Kairo, V, p. 9, lám. IV, Augsburg, 1934.

UNA NOTABLE MINIATURA LITICA DEL SUR DE MENDOZA

Por JUAN SCHOBINGER

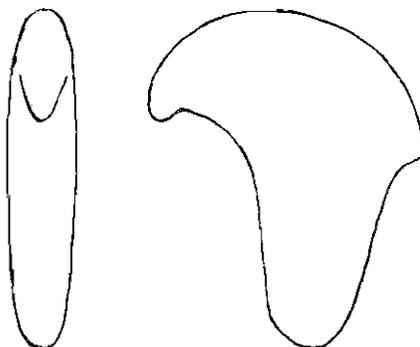
Estudiando la colección arqueológica del Sr. Vicente O. Agüero Blanch, de Mendoza (que será publicada próximamente en estos "Anales"), nos llamó la atención un objeto lítico en forma de "hachita", y que gracias a un análisis tipológico recientemente efectuado (1) pudimos inmediatamente poner en conexión con el interesante grupo ergológico de las *clavas insignias*, cuya área de hallazgos se extiende por Chile centro-meridional, Mendoza y Neuquén.

Condiciones de hallazgo. La pieza fue hallada en Coipolauquén (departamento Malargüe, Mendoza), sobre el costado N. E. de la laguna sita en ese paraje, a unos 70-100 metros de su cuenca. La barranca que la bordea, de poco más de un metro de altura, algo abierta, había sido objeto de arrastre acuático tras una creciente. Según los informes proporcionados por el Sr. Agüero, en el lugar hay signos de la existencia de enterratorios. Junto con la "hachita" recogiéndose dos bellos perforadores del tipo "muleta".

Descripción. La fotografía y el dibujo —éste, en tamaño natural— que acompañan esta nota nos eximen de detallar la forma del objeto, que se presenta como semilunar algo alargada, con un "mango" que se estrecha un tanto hacia abajo. El comienzo de este último —dentro de la unidad que presenta toda la pieza— está dado por una pequeña saliencia en el borde posterior. En el anterior, obsérvase en su extremo sa-

(1) SCHOBINGER, JUAN: *Las "clavas insignias" de Argentina y Chile. Descripción de nuevos ejemplares procedentes de las provincias de Neuquén y Mendoza, y análisis de conjunto.* En "Runa", VII/2. Buenos Aires, 1957. (En prensa).

liente una pequeña prominencia mamelonar, inclinada hacia abajo. Los bordes son redondeados, y toda la pieza se halla finamente pulimentada. Presenta un color ocre verdoso, con estrías horizontales anaranjadas; la parte inferior del "mango" es rojiza. Una estría oscura ocupa su extremo inferior.



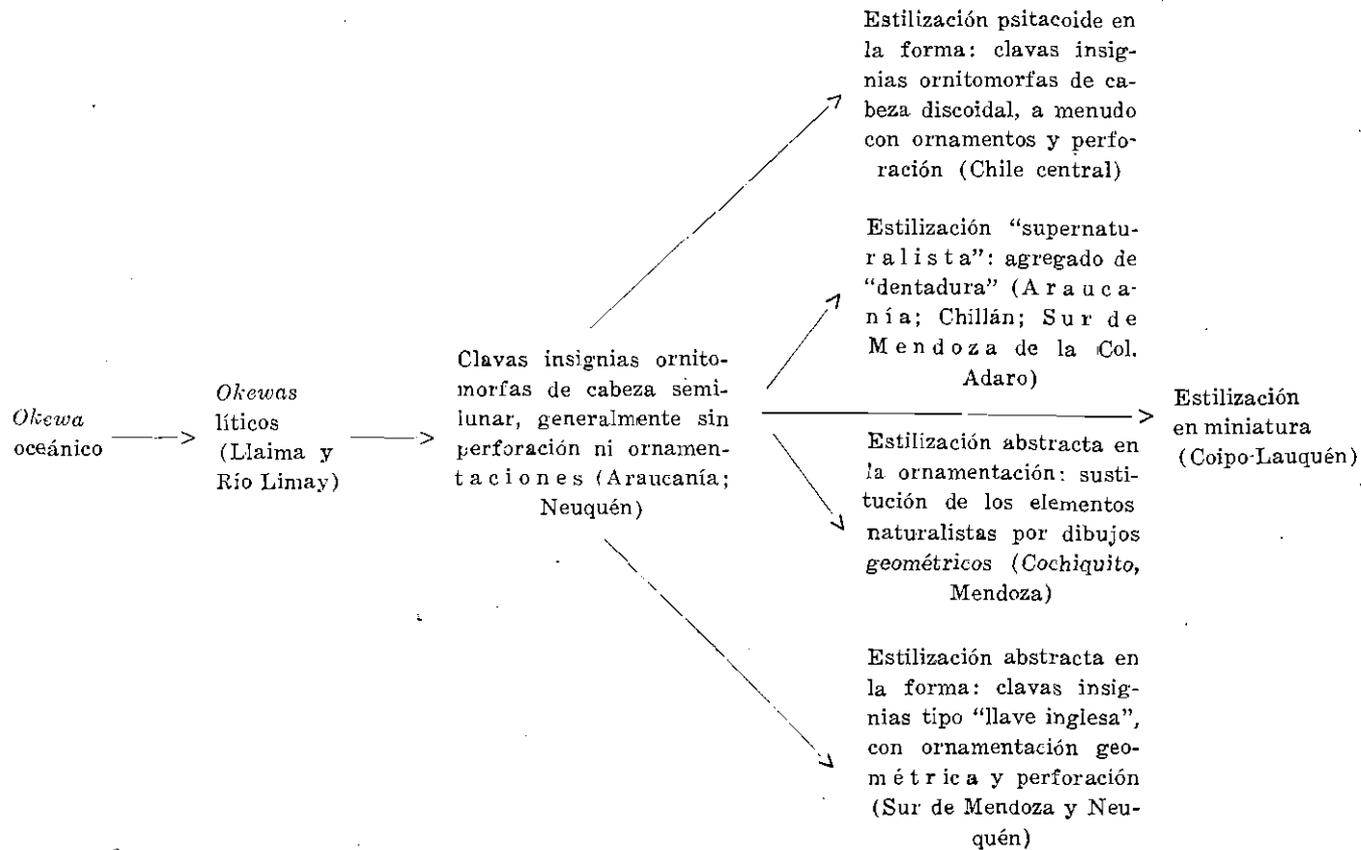
Miniatura votiva (?) de Coipo-Lauquén.
(El dibujo, tam. nat.; la fotografía, algo reducida).

Longitud total: 44 mm; ancho: 37 mm; ancho hacia el centro de la prolongación inferior ("mango"): 16 mm; espesor medio: 9 mm.

Encuétranse señales de pequeños golpecitos en las cercanías de la saliencia posterior.

Correlaciones. Tanto por su forma general como por algunos detalles de su confección, este objeto manifiesta un claro parentesco con las *insignias líticas semilunares* (ornitomorfos), constituyendo una estilización peculiar y hasta ahora desconocida: la miniatura. El hecho de haberse hallado dentro del área de dispersión de aquéllas (pero fuera de su foco originario chileno) refuerza esta aseveración. Podemos imaginar que su confección corresponde a un período en que, perdido su significado originario, su función pasó a ser meramente mágica, votiva, o de amuleto. Interesaba mantener la forma, pero no los demás elementos inclusive el tamaño: surge así la miniatura esquemática (proceso que a menudo se produce en manifestaciones culturales semejantes).

El siguiente cuadro tipológico amplía, y completa con la pieza aquí descrita, el que damos al final del estudio sobre las clavas insignias antes citado. Al mismo remitimos para la justificación y aclaración de los términos del cuadro. (Se prescinde en éste de las formas no-ornitomorfos: zoomorfos y anómalas).



DESCUBRIMIENTOS IMPORTANTES EN PREHISTORIA EN 1956

Nos referiremos a dos de las más importantes novedades en materia de arqueología prehistórica universal: la caverna paleolítica de Rouffignac en Francia, y los avances en el conocimiento del "neolítico precerámico" de Jericó en Palestina, sobre todo su datación radiocarbónica.

Caverna de Rouffignac. Debemos a nuestro amigo Romain Robert, presidente de la "Société Préhistorique de l'Ariège", datos de primera mano acerca de esta nueva estación de arte prehistórico, de la que es uno de los descubridores. Trátase de una de las numerosas cavernas de largos y complicados corredores que constituyen un atractivo más para quien recorre la romántica campiña del Medoc francés. Se halla en el Périgord, algo al N. O. de la clásica región paleolítica del río Vézère. Su conocimiento data de antiguo, e incluso hay textos que se remontan al año 1575 que señalan la existencia de pinturas en el interior de esa gruta. En 1725 un *Dictionnaire Historique* de la época decía, refiriéndose a la misma, que "las gentes del país pretenden que hay grandes salas, pinturas y altares, lo que persuade a los más sectarios de que allí los paganos realizaban sacrificios a Venus o a los dioses infernales". Aún visitas efectuadas por excursiones espeleológicas en nuestro siglo no llegaron a ver o a comprender el valor de los dibujos allí existentes. En cambio, inscripciones de los visitantes, nombres y fechas se fueron acumulando a lo largo de más de tres siglos, dañando en algunos casos los trazos más antiguos.

Es por ello que, tras descubrir los Sres. L. R. Nougier y R. Robert —el primero profesor en la Facultad de Letras de Tolosa— las pinturas el 26 de junio de 1956, y no obstante

la opinión favorable del Abbé H. Breuil, quien visitó la gruta el 17 de julio, el anuncio del descubrimiento efectuado el 20 del mismo mes en el Congreso de la Sociedad Prehistórica Francesa celebrado en Poitiers suscitó una controversia con respecto a su autenticidad, que rápidamente fue silenciada con la visita y los estudios de otros especialistas. El 10 de octubre el profesor Grassé examinó las pinturas con luz ultravioleta y efectuó diversos análisis. Estas experiencias confirmaron formalmente la autenticidad de los grabados y de las pinturas, estas últimas ejecutadas todas al manganeso.

El arte de Rouffignac parece situarse entre el fin del período Perigordiense (llamado también Gravetiense) y la primera mitad del Magdaleniense. La primera recensión, efectuada en ocasión de la visita de Breuil, señaló la existencia de 61 dibujos de mamuts (pintados o grabados), 12 bisontes, 8 cabras monteses, 6 caballos y 4 rinocerontes lanudos; poco después, el 30 de julio, una segunda recensión dió por resultado 70 mamuts, 12 bisontes, 11 cabras monteses, 9 caballos, 9 rinocerontes, y dos animales indeterminados. En octubre se hallaba en curso una tercera, más minuciosa, que según Robert ha de sobrepasar ampliamente dichas cifras; por entonces contábase ya más de 90 mamuts. De los 70 conocidos tras la segunda recensión —distribuidos en varias galerías—, 43 eran grabados y 27 pintados, constituyendo dentro del total de 113 animales un 61 por ciento de mamuts. La extraordinaria cantidad de animales, y la notable proporción de representaciones del mamut convierten de por sí a este yacimiento en un hallazgo extraordinario. Pero otros aspectos también contribuyen a ello: la existencia de un arroyo subterráneo hacia el cual desemboca una galería profusamente pintada y que impresiona como la “via sacra” de este nuevo santuario paleolítico; la existencia de otras galerías con amplias formaciones estalagmíticas, en cuyos recovecos, paredes y techo se alínean las siluetas de los grandes paquidermos (una de las galerías ha sido bautizada, justicieramente, “Henry Breuil”), y sobre todo la perfección que a menudo alcanzan los dibujos y grabados. Dicen Nougier y Robert: “Encontramos en ellos la seguridad de ejecución, la elegancia de las formas, clásicas

del grabado sobre objetos mobiliarios, pero aplicados aquí a una amplitud monumental. La majestad de la composición, el ordenamiento en frisos, los temas frecuentes de los animales afrontados o atacándose, la composición piramidal incluso, agregado al seguro realismo de la ejecución, todo ello se reúne para hacer de Ruffignac uno de los más emocionantes bestiarios del arte paleolítico" (Revista "La Nature", Nº 3258, París. Octubre de 1956).

Jericó. En 1952 iniciáronse en el emplazamiento de la bíblica Jericó (Palestina jordana) las fructuosas temporadas de excavación que aún se hallan en curso. Son llevadas a cabo por expediciones conjuntas anglo-norteamericanas, dirigidas por la profesora Kathleen Kenyon. Fueron precedidas por las excavaciones realizadas por John Garstang entre 1930 y 1936. Este alcanzó en sus dos últimas temporadas a descubrir la existencia del nivel llamado del "Neolítico precerámico", y cuyo conocimiento es el que acaba de ser revolucionariamente ensanchado por la paciente labor de la Dra. Kenyon y sus colaboradores. El cuadro cultural surgido de sus cuatro primeras campañas era a grandes trazos el siguiente:

Aunque carentes de cerámica, los habitantes de este antiguo *oasis* poseían una cultura desarrollada. Por de pronto, no se trata de una simple aldea, ya que aparecen murallas de piedra y ladrillos de barro, así como pisos de yeso cuidadosamente pulimentados, habitaciones rectangulares y también, en un caso, curvilíneas, patios interiores, y un pequeño templo o santuario en cuyo fondo, frente a un nicho, se halló el símbolo del culto: una piedra tallada (*massebah*) de 45 cm. de altura. Los instrumentos líticos corresponden a la industria *tahuniense*; hay fragmentos de hoces y morteros de piedra, así como recipientes de este material, pero, curiosamente, faltan casi por completo azadas y hachas de piedra. Descubrimiento notable lo constituyeron siete cráneos humanos, en los que se remodelaron cuidadosamente las facciones con arcilla, representándose los ojos por medio de conchas. Trátase, sin duda, de un genial desarrollo artístico del culto al cráneo propio de las culturas horticultoras matriarcales. Parecen corresponder a personas de alcurnia muertas tal vez en un raid

enemigo, ya que se encontró un gran grupo de osamentas a las que había sido sustraído el cráneo. Pequeñas estatuillas de arcilla, tanto de animales domésticos como humanas (femeninas, o a veces una trinidad de hombre, mujer e hijo), completaban los datos sobre este sorprendente e inesperadamente antiguo comienzo de una vida que ya cabe calificar de *civil*. Sus excavadores llamaron a Jericó con razón (aunque forzando un poco el término en sus implicaciones culturales) "la más antigua *ciudad* del mundo hasta ahora conocida", fechándola hacia comienzos del 5º milenio a. J. C.

Empero, la temporada de 1956 reveló con claridad que el horizonte cultural "de los pisos pulimentados" (que presenta varias reedificaciones y que debe haber durado muchos siglos) no sólo no es el más antiguo, sino que se halla precedido por otro amplio nivel protourbano, caracterizado por el uso de ladrillos con una cara plana y la otra convexa (*hog-backed*). Las habitaciones parecen ser de planta circular, sugiriendo los restos una forma de colmena, techadas probablemente con ramas. Los utensilios, sin ser más pobres que los del horizonte siguiente, difieren en su tipo; además, aparece una notable industria del hueso, desconocida hasta ahora en Palestina prehistórica. Construída sobre la roca viva, y delante de un ancho foso de 2,50 m. de profundidad excavado en la misma, se alzaba una muralla coronada por una torre maciza. En el medio de ésta descubrióse una escalera integrada por veinte escalones que se conecta con un pasaje horizontal situado en la base, del cual aún no se sabe a dónde conduce.

Los indicios estratigráficos muestran que ambos períodos estuvieron separados por una interrupción cronológica. Como dice la Dra. Kenyon refiriéndose a los hombres del período más antiguo, "sus realizaciones y la avanzada organización de su comunidad no pueden ser puestas en duda, y podemos sostener que ellos también fueren habitantes de un centro urbano (*town-dwellers*), habiendo desarrollado una civilización propia" ("Antiquity", vol. XXX, Nº 120, p. 183, Diciembre de 1956).

Las investigaciones jericónienses de este año culminaron con el análisis radiocarbónico efectuado en dos muestras

vegetales carbonizadas provenientes, no del horizonte más antiguo, sino del de los pisos pulimentados. Dichos análisis, junto con otros, han sido realizados por el profesor F. E. Zeuner en el Laboratorio de Geocronología de la Universidad de Londres, ahora también dotado de los elementos para ello. Las fechas obtenidas son las siguientes: 7800 ± 160 años (o sea, hacia 5850 a. J. C.), y 8200 ± 200 años (o sea, hacia 6250 a. J. C.), respectivamente. Así pues, si la parte superior del neolítico precerámico de Jericó corresponde a unos 6000 años antes de la Era, la parte inferior debe corresponder a mediados o al principio del *séptimo milenio a. J. C.* Veremos si las nuevas mediciones en curso confirman esta datación.

Las consecuencias de estos hechos para la historia y la filosofía de la cultura son revolucionarias, permitiendo entrever "anticipaciones" de lo que llamamos vida civilizada tres milenios antes de lo hasta ahora conocido, concentradas en algunos oasis estratégicos del Asia Occidental (ya que no es de suponer que el de Jericó sea un caso aislado). Ello, muy poco después de la definitiva retirada de los hielos en el norte de Europa, y cuando el resto del mundo aún se hallaba en el estadio de la caza y la recolección, y a lo sumo de la pequeña horticultura.

En todo caso, un hecho es seguro: la "aldea fortificada" del neolítico precerámico de Jericó es, no sólo el *centro urbano* más antiguo conocido del mundo, sino también el establecimiento neolítico (es decir, sedentario y agrícola) más antiguo.

J. S.

IMPORTANTE CENTENARIO PALEANTROPOLOGICO

Cuando en agosto de 1856 el profesor secundario Johann Carl Fuhlrott fue llamado a la pequeña cueva de Feldhof, en el valle del río Neander (cerca de Düsseldorf en Alemania), para examinar los restos de un esqueleto hallado por unos obreros, inicióse una nueva época en la historia de la Ciencia. La Prehistoria, cuyas bases estableciera poco antes Boucher

de Perthes, se vió enriquecida con una nueva disciplina, la Paleontología humana.

Fuhlrott (1803-1877), entusiasta de la incipiente investigación en todos los campos de la naturaleza, intuyó desde el primer momento que la calota, el par de huesos largos y los fragmentos menores que alcanzó a salvar correspondían a un hombre de alta antigüedad, “probablemente del período diluvial”, y por ello, a “un individuo proto-típico de nuestro género”, según lo expresa en su primer trabajo acerca de aquellos restos (1859). Claro que, su carácter fragmentado y las condiciones geológicas no muy bien determinadas del hallazgo, sirvieron para negar al “Hombre de Neandertal” tal carácter, ya sea a los escépticos de la existencia del hombre “diluviano” o “fósil” (recuérdese la frase atribuida a Cuvier), ya sea a quienes se oponían en principio a la teoría de la evolución de las especies, formulada en la misma época por Darwin. Surgieron así hipótesis que hoy nos hacen sonreír: tratábase de un antiguo celta, tal vez de un idiota (Pruner Bey, 1863), de un “salvaje” (A. R. Wallace, 1864), de un “viejo holandés” (R. Wagner, 1864), de un “cosaco mongólico”, integrante del ejército ruso de la época de las guerras napoleónicas (C. Mayer, 1864)... La crítica más seria a todo carácter genéticamente más cercano a los antropoides —como lo sostenían dos grandes adherentes al darwinismo, Thomas Huxley y Charles Lyell, este último después de su visita a la gruta de Feldhof en 1860— fue efectuada por el célebre anatomista Rudolf Virchow hacia 1872. Este lo consideró una formación patológica (en la juventud raquítica y en la vejez deformada por artritis), aunque admitió que podía tratarse de una “malformación típica”, es decir correspondiente a todo un grupo humano.

Prudente y realista, la opinión del anatomista D. Schaafhausen admitía la alta antigüedad de los restos hallados por Fuhlrott, *de acuerdo con su forma*; hizo notar, también, la semejanza de ciertos caracteres morfológicos del cráneo con el de los monos, así como, por otra parte, con el de ciertos cráneos contemporáneos del norte de Europa. (Todo ello en 1858, un año antes de la publicación de la obra fundamental de Darwin). Empero, no daba por demostrada la edad dilu-

vial del hallazgo, a pesar de que admitía en principio la contemporaneidad del hombre con los animales extinguidos del período que hoy llamamos Pleistoceno.

Aunque precedido por otros hallazgos emparentados pero que pasaron inadvertidos —una calota de niño excavada en 1830 por Schmerling en la cueva de Engis (Bélgica), el cráneo de Gibraltar (1848)—, la cuestión del Neandertal quedó por treinta años en una “impasse”, en la que se contraponían las actitudes a su respecto. Entre las que lo negaban — dictadas a menudo por un prejuicio científico o religioso— y las que, como el inglés A. King, lo consideraban como una especie completamente distinta a la humanidad actualmente conocida (de donde surgió la denominación de “Homo neanderthalensis”, cambiada más tarde por algunos en “primigenius”), se hallaba la de los que, sostenidos por la idea de la evolución, lo consideraban un jalón anterior, pero plenamente humano, de las razas históricas. La confirmación de esta tesis, así como del acierto de las opiniones de Fuhlrott y Schaafhausen, la darían los hallazgos de los investigadores belgas Lohest y de Puydt en la cueva de Spy (prov. de Namur, Bélgica) en 1886, casi una década después de la muerte del descubridor del Hombre de Neandertal. Evidencióse allí, no sólo la contemporaneidad de individuos del mismo tipo con fauna fría diluvial —se comenzaba ya a reconocer la existencia de grandes glaciaciones—, sino también su asociación con la industria que G. de Mortillet había bautizado *musteriense* (1). La humanidad neandertalense encontraba así su ubicación cronológica y cultural dentro del período final del Paleolítico inferior. Y, aunque ya cinco años después surgieron los primeros restos de una humanidad de tipo más arcaico aún, el *Pithecanthropus erectus* de Java, así como más tarde otros —en 1957 recordaremos el cincuentenario del único efectuado hasta la fecha en Europa, la célebre mandíbula de Mauer, cerca de Heidelberg—,

(1) En 1866 exhumóse en La Naulette, también en Bélgica, una mandíbula inferior, asociada a fauna del pleistoceno superior y artefactos luego reconocidos como musterienses; pero faltaban todavía las bases de comparación para verificar su carácter neandertaloide, predicho por el gran antropólogo Th. Hamy.

esa que modernamente se considera como *subespecie* del *Homo sapiens* representada fundamentalmente por el Neandertalense constituye hoy, con su cincuentena de individuos hallados en el amplio triángulo comprendido entre Europa occidental, sur de Africa y el centro de Asia (cueva de Teshik Tash), el grupo mejor conocido de la humanidad predecesora de la nuestra. ¿Hallaráse alguna vez en nuestra América una forma emparentada?

El centenario del descubrimiento del Hombre de Neandertal fue conmemorado en un congreso científico efectuado en Düsseldorf, dedicado sobre todo a cuestiones paleantropológicas. Mencionemos también, entre otros, la publicación del libro "Der Neandertaler und seine Umwelt" (El Neandertalense y su mundo circundante), con colaboraciones de varios autores, editado por K. Tackenberg, Bonn 1956.

J. S.

DISTINCION

La incansable labor del profesor Salvador Canals Frau, orientada en los últimos años hacia la síntesis arqueológica americana de máxima amplitud, se ha visto coronada por una merecida distinción. Trátase del primer premio a la Producción Nacional, rama de Crítica Literaria, Filología, Arqueología y Antropología (Premios de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia), correspondiente al quinquenio 1952-1956. La obra presentada al concurso fue "Las civilizaciones prehispanicas de América" (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1955).

Felicitemos sinceramente a nuestro primer director, no sólo por su esfuerzo intelectual y su acción en pro de la difusión de la cultura, sino también porque con ello la arqueología argentina ha recibido una importante voz de aliento.

ACTIVIDADES DE LA SECCION ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA EN 1956

La Sección ha reanudado la tarea de prospección arqueológica en la zona cuyana, gracias a la cesión de vehículos efectuada para cada caso por la Universidad. El programa para 1956 consistió en una serie de viajes de reconocimiento.

La primera excursión arqueológica realizóse entre el 7 y el 9 de julio. Su meta fué la zona de San Rafael, en vista de una información aparecida en el diario "Los Andes" el 1º de julio, que daba cuenta de recientes hallazgos en la zona. Integraron la comisión el Dr. Juan Schobinger, Jefe de Sección, el Prof. Ricardo Castañeda y la esposa del primero.

En el camino (ruta 40) examináronse dos "rocas con morteros": una, en el lugar denominado "Paso de las Carretas" (Pareditas) y otra, a un costado de la carretera y a unos 100 m. antes de llegar al puente que cruza la Cañada de Salamanca.

Luego de ponerse en contacto con integrantes del Club Científico "Amigos de la Naturaleza", y de visitar al "Museo de San Rafael" instalado por aquellos jóvenes entusiastas, visitáronse diversos yacimientos de la zona. Cruzando los ríos Diamante y Atuel, hacia el S. O. de la ciudad, visitose bajo la guía del Sr. Humberto Lagiglia un reparo o cueva denominada "del Indio", cercana al "Puesto de las Tinajas". Allí se observaron y fotografiaron unas interesantes pictografías, que desgraciadamente habían sido sobrepintadas en parte con una pintura negra, por lo cual su valor científico ha quedado resentido. Hacia el pie de esta cueva existe un reparo de aproximadamente 6 m. por 6 m. en donde comprobamos la existencia de una amplia capa de sedimentos, que tal vez alcance a los 2 m. de profundidad.

La recorrida continuó por el "Rincón del Atuel". En el lugar denominado "El Escorial" visitóse, sucesivamente, una amplia cueva muy destruída por la erosión, también conocida como "Gruta del Indio" y provista de pinturas (publicada poco después por H. Lagiglia, en Revista Científica del Club "Amigos de la Naturaleza". T. I, Nº 1, 1956); un grupo de pictografías recientemente descubiertas por los señores H. Lagiglia y Raúl Quintano, situado en el que se llama "reparo de las Pinturas Rojas", (véase estos "Anales", p. 264 ss.), y finalmente las presuntas fortificaciones situadas sobre un cerrillo, llamadas inpropriamente "el Pucará del Atuel" (ver estos "Anales, p. 276 ss.). Se trata de amontonamientos semicirculares de piedra, entre los cuales se han hallado fragmentos líticos y de cerámica. Al pie de dicho cerrillo, sobre la terraza que bordea por el lado sur al río Atuel y frente a la línea de paredones

en donde se hallan los dos grupos de pinturas rupestres antes mencionados, existió un extenso paradero, del cual proviene gran cantidad de fragmentos de cerámica (algunos con pintura geométrica) (ver estos "Anales", p. 229 ss.).

De regreso, antes de llegar a San Carlos, el grupo se desvió algo hacia el Este con el objeto de visitar la célebre "piedra de Viluco". No fué difícil localizarla, realizando los esposos Schobinger un minucioso registro de sus interesantes grupos de grabados y "morteros", el que sin embargo debe aún ser ampliado. También halláronse fragmentos de alfarería a su alrededor. En un caserío cercano observóse otra roca con grandes morteros, que había sido trasladada desde los alrededores. Asimismo, recogieron datos algo vagos sobre la existencia de cementerios indígenas en la región.

La segunda excursión fué realizada a la provincia de San Luis (17-19 de agosto). Integraron la comitiva los señores Schobinger, Castañeda, Agüero Blanch, y la esposa del primero. En San Luis quedó decidida para el día siguiente una excursión hasta la Gruta de Inti Huasi, situada a unos 80 km. al Norte de la ciudad. Llegados al lugar llamado "La Cobrera", visitóse un gran abrigo bajo roca ("La Casa del Cóndor"), que posee sedimentación de cierta amplitud, pero sin trazos de pinturas o grabados. Se recogió allí un molino plano de piedra, además de algunos trozos superficiales de huesos.

Continuado el viaje y tras pasar frente al Cerro Sololosta —también de interés arqueológico— visitóse la amplia Gruta de Inti Huasi, famosa desde antiguo. Aquí fueron observadas las pocas pinturas conservadas que se encuentran en el fondo de la misma, así como los restos de la actividad excavadora de A. Rex González, hace pocos años. Fueron recogidas varias moletas de piedra, dejadas sin duda en ocasión de dichos trabajos.

Al regreso, la comitiva se detuvo en las inmediaciones de "La Cobrera", en un lugar llamado Angostura. A pocos cientos de metros de la carretera existe un interesante abrigo con pinturas policromas y varios morteros en la roca a su pie o en la vecindad inmediata. Dado lo avanzado de la hora, debióse dejar su estudio detallado para otra ocasión; no obstante, se sacaron algunas fotografías y croquis de las pinturas, como se hizo también en los otros dos yacimientos. Esta muestra igualmente tener una sedimentación de al menos 1 m. de espesor. Al día siguiente —de regreso en San Luis— la comitiva se puso en contacto con el Sr. Alberto C. Quiroga, única persona, al parecer, que allí realiza estudios arqueológicos. Este informó acerca de algunos lugares de hallazgo de la zona e hizo ver algunos de los objetos encontrados. Existiendo a sólo 10 km. de la ciudad un paradero, realizóse una visita al mismo. Está situado sobre el arroyo (hoy seco) de Cuchi Corral, cerca de San Roque. En el paradero se encuentran cantidad de conanas y moletas, de las que también recogimos algunas, así como fragmentos de alfarería. El lugar muestra haber estado habitado hasta el siglo pasado.

Finalmente, púdose realizar una visita al Museo de San Luis, tomando nota de su escaso material arqueológico, y de dos pictografías de las que existían reproducciones fotográficas.

La breve excursión N° 3 se dirigió a la cercana localidad de Palmira, y se originó a raíz de la noticia proporcionada el jueves 20 de septiembre por el Sr. Angel Cáceres, del hallazgo de esqueletos humanos y objetos arqueológicos en la finca de los señores Bertetto y Virdó. La visita fué realizada el día 22 del mismo mes, por la tarde. Participaron, además del Jefe de Sección y su esposa, el Sr. Agüero Blanch y las Ayudantes Srta. Cueto y Sra. de Saurina.

Llegados a Palmira, los guió desde allí el Sr. Cáceres, cuya amabilidad y espíritu de colaboración hacemos notar. El lugar en cuestión se halla a unos 7 km. del Carril Nacional, y los hallazgos se efectuaron a raíz del "rebaje" de los médanos actualmente en curso para destinar el terreno a plantaciones agrícolas. Muy cerca comienza la hondonada por donde corre el río Mendoza, que actualmente pasa aproximadamente a un kilómetro de allí.

Tras examinar el lugar de hallazgo de los 9 esqueletos al parecer enteros (uno, de párvulo) que yacían rotos y amontonados por la acción de las máquinas y de la ignorancia de algunos extractores, realizóse una pequeña recorrida por los alrededores, recogiendo fragmentos líticos, de cerámica y moluscos. Al regreso se transportaron los cráneos y otros fragmentos óseos encontrados, que enriquecen la reducida colección antropológica de esta Sección. En ese lugar parece existir un verdadero cementerio indígena, de época inmediatamente posterior a la Conquista (segunda mitad del siglo XVI), al que valdría la pena excavar con detenimiento, a fin de localizar y estudiar tumbas aún intactas.

A ese efecto, realizóse en la tarde del 20 de octubre una excavación tentativa (excursión arqueológica N° 4); participaron los señores Sehbinger y Castañeda. En la excavación colaboraron además del Sr. Cáceres, varios obreros de la finca que amablemente se dispusieron a ello (fig. 1). Además de un prolijo sondeo en el lugar en que se habían encontrado los esqueletos y en el que sólo encontramos un párvulo, sin ajuar (fig. 2), realizóse otro unos 200 m. hacia el interior, donde se hallaron algunas conanas y fragmentos de alfarería tosca.

Como se ve, los resultados fueron escasos. Tal vez una nueva sesión, soudeando en lugares distintos, pueda ser más fructífera.

OTRAS ACTIVIDADES

Además de sus tareas docentes y administrativas normales, reorganización de su Biblioteca, preparación del tomo XII de los "Anales de Arqueología y Etnología", etc., la Sección ha iniciado la organización de un Museo Arqueológico sobre la base de una colección perteneciente ya a la misma y de parte del "Museo Pueyrredón" (Colección César Pol), adquirida hace algunos años por la Universidad. Se halla en gestión el

pase de otras colecciones. El local provisorio se encuentra en Av. España 990. Para mediados de 1957 podrá ser abierto al público.

Se encuentra en preparación una Bibliografía crítica de la arqueología de la provincia de Mendoza, así como un Mapa arqueológico de la misma.



Fig. 1



Fig. 2

RESEÑAS

a) América en general y Argentina

CANALS FRAU, SALVADOR: *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1955. 648 págs., con 145 figuras y LXXX láminas fuera de texto.

El conocido autor de la *Prehistoria de América* y de *Las Poblaciones Indígenas de la Argentina* nos presenta ahora su tercera obra de gran envergadura, complemento lógico de las dos anteriores cuyo conjunto constituye la obra de síntesis más completa que tenemos a nuestro alcance sobre la prehistoria del continente americano.

De más está decir que la conocida autoridad científica del profesor Salvador Canals Frau, que lleva ya una larga y brillante trayectoria en el campo de las investigaciones del hombre y las culturas americanas, es suficiente garantía para adelantar que nos encontramos frente a una obra de singular significación. Con ella nos ofrece una magnífica síntesis que hace surgir del verdadero mosaico de las investigaciones prehistóricas americanas, además de imponernos de su posición científica muy personal. Este esfuerzo sólo es posible en un investigador de su talla, que posee una vastísima erudición y maneja con verdadera maestría las innumerables fuentes bibliográficas de la americanística.

Las innatas condiciones didácticas del prof. Canals Frau lo llevan, al igual que en sus dos obras anteriores, a presentarnos nuevamente, en la parte primera de su libro, los supuestos previos de carácter general, algunas definiciones aclaratorias sobre la ciencia etnológica, como los conceptos de cultura y civilización, sus manifestaciones en el viejo y nuevo mundo, la propagación de las culturas y sus diversas interpretaciones científicas, las teorías sobre el poblamiento inicial y básico de América y su propia y conocida postura difusionista frente a todos estos problemas.

Si bien esta amplia introducción, que ocupa la primera parte de su libro con setenta y seis páginas, proporciona, al que por primera vez se interioriza de la materia, la información general necesaria para

comprender un tema particular y tener un amplio panorama del secular problema acerca de los orígenes de las civilizaciones americanas, creemos un tanto innecesario repetir conceptos que ya hemos leído en sus dos obras anteriores, más, si esta obra está dedicada también, como las otras, al estudiante universitario y al público culto, para quienes no es obstáculo retomar estos supuestos previos y generalidades tanto de la *Prehistoria de América* como de *Las Poblaciones Indígenas de la Argentina*.

En cuanto al contenido valorativo de esta primera parte de la obra que comentamos, por el mismo motivo que anotamos en el párrafo anterior, no volveremos a señalar lo que ya otros científicos de nota y mucho más autorizados que el que escribe esta reseña, han comentado con sus reservas particulares.

El resto de la obra se refiere en particular a las culturas de América más desarrolladas, tratadas en ocho extensos y muy documentados capítulos, correspondiendo a los siguientes tópicos: Orígenes de las civilizaciones Americanas; Las Culturas Preclásicas; Las Clásicas Civilizaciones Mesoamericanas; Las Clásicas Civilizaciones Andinas; Las últimas realizaciones: el Imperio Incaico; El Imperio Azteca; El Nuevo Imperio de los Mayas; y Las Clásicas Civilizaciones Periféricas.

En los breves términos de una reseña no cabe una descripción minuciosa de todo su contenido, ni podemos analizar diversos aspectos que, por la magnitud de la obra, escapan a nuestros conocimientos, pero sí señalaremos algunos detalles que conocemos más de cerca y de los cuales tenemos a mano elementos de juicio con los que podemos hacer algunas sugerencias muy modestas por cierto, pero animadas del deseo de contribuir con algunos puntos de vista que observamos no son muy precisos en la obra que comentamos.

Así, en su segunda parte titulada: "Las Culturas Preclásicas o Formativas", el autor nos instruye, sobre supuestos más o menos teóricos, de la situación etnológica de la América Nuclear en el momento de la llegada de los primeros contingentes polinesios, plasmadores de las más antiguas civilizaciones americanas con las bases indígenas pre-existentes y las innovaciones que se produjeron al irse amalgamando y complementando los elementos culturales dispares. Este largo período prehistórico ha sido dominado: "Etapa Preclásica o Formativa", cuyos núcleos representativos tendrían una serie de elementos culturales que en mayor o menor medida son comunes a todos ellos. De acuerdo con ello, nos dice el autor, la sociedad estaba estratificada, la economía se basaba en el cultivo intensivo con ayuda de la irrigación, se conocía la metalurgia, el tejido verdadero, las formas cerámicas evolucionadas y las construcciones megalíticas. Seguidamente el autor distribuye estas culturas "Preclásicas o Formativas" desde los Andes Meridionales hasta el área Mexicanoide. De cada una de éstas nos informa de su patrimonio

cultural y exponentes antropológicos en la medida en que las investigaciones realizadas hasta nuestros días se lo han permitido.

La cultura Formativa más meridional del área andina es la que el Prof. Canals Frau ha denominado "Cultura de Agrelo" (véase estos "Anales", p. 7 y ss.). A ella queremos referirnos en especial, por ser la zona más conocida por nosotros —es nuestro terruño— y que en distintas oportunidades, de manera muy modesta por cierto, hemos tenido ocasión de visitar y estudiar.

Si tenemos en cuenta esa serie de elementos culturales básicos de los que nos instruye el autor y que en mayor o menor medida son comunes a estas culturas Formativas, y compulsando el aporte arqueológico son el que fundamenta su Cultura de Agrelo, nos parece que su determinación categórica es por ahora un tanto apresurada. Creemos que el prof. Canals Frau así también lo piensa cuando manifiesta en este capítulo que algunos aspectos de esta cultura sólo pueden ser "inferidos" (p. 90) o como tampoco es posible fijarle su edad (p. 92). Efectivamente, sabemos que es tarea muy difícil en nuestra zona realizar trabajos arqueológicos de manera sistemática como para establecer estratigrafía alguna. Hasta ahora creemos que no se ha realizado esta clase de trabajos en nuestra zona. Si no es así, mucho hubiéramos deseado que tratándose de la determinación de una cultura donde el autor ha trabajado en el terreno, nos proporcionara más detalles sobre las circunstancias de hallazgos y niveles estratigráficos tanto de los restos arqueológicos como del resto humano, presunto portador de esta cultura, con el que nos ilustra en la lámina XII.

En cuanto al testimonio diagnóstico más característico de estas culturas formativas, las construcciones megalíticas y entre ellas los llamados kalasasayas y que el autor nos presenta como otra manifestación en esta área cultural —nos referimos a la presunta construcción megalítica ubicada en la localidad de Malalhue— debemos observar que tal aseveración mantenida y citada hasta ahora solamente por el prof. Canals Frau, es aun problemática. En estas observaciones no tenemos en cuenta lo que algunas personas sin preparación científica y llevados por mezquinos intereses personales han escrito sobre estas ruinas, descartando toda posibilidad de que se trate de un verdadero kalasasaya. Nos basamos estrictamente en observaciones personales y por conocer estas construcciones desde hace aproximadamente unos veinte años, además de lo que la tradición nos ha hecho llegar al respecto.

De acuerdo con la opinión de otro comentarista de esta obra, el Sr. Eduardo Noguera, (Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, Vol. XVIII, 2ª parte, 1955, pp. 64 y ss.) compartimos con él la observación de que las Civilizaciones de Sud América no están tratadas con la misma rigurosa exactitud que las del resto del continente. Ello posiblemente se debe, como afirma el comentarista mencionado, que en esta parte del continente falta aun coordinar criterios y llegar a con-

clusiones aceptables en base a los últimos aportes de la investigación arqueológica. Debemos agregar también que en un amplio sector de Sud América falta aun su relevamiento arqueológico y el establecimiento de secuencias de los distintos horizontes culturales y que no siempre, donde se ha realizado, sus resultados se ajustan a los cánones de la ciencia, lo que impide, naturalmente, al autor de una obra de esta categoría, tener siempre a su alcance los elementos de juicio que le permitan conformar a todas las opiniones.

La obra se completa con numerosas notas, y una extensa y valiosísima bibliografía que permite al estudioso profundizar cualquiera de sus temas.

Volvemos a repetir que esta obra, por su magnitud y seriedad científica, constituye un ponderable aporte a nuestra ciencia y si bien los especialistas en la materia pueden encontrar algunas pequeñas inexactitudes de detalles, en nada afecta su valor general.

Deseamos muy honestamente, que las observaciones que hemos anotado en este comentario, las recoja el prof. Canals Frau como un testimonio sincero de quien se enorgullece de haber sido su discípulo.

RICARDO H. CASTAÑEDA

COLLIER, DONALD: *Cultural chronology and change as reflected in the ceramics of the Virú Valley, Perú*. Fieldiana: Anthropology, Vol. 43. Chicago Natural History Museum. 226 pp., con 72 figs. en el texto. Chicago, 1955.

Entre las empresas arqueológicas de los últimos años, la del Virú Valley Project es sin duda una de las más enjundiosas. Fue concebida por los investigadores que a principios de la década del 40 se nuclearon alrededor del Institute of Andean Research, como un organismo de enlace y de coordinación de los esfuerzos en torno a la indagación paleo-etnológica en toda el área de las altas culturas americanas. El "Project" fue llevado a cabo entre abril y diciembre de 1946. Trabajaron, autónomamente, seis arqueólogos, un geógrafo y un etnógrafo, con la colaboración de estudiosos peruanos; la zona elegida, el valle de Virú en la costa del Perú septentrional, lo fue por su reducida extensión y su carácter cerrado, por sus condiciones favorables para la exploración arqueológica, y por conocerse ya en grandes líneas su secuencia cultural, debida sobre todo a Rafael Larco Hoyle. Aun hoy día dicho valle, ocupado en gran parte por gentes de origen indígena, representa en la moderna economía del Perú una unidad agrícola menor típica. El problema central consistía, pues, en el estudio intensivo y sobre bases metodológicas modernas de la adaptación cultural humana en el con-

torno geográfico dado; sus cambios en forma e intensidad, y sus interrelaciones con las áreas vecinas.

El período investigado, que abarca cuatro mil años (desde las comunidades precerámicas del tercer milenio a. J. C. hasta los tiempos hispánicos), incluye la formación y el desarrollo de las altas culturas Andinas, cuyos exponentes más antiguos (complejo Chavín) florecieron precisamente en la zona donde se encuentra el valle de Virú. Es verdad que no puede decirse que el Virú Valley Project haya resuelto el problema, pero es sin duda un paso muy importante hacia su dilucidación.

Fuera de artículos y comunicaciones menores, la presente monografía fue precedida por varias otras: FORD, James y WILLEY, Gordon R.: *Surface survey of the Virú Valley, Perú*, *Anthropol. Papers Amer. Mus. Nat. Hist.*, vol. 43, parte 1, Nueva York 1949; BENNETT, Wendell C.: *The Gallinazo group, Virú Valley, Perú*, Yale Univ. Publ. in *Anthropology*, N° 43, 1950; STRONG, William Duncan y EVANS, Clifford (Jr.): *Cultural stratigraphy in the Virú Valley, Northern Perú: The Formative and Florescent epochs*, Columbia University Press, Nueva York, 1952; y WILLEY, Gordon R.: *Prehistoric settlement patterns in Virú Valley, Perú*, Smithsonian Institution, Bureau of Amer. Ethnology, Bol. 155, Washington 1953, ésta considerada como la más importante.

La obra de Collier se ocupa en lo fundamental de los períodos siguientes a los estudiados por Strong y Evans, o sea, lo que llama "Late Epoch", que comprende desde el colapso al parecer bastante súbito de la cultura Mochica hasta la Conquista. Sus grandes fases cerámicas (Tiahuanaco de la Costa, Chímú, e Inca-Chímú) muestran variedades o adaptaciones locales, y han sido llamadas respectivamente Tomaval, La Plata y Estero. Cuatro clases de operaciones fueron realizadas: cortes estratigráficos en basurales (nueve lugares), limpieza de estructuras arquitectónicas (dos lugares), colecciones superficiales (tres lugares) y excavación de enterratorios (seis lugares). Varios de estos últimos corresponden a un período anterior (Gallinazo). El Capítulo introductorio de la obra presenta una breve descripción del valle de Virú, los aspectos arqueológicos generales y los problemas cronológicos (que deja planteados sin pronunciarse), y la labor realizada por el autor. El segundo describe los yacimientos excavados. El breve capítulo III se refiere a la arquitectura, y el IV contiene el estudio y la clasificación de la cerámica, siendo complementado por el apéndice II (Descripción de los tipos cerámicos). Las conclusiones (cap. V) amplían las de los investigadores antes citados, y según sus propias palabras, los resultados combinados de la labor de Ford, Strong y Evans y del autor "han establecido la cronología cerámica y han demostrado la utilidad de un análisis refinado de la alfarería doméstica de la costa del Perú, hasta ahora descuidada" (p. 132).

El estudio de Collier, escrito con claridad y excelentemente presentado, es un importante jalón en el conocimiento de esa *área clave* que es valle del río Virú, y a la vez una muestra más de la madurez que ha llegado la arqueología norteamericana. Es de esperar que, independientemente de los trabajos parciales publicados y los que están por serlo, se edite una obra de conjunto que sintetice los resultados de la ejemplar labor científica efectuada en cumplimiento del Virú Valley Project. Esperamos, también, que se repitan empresas semejantes en muchas otras zonas del continente.

JUAN SCHOBINGER

BÓRMIDA, MARCELO: *Los Antiguos Patagones. Estudio de Craneología*. En "Runa", t. VI, 1953-1954, pp. 5-96. Con VII láminas y un mapa. Buenos Aires.

Cuando a principios de 1954 tuve oportunidad de escuchar la "defensa oral" de la tesis de doctorado de Marcelo Bórmida, no me cupo duda de que estábamos frente a un importante trabajo de antropología física, que desde la relativa interrupción de las investigaciones intensivas de José Imbelloni en ese campo hacia 1938 venía a continuar brillante y fructíferamente los estudios acerca de los caracteres somáticos de los aborígenes que poblaron estos territorios meridionales de la Ecumene. Publicado dicho trabajo, algo abreviado, el mismo nos ofrece el resultado de varios años de labor en el campo y en el gabinete del Museo Etnográfico de Buenos Aires, sobre la base de sus grandes colecciones y bajo la guía del indiscutible maestro de la antropología de los últimos 30 años en el país, el citado profesor Imbelloni.

La finalidad de este estudio es la reconstrucción, mediante el análisis del más importante elemento antropológico como lo es el cráneo —y el que más suele conservarse y recogerse—, de la historia racial del área clásica del que Escalada llamara "Complejo Tehuelche", es decir, entre el río Colorado al norte y la mitad septentrional de Tierra del Fuego al sur. Lo cual "se resuelve, en la práctica, en la identificación de los distintos grupos raciales que la han poblado - su *habitat*, su cronología relativa y su biodinámica recíproca" (p. 18).

La sola enumeración de los capítulos tratados darán idea del carácter y la estructura del trabajo: 1) Antecedentes; 2) Crítica de los antecedentes y búsqueda de una adecuada metodología; 3) Material de este estudio; 4) La deformación cefálica en Patagonia; 5) Heterogeneidad racial de los Patagones; 6) Los tipos craneanos de la Patagonia; 7) Bosquejo de la historia racial de Patagonia; 8) Conclusiones. El material en que se basa está formado por "350 piezas inéditas pro-

cedentes de Patagonia, y aparte 11 cráneos onca, una serie de araucanos del Neuquén y varios fueguinos, con fines comparativos. Nuestra serie es la más numerosa de las que se han estudiado hasta hoy; supera ampliamente la de Verneau (161 piezas) y la de Marelli (284 piezas). Debe también considerarse como la más completa en cuanto a extensión geográfica, puesto que reúne cráneos procedentes de todas las latitudes de Patagonia" (p. 27). Criticase con justicia a Verneau (*Les anciens Patagons*) y a los autores antiguos en general, quienes no diferenciaron debidamente los cráneos deformados de los que no lo son. Resulta, pues, muy importante el estudio de este aspecto por Bórmida, y en base a ello llega a distinguir tres grandes momentos en la "historia craneana" de la Patagonia: la época predeformatoria, la de la deformación planofrontal, y la de la deformación planolámbdica (ambas, variedades del tipo tabular erecto). Más o menos contemporánea de la deformación planofrontal es la pseudocircular; ambas formas penetran en la Patagonia por influencias culturales andinas que —agreguemos nosotros— acompañaron a muchas otras, como lo revela por ej. el arte rupestre. La más reciente, la planolámbdica, es de raíz definitivamente araucana, y corresponde a la inmigración llegada desde Chile en tiempos posteriores al comienzo de la Conquista. Importante es, luego, la discriminación de los tipos craneanos patagónicos anteriores a la deformación, y que son denominados: *Elipsoides patagonicus* (forma pámpida pura), *Platistegoides onensis* (idem, forma metamórfica), *Hipsistegoides lagooides* (forma láguida), y *Ooides fueginus* (tipo fuegoide). Fuera de la presencia, como elemento pasivo, de núcleos fuéguidos en toda la costa atlántica (cuyos rastros arqueológicos también han sido hallados), es de notar la intrusión de compactos núcleos de láguidos procedentes sin duda del Brasil sud-oriental; sus restos se han encontrado en la zona de la desembocadura del Río Negro, sobre todo en los cementerios de la Laguna del Juncal, estudiados personalmente por el autor. También aquí podríamos citar, entre otros indicios arqueológicos de dicha penetración, los adornos nasales y auriculares hallados en aquella zona, y las hachas de mano que, empero, son fechadas en una época algo anterior a los *lagooides* de Bórmida. Estos fueron luego absorbidos genéticamente por el gran sustrato pámpido que lo rodeaba.

No permitiendo el espacio alargar esta reseña, citemos únicamente dos aspectos de la obra de indudable valor metodológico: el de aplicar la craneoscopia (método morfológico-combinatorio) como base del análisis antropológico, y complementarlo luego con la métrica y los índices; y el de estudiar por separado el cráneo neural y el facial (neurocráneo y splanococráneo), puesto que "existe cierta independencia genética entre el cráneo y la cara, lo que permitiría la formación de combinaciones híbridas, en las cuales morfologías craneanas y faciales de distintas razas encontrarían una nueva asociación hereditariamente estable" (p. 86). Diferéncianse así dos tipos faciales entre los antiguos

Patagones, la "cara pámpida" y la "cara fuegoide"; y se comprueba además que la mayor parte de los *Hipsistegoides lagoïdes* están asociados al segundo tipo de cara. Ello demostraría que sufrieron, allí o más al norte, "una fuerte influencia de un substratum fuéguido" (p. 86), lo cual parece haber sido confirmado por investigaciones más recientes de Imbelloni y del mismo Bórmida en el Brasil.

Escrito con claridad, pleno de sugerencias, el trabajo que comentamos tiene características de modelo entre los de su género.

JUAN SCHOBINGER

MENGHIN, OSVALDO Y GONZÁLEZ, ALBERTO REX: *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira (Córdoba, Rep. Arg.)*. (Nota preliminar). Apéndice por Rosendo Pascual. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Notas del Museo, tomo XVII, Antropología N° 67, pp. 213-274, con figuras y IX láminas. La Plata, 1954.

Los autores presentan en este trabajo el resultado de cinco semanas de excavación metódica efectuada en 1950 bajo los auspicios del Museo de La Plata. El yacimiento es uno de los abrigos que bordean el valle de Ongamira, en los flancos orientales de las sierras de Córdoba, conocido de antiguo por veraneantes y turistas. El excepcional interés del mismo ya fué vislumbrado en 1940 por el meritorio investigador Ing. Aníbal Montes, quien en dicho año procedió a realizar la primera excavación en compañía de A. Rex González; sus resultados fueron dados a conocer en el Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro (1941; publicado en 1943). Por otra parte, sabemos que en 1955 se reanudaron los trabajos, hallándose en curso actualmente bajo la dirección del Ing. Montes (*).

El trabajo reseñado consta de los siguientes acápitos: Antecedentes; Situación Geográfica; Lugares Arqueológicos; Excavación; Descripción de los hallazgos, y Generalidades. El Apéndice se refiere a los restos de vertebrados hallados en los diversos niveles. Todo ello ya indica una claridad y rigor metódico que, aunque cabe ser esperada de los dos distinguidos investigadores, no por ello debe dejar de ser destacada, sobre todo si consideramos que trabajos de esta índole faltan

(*) Me informa el mismo: "La excavación de Ongamira se continúa con lentitud, por la escasez de recursos, pero la llevo con todo método y con miras a la determinación correcta de su estratigrafía y cronología. Quedará como un documento formal a tener muy en cuenta en el porvenir, especialmente si, como lo espero, llegamos al hombre fósil. Estamos en 7 m. de profundidad", (Carta del 25. V. 57). El próximo tomo de estos Anales publicará una noticia más detallada acerca de esta excavación.

casi por completo en nuestro país. Ello vale tanto para la monografía como para la excavación en sí, cuya descripción se efectúa en el cuarto acápite y que constituye a la vez una lección de técnica de campo.

Los resultados pueden ser resumidos así: en una profundidad de unos tres metros, identificáronse cuatro horizontes culturales, cuya transición de uno a otro es, sin embargo, paulatina, y que en conjunto reflejan un mismo tipo de cultura fundamental, correspondiendo al parecer a cazadores inferiores que registran una creciente aculturación por parte de pueblos agro-alfareros. Los dos horizontes inferiores—el IV y el III— poseen una industria lítica muy pobre y atípica, verdaderas piezas “eolíticas” de cuarzo. Pero a su lado aparecen buenos artefactos de hueso (punzones, tubos, puntas embotantes), de guanaco o cérvido. Hallazgo interesante es el de un gancho de propulsor de piedra. En el III, en el que abundan restos de caracoles y huevos de avestruz, elementos que integraban su alimentación, aparecen tres entierros en posición genupectoral, desgraciadamente inservibles para un estudio antropológico por su mala conservación; asimismo algunos entierros de párvulos y fetos. Un fragmento de cerámica parece indicar las primeras influencias neolíticas. En los dos niveles superiores aumenta la cerámica (por lo general fragmentos toscos), y la industria de la piedra se enriquece con puntas de flecha y de lanza sin pedúnculo, pequeños y finos respaldos, conanas y manos (que aparecieron ya en el anterior), completándose con adornos circulares de concha y colgantes, y una pieza circular bien trabajada mejor interpretable como orejera que como tembetá.

Aunque el horizonte más antiguo es fechado tentativamente hacia comienzos del primer milenio a. J. C. (p. 261; en la línea 9ª se dice erróneamente I y II en vez de IV y III), los datos paleoclimáticos apuntados en el texto parecerían retrotraerlo por lo menos al segundo milenio (**). El horizonte III comenzaría “algunos siglos a. C.”, mientras que su final, marcado por una capa estéril poco profunda, ocurriría “algunos siglos antes de la conquista europea” (l. c.).

Según la estratigrafía determinada por Rex González en su importante excavación de la cueva de Inti Huasi, posterior a la de Ongamira, la cultura ósea del *Ongamirensis* se intercala entre la de Ayampitín (facies retrasada del Paleolítico superior) y la de las poblaciones agricultoras que hallaron los españoles. Corresponde sin duda a uno de los varios grupos de cultura arcaica arrinconados, cuya raíz última estaría en la rama americana de la gran *cultura protolítica del hueso*, y cuyos rastros la experta mirada de Menghin ha comenzado a identificar.

JUAN SCHOBINGER

(**) El mismo Dr. Menghin dice en un trabajo sobre el Protolítico en América, próximo a aparecer en el t. I de “Acta Præhistorica”, que su comienzo podría remontarse al tercer milenio a. C. (Ver también “Runa”, t. VI, cuadro p. 131).

MENGHIN, OSVALDO F. A.: *El Altoparanaense*. En "Ampurias", vol. XVII-XVIII, pp. 171-200. Barcelona, 1955-1956.

Como en todos sus trabajos, Menghin no se contenta con la simple descripción de un grupo cultural o arqueológico investigado, sino que lo proyecta en el más amplio marco ecuménico. Llevado por el estudio de las conexiones de los grupos caracterizados por artefactos de trabajo bifacial del tipo hacha, abordado antes que en éste en un trabajo aparecido en 1949 (*El Tumbiense africano y sus correlaciones mundiales*, en "Runa", t. II), parte del análisis de un grupo de artefactos de dicho tipo efectuado en un viaje de estudios por la hoy provincia de Misiones a fines de 1950, para llegar a su integración en la gran cadena de "culturas plantadoras miolíticas del hacha de mano" existentes a fines del Pleistoceno y en el Postglacial desde el Congo hasta el Brasil meridional, con intrusiones e influencias hasta Europa, por un lado (Campiñense), y la Pampa y la Patagonia, por otra (aquí, en el temprano y medio Postglacial). Del *Altoparanaense* se habla en el artículo especial sobre el poblamiento prehistórico de Misiones que se publica en este mismo tomo, por lo que no lo haremos aquí. Menghin demuestra su probable edad tardío o postglacial, época en que la zona era más bien una sabana que una selva como hoy día. Su concepto histórico-cultural, alimentado por su gran erudición, le permite cerrar la cadena demostrativa relacionando al Altoparanaense con la cultura de Lagoa Santa y parte de los sambaquí antiguos, y de este modo con la raza láguída, emparentada con la melanesia, cuya "vinculación con el hacha de mano es manifiesta" (p. 196). Descendientes biológicos y culturales de los hombres de Lagoa Santa son los del grupo Ge, cuya agricultura primitiva no puede ser atribuida a influencias amazónicas, como lo recalca Lowie. Su raíz debe hallarse en el mismo fondo cultural que, ya en el tercer milenio a. C. supo "preparar el camino" y asimilar el cultivo del algodón (llegado desde la cuenca del Océano Indico) descubierto por Bird en Huaca Prieta.

Menghin nos da aquí, una vez más, una magistral lección de Prehistoria.

J. S.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX: *La Boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos*. Revista del Museo de la Universidad de La Plata (nueva serie), t. IV, Sec. Antropología. pp. 133-292. La Plata, 1953.

El conocido arqueólogo argentino Dr. Alberto Rex González, nos ofrece con esta publicación otro de sus valiosos aportes que siempre con-

tribuyen a ensanchar el campo todavía vastísimo en las investigaciones de la Ciencia del Hombre en nuestro país.

Obra de esta naturaleza, es sin duda de significativo valor, tanto porque encara un aspecto hasta ahora poco tratado en el campo de la arqueología argentina, cuanto por la obra en sí, que puede ser considerada como la más completa, en su género, aparecida hasta la fecha. Ya nos dice el autor que son muy escasos los trabajos en que se haya estudiado la interesante arma indígena que conocemos con el nombre de boleadora, y remonta los primeros antecedentes de estas investigaciones al año 1915, cuando el antropólogo alemán Georg Friederici se ocupa del tema y cuyas conclusiones fueron recogidas y reproducidas en nuestro país por el Dr. Lehmann Nitsche en su publicación de 1918: "Costumbres nacionales. El origen de las boleadoras y del lazo", la que a su vez dió pie a la monografía que el Dr. Martiniano Leguizamón publicara en el año 1919 con el título: "Etnografía del Plata. El origen de las boleadoras y del lazo". Estos ya lejanos antecedentes no fueron retomados posteriormente por especialistas; salvo en ocasiones aisladas, han aparecido algunos artículos sobre el tema, pero sólo desde el punto de vista folklórico. Sin embargo, en trabajo muy reciente, nos sigue diciendo el autor, el Dr. Alfredo Métraux ha publicado en el *Handbook of South American Indians*, t. V (1949), su breve artículo sobre las "Bolas".

Atento a estos escasos antecedentes, y frente a la disparidad de criterios en cuanto a la nomenclatura y terminología que se usa al tratar el tema y con el afán de establecer una clasificación racional de las numerosísimas piezas encontradas en yacimientos arqueológicos de la República Argentina y dispersas en museos y colecciones privadas, han llevado al Dr. A. Rex González a realizar este trabajo, que en honor a la verdad cumple en forma brillante con los fines que se ha propuesto: proporcionar al arqueólogo un estudio sistemático destinado a servir de base para establecer los tipos y distribución geográfica de esta arma indígena y del gaucho argentino, lamentando no poder clasificar su sucesión temporal por la carencia de estudios estratigráficos en nuestro país.

Las bases y punto de partida de este estudio son las distintas colecciones particulares y las que hoy se guardan en los Museos de la Universidad de Córdoba y de La Plata, además de las informaciones históricas y etnográficas, imprescindibles a tener en cuenta para no caer en errores de interpretación. Pues siendo estas piezas de confección simple, que afectan variadas formas o pudieron tener muy distintos usos, sólo con la contribución de estas últimas disciplinas, más el cuidadoso examen de hallazgos arqueológicos se puede determinar con precisión el verdadero valor funcional de las llamadas boleadoras.

No escapa al Dr. A. Rex González el sano criterio de reconocer, en un trabajo que pretende abarcar la distribución tipológica de la bo-

leadora, no sólo en la región del Plata, donde con mayor ahínco ha investigado, sino en las distintas partes del mundo, que muchos aspectos no quedarán plenamente esclarecidos, pero sí deja abierto muchos planteos e interrogantes, esperando que estudios complementarios de especialistas de otras regiones en donde esta arma se encuentra todavía en uso puedan contribuir a resolverlos.

El trabajo está estructurado en diez capítulos. El primero de ellos nos informa sobre las variedades y forma de manejo de la boleadora, distinguiendo, de acuerdo con sus funciones específicas, las llamadas impropiaemente "bola perdida", empleada preferentemente para la lucha cuerpo a cuerpo y cuya área de dispersión arqueológica se encontraría en Uruguay y Patagonia. En cuanto a las boleadoras de dos bolas, ya la información histórica nos ilustra que fue usada en la llanura pampeana en época de la conquista. La de tres piedras era conocida en la región andina desde tiempos precolombinos, adoptadas más recientemente en la llanura pampeana con las denominaciones de: "potreras" o "guanaqueras" según el fin a que se las destinaba.

En el capítulo segundo: "Taxonomía", luego de darnos las bases metodológicas para su clasificación, nos describe el autor los grupos fundamentales en que se puede distribuir el material arqueológico, observando que una clasificación en términos absolutos de agrupaciones tipológicas por ahora no es posible porque faltan los estudios que puedan indicar con claridad el aspecto temporal de los tipos y el de los contextos culturales a los que pertenecen.

No cabe en los términos de una reseña hacer una descripción de los tipos fundamentales, caracteres morfológicos y las premisas tenidas en cuenta para esta clasificación que nos ofrece el autor, pero no podemos menos que manifestar que ella es minuciosa y prolija, delimitando sus áreas de dispersión y en algunos casos su identificación con el grupo étnico que distribuyó un tipo definido. Completa esta clasificación una larga lista de piezas típicas con su procedencia, colección, dimensiones, peso y material, además de gráficos explicativos y mapas con la distribución de los tipos más representativos.

El capítulo tercero se refiere a los pueblos y tribus que usaron la boleadora en la República Argentina. Es evidente que el autor tropieza aquí con serias dificultades para poder determinar con precisión el camino seguido por un instrumento tan particular como el que le ocupa, cuando se carece de estudios suficientes que muestren los cambios y la evolución de las culturas aborígenes en un área determinada. Así plantea el difícil problema de pretender buscar la correspondencia entre el material arqueológico y las informaciones históricas, haciendo notar los inconvenientes que acarrea pretender interpretar todo material arqueológico por medio de la información histórica, lo que trae como consecuencia un abandono completo de la búsqueda de elementos tendientes a mostrarnos la sucesión de las culturas y sus distintas peculiaridades

en el tiempo; vale decir que para una seria taxonomía arqueológica es imprescindible el aporte de la estratigrafía y sólo cuando estudios metódicos y exhaustivos de la arqueología del país nos proporcionen una visión amplia de la sucesión de las culturas, se estará en condiciones de establecer tanto la distribución geográfica como el origen y difusión de cada tipo, aún en distintas épocas.

Hechas estas consideraciones el autor nos presenta un cuadro bastante completo de los núcleos aborígenes de la República Argentina que utilizaron la boleadora en tiempos históricos. Afirma también en este capítulo, en base a testimonios arqueológicos examinados, que el uso de la bola en Patagonia se remonta a una antigüedad mínima de cuatro milenios, en oposición a lo que tradicionalmente se ha afirmado de que este elemento cultural, conjuntamente con otros, llegaron del norte muy recientemente, como el caballo y el complejo de bienes que lo acompañaban, y que las tribus meridionales habrían aculturado rápidamente. De la misma manera duda de la alta antigüedad de la boleadora en la Provincia de Buenos Aires, concepto éste que se ha mantenido en los círculos científicos partidarios de la autenticidad y antigüedad de los hallazgos de Miramar y Monte Hermoso. Sostiene el Dr. González, en base a un prolijo cotejo de las piezas procedentes de las antiguas capas pampeanas con las halladas en abundancia en distintos lugares de la Provincia de Buenos Aires, que en razón de su similitud tipológica, aquéllas no pueden ser muy remotas.

Los capítulos siguientes, los dedica el autor a hacernos conocer la distribución de la boleadora en América del Sur, México, área del Caribe, América del Norte, África, Asia, Oceanía y Europa. Como es lógico suponer, un estudio que pretende abarcar ambientes geográficos tan amplios y diversos, no permiten a un solo investigador cumplir con ese cometido en la medida deseada. Ya lo manifiesta el Dr. A. R. González en distintas oportunidades y espera de los especialistas nuevos aportes que contribuyan a resolver problemas aún pendientes.

El área de distribución arqueológica de la boleadora en Sudamérica corresponde bastante bien con la información etnográfica e histórica. Abarca toda la zona de la cordillera andina, desde Ecuador hasta Tierra del Fuego, el Altiplano, las Llanuras Pampeanas y la Meseta Patagónica. Es de particular interés señalar la posible persistencia de la boleadora para pájaros, de tipo esquimal, en las zonas del Altiplano de Bolivia, Patagonia y Chile, donde su presencia debe confirmarse con nuevos hallazgos. En Centro América las boleadoras se han encontrado asociadas con las altas culturas, mientras que en el Caribe pertenecen a las culturas de los cazadores. En América del Norte nada dice la información histórica sobre la existencia de la boleadora, salvo en el área esquimal. Sin embargo el autor presume que por hallazgos arqueológicos realizados en California y Nuevo México varias piezas podrían ser consideradas boleadoras por sus características morfológicas y algunas

condiciones de hallazgos. De la zona esquimal, por la coincidencia de los datos arqueológicos con los etnográficos, tanto en América del Norte como en el N.E. de Asia, el autor hace de ella mención especial, advirtiéndole que la bola esquimal, provista de peso agujereado y cuerdas múltiples, no se han hallado en yacimientos arqueológicos de una edad anterior al primer milenio a. J. C., pero cree que debió existir en épocas muy anteriores. Únicamente así se explicaría la presencia de este mismo tipo en Sudamérica. En Europa ubica la bola en el horizonte cultural Musteriense, en razón de numerosos hallazgos y observaciones que así lo indican. En cuanto a África, la carencia de datos etnográficos y los pocos aportes arqueológicos, hacen por ahora imposible establecer con precisión la presencia de la boleadora en este continente.

En conclusión, del examen de los elementos estudiados, tanto americanos como europeos, nos dice el autor, parecen indicar que este instrumento, conocido entre nosotros por boleadora, quizá sea una de las armas arrojadas más antiguas de la tierra.

Aunque es muy conocida la capacidad y clara inteligencia del Dr. Alberto Rex González, además de su erudición en la materia de su especialidad, no por ello debemos dejar de repetir que con este trabajo nos ofrece otra vez un ejemplo digno de elogio al emprender con tanto tesón y prolijidad el estudio de un elemento particular, que en su género, constituye un modelo y base para investigaciones similares.

RICARDO H. CASTAÑEDA.

CORNELY, F. L.: *Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle*. 226 pp., con ilustraciones. Editorial del Pacífico S. A. Santiago de Chile, 1956

En 1952 el conocido investigador germano-chileno Francisco L. Cornely, director del Museo Arqueológico de La Serena, publicó una extensa monografía en la que sintetizaba el conocimiento actual de la llamada cultura Diaguita Chilena. (Y digo llamada, porque queda claro a través de los datos aportados por este mismo trabajo —aunque el autor no lo diga en forma categórica— de que esta etnia, que en tiempos prehispánicos ocupara las provincias chilenas de Coquimbo y Atacama, no tuvieron mayor parentesco con los Diaguitas argentinos que con cualquier otro grupo de los Andes meridionales). Dicha monografía apareció en una publicación científica (la Revista Chilena de Historia Natural, tomo LI-LIII, pp. 119-262), y a fin de hacerla llegar al gran público, ha sido ahora editada en forma de libro de formato pequeño, revisada y algo ampliada. En el mismo se incluye, como segunda parte (de p. 175 al final), el texto de otro trabajo publicado primero en 1944,

luego ampliado en 1953 como folleto, sobre la "Cultura de El Molle", que floreció en la misma zona antes de la llegada de los "diaguitas chilenos". También éste ha sido revisado, y se le han agregado dos capítulos sobre investigaciones efectuadas en 1954 y 1955 (cementeros en las zonas de Hurtado, del valle de Huasco y en Chalinga).

El libro cumple su cometido satisfactoriamente. Trae multitud de datos que interesan al estudioso, ilustrados con buenos dibujos; el profano hallará, tal vez, más interés en las descripciones de viajes y de investigaciones de campo, que poseen indudable valor documental, así como en el capítulo primero, que relata los primeros contactos de los indios del norte de Chile con el Conquistador, seguido de una ojeada preliminar de conjunto. Valioso es, entre otros, el repertorio de cementerios indígenas de la zona estudiada (cap. VI), en el que se muestra particularmente el fundamento general que da importancia a la obra, y es que tiene por autor a quien desde hace más de un cuarto de siglo se halla en contacto íntimo con los yacimientos arqueológicos y con los materiales extraídos de los mismos. En esto se diferencia, precisamente, Cornely de los que lo han precedido, a quienes según sus propias palabras "les ha faltado en general una mayor experiencia de primera mano, ya que se han guiado principalmente por materiales de museos y colecciones privadas", las que en su mayoría "carecen de datos precisos acerca de aquellos hallazgos". Y si descubrir grupos culturales nuevos e importantes —otras tantas manifestaciones vitales de la Humanidad en su camino histórico— es una de las aspiraciones máximas de los arqueólogos, la identificación de la cultura de El Molle constituye para Cornely un motivo de sincera felicitación. Uno de los resultados de las investigaciones recientes —en las que han participado sus activos colaboradores nucleados en la Sociedad Arqueológica de La Serena— es que dicha cultura "se ha extendido por lo menos, en el norte hasta el valle de Huasco y por el sur hasta el Choapa" (p. 222), y que probablemente se ha extendido aún más.

No queremos dejar de señalar algunas imperfecciones de carácter sólo formal. Se indican figuras o láminas que no existen (pp. 104, 190, 196, 210). Hubiera convenido, tal vez, numerar asimismo las ilustraciones de la segunda parte. Se dice, probablemente por errata, "metacefalia" en vez de mesaticefalia o mesocefalia. En pp. 171 a 173 aparece erróneamente un acento en la primera a de "tacitas". Son detalles de poca importancia que fácilmente podrán ser subsanados en las ediciones futuras.

El libro del Sr. Cornely es una valiosa contribución al conocimiento arqueológico de esta parte de Sudamérica, y una interesante expresión de la actividad científica chilena. Toca ahora a los argentinos —especialmente los que estudian el N.O.— utilizarlo como base comparativa.

JUAN SCHOBINGER

LEDESMA, RAÚL: *Vasos propiciatorios*. Cuadernos del "Aquí Mendoza", Gobierno de la Provincia, Dirección de Informaciones, N° 1, 1955. 44 páginas.

Existen dos tipos de síntesis en el ramo de las ciencias antropológicas: aquella que se va conformando en cierto modo sola, sobre la base de un análisis exhaustivo de toda la realidad conocida y tras largo y paciente contacto del investigador con todos los aspectos de aquel grupo de ciencias, y aquella que, aun cuando haga gala de erudición, basa sus aseveraciones en apariencias, en ideas preconcebidas, en una consideración parcial de la realidad, a lo que por lo general se agrega una buena dosis de fantasía y de carencia de "docta ignorantia". La primera es la síntesis científica; la segunda podríamos llamarla la "síntesis fantasmiosa", lo cual no excluye que parte de sus aportaciones puedan ser interesantes y aún verdaderas.

Nadie pondrá en duda que este trabajo del Sr. Ledesma se acerca más al segundo tipo. Es verdad que es un tanto más serio de lo que era de esperarse tras un artículo bastante sensacionalista, firmado por Jerónimo Jutronich, aparecido en la revista "Vea y Lea" de Buenos Aires del 6-I-1955, titulado: "Un argentino aclara un gran misterio arqueológico", que sirve sin embargo para conocer un poco el espíritu con que fueron emprendidas las investigaciones del autor. Llegado a Mendoza con la mente fuertemente influenciada por las teorías de los hermanos Wagner, pasó hasta 1955 a integrar el personal de la Sección de Arqueología y Etnología, pero, aunque utilizó su material bibliográfico para sus trabajos, éstos se realizaron independientemente de la misma. Ello se revela, entre otros, en el hecho de que en ningún momento se menciona al entonces Jefe de Sección ni a los Ayudantes de la misma como colaboradores suyos, y en el de serle atribuido el cargo de Director de un inexistente Museo Arqueológico de la Universidad de Cuyo (art. citado).

Con el apoyo de las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras realizó Ledesma varias giras arqueológicas, en las que llegó hasta el norte de Neuquén. Estudiáronse sobre todo yacimientos rupes-tres y "rocas con morteros". A éstas últimas se dedica el trabajo reseñado. He aquí, en breves palabras, la teoría elaborada acerca de las que también se llaman "piedras tacitas" (Chile), cazoletas (España), pierres à couples (Francia), o Schalensteine (Alemania), y cuya dispersión alcanza, además de Europa y América, al Asia occidental y meridional y a otras regiones de la Ecumene:

Los "morteros" en la roca, hoy día frecuentemente utilizados por paisanos o supervivientes indígenas como tales, fueron en su origen "un elemento de figuración ritual". Servían, por un lado, "como receptáculo propiciatorio, o vaso votivo del culto del agua" (p. 38), y por otro, como elemento artístico mediante cuya disposición en la piedra se dibujaban figuras mitológicas, divinidades, o más concretamente,

“el tótem que preside el culto” (p. 38). Esta figuración, velada para el no iniciado, no lo estaba “para los sacerdotes o iniciados en los misterios de estos legendarios cultos” (p. 37), porque éstos sabían lo que ha vuelto a descubrir el autor: que la roca debía ser observada “desde el Naciente, o con una ligera inclinación al Norte, siguiendo el curso del sol” (p. 32); es lo que se llama la “constante de orientación ritual” (p. 30). Por otra parte, “tenemos en las cúpulas, las formas anatómicas primordiales que rigen la evolución del símbolo de los cultos de la fertilidad” (p. 37).

No es nuestro propósito hacer una crítica exhaustiva de este trabajo, sino sólo unas pocas observaciones lo más justas posibles.

Cabe reconocer, por de pronto, el esfuerzo que el mismo significó, y el entusiasmo y el sincero impulso cognoscitivo de su autor. Pero las citas que extrae de los 169 títulos bibliográficos a menudo no se refieren a la demostración buscada. Su concepto de una “cultura megalítica” es un tanto vago, y no coincide con lo que modernamente se entiende por ello (véase Salvador Canals Frau, *Prehistoria de América*, pp. 491-499). No soy de los que, por reacción contra eso de que “a todo aquello cuya finalidad se desconozca, hay que atribuirle carácter mítico o ceremonial”, sienten aversión en principio a las ideas espirituales aplicadas a la arqueología. Creo que el autor acierta, no sólo en su crítica a la atribución de carácter de morteros a estos monumentos, sino también en que originariamente deben haber poseído algún carácter que hoy llamaríamos religioso. Aún más, su carácter de “vaso” al que se echaban líquidos (u otros objetos) en carácter impetratorio o de ofrenda, parece muy plausible. Claro está que ni lo uno ni lo otro fue dicho por primera vez por Ledesma. En cambio, su demostración de la existencia de dibujos totémicos (!) realizados mediante las cazoletas falla, no sólo porque no convencen sus trazos con tiza uniendo a las mismas, sino por la escasez de casos presentados. De hecho, se traen sólo dos: uno del Dto. San Carlos y otro del de Tunuyán, sin mayor especificación de lugar. Otros dos se ilustran en el artículo periodístico citado, pero son más arbitrarios aún; y aunque el autor nos dice que su “constante” ha sido observada en ocho rocas con morteros, sabemos que en la sola provincia de Mendoza existen muchas más.

El principal defecto del trabajo de Ledesma es, pues, el haber “puesto el arado delante del buey”, es decir, que en vez de publicar objetiva y ordenadamente todos los yacimientos estudiados de la zona, para luego confrontarlos entre sí y con otros más alejados, y buscar sólo entonces una clasificación y una interpretación no dictada por la fantasía o el temperamento poético, el autor prefirió invertir los términos, con el grave riesgo de sembrar tal vez un factor de desprestigio científico para la Universidad de Cuyo.

No se trata, pues, de “reprochar los magros talentos del autor” (p. 1), porque de ningún modo carece de ellos; por otra parte, el mismo manifiesta no poseer “una complaciente certidumbre de nuestras

propias opiniones" (p. 38), lo cual indica que la probidad científica no está ausente. Invitamos al señor Ledesma a que, admitiendo la justicia y el espíritu universitario de estas consideraciones, publique en la forma dicha el amplio material que se halla en su poder. Para ello las páginas de estos "Anales" se hallarán siempre a disposición.

JUAN SCHOBINGER

MILLÁN DE PALAVECINO, MARÍA DELIA: *Lexicografía de la vestimenta en el área de influencia del Quéchua*, en "Folia Lingüística Americana", Buenos Aires, 1954, 33 pp. con 19 figuras y un mapa.

—*El arte del tejido en el Perú prehispánico*, en Revista "Color", N° 2, 1953, 6 pp. con figuras y un mapa.

—*Tejidos Arqueológicos del Noroeste Argentino*, Buenos Aires, 1954, 4 pp. con figuras en el texto.

—*La tintorería aborígen, colonial y criolla en la República Argentina*, Buenos Aires, 1953, 19 pp. con figuras y mapas.

—*Peleros y caronillas*, Buenos Aires, 1953, 8 pp. con figuras en el texto.

La Sra. M. de Palavecino condensa en las páginas del primer folleto citado una breve historia de carácter semántico, con referencias estrictamente a la arqueología, a la etnografía histórica, a la etnografía actual y al folklore material, es decir es un esquema de ordenación morfológica referente al vestido y al tejido de la región andina, desde el Ecuador hasta el extremo Sur.

La autora, con el afán de ampliar las referencias hasta ahora obtenidas, ha reunido ordenadamente las voces que se refieren al vestido y el tejido tomándolas de los diccionarios quéchuas y recurriendo a las fuentes y anotaciones contemporáneas de mediados del siglo XVI y comienzos del XVII y aún otros más tardíos, como así también la bibliografía más moderna y selecta que se ocupa del tema.

Del conocimiento de las voces surgen aspectos que amplían las noticias sobre creencias y ritos, costumbres, etc., lo que contribuye al estudio de la vida cultural y espiritual de ese pueblo.

El trabajo comprende ocho apartados con una introducción, los que en particular están desarrollados de la siguiente manera: el vocabulario correspondiente con indicación de fuentes, seguido de una explicación descriptiva sobre su contextura y nsos. Está completado con ilustraciones de la época y la correspondiente distribución geográfica.

La utilidad de este folleto está en la gran cantidad de datos descriptivos e históricos que contiene cada página. Esperamos su continuación como lo anuncia la autora y que nos lo haga conocer pronto para tener condensado este interesantísimo enfoque de la materia.

En el segundo folleto la autora hace un detallado y valioso análisis del tejido con características propias dentro del ámbito geográfico del viejo Perú. En él considera la zona de la sierra y de la costa y dentro de esta última tres grandes grupos: al norte, Chicama, Trujillo, Chimbote, Lambayeque; en el área central: Ancón, Pachacamac, Chuquitanta y Chancay; y al sur: Ica, Nazca y Paracas. Entre ellas se produjo un verdadero intercambio cultural, difundiéndose de este modo los distintos elementos.

En los Museos del Perú y de otras partes de América se conservan los tejidos encontrados en distintos yacimientos arqueológicos. Gracias a la activa y exitosa labor de la señora de Palavecino, es que hoy tenemos un conocimiento preciso de las fibras textiles y de las técnicas usadas en esta región.

Hace notar la autora que dentro de los materiales utilizados, la *seda* y el *lino* fueron desconocidos en el Perú. En cambio utilizaron lana de vicuña, guanaco, alpaca y llama. En la primera época realizaban los tejidos con fibras vegetales rústicas: totora, chahuar y cabuya. Más tarde se utilizó el algodón en tonos naturales de castaño y blanco.

Destaca la autora que estos tejidos eran embellecidos mediante una mezcla con lana, pelo humano, de vizcacha y de murciélago. Con el mismo fin se mezclaron con el hilo o el tejido plumas de colibrí, cóndor y otras aves, en su estado natural.

Por la técnica los agrupa en dos tipos: la pasamanería, anterior al telar, y los tejidos de telar. Nos da la autora una característica particular de las prendas peruanas, y es que éstas salían del telar con la forma requerida, es decir rectangular.

Nos habla también de los distintos tipos de tejidos en telar de mayor difusión en el viejo Perú (plana, doble faz, gasa, brocato y urdimbre densa), y nos da una descripción clara y sintética de las características de cada una de ellas.

El trabajo está completado con ilustraciones y un mapa indicando la distribución geográfica.

El material que ha utilizado la Sra. de Palavecino para su estudio sobre el tejido arqueológico del N.O. proviene en gran parte de excavaciones. Puede agruparse dentro de las siguientes áreas geográficas:

Zona Norte: Puna y Quebrada de Humahuaca.

Zona Central: Valles Calchaquíes.

Zona Sur: Cuyo.

Inmediatamente describe las técnicas analizadas y su distribución geográfica con ilustraciones muy claras, y las técnicas de estos tejidos como así también el material textil empleado.

Luego de un minucioso análisis llega a las siguientes conclusiones: que las técnicas textiles muy depuradas del N.O. argentino son de filiación peruana. Que los tejidos encontrados en Catamarca por su hilandería y tejido son los más firmes, en cambio los de la Puna registran factura más tosca.

Cabe destacar que las técnicas registradas en el N.O. son inferiores comparadas con la riqueza extraordinaria en cuanto a la variedad de tejidos que se observan en la costa del Perú.

El cuarto de estos trabajos constituye un nuevo aporte sobre el tema, ya que la misma autora en su trabajo "Plantas tintóreas de la región cuyana", publicado en el tomo III de los Anales de Etnografía Americana, nos habla de fórmulas referentes a las técnicas tintóreas criollas, como así también de los dos procedimientos de extracción de color: la infusión y la maceración.

Posteriormente, ese pequeño grupo de datos cuyanos fue engrosado con varios otros provenientes de diferentes regiones del territorio argentino. La autora reúne en este estudio una serie de observaciones sobre la tintorería aborígen colonial y criolla. Comparando estos datos observamos que en cuanto a la tintorería criolla existen variantes. Dentro de las tinturas aborígenes, los grupos más primitivos se basan en el uso de materias orgánicas fermentadas, mientras que los andinos, entre los que el tejido artístico alcanzó gran desarrollo, los colores se obtienen de fórmulas elaboradas, basándose principalmente en la cocción.

El trabajo está dispuesto siguiendo un criterio etnográfico, en el cual concurren factores aborígenes, hispánicos y mestizos; se analiza ordenadamente el aprovechamiento de los recursos naturales por los indígenas, siguiendo el período colonial durante el cual se utilizan los colorantes y mordientes importados o locales.

Divide así el trabajo en los siguientes capítulos:

1º — *Tinturas aborígenes*: Trata en este capítulo de tres grupos culturales de acuerdo con la tradicional división de los indígenas que todavía habitan el territorio argentino.

2º — *Tiempo colonial*: Caracterizado por el comercio de importación de productos extranjeros, lo que dió lugar al abandono de métodos nativos.

3º — *La tintorería criolla superviviente*: En esta etapa la autora ha recogido, de la tintorería folklórica, las recetas que algunos autores han publicado, además de otras recopiladas entre grupos de criollos y mestizos.

Los datos que aporta en el último folleto reseñado resultan de estudios realizados durante sus viajes en los últimos 14 años. A través de él

podemos conocer las formas y fabricación de los elementos que constituían el apero del jinete, del interior del país, y que aún hoy se encuentra en algunas regiones, ya que en sus largas travesías a caballo se ve obligado a utilizarlo como cama.

Todos estos trabajos, aunque breves, son de positivo valor; esperamos para pronto la publicación de la gran obra de conjunto que tiene en preparación esta distinguida especialista.

NÉLIDA CUETOS

PALAVECINO, E. Y MILLÁN DE PALAVECINO, MARÍA DELIA: *Los indios Chané del Río Itiyuro*. En "Runa", vol. VII, Parte primera, pp. 86-106. Buenos Aires, 1956.

Los esposos Palavecino realizaron diversos viajes entre los años 1938 y 1949 a la zona chaqueña donde habitan los Chané. En 1940 publicaron en la Revista del Museo de La Plata una comunicación en la que dan noticias de un viaje realizado al Río Itiyuro con el fin de estudiar a dichos indios. En esa primera comunicación se refieren especialmente a un aspecto de su cultura: las prácticas funerarias.

Los datos presentados en este trabajo, complementario del anterior, son muy interesantes pues nos dan una idea del estado actual de la cultura chané en todos sus aspectos: economía, vivienda, vestido, tecnología y prácticas funerarias.

En el trabajo que reseñamos los autores nos ofrecen detalles sobre el trabajo llamado *motiro* "mediante el cual aquel que desea labrar, desmontar o sembrar convoca a sus vecinos para un determinado día, en el cual se comienza y se da término al trabajo. Después de la jornada el dueño del campo ofrece en su casa una fiesta de bebida (*arete*); cada participante, a su vez, y en igual ocasión, reclama el concurso de sus compañeros y retribuye en igual forma sus servicios" (p. 92).

En su vestimenta se muestran poco conservadores, sobre todo los hombres. Las mujeres todavía usan el tipoy.

Mantienen la confección de una bella alfarería.

Interesante es la práctica de inhumar a sus muertos en urnas de barro dentro de la habitación. Costumbre que posiblemente no continúe mucho tiempo más pues ya se han empezado a usar ataúdes de madera.

El artículo aparece acompañado por algunas fotografías y dibujos.

El trabajo es un aporte de singular valor etnográfico por cuanto nos informa sobre el estado cultural actual de una agrupación étnica quizás llamada a desaparecer muy pronto, o cuyos rasgos típicos han de borrarse por el inevitable proceso de aculturación.

KETTY BÖHM DE SAURINA

b) Viejo Mundo

BRODRICK, A. H.: *El hombre prehistórico*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica, N° 107. 422 pp. México, 1955.

En este denso trabajo el Prof. Brodrick —a quien ya conocíamos por su síntesis sobre “La Pintura Prehistórica” editada asimismo como Breviario del Fondo de Cultura Económica (1950)— presenta un resumen muy completo de los orígenes físicos del hombre, incluyendo los últimos descubrimientos. Gran parte del libro se refiere al examen de los testimonios del origen del hombre. Presenta los resultados a que han llegado los diferentes investigadores para dar luego su propia opinión.

Después de una parte introductoria, son estudiados los restos del Monte Circeo (Italia) terminando el primer capítulo con dos cuadros, uno geológico y paleontológico de la era cuaternaria en Europa, siendo el otro un ensayo de sincronización de fenómenos glaciales y de industrias humanas. Se describen las nuevas técnicas de la fluorina y la prueba del radiocarbón.

El segundo capítulo se refiere a Australia e Indonesia. Aquí se hace una interpretación de los restos del *Pithecanthropus* afirmando que “los hombres de Trinil cuyos restos conocemos, hubiesen sido los últimos representantes de un antiguo tronco que habría alcanzado el término de su evolución y que se hallaba aislado en un área relativamente excéntrica”.

El tercer capítulo se ocupa de los testimonios al sureste y este de Asia.

Con respecto al origen del hombre americano (objeto del capítulo cuarto) se confirma la tesis según la cual el hombre más antiguo habría llegado a América por el estrecho de Behring. Los resultados de la prueba de radiocarbón darían unos 20.000 años de antigüedad al hombre paleolítico de América. Los artefactos de piedra son los de Sandía, Folsom y Yuma.

En el capítulo V se ocupa de los testimonios encontrados en el centro y oeste de Asia. Los restos humanos hallados en Palestina, cercanos al “*Sapiens*” indican una relativa antigüedad. En las cuevas del Monte Carmelo se han efectuado hallazgos de gran importancia. Al norte de Ur en la Mesopotamia nos podemos remontar, en cambio, al sexto milenio a. de J. C.

El capítulo referente a África contiene asimismo los datos más recientes. Señalemos el descubrimiento del Prof. C. Arambourg cerca de Ternafine (Marruecos) en 1954, y el mismo año el del cráneo

de Saldanha. Este último descubrimiento confirma que los primeros y verdaderos hombres de Africa del Sur eran muy parecidos a los aborígenes australianos. Este es un continente del cual se espera mucho, y como dice el Prof. Brodrick "se hace cada vez más claro que toda Africa y el este y el sur en particular desempeñó un papel considerable en la historia temprana del hombre".

El resto humano más antiguo encontrado en Europa es todavía la mandíbula de Mauer. Brodrick no aceptó en la primera edición inglesa de este libro (1948) la autenticidad del hombre de Piltdown. Oakley demostró años después por el procedimiento de la fluorina que todo el material es relativamente contemporáneo. Ya sabemos que el hombre de Piltdown es una burda falsificación. Con respecto a Swanscombe acepta que es sapiens y de edad dudosa, posiblemente del interglacial Riss-Würm. Se hace en este capítulo un resumen de los principales restos neandertaloides.

Termina con un último capítulo referente al arte en el paleolítico superior.

La conclusión, una sinopsis de los capítulos y un glosario sumamente útil enmarcan este libro, así como una copiosa bibliografía.

El libro del Prof. Brodrick es de gran densidad de datos; lamentamos no haya sido completado con ilustraciones que tanto ayudan a esclarecer conceptos, sobre todo al que se inicia en esta disciplina.

KETTY BÖHM DE SAURINA

GRAHMANN, RUDOLF: *Urgeschichte der Menschheit. Einführung in die Abstammungs- und Kulturgeschichte des Menschen*. 2a. edición, revisada y ampliada. 408 pp., 10 tablas, 11 mapas, 143 figs. en el texto y 10 láminas. W. Kehlhammer, Stuttgart, 1956.

No menos completa, y de estructura más orgánica que la obra anteriormente reseñada, esta "Prehistoria de la Humanidad" es una sobresaliente condensación de los actuales conocimientos acerca de los hombres y los grupos culturales más antiguos. Decimos "actuales", porque en pocas ciencias se están efectuando de año en año avances trascendentales como en la Arqueología prehistórica. Así es como no han sido pocas las modificaciones y agregados efectuados sobre la primera edición de este libro, que fue publicado en 1952. (Una versión francesa, con el título de "Préhistoire de l'Humanité", fue editada por Payot, París, 1955).

Tras la Introducción, tres grandes partes componen al mismo: 1) Esquema de la evolución terrestre, en la que el autor se detiene sobre

todo en el Pleistoceno y el Postglacial, y en los problemas cronológicos; II) Historia filética del Hombre, en la que describe e ilustra los diversos hallazgos humanos o humanoides del período estudiado, ordenándolos en los grupos del Australopithecus (Prehomininos), de los Gigantes primitivos, del grupo "Anthropus" (llamado por otros con algún mayor acierto "Homo erectus") o Arcantropinos, el del Neandertal y sus variantes (Paleantropinos), el Presapiens, y el que llama "Altmensch" (Hombre antiguo) o sea el *Homo sapiens diluvialis* del Paleolítico superior; finalmente III) Historia cultural de la humanidad prehistórica. En la misma se describen, no sólo las clásicas industrias europeas, sino también las menos conocidas del Africa, sur y S. E. de Asia, descubiertas en el último cuarto de siglo. Resulta interesante la inclusión, dentro del paleolítico superior europeo, de la cultura de Szeleta (antes llamada Protosolutrense) al lado y con la misma jerarquía del Anriñaciense, Solutrense y Magdaleniense, sin desdoblar en cambio en forma radical el Perigordense del primero. Acertadas consideraciones acerca del Espíritu y la habilidad manual como fuentes creadoras de la Cultura inician esta tercera parte.

Gracias a su claridad de expresión, este manual es útil no sólo al estudioso sino también al lector común, para quien está destinada una explicación de expresiones técnicas. Cierran el libro una lista bibliográfica esencial, y los registros de autores, lugares y materias. Excelente la presentación.

J. S.

VOGT, EMIL: *Pfahlbaustudien*. En *Das Pfahlbauproblem* (Monographien zur Ur - und Frühgeschichte der Schweiz, XI), pp. 117-219. Basilea, 1955.

Unas páginas más adelante nos hemos referido a un importante centenario en el ámbito de los estudios paleantropológicos; no hubiera sido justo dejar de mencionar siquiera brevemente un centenario de índole algo distinta producido en 1954: el del descubrimiento y primera descripción de la cultura llamada de los Palafitos en Suiza. Dicho descubrimiento enriqueció notablemente los conocimientos de los tiempos más recientes de la prehistoria europea, dando lugar a una actividad investigadora —y también saqueadora y aún falsificadora— que contribuyó en gran medida al interés por el pasado más remoto y a la paulatina constitución de la Prehistoria como ciencia.

Sabido es que los pioneros en la investigación palafítica, a cuyo frente hallábase el profesor Ferdinand Keller, interpretaron a los pilotes que sobresalían de la superficie del agua en el borde de los lagos o que eran puestos al descubierto en ocasión de grandes bajantes de

las aguas, como restos de habitaciones lacustres, colocadas sobre dichos pilotes a semejanza de ciertas poblaciones de Insulindia o de la América indígena. Dicha teoría convirtiéndose en un verdadero dogma científico, no existiendo una persona en la Europa central que no estuviese familiarizada con la idea.

El centenario de los Palafitos halló, empero, a la teoría en plena crisis. Los primeros golpes contra la misma fueron dados ya en 1926 por H. Reinerth (*Die Jüngere Steinzeit der Schweiz*), al sostener que las construcciones palafíticas, aunque colocadas sobre pilotes, no lo estaban dentro del agua, sino sobre la tierra en la costa de los lagos y ríos. Esta hipótesis en general no fue aceptada. Hacia 1942 el wurtembergués O. Paret creyó por su parte resolver en sentido denegatorio el problema de los palafitos, pero su demostración, basada sobre todo en consideraciones de carácter técnico, tampoco resultó convincente para muchos.

Resueltos a aclarar de una vez por todas la cuestión con las armas de la moderna investigación científica, los investigadores suizos de la nueva generación emprendieron tras la segunda guerra mundial una serie de excavaciones. El profesor Emil Vogt, de Zürich, resultó el campeón de la nueva, y al parecer definitiva, imagen de lo que se creían establecimientos lacustres del Neolítico y de la segunda parte de la Edad del Bronce: apoyado sobre todo en sus hallazgos en el yacimiento de Egolzwil (cantón Lucerna), considera que se trata de *poblados costaneros (Ufersiedlungen)*, cuyas viviendas rectangulares se hallaban colocadas directamente sobre tierra, de cuya humedad se las procuraba aislar por medio de capas de corteza de árboles colocadas sobre listones de madera, junto con arcilla y otros elementos.

Esta actividad renovadora halló su expresión en un libro titulado *Das Pfahlbauproblem* (El problema palafítico), publicado por la Sociedad Suiza de Prehistoria para conmemorar el centenario, y del que nos ha llegado una separata conteniendo *Pfahlbaustudien* de Vogt y *Das jungsteinzeitliche Moordorf von Thayngen-Weier* de W. U. Guyan. (Este último es un excelente estudio descriptivo del yacimiento "palafítico" de Thayngen, en Suiza septentrional).

El trabajo que reseñamos constituye una "mise au point" de la cuestión palafítica, sobre todo en lo que se refiere a la instalación humana y a la técnica constructiva. No se considera pues, mayormente, a los aspectos arqueológico-culturales en general, ya bastante bien establecidos para el actual territorio helvético a partir del Neolítico (v. *Die jüngere Steinzeit der Schweiz*, Repertorium der Ur- und Frühgeschichte der Schweiz, Heft 1, Zürich 1955). Demuéstrase al principio, en una historia de la investigación, el carácter aparente y falto de base sólida de la teoría clásica de los palafitos. No se niegan los esfuerzos loables de los investigadores del siglo pasado; sencillamente, les faltaban todavía las bases metódicas. Otro importante avance de nuestra época

- COLE, FAY-COOPER: *The Bukidnon of Mindanao*. Fieldiana: Anthropology. Chicago Natural History Museum. Vol. 46. 140 pp. Chicago, 1956.
- COLLIER, DONALD: *Cultural Chronology and Change as reflected in the ceramics of the Virú Valley, Perú*. Fieldiana: Anthropology. Chicago Natural History Museum. Vol. 43. 226 pp. Chicago, 1955.
- CORNELY, F. L.: *Decoración artística de la Alfarería de los indios de Coquimbo y Atacama*. Notas del Museo Arqueológico de La Serena Nº 3. 4 pp. La Serena, 1955.
- COROMINAS, JOSÉ MARÍA: *La colección Corominas de la "Bora Gran"* (Materiales prehistóricos de Serriñá, III). Monografías del Instituto de Estudios Pirinaicos. 69 pp. Zaragoza, 1949.
- COOK, S. F.: *The epidemic of 1830-1833 in California and Oregon*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. 43, Nº 3, pp. 303-326 (separata. Berkeley and Los Angeles, 1955).
- CUBILLOS, JULIO CÉSAR: *Tumaco (Notas Arqueológicas)*. 149 pp. Bogotá, 1955.
- DART, RAYMOND: *Cultural status of the south african Man-Apes*. Separata de Smithsonian Report for 1955, 38 pp. Washington, 1956.
- El Libro de los libros de Chilam Balam*. Edición de A. Barrera Vasquez. 268 pp. México, 1948.
- EVANS, CLIFFORD: *A ceramic study of Virginia Archeology*. With appendix C. G. Holland: "A analysis of projectile points and large blades". Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 160. 195 pp., 30 láms. Washington, 1955.
- EWERS, JOHN C.: *The horse in Blackfoot indian culture*. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 159. 374 pp. 17 láms. Washington, 1955.
- FIELD, HENRY: *An anthropological reconnaissance in the Near East, 1950*. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University. Vol. XLVIII, Nº 2. 138 pp., Cambridge, Massachusetts, 1956.
- GARCÍA y BELLIDO, ANTONIO: *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reintroducidas en España en 1941*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Diego Velázquez. 206 pp., 52 láms. Madrid, 1943.
- GINI, CORRADO: *Las poblaciones primitivas*. Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Tucumán en 1955. 23 pp. Tucumán, 1956.
- GRAHMANN, RUDOLF: *Urgeschichte der Menschheit. Einführung in die Abstammungs- und Kulturgeschichte des Menschen*. 2ª ed. 408 pp. con ilustr., 16 láms. W. Kohlhammer, Stuttgart, 1956.
- GROMIER, DR.: *Mammouths et hommes des cavernes*. 152 pp. París, 1951.

- GÓMEZ-MORENO, MANUEL: *Misceláneas. Historia —Arte— Arqueología.* Primera serie: La Antigüedad. Instituto Diego Velázquez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 423 pp. Madrid, 1949.
- GORDON CHILDE, V.: *Los orígenes de la civilización.* 291 pp. México, 1954.
- HALE, HERBERT M.: *The first hundred years of the Museum 1856-1956.* Records of the South Australian Museum. Vol. XII. 225 pp. Adelaide, 1956.
- HANCAR, FRANZ: *Das Pferd in prähistorischer und früher historischer Zeit.* Institut für Völkerkunde der Universität Wien. Band XI. 651 pp., 30 láms. Viena, 1955.
- HAUENSCHILD, JORGE VON: *La Técnica de la alfarería arqueológica de Santiago del Estero.* Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas. Tomo I, Arqueología, N° 1. pp. 4-65 (separata).
- HEIZER, ROBERT F. y KRIEGER, ALEX D.: *The archaeology of Humboldt cave, Churchill county, Nevada.* University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. 47, N° 1, pp. 1-190, 34 láms. (separata).
- HERSKOVITS, MELVILLE J.: *El Hombre y sus obras.* 782 pp. 2ª ed. México, 1952.
- HOERNES, MORITZ, y MENGHIN, OSWALD: *Urgeschichte der bildenden Kunst in Europa. Von den Anfängen bis um 500 vor Christi.* 3ª ed. 864 pp. con 1462 ilustraciones. Kunstverlag Anton Schroll & Co. Viena, 1925.
- HOOTON, E. y DUPERTUIS, C. W.: *The Physical Anthropology of Ireland.* With a section on the west coast irish females por H. DAWTON. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University. Vol. XXX, N° 1-2 (N° 1, text; N° 2 Tables and Half-Tones). Cambridge, Massachusetts, 1955.
- HORNKOHL, HERBERT: *Descripción de un petroglifo notable de La Estancia Zorrilla, Departamento Ovalle, Provincia de Coquimbo.* Notas del Museo Arqueológico de La Serena N° 2. 4 pp. La Serena, 1955.
- HOSTOS, ADOLFO DE: *Una colección arqueológica antillana.* The first federal savings and loan association of Puerto Rico. 106 pp. San Juan, Puerto Rico, 1955.
- IBARRA GRASSO, DICK EDGAR y BRANISA, LEONARDO: *Nuevos estilos en la cerámica prehispánica de Bolivia.* Anais do XXXI Congr. Internacional de Americanistas. pp. 727-760 (separata). San Pablo, 1955.
- IRIBARREN CHARLIN, JORGE: *Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá.* Con una introducción de O. MENGHIN: *Arqueología del bezote en el Viejo Mundo.* 115 pp., XI láms. Ovalle, Chile, 1950.

- IMBELLONI, J.: *Las realidades de la Atlántida*. 113 pp. Buenos Aires, 1947.
- Irrigation civilizations: a comparative study* (varios autores). Pan American Union. Washington, 1955. (También en castellano: *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*).
- JALHAY, EUGENIO y DO PACO, ALFONSO: *El castro de Vilanova de San Pedro*. Separata de Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Tomo XX. 93 pp., 30 láms. Madrid, 1945.
- JUDD, NEIL M.: *The material culture of Pueblo Bonito*. with appendix *Canid remains from Pueblo Bonito and Pueblo del Arroyo* por G. M. ALLEN. Smithsonian Miscellaneous Collections, Vol. 124. 398 pp. Washington, 1954.
- JUST, GÜNTHER: *La herencia biológica*. 190 pp. Barcelona, 1934.
- KRAPOVICKAS, PEDRO: *El yacimiento de Tebenquiche*. Publicaciones del Instituto de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. U. N. de Bs. As. III. 40 pp. 2 láms. Buenos Aires, 1955.
- KRICKEBERG, WALTER: *Etnología de América*. 498 pp. México, 1946.
- KROEBER, A. L.: *Toward definition of the Nazca style*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology. Vol. 43, Nº 4, pp. 327-432, láms. (separata) Berkeley and Los Angeles, 1956.
- LAFÓN, CIRO RENÉ: *Arqueología de la Quebrada de la Huerta (Quebrada de Huamahuaca, Prov. de Jujuy)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. U. N. de Bs. As. I. 78 pp. láms. Buenos Aires, 1954.
- LEENHART, MAURICE: *Langues et dialectes de l'Austro-Mélanésie*. Travaux et mémoires de l'Institut d'Ethnologie. Université de Paris. XLVI. 673 pp. Paris, 1946.
- LEONARDI, PIERO: *Finalistic evolution or "Teleogenesis"*. Laval Théologique et Philosophique, Vol. VIII, Nº 2, pp. 169-182 (separata). Canadá, 1952.
- LEONARDI, PIERO: *Il Paleolitico inferiore e medio dell'Appennino Bolognese-Romagnolo*. Tiraje à part des Actes du IV Congrès International du Quaternaire. Istituto Italiano di Paleontologia Umana. 3 pp. Roma, 1953.
- LEONARDI, PIERO: *Stratigrafia quaternaria delle grotte di S. Cassiano (Vicenza)*. Tiraje à part des Actes du IV Congrès International du Quaternaire, Istituto Italiano di Paleontologia Umana. 3 pp. Roma, 1953.
- LEONARDI PIERO: *Nuove ricerche paleontologiche nella bassa Val di Fiemme (Trento)*. Annali dell' Università di Ferrara. Scienze Geologiche e Paleontologiche. Vol. I, Nº 10. pp. 207-211 (separata). Ferrara, 1954.

- LEONARDI, PIERO: *Vorgeschichtliche Felszeichnungen im Etschtal bei Castelfeder*. Der Schlern 28, Heft 3, pp. 101-104, 1954.
- LEONARDI PIERO: *Scavi sul "castelir" di Santa Giuliana in Val di Fassa nelle Dolomiti*. Studi Trentini di Scienze Storiche. Año XXXIII - fasc. 2-3. 11 pp. láms. (separata). Trento, 1954.
- LEONARDI, PIERO: *Fienme Prchistorica e Protostorica*. Cultura Atesina, VII, 8 pp., láms. (separata). Bolzano, 1954.
- LEONARDI, PIERO: *Nuove ricerche sulla stratigrafia e sulle industrie del Paleolitico superiore della Grotta del Broion nei Colli Berici (Vicenza)*. Rivista di Scienze Preistoriche. Vol. IX - Fasc. 1-2, pp. 89-107 (separata). Firenze, 1954.
- LEONARDI, PIERO: *Il "Castelir" di Bellamonte in Val Travignolo (Dolomiti occidentali)*. "Rivista di Scienze Preistoriche". Vol. IX - Fasc. 3. 7 pp. (separata). Firenze, 1954.
- LEONARDI, PIERO: *Manufatti del Paleolitico inferiore in un deposito costiero dell'Appennino Bolognese-Romagnolo*. Annali dell'Università di Ferrara. (Nuova Serie). Sezione IX - Scienze Geologiche e Paleontologiche. Vol. I, N° 8. pp. 191-198. (separata) Ferrara, 1954.
- LEONARDI, PIERO: *Impressioni di viaggio sull'arte parietale franco-cantabrica*. L'Universo. Rivista dell'Istituto Geografico Militare. Año XXXV, N° 6. 16 pp. (separata). 1955.
- LEONARDI, PIERO: *Le origini del corno umano alla luce delle più recenti scoperte*. Annali dell'Università di Ferrara (Nuova Serie) Sezione IX. Scienze Geologiche e Paleontologiche. Vol. II, N° 1. 63 pp. Ferrara, 1955.
- LEONARDI, PIERO: *Outilsages du Paléolithique inférieur dans des cailloutis marins côtiers de l'Apennin émilien*. Bull. de la S. P. F., LII, N° 3-4. 1 pp. (separata). Le Mans, 1955.
- LI CHI (editor-in-chief): *Cheng-Tzu-Yai: The Black pottery culture site at Lung-Shan-Chén in Li-Cheng-Hsien, Shantung province*. (Varios autores). Yale University Publications in Anthropology. N° 52. 226 pp., 54 láms. New Haven, 1956.
- LOUNSBURY, FLOYD G.: *Oneida verb morphology*. Yale University publications in Anthropology. N° 48. 111 pp. New Haven, 1953.
- MALUQUER DE MOTES, JUAN: *Yacimientos postpaleolíticos*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Materiales Prehistóricos de Serriñá, VI. 56 pp. Zaragoza, 1948.
- MALUQUER DE MOTES, JUAN: *La Cueva de Toralla*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Investigaciones Arqueológicas en El Pallars, I. 45 pp. Zaragoza, 1949.
- MARENGO, CARMEN: *El antigal de los Amarillos (Quebrada de Yacoraité, provincia de Jujuy)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. U. N. de Bs. As. II. 42 pp. Buenos Aires, 1954.

- MARTIN, PAUL S. y RINALDO, JOHN B.: *Sites of the reserve phase. Pine Lawn Valley. Western New Mexico*. Fieldiana: Anthropology. Chicago Natural History Museum. Vol. 38, N° 3, 577 pp. Chicago, 1950.
- MARTIN PAUL; RINALDO, JOHN; BLUHM, ELAINE; CUTLER, HUGH: *Higgins flat pueblo, western New Mexico*. Fieldiana: Anthropology. Chicago Natural History Museum. Vol. 45. Chicago, 1956.
- MEGGERS, BETTI y EVANS, CLIFFORD: *Uma interpretação das culturas da Ilha de Marajó*. Instituto de Antropologia e Etnologia do Pará. N° 7. 12 pp., láms., Belém, Pará, 1954.
- Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles. Título de los Señores de Totonicapan*. Edición de Adrián Recinos. 303 pp. México, 1950.
- MENGHIN, OSVALDO y GONZÁLEZ, ALBERTO REX: *Excavaciones arqueológicas en el Yacimiento de Ongamira, Córdoba (Rep. Arg.)*. Apéndice por Rosendo Pascual. Notas del Museo de La Plata. Tomo XVII. Antropología N° 67. pp. 213-274, IX láms. La Plata, 1954.
- MELO CARVALHO, JOSÉ C. DE: *Notas de viagem ao Javari-Itacoai-Juruá*. Publicações avulsas do Museu Nacional. N° 13. 81 pp. 1955.
- MELO CARVALHO, JOSÉ C. DE: *Notas de viagem ao rio Paru de Leste*. Publicações avulsas do Museu Nacional. N° 14. 82 pp., láms. 1955.
- MONTANDON, ROBERTO: *Chile: Monumentos Históricos y Arqueológicos*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. Monumentos históricos y Arqueológicos. IV. 36 pp., 37 láms. México 1952.
- MÜHLMANN, W. E.: *Arioi und mamaia*. Studien zur Kulturkunde, Vierzehnter Band. 268 pp. Wiesbaden, 1955.
- MURPHY, ROBERT E YOLANDA: *As condições atuais dos Mundurucú*. Instituto de Antropologia e Etnologia do Pará. Publ. N° 8. 44 pp. Belém, Pará, 1954.
- Museo Arqueológico de Barcelona*, Guía de los Museos de España, II. 163 pp., láms. Madrid, 1955.
- Museo Nacional. Orfebrería Precolombiana*. Exhibición de la Torre de Oro. 63 pp. San José de Costa Rica, 1951.
- MYRES, J. L.: *El amanecer de la historia*. 199 pp. México, 1950.
- NIEMEYER, H.: *Investigación arqueológica en el Valle del Huasco*. Notas del Museo Arqueológico de La Serena. N° 4. 12 pp. La Serena, 1955.
- NEWCOMB, WILLIAM: *The culture and acculturation of the Delaware Indians*. Anthropological Papers. Museum of Anthropology, University of Michigan. N° 10. 141 pp. Ann Arbor, 1956.
- O'BRYAN, AILEEN: *The Diné: origin myths of the Navaho Indians*. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 163. 187 pp. Washington, 1956.
- OBERMAIER, H., GARCÍA y BELLIDO, A. y PERICOT, L.: *El Hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*. Manuales de la Revista de Occidente. 401 pp. Quinta ed. Madrid, 1955.

- PALAVECINO, M. D. MILLÁN DE: *Lexicografía de la vestimenta en el área de influencia del quechua*. Folia Lingüística Americana, pp. 37-69 (separata). Buenos Aires, 1954.
- PALAVECINO, M. D. MILLÁN DE: *La tintorería aborigen, colonial y criolla en la República Argentina*. 19 pp. Bs. As., 1953.
- PALAVECINO, M. D. MILLÁN DE: *Tejidos arqueológicos del Noroeste argentino*. 4 pp. Buenos Aires, 1954.
- PALAVECINO, M. D. MILLÁN DE: *Peleros y Caromillas*. 8 pp. Buenos Aires, 1953.
- PALAVECINO, ENRIQUE: *La máscara y la cultura*. 142 pp., 22 láms. Buenos Aires, 1954.
- PHILLIPPS, W. J.: *Notes with illustrations of Maori material culture*. Dominion Museum Records in Ethnology. Vol. I, Nº 4. 182 pp. Wellington, New Zealand, 1955.
- PITTIER, H.: *Apuntaciones etnológicas sobre los indios Bribri*. Museo Nacional. Serie Etnológica. Vol. I, P. I. 28 pp. San José, Costa Rica, 1938.
- PITTIER, H.: *Materiales para el estudio de la Lengua Brunka hablada en Boruca recogidos en los años de 1893 a 1896*. Museo Nacional, Serie Etnológica, Vol. I, P. II. 97 pp. San José, Costa Rica, 1941.
- PENFIELD, WILDER: *Some observations on the functional organization of the human brain*. Smithsonian Institution. The Smithsonian report for 1955, pp. 433-440 (separata). Washington, 1956.
- PERICOT GARCÍA, LUIS: *La cueva del Parpalló (Gandía)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez. 351 pp., láms. Madrid, 1942.
- PERICOT GARCÍA, LUIS: *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Pirenaicos. 273 pp. 2ª ed. Barcelona, 1950.
- PETERSON, MENDEL L.: *The last cruise of H. M. S. "Loo"*. The Smithsonian Institution. Smithsonian Miscellaneous Collections, Vol. 131, Nº 2. 55 pp., 17 láms. Washington, 1955.
- PRESTON, RICHARD S., PURSON, ELAINE y DREVEY, E. S.: *Yale Natural Radiocarbon Measurements II*. Science. Vol. 122, Nº 3177, pp. 954-960, 1955 (separata).
- El Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Edición de A Recinos. 287 pp. 2ª ed. México, 1953.
- READ, H. H.: *Geología*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. 217 pp. 2ª ed. México, 1952.
- RINALDO, JOHN y BLUHM, ELAINE: *Late mogollon pottery types of the reserve area*. Fieldiana. Anthropology. Chicago Natural History Museum. Vol. 36, Nº 7. 187 pp. Chicago, 1956.
- RUBÍN DE LA BORBOLLA, DANIEL y CEREZO, HUGO: *Guatemala: Monumentos Históricos y Arqueológicos*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. VI. 69 pp. 34 láms. México, 1953.

- RUBÍN DE LA BORBOLLA, DANIEL y RIVAS, PEDRO: *Honduras: Monumentos Históricos y Arqueológicos*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. VIII. 44 pp. 61 láms. México, 1953.
- RUPPERT, KARL: *Chicken Itza. Architectural notes and plans*. Carnegie Institution of Washington. Publ. 595. 169 pp., 150 láms. Washington, 1952.
- RUPPERT, KARL, THOMPSON, ERIC y PROSKOURIAKOFF, TATIANA: *Bonampak. Chiapas, México*. Carnegie Institution of Washington, Publ. 602. 71 pp. 29 láms. Washington, 1955.
- RYDÉN, STIG: *The Erland Nordenskiöld archaeological collection from the Misque valley, Bolivia*. Etnologiska studier, 22. Etnologiska Museet. 143 pp. Goteborg, 1956.
- SALAS, ALBERTO MARIO: *Las armas de la Conquista*. 457 pp. Buenos Aires, 1950.
- SARTIAUX, FÉLIX: *La civilización*. 221 pp. Buenos Aires, 1943.
- SCHNEIDER, MARIUS: *El origen musical de los animales símbolos en la mitología y la escultura antiguas*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Español de Musicología. 472 pp. Barcelona, 1946.
- SCHUSTER, CARL: *Human figures in South American petroglyphs and pictographs as excerpts from repeating patterns*. Anales del Museo de Historia Natural. 2ª Serie, Vol. VI. Nº 6. 13 pp. Montevideo, 1955.
- SEJOURNÉ, LAURETTE: *Supervivencias de un mundo mágico*. 116 pp. México, 1953.
- SHEPARD, ANNA O.: *Ceramics for the archaeologist*. Carnegie Institution of Washington. Publ. 609. 414 pp. Washington, 1956.
- SMITH, A. LEDYARD: *Archaeological reconnaissance in central Guatemala*. Carnegie Institution of Washington. Publ. 608. 87 pp., 140 láms. Washington, 1955.
- SÖDERBERG, BERTIL: *Les instruments de musique au bas-Congo et dans les régions avoisinantes*. The Ethnographical Museum of Sweden. Monograph Series, Publication Nº 3. 284 pp., XXVI láms. Stockholm, 1956.
- SPAULDING, ALBERT C.: *The arzberger site, Hughes county, South Dakota*. Occasional contributions from the Museum of Anthropology of the University of Michigan. Nº 16. 173 pp., 17 láms. Ann Arbor, 1956.
- STONE DORIS: *Apuntes sobre la fiesta de la Virgen de Guadalupe celebrada en la ciudad de Nicoya, Costa Rica*. Museo Nacional. 31 pp. San José de Costa Rica, 1954.
- ULLOA, JORGE JUAN y ANTONIO DE: *Noticias secretas de América*. 531 pp. Buenos Aires, 1953.
- VALCÁRCCEL, DANIEL: *La rebelión de Tupac Amaru*. 206 pp. México, 1947.

- VALDIVIA, PEDRO DE: *Cartas, que tratan del Descubrimiento y Conquista de Chile*. Edición Facsimilar dispuesta y anotada por José Toribio Medina. Introducción de Jaime Eyzaguirre. 337 pp. Santiago de Chile, 1953.
- VIDART, DANIEL D.: *La vida rural uruguaya*. Departamento de Sociología Rural, Public. N° 1. 196 pp. Montevideo, 1955.
- VOGT, EMIL: *Pfahlbaustudien*. GUYAN, WALTER ULRICH: *Das jungsteinzeitliche Moordorf von Thayngen-Weier*. Separata de "Das Pfahlbauproblem", Schweizerische Gesellschaft für Urgeschichte. pp. 117-272. Schaffhausen, 1954 (1955).
- VÚLETIN, ALBERTO: *Factores negativos en la Toponimia argentina*. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas. Tomo 1. Lingüística N° 1. pp. 2-26.
- WEITLANER, ROBERTO y CASTRO, CARLOS ANTONIO: *Papeles de la Chinantla. I Mayultianquis y Tlacoatzintepec*. Serie Científica, 3. Museo Nacional de Antropología. 270 pp. México.
- WESTHEIM, PAUL: *Arte antiguo de México*. 357 pp. México, 1950.
- WILLEY, GORDON y MC GIMSEY, CHARLES R.: *The Monagrillo Culture of Panama*. With an appendix: GREENGO, R.: *Archaeological marine shells*. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University. Vol. XLIX, N° 2. 157 pp., láms. Cambridge, Massachusetts, 1954.
- WILLEY, GORDON R.: *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology Bull. 155. 453 pp., 60 láms. Washington, 1953.

b) REVISTAS

- ACTA ETHNOGRAPHICA. Academiae Scientiarum Hungaricae. Magyar Tudományok Akademia. T. V, Fasc. 3-4. Budapest, 1956.
- ACTES DU IV CONGRES INTERNATIONAL DES SCIENCES ANTHROPOLOGIQUES ET ETHNOLOGIQUES. T. I Anthropologica, Viena 1954. T. II Ethnologica, Première Partie, Viena, 1955. T. III Ethnologica, Seconde Partie et Rapport Général, Viena, 1956.
- AEGYPTUS. Rivista Italiana di Egittologia e di Papirologia. Anno XXVIII. Fasc. 1-2. Milán, 1948.
- AMERICA INDIGENA. Organó trimestral del Instituto Indigenista Interamericano. Vol. XIV, N° 4, 1954. Vol. XV, Nos. 1, 2, 3, 4, 1955. Vol. XVI, Nos. 1, 2, 3, 4, 1956.
- AMPURIAS. Revista de Arqueología, Prehistoria y Etnología. VII-VIII, 1945-46, IX-X, 1947-48, XI, 1949, XVII-XVIII, 1955-1956.
- ANALES DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA. Tomo CLIX. Entregas I a VI, Enero-Junio 1955, Buenos Aires, 1955. Tomo CLXI, Entregas I, II y III, Enero-Marzo 1956, Entregas

- IV, V y VI, Buenos Aires 1956. Tomo CLXII, Entregas I, II, Julio-Agosto, Buenos Aires 1956.
- ANALES DE LA ORGANIZACION DE LOS ESTADOS AMERICANOS. Vol. VII, Nº 3, 1955 Washington.
- ANNALI LATERANENSI. Pontificio Museo Missionario Etnologico. Vol. XVIII. Citta del Vaticano.
- ANNUAL REPORT. Chicago Natural History Museum. 1955.
- ANTROPOLOGIA E HISTORIA DE GUATEMALA. Publicaciones del Idaeh. Vol. VIII Nos. 1, 2. Guatemala 1956.
- ANTHROPOLOGICAL PAPERS. Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 157. Nos. 43-48. Washington, 1955.
- ANTHROPOLOGICAL QUARTERLY. The Catholic University of America. Vol. 28, Nos. 1, 2, 3, 4, 1955, Vol. 29, Nos 1, 2, Washington 1956.
- ANTHROPOLOGICAL RECORDS. University of California. 17: 1, 17: 2. Berkeley and Los Angeles, 1956.
- ARCHIVIO STORICO PUGLIESE. Anno Fasc. I-II. Bari, 1954.
- BOLETIN DE INFORMACIONES CIENTIFICAS NACIONALES. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Nos 65, 66, 1954; Nos. 68, 70, 71, 73, 1955; Nos. 74, 75, 76, 77, 78, 79, 1956. Quito.
- BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. Tomo XXXIX. Nº 155. Caracas, Venezuela.
- BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. Vol. XXXV. Nº 86, 1955. Vol. XXXVI, Nº 86, 1956. Quito, Ecuador.
- BOLETIN DE LA ASOCIACION TUCUMANA DE FOLKLORE. Año VI, Vol. III, Nos. 53, 54, 55, 56. Tucumán, 1954.
- BOLETIN DEL INSTITUTO DE FOLKLORE. Vol. I, Nos. 7, 8, 1954; Vol. II, Nos. 2, 3, 4, 5, 1956. Caracas, Venezuela.
- BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS. Año XI, Cuadernos 1, 2, 3, 4, 1955. Año XII, Cuadernos 1, 2, 3, 4, 1956. San Sebastián.
- BOLETIN DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGIA DEL URUGUAY. Año 1, Nº 1. Montevideo, 1955.
- BOLETIN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMAN. Junio, Nº 5, Diciembre, Nº 6. Tucumán, 1955.
- BULLETIN. University Museum. Vol. 19, Nº 1. Filadelfia, 1954.
- BULLETTINO DI PALETOLOGIA ITALIANA. Museo Preistorico-Etnografico "L. Pigorini". Nuova Serie IX-Vol. 64º. Roma 1954-1955.
- CATECISMOS VARIOS. Etnografía e Lingua Tupí-Guaraní Nº 31. Boletim Nº 212. Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras. San Pablo, 1956.
- CHIMOR. Boletín del Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo. Año III, Nº 1. Trujillo, Perú.
- CIENCIAS SOCIALES. Vol. VII, Nos. 37, 38, 39. Washington, 1956.

- CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA. Instituto de Historia de España. Universidad Nacional de Bs. As. XXIII-XXIV. Buenos Aires, 1955.
- CUADERNOS DE HISTORIA Y ARQUEOLOGIA. Publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Año V, Vol. V, N° 13-14. Guayaquil, 1955.
- DIVULGACIONES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACION ETNOLOGICA. Universidad del Atlántico. Vol. I, Nos. 1,2, 1950; Vol. II, N° 3, 1951. Barranquilla, Colombia.
- EL PALACIO. Vol. 62, Nos. 2, 3, 4, 9, 10, 11, 12 (1955). Vol. 63, Nos. 1, 2, 3, 4, 5-6 (1956). Santa Fe, New Mexico.
- ENDEAVOUR. Vol. XIV, N° 55. Londres, 1955.
- ESTUDIOS AMERICANOS. Revista de la Escuela de Estudios Hispano Americanos. 57-58, 1956. Sevilla.
- ETHNOS. Statens Etnografiska Museum. Vol. XX, Nros. 1, 2-3. Stockholm, Suecia, 1955.
- EURASIA SEPTENTRIONALIS ANTIQUA. T. X. Helsinki, 1936.
- F. F. COMMUNICATIONS. Academia Scientiarum Fennica. Nros. 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163. Helsinki, 1955.
- HESPERIS. Archives Berbères et Bulletin de l'Institut des Hautes Etudes Marocaines, T. XLII 1° - 2° Trimestres, 3° - 4° Trimestres, 1955. T. XLIII, 1° - 2° Trimestres. París, 1956.
- HUMANITAS. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras. Año II, N° 6, 1955. Año III, N° 7, 1956. Tucumán.
- JAHRBUCH DES DEUTSCHEN ARCHÄOLOGISCHEN INSTITUTS. T. 69, 1954. T. 70, 1955. Berlin.
- ARCHÄOLOGISCHE BIBLIOGRAPHIE 1952/53, bearbeitet von Gerhard Reincke, Berlin 1954. Idem 1954. Berlin 1955. (Suplementos a los tomos anteriores).
- JOURNAL DE LA SOCIÉTÉ DES AMERICANISTES. T. XLIII, 1954. T. XLIV, 1955. París.
- KHANA. Revista Municipal de Arte y Letras. Año IV, Vol. I, Nos 15 y 16. Vol. II, Nos. 17 y 18. Vol. III, Nos 19 y 20. La Paz. 1956.
- MAN. A monthly Record of Anthropological Science. Published by The Royal Anthropological Institute. Vol. LIV, Art. 46-75, 76-99, 100-125, 126-156, 157-179, 180-208, 209-231, 232-260, 261-286, 287-308. Vol. LV, Art. 1-28, 29-41, 42-60, 61-75, 76-103, 104-113, 114-125, 126-140, 141-160, 161-174, 175-196, 197-207. Vol. LVI, Art. 1-22, 23-34, 35-47, 48-60, 61-76, 77-94, 95-105, 106-128, 129-149, 150-171, 172-191, 192-210. Vol. LVII, Art. 1-17, 18-35, (1957).
- MITTEILUNGEN DER ANTHROPOLOGISCHEN GESELLSCHAFT IN WIEN, T. LXXXIII, Heft 2 y LXXXIV-LXXXV, Viena, 1955.
- MUSEO. Boletín Informativo del Museo Nacional de Costa Rica. Año I, N° 2, Año I, N° 3, Año I, N° 4, Año I, N° 5, Año I, N° 6, Año I, N° 11, 1955. Año II, N° 1, 1956. Costa Rica.

- NATURA. Organó oficial de la Administración General de Parques Nacionales. Tomo I, N^o 2. Buenos Aires, 1955.
- NOUVELLE REVUE DE SCIENCE MISSIONNAIRE. T. XII, Heft 2, 3, 4, 1956. Suiza.
- PUBLICATIONS DE L'INSTITUT DES HAUTES ETUDES MAROCAINES (1936-1954). Tables et Répertoires.
- PAIDEUMA. Mitteilungen zur Kulturkunde. Band VI, Heft 3, 4. Wicsbaden, 1956.
- PANORAMA. Revista Interamericana de Cultura. 12, 1954. 13, 1955, 14, 1955. Washington.
- RECORDS OF THE AUCKLAND INSTITUTE AND MUSEUM. Vol. 4, N^o 6. Auckland, 1956.
- REPORTS OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA ARCHAEOLOGICAL SURVEY. N^o 35, California, 1956.
- REVISTA DE ANTROPOLOGIA. Vol. 2, Nos. 1, 2. Vol. 3, Nos. 1, 2. San Pablo, 1955.
- REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Nros. 39, 40, 41. México, 1956.
- REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA. Año XLII, Nos. 2 y 5. Córdoba, 1955.
- REVISTA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE MENDOZA. Vol. IX, Entregas 1-2, 3-4. Mendoza, 1956.
- REVISTA NACIONAL DE CULTURA. N^o 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118. Caracas, 1956.
- REVISTA UNIVERSITARIA. N^o 108, 109, 1955; 110, 1956. Cuzco.
- RIVISTA DI SCIENZE PREISTORICHE. Vol. IX, Fasc. 3-4, 1954. Vol. X, Fasc. 1-4. Firenze, 1955.
- RUNA. Archivo de las Ciencias del Hombre. Vol. VI (1953-54); Vol. VII, Parte primera. Buenos aires, 1956.
- SCHWEIZERISCHE GESELLSCHAFT FÜR URGESCHICHTE Jahrbuch 1954/55. T. 44. Frauenfeld.
- SICULORUM GYMNASIUM. Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Catania. N. S. a. VI, N^o 2, VII, N^o 1, 2, 1954. VIII, N^o 1, 1955. Catania.
- S. O. D. R. E. N^o 2. Montevideo, 1955.
- STUDI E MATERIALI DI STORIA DELLE RELIGIONI. Scuola di Studi Storico-Religiosi della Università di Roma. Vol. XXVI, 1955. Vol. XXVII 1956. Bologna.
- THE MASTERKEY. Southwest Muscum. Vol. XXIX, Nos. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 1955. Vol. XXX N^o 1, 2, 3, 4, 5, 6, 1956. Los Angeles, California.
- THE MICHIGAN ACADEMY OF SCIENCE, ARTS AND LETTERS. Fifty-seventh annual report. Michigan, 1955.
- TRIBUS. Linden-Museum Stuttgart. Neue Folge: Band 4-5, 1954 y 1955. Stuttgart, 1956.
- UNIVERSIDAD. Organó de la Universidad de Panamá. 34, Segundo Semestre 1954. Panamá, 1955.

UNIVERSIDAD DE SAN FRANCISCO XAVIER. Tomo XVII, Nº41-42. Sucre. 1952.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA. Vol. XXI. Nº 75. Medellín, 1956.

ZEITSCHRIFT FÜR ETHNOLOGIE. Deutsche Gesellschaft für Völkerkunde Band 79, Heft 1, 2. Braunschweig, 1954.

El veintiocho de agosto de mil novecientos cincuenta y siete, se terminó de imprimir la primera edición de este duodécimo tomo de setecientos ejemplares, en papel obra 1a, en los Talleres Gráficos de J O R G E B E S T, San Luis 140 - Mendoza - República Argentina.